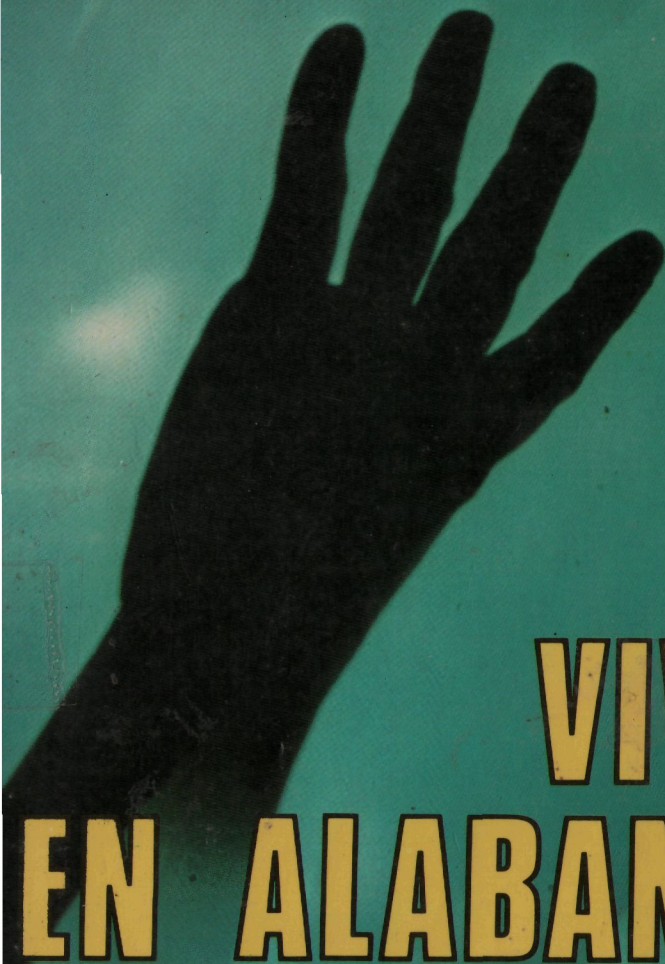


Vicente Borragán Mata



VIVIR

EN ALABANZA

VICENTE BORRAGAN MATA

**VIVIR
EN ALABANZA**

2.^a edición

EDICIONES PAULINAS

En recuerdo de mis padres

Así, pues, hermanos, tenedme por el que alaba, pero no lo suficiente; para que, si no llega a ser completa la explicación de su alabanza, se acepte a lo menos el fervoroso empeño del que desea alabar. Me apruebe el haberlo querido y me perdone el no haberlo conseguido.

SAN AGUSTÍN

© Ediciones Paulinas 1983 (Protasio Gómez, 13-15. Madrid-27)
© Vicente Borragán Mata, o.p. 1983

Fotocomposición: Marasán, S. A. Juan del Risco, 9. Madrid-29
Impreso en Artes Gráficas Garvi. Humanes (Madrid)

ISBN: 84-285-0922-0

Depósito legal: M. 4.261-1984

Impreso en España. Printed in Spain

Hace aproximadamente cuatro años, un amigo puso en mis manos un libro titulado El poder de la alabanza. Sus páginas me descubrieron un mundo nuevo e inexplorado y excitaron mi interés por seguir estudiando el tema en la palabra de Dios.

Poco a poco fui controlando y clasificando todos los textos de la Biblia que hablan de “alabanza”, “acción de gracias”, “bendición”, etc. Mis primeras reflexiones fueron recogidas en una serie de charlas dadas a sacerdotes y religiosas, primero, y a diversos grupos de oración, después.

Este libro es el resultado de la reelaboración de aquellas charlas. Ha sido, pues, palabra antes que escritura. Conserva todavía el calor de lo directo y el tono de enseñanza y testimonio que tuvo en su origen.

He renunciado voluntariamente a todo comentario de tipo técnico y a análisis minuciosos de los textos bíblicos, para poner únicamente de manifiesto el aspecto más deslumbrante, la conclusión más fundamental que se desprende de su lectura, a saber: que la creación entera debe ser un canto de alabanza a su Creador; que alabar a Dios es algo más que un acto, un gesto o incluso un modo de oración; que hay un estilo de vida que se expresa totalmente en la alabanza; que existe una manera nueva y absolutamente revolucionaria de vivir la vida de cada día de frente a Dios; que el hombre debe “vivir en alabanza”.

Basta mirar a Dios fijamente y escuchar su Palabra

para que todo invite a alabarle. Basta creer que él está ahí y que nos ama para saber que no puede haber más camino ni alternativa que bendecirle eternamente. Basta pensar que somos criaturas para que la exultación y la alabanza broten de nuestro ser como un torrente de agua viva.

En este libro se habla de Dios y del estilo de vida que él espera de sus hijos. Muchos hombres viven con la queja a flor de labios y la amargura en su corazón, poniendo en duda el poder o la bondad de Dios, o ambas cosas a la vez. Pienso que el Señor no se cansa nunca de escuchar nuestras súplicas ni de atender a nuestras peticiones, pero sí debe estar "aburrido" de tantos reproches como le dirigimos, como si no supiera llevar bien los asuntos del mundo y de nuestra vida particular. Dios espera que algún día nosotros, sus hijos, comencemos a mirarle, aceptemos nuestra condición de criaturas, comprendamos que hemos sido creados para ser "alabanza de su gloria"... y caigamos de rodillas en un acto de adoración y alabanza sin fin.

Ojalá estas páginas orienten a muchos por los caminos de la alabanza, les introduzcan en ese mundo maravilloso que reserva tantas sorpresas agradables y les enseñen a vivir, desde ahora, como viven los bienaventurados en el cielo: alabando sin cesar a Dios.

Tengo deuda de gratitud hacia los autores en quienes me he inspirado y cuyas palabras he reproducido con frecuencia, porque yo no hubiera sabido decir como ellos las cosas que sirven para la alabanza del Señor.

1. Abre, Señor, mis labios y mi boca proclamará tu alabanza

El hombre, todo hombre, es un eterno buscador de felicidad. Como un animal de presa la rastrea por doquier. Una leyenda india cuenta cómo un buen día un almizclero¹ se sintió atraído violentamente por el olor de un perfume exquisito. Y se lanzó de monte en monte a la caza de aquel perfume que le obsesionaba. Renunció al alimento y al descanso. Después de haber atravesado montañas y valles, muerto de hambre y de sed, sus patas resbalaron sobre una roca y cayó mortalmente herido. Y la bolsa que llevaba en su vientre se rompió y esparció por el aire un perfume embriagador: el que él había perseguido y que le había llevado a la muerte. Como el almizclero de la leyenda, muchos hombres caen derrotados por la vida sin haber conseguido la felicidad que ansían.

La mayoría de los hombres vive una vida gris, sin apenas un momento de resplandor. Pasan por la vida como una sombra o como un nublado de verano, pobres en un país de abundancia, extranjeros en su propio país de origen. Otros brillan unos instantes, triunfan, son admirados. La historia les recuerda, las calles llevan sus nombres, sus bustos aparecen en la plazas públicas..., pero su

¹ Especie de rumiante, sin cuernos, parecido al cabrito y que tiene en el vientre una especie de bolsa ovalada que segrega almizcle.

gloria la dejan aquí y su destino final es igual que el de los humildes y desamparados.

Probablemente, sin embargo, todos los hombres han sido inquietados por los mismos problemas: ¿quién soy yo?, ¿de dónde vengo y a dónde voy?, ¿qué papel represento en el drama de la vida?, ¿termina todo con la muerte?

Difícilmente se pueden soslayar esos interrogantes. Cada hombre sabe qué ansias y tristezas o qué esperanzas e ilusiones suscita la respuesta que dé a esas cuestiones.

La filosofía y las ciencias del hombre han tratado de responder al enigma de la vida humana. Los hombres están buscando con pasión lo que puede ayudarles a resolver sus problemas. Los científicos examinan con precisión los misterios de la materia e investigan sobre las formas más primitivas de la vida. O estudian el mundo fascinante de los astros inmensamente alejados de nosotros. Sentimos vértigo al seguirles en sus investigaciones. Ellos saben, sin embargo, que el cosmos no se deja manejar a placer y que los misterios que encierra son mucho mayores que los descifrados hasta ahora.

Los psicólogos han centrado su atención en el hombre, su mente, sus instintos e impulsos, etc. Han conseguido resultados maravillosos en el conocimiento de su comportamiento en las diversas circunstancias de la vida. Pero saben que los problemas fundamentales del hombre siguen sin resolverse y que ninguna investigación logrará salvarle.

Después de tantos siglos de historia humana hay algo que se impone con claridad: que el hombre no es feliz. La humanidad ha sido un campo de experimentación, un "conejiillo de indias" donde se ha probado todo. El hombre ha probado las religiones, la filosofía, la ciencia, el poder, la riqueza, etc., y ha comprobado con dolor que cada día es más pobre y débil, que su corazón no ha cambiado; que ni la fuerza ni la técnica pueden darle la felicidad que ansía; que el perfume que busca no está en nada de lo que él investiga o somete a prueba. Nada colma su sed y su ansia. Su boca se ha llenado de sabores, sus ojos de colores, pero no ha encontrado la felicidad. La tierra se ha llenado de la sangre de millones de inocentes y el

hombre no ha sido más feliz. La razón no ha dado solución a los interrogantes más hondos. Y el corazón del hombre sigue inquieto y desasosegado porque en ningún bien creado ha encontrado su contento.

El fracaso de las ideologías para hacer feliz al hombre ha sido estrepitoso. El ser humano se ve solicitado por doquier, desgarrado en su interior, sin saber ya hacia dónde volverse. La brújula de su felicidad está desquiciada, girando locamente. Necesita roturar nuevas sendas, abrir nuevos caminos. No le quedan, en realidad, muchas alternativas: o pensar que todo termina a dos metros debajo de la tierra o creer que es hijo de Dios; o el ateísmo más riguroso o la fe más intrépida; o la queja o la alabanza...

La fatiga de vivir es, con frecuencia, muy grande. Siendo hombre, es fácil comprender los interrogantes que plantea nuestro cansancio. Porque es cierto que puede resultar demasiado cómodo repetir que el mundo es obra de las manos de Dios, que el Señor hizo en él un despliegue de poder para que el hombre pudiera reconocerle. Con un poco de imaginación logramos crear un bello mundo de luces, estrellas, auroras, pájaros, cascadas... Pero si bastara mirar a la tierra para reconocer de inmediato a Dios, ¿por qué son tan numerosos los que nunca le han encontrado ni reconocido en su camino? ¿Por qué son tantos los que le niegan o viven como si no existiera? ¿Es el mundo un paraíso donde Dios sale a tomar el fresco todas las tardes y a conversar con el hombre? (Gén 3,8). ¿Es una obra tan fantástica donde hay que reconocer, sin sombra de duda, que está hecha por la mano de un Dios bueno? ¿Cómo es posible reconocer la huella de Dios en un mundo donde además de flores y estrellas, auroras y pájaros, hay horribles matanzas, tragedias sin número? ¿Cómo es posible descubrir en el mar del dolor la presencia y acción de Dios? ¿Cómo detectar la mano de Dios en nuestra misma naturaleza? La marea del mar jamás se detiene un metro antes de su límite para perdonar la vida de un niño que se ha extraviado en la playa; la nieve no perdona al pobre que tiritita de frío; el suelo no da una espiga de más

para alimentar al hambriento; los terremotos no respetan las ciudades ni la vida de los niños y ancianos que sepultan bajo la tierra. En este mundo duro, aparentemente ciego en sus fenómenos, brutal en los acontecimientos que en él se desencadenan, ¿puede hablarse de un Dios bueno y de la alabanza que se merece?².

Acaso no haya existido otro momento de la historia humana tan lleno de dolor y contradicciones, tan íntimamente convulsionado. El hombre vive a mitad de camino entre la gran esperanza que suscitan en él sus conquistas técnicas y el miedo que la misma técnica engendra. El desarrollo tecnológico amenaza con poner fin a toda la civilización. Y el hombre, en medio del ruido de sus máquinas, monstruos al servicio de necesidades, se siente solo y triste. Encara su soledad y tristeza de muy diversos modos para volverse a encontrar desesperadamente solo. Difícilmente se podrá hallar un tiempo menos idóneo para hablar de Dios y de la alabanza.

Aparentemente, Dios no está brillante en el mundo. Parece, desde luego, menos real que las armas atómicas o bacteriológicas, menos tangible que el árbol que encuentro en el camino. Si existe, no hay muchos motivos para alabarle. El hombre se siente abandonado a su propia suerte, como si hubiera sido "echado al mundo", como si hubiera llegado a él "por puro azar".

Incluso entre los que se consideran creyentes, la alabanza está ausente. O sienten la nostalgia de un Dios demasiado alejado, que no se ocupa de lo que preocupa al hombre, o creen en un Dios poderoso y le suplican para que intervenga y conduzca la historia humana de un modo "convinciente". Han puesto su esperanza en un Dios vengador y les gustaría verle en acción imponiendo su ley, separando la cizaña del trigo, haciendo ostentación de su vara castigadora. Pero nadie acepta que él conduce perfectamente la historia humana. Nadie le alaba por ser lo que es: Dios, eternamente Dios. El Dios clemente y compasivo es pasado por alto.

¿Por qué Dios, en definitiva, tolera el triunfo del mal sobre el bien, de la injusticia sobre el derecho? ¿Por qué permite tantos males, tanta violencia y desorden, tanta soledad y angustia? ¿Ha perdido el control de la historia humana o es corta su mano para actuar? ¿Ha abandonado al hombre a su propio destino? ¿Tiene algún plan sobre todo lo que ocurre en el mundo y en mi vida concreta? Honestamente hablando, ¿se le puede alabar?

Difícilmente, repito, se podrá encontrar un momento tan poco oportuno para hablar de la alabanza. O dicho al revés: difícilmente se hallará otro momento que necesite más que el nuestro oír hablar del Dios bueno, en el que la invitación a alabarle sea más apremiante y urgente. Los hombres necesitan descubrir el gozo de vivir como hijos en la casa del Padre y la alabanza como el estilo de vida que Dios espera de ellos.

Las investigaciones científicas nos han llenado de admiración, pero han desviado la atención del hombre de la única cosa que verdaderamente importa: Dios. Quizá esté lejano el día en que la teología sea la reina de todas las ciencias. Pero ni hay, ni puede haber, investigación más apremiante, nada que exija el esfuerzo total de las mejores inteligencias humanas, como el conocimiento de Dios. Es muy atrevido, sin duda, pesar y medir los astros, calcular las distancias casi infinitas que nos separan de ellos, detectar las leyes que rigen sus movimientos. Pero la investigación científica no compromete al hombre ni le obliga a optar por algo verdaderamente vital. Es mucho más atrevido y comprometido proclamar la grandeza de Dios. Si el mundo de los astros es de una belleza incomparable, ¿cómo será la de su Creador?

Sí, los hombres se han preocupado más por ellos mismos, por el mundo en el que viven, por la naturaleza y las máquinas, por los sistemas políticos, sociales y económicos, que de Dios.

La Biblia se preocupa mucho por el hombre, su origen, su presente y su futuro, su trabajo y sus sufrimientos... Pero la principal preocupación de los hombres que la escribieron fue Dios, su vida y sus designios, su amor y su generosidad. Dios fue como una obsesión para ellos.

² Cf. P. CHARLES, *La oración de todas las cosas*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1965, 13-14.

Nada pasó desapercibido a sus ojos. Miraron los cielos y la tierra, los pájaros y los peces, la tierra con sus grandes montañas y sus hermosos valles, sus ríos y sus fuentes, sus caminos, sus ciudades, sus hombres y sus múltiples ocupaciones. Pero, por encima de todas las cosas y de todos los seres que nacen, se agitan y mueren en ella, se preocuparon de Aquel que infundió vida a todo y todo lo conserva: Dios. No fueron indiferentes a la belleza de las cosas, pero jamás se quedaron en la contemplación estética del mundo. Le miraron con cariño, sabiendo que el Señor había emitido un veredicto de bondad sobre él cuando salió de sus manos. Y enseñaron a alabar al Creador, centraron al hombre en Dios, creador de toda la belleza, dador de todo color, luz y sonido. Compusieron himnos de alabanza a Dios en vez de hermosas poesías sobre la naturaleza. La tierra era bella, pero con una hermosura "orientadora". De nada servía quedarse en su contemplación y perder de vista al que todo lo creó.

Dios, evidentemente, no necesita la alabanza del hombre. Su silencio o deserción no puede empañar la gloria intrínseca del Señor. El es ardientemente alabado en el cielo por sus ángeles y las cosas de la tierra cantan su grandeza. ¿Qué puede perder si el hombre no le glorifica? ¿Se notará la ausencia de la voz humana en la coral de la creación? ¿Será indispensable esa voz para cantar las alabanzas de Dios?

Por más extraño que pueda parecer, la respuesta es afirmativa: sí, el hombre es irremplazable, nadie puede ocupar su puesto. Dios le ama y aspira a su alabanza. El hombre interesa a Dios más que toda la creación junta. Es la criatura mejor dotada para el canto y la alabanza.

Dios quiere ser alabado en el cielo y en la tierra. Todas las criaturas celebran su gloria: los pájaros cantan para él, las ardillas de los bosques le glorifican con sus saltos... Cada cosa es un poema de alabanza al Creador. Pero la alabanza que las criaturas tributan al Señor es "in-consciente". Las cosas necesitan que alguien ponga voz a su canto y conciencia a su reconocimiento agradecido. La alabanza de la tierra está indisolublemente ligada

a la del hombre. Si éste no alaba, la creación estaría como muerta.

El hombre refleja la majestad de Dios por encima de cualquier otra criatura. Cuando contempla la inmensidad del universo se siente pequeño e insignificante. Y tiene razón, porque no es ni una millonésima de átomo en el conjunto de la creación. Pero él sabe que su espíritu es más grande que todos los universos juntos, que puede mirar a los astros y a los átomos y comprenderlos como ellos no pueden hacer. El hombre tiene la vida que existe en cada estrella y en cada flor. Y, por encima de todo, tiene alma, inteligencia, libertad para amar y alabar.

El mundo anuncia a un Dios grande, habla de su belleza, pero no sabe decir hasta qué punto es digno de toda alabanza. De las "gargantas" de las cosas no sale ni un solo grito de admiración. Los astros están fijos en sus rumbos. No pueden cambiar ni querer otra cosa. El hombre, sin embargo, puede ir y venir, dar su asentimiento voluntario a Dios, celebrarle en su nombre y en el de todos los seres, elevar hacia el cielo la alabanza inconsciente de los sin voz. El hombre perfecciona y corona el universo. Dios hizo de él como una reproducción en miniatura de su propio ser.

El mundo es como un hermoso poema al que el hombre da ritmo e infunde alabanza. Nadie como él puede contemplar los cielos o cada átomo de la tierra y elevar agradecido un canto al Creador. Nadie puede cantar y alabar por las cosas sino el hombre. Y así, él es el mediador y el oficiante de la gran liturgia que de la tierra sube al cielo. El es el sacerdote del mundo ante Dios.

El hombre es "la más audaz revelación de Dios en la tierra". En él aparecen visibles las huellas del paso del Señor. No es de sorprender que se ocupe de él y le reserve una atención especial. Dios le ha coronado de gloria y dignidad, le ha hecho "rey" de la creación y solamente un poco inferior a los mismos ángeles (cf Sal 8). El gozoso concierto de toda la creación es inferior al asentimiento amoroso de un corazón humano que alaba libremente al

Señor. El hombre convierte al mundo en una salmodia para Dios. Por eso no puede fallar.

El hombre necesita recuperar la admiración por Dios, el asombro perdido. Después de tantos experimentos y fracasos, tantas falsas alarmas y tantas voces engañosas como ha seguido..., sería bueno que tendiera sus manos hacia Dios y viviera como un hijo en su presencia. Si el dolor es un desafío al Dios bueno, lo cierto es que sólo desde la fe en el Dios "que amó tanto al mundo que envió a su Hijo" (Jn 3,16) podrá encontrar solución al enigma de la vida. Cuando el hombre recupere la amistad perdida comenzará a experimentar el gozo de vivir en una alabanza permanente.

La alabanza es el grito jubiloso que sale del corazón del hombre cuando descubre a Dios, la reacción espontánea del que se adentra en un diálogo con él. Percatarse de la presencia vigilante y amorosa de Dios en toda la vida lleva inevitablemente a la adoración y la alabanza. Dios está penetrando con sus ojos al hombre, viéndole en lo íntimo de su ser, en sus acciones y estados, en sus movimientos y conducta, en su interior y en su exterior, cuando proyecta y decide, cuando camina y cuando reposa (Sal 139). Dios, respetando su libertad, le tiene como "cercado". Cuando el hombre toma conciencia de que Dios está allí, ante él y junto a él, estalla en alabanza.

Dios nunca aplasta con su poder al hombre ni se impone brutalmente. Le sería muy fácil cegarle con su luz o doblegarle con su fuerza. Pero ése no es el estilo de Dios. Los labios del ser humano pueden permanecer cerrados a la alabanza. Dios jamás destruirá su libertad. Prefiere aparecer como derrotado antes que como sultán todopoderoso. Corre el riesgo de ser olvidado antes que ser reconocido por la fuerza.

Nada impedirá, sin embargo, que él siga al lado del hombre, que sea "un Dios para nosotros". Si consigue, a base de respeto y amor, que el hombre le abra la puerta de su casa y le invite a cenar, entonces le habrá ganado para siempre y la alabanza ya no tendrá fin.

Los intérpretes del Espíritu Santo, aquellos hombres

que tuvieron la "osadía de decirnos" que habían "visto" al Invisible y "oído" al Inaudible, nos van a enseñar que la alabanza no es una teoría, más o menos elaborada, sino un género de vida respaldado por la palabra de Dios. Con ellos vamos a ir aprendiendo lo que significa "vivir en alabanza".

Al tomar contacto con la palabra de Dios, llama la atención la variedad y riqueza de términos utilizados por los autores sagrados para expresar su admiración por Dios. Y el hecho es tanto más significativo tratándose de una lengua como la hebrea, habitualmente muy pobre de palabras.

Efectivamente, Israel *alaba, bendice, da gracias, ensalza, glorifica, engrandece, aclama, canta, salmodia*, etc., a su Dios; *confiesa, proclama, anuncia, divulga, recita, cuenta, recuerda, pregona*, etc.; su “gloria”, sus “maravillas”, sus “hazañas”, sus “proezas”, etc.; *se regocija y exulta* en él. Cada uno de estos verbos castellanos tiene su correspondiente en hebreo.

Israel se sintió orgulloso de su Dios y supo cantarle en términos magníficos. El se merecía toda la alabanza³:

Alabad a Yavé, aclamad su nombre,
anunciad entre los pueblos sus hazañas.
Cantadle, salmodiadle,
celebrad todas sus maravillas.
Gloriaos en su santo nombre...
Recordad las maravillas obradas,
sus milagros y los juicios de su boca...
Cantad a Yavé, habitantes todos de la tierra,

³ Las referencias bíblicas están tomadas de *La Santa Biblia*, Paulinas, Madrid 1982²².

proclamad día tras día su salvación.
Contad a las naciones su gloria,
sus maravillas a todos los pueblos...
Dad a Yavé, familias de la tierra,
dad a Yavé la gloria y la alabanza,
dad gloria al nombre de Yavé.
Traed ofrendas y entrad en su presencia,
adorad a Yavé en ornato santo.
Temblad en su presencia los de la tierra entera...
Alégrese los cielos, regocíjese la tierra...
truene el mar con cuanto lo llena,
cante el campo con todos sus frutos
(1 Crón 16,8-36; cf Sal 105,1-15; 96,1-12, etc.).

Y diréis aquel día:
“Alabad a Yavé, invocad su nombre,
proclamad sus proezas, entre las naciones,
repetid que su nombre es sublime.
Cantad a Yavé, porque ha hecho maravillas:
toda la tierra lo conozca.
Exulta, grita de júbilo,
habitante de Sión,
pues grande es en ti
el Santo de Israel” (Is 12,4-6).

Los términos utilizados para hablar de la alabanza a Dios giran en torno a una idea fundamental, lo que indica que su significado es bastante aproximado. Todos ellos tienen el carácter de una proclamación pública, de un anuncio que se hace ante una asamblea, a la que se comunica algo que Dios ha hecho. Y la comunidad responde con manifestaciones externas y ruidosas al gesto en el que Dios se ha revelado. Y lo hace no con el fin de adularle o de tenerle propicio, sino como una forma de agradecimiento espontáneo al Señor que es grande por encima de toda medida. Con la confesión pública de Dios o de sus atributos se acrecienta su gloria externa. Y así, la misma gloria que el Señor manifiesta en su acción en favor de su pueblo, le es devuelta en forma de bendición y alabanza. Ese es el único homenaje que el ser humano puede tributar a su Creador.

Tres términos sobresalen en el lenguaje de los autores sagrados al hablar de la respuesta del hombre a la acción

de Dios: *alabanza* (“tehilá”), *acción de gracias* (“todá”) y *bendición* (“beraká”), con sus correspondientes verbos: *alabar* (“hallel”), *dar gracias* (“yadá”) y *bendecir* y el participio *bendito* (“barak”, “baruk”).

Alabar es elogiar, celebrar, ensalzar algo o a alguien. La *alabanza* es la acción o el gesto por el que algo o alguien es celebrado y ensalzado. La alabanza es una manifestación jubilosa, un reconocimiento entusiasta de Dios, de sus maravillas o de sus atributos. Es un gesto externo, acompañado de manifestaciones clamorosas. Es la respuesta normal de la criatura cuando ha contemplado a Dios en acción, es como el eco producido en el hombre por el gesto en el que Dios se ha revelado. Si Dios está mostrando continuamente su grandeza y su bondad, se presiente desde estos momentos que la alabanza ha de ser la actitud normal del hombre ante Dios.

La *acción de gracias* es algo muy próximo a la alabanza. La realidad primera de la historia de la salvación es Dios, saliendo al encuentro del hombre, dándose a sí mismo, repartiendo sus favores, sin jamás desdecirse. Cuando el hombre toma conciencia de Dios y de su generosidad ilimitada, entonces surge con espontaneidad la proclamación de su grandeza y la manifestación de gratitud hacia él. La acción de gracias es la resonancia de Dios y de su acción en el hombre, es la manifestación exterior del agradecimiento que se experimenta en el alma, es la confesión pública de lo que uno ha “visto”. La acción de Dios arranca al hombre de sí mismo y le obliga a dar testimonio de sus obras ante la asamblea.

La perfecta acción de gracias, como la perfecta alabanza, que la criatura puede dar al Creador, es el Hijo de Dios encarnado, Jesucristo nuestro Señor. El es el supremo don de Dios al hombre y la suprema acción de gracias del hombre a Dios. Alabar y dar gracias se han convertido así en algo infinito. Jesús es nuestra “eucaristía” al Padre.

La *bendición* es un término afín a los anteriores. El primer sentido de la raíz hebrea “brk” es el de *rodilla*, y así dice relación inmediata a *doblar las rodillas*, *rendir culto*, *adorar*, *alabar*. La palabra *beraká* (bendición) connota,

por otra parte, la idea de un *don* o *regalo* hecho a alguien a quien se quiere, a alguien a quien uno encuentra con afecto. Y así, resulta inseparable de la bendición un cierto matiz de encuentro personal y cálido.

En el lenguaje bíblico se emplea, de un modo bastante sorprendente, la palabra *bendición* y el verbo *bendecir* para designar la bendición que Dios derrama sobre el hombre y la respuesta del hombre a Dios. Cuando Dios bendice al hombre es para colmarle de sus dones e inundarle de su gracia. Cuando el hombre bendice a Dios le reconoce como digno de todo homenaje y adoración. Dios *ben-dice* al hombre y el hombre *dice-bien* de Dios.

Dios, con su bendición, regala al hombre la gracia y la vida; el hombre, con la suya, reconoce agradecido lo que de él recibe en cada momento, lo acepta como un regalo inmerecido y lo proclama ante la asamblea. Y así, entre el Dios que bendice y el hombre colmado por sus beneficios, se establece una amistad, se produce un encuentro íntimo, una corriente recíproca y vital. La bendición se convierte en un instrumento de alabanza.

Bendecir a Dios es dejarse llevar por esa corriente de entusiasmo que provoca su acción en el hombre y convidar al mundo entero a que doble sus rodillas, adore y alabe al Dios que está "por encima de toda bendición y alabanza" (Neh 9,5).

Decir ¡bendito sea Dios! no es añadir algo a la esencia del Señor, sino un reconocimiento de su gloria. Es una fórmula entusiasta y agradecida a la vista de lo que Dios ha hecho por el hombre. Es como un grito salido del alma al descubrir la bendición divina y la expresión del sobrecogimiento que se experimenta ante el gesto en el que Dios se ha dado a conocer y en el que ha revelado su gracia y su poder⁴.

La gran bendición de Dios al hombre fue su propio Hijo. "En él hemos sido bendecidos con toda clase de bendiciones" (Ef 1,3). En Jesús, Dios nos lo ha dado todo, sin reservas egoístas. Y en él, nosotros bendecimos al Pa-

dre. Jesús es el punto donde se encuentran y fusionan la bendición descendente (de Dios al hombre) y la ascendente (del hombre a Dios). Jesús es nuestra bendición al Padre. Se intuye fácilmente que bendecir a Dios no puede ser una acción esporádica, sino la ocupación de toda la vida.

De algún modo, el resto de los términos que recubren el campo de la alabanza está incluido en sus tres más típicos representantes: alabar, bendecir, dar gracias. En cierto sentido, todos ellos son sinónimos. De ahí que les utilicemos como términos correlativos e intercambiables.

Israel *alabó*, *bendijo* y *dio gracias*, etc., constantemente a su Dios. Pero ¿qué fue, en concreto, lo que motivó esa corriente de entusiasmo y de aclamación jubilosa? ¿Cuáles fueron las fuentes en las que Israel bebió, de qué manantiales brotaron tanta bendición y alabanza? ¿Por qué la alabanza? Si la alabanza no es jamás un gesto espontáneo del hombre, si jamás germina en tierra seca, ¿quién o qué es lo que produjo ese estallido de alabanza que podemos constatar en las páginas de la Biblia?

La alabanza no nace nunca por iniciativa privada del hombre. Su alma necesita ser abonada para que de ella salgan canciones de agradecimiento. Dios siempre lleva la iniciativa. La alabanza es como un *amén* a la acción de Dios. El Señor, al dejarse ver o sentir, despierta al hombre de su letargo, le provoca al agradecimiento, le estremece con su presencia.

Sólo el Dios verdadero y único entra en juego cuando se trata de la alabanza. Los otros dioses, las cosas del mundo, los señores de la tierra, por más importantes que sean, tienen que dejar el campo libre. Cuando el Dios verdadero entra en escena todo palidece y desaparece.

Dios no está tan alejado del hombre que le impida todo contacto con él. Dios interviene en sus "negocios". Y cuando el hombre siente su presencia o se beneficia de su paso entonces le celebra. La alabanza "corea" la acción de Dios. Alabar es el gesto espontáneo del hombre que ha sido "alcanzado" por Dios.

La experiencia de Israel en torno a su Dios fue, sobre

⁴ Cf X. LEÓN DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica*, Herder, Barcelona 1976, art. *Alabanza, Bendición*, etc.

todo, una experiencia de salvación, de liberación y de guía providencial. Si se hubiera preguntado a un israelita: ¿quién es Dios para ti?, la respuesta hubiera sido algo parecido a lo que sigue: Dios, para mí, es el que salió al encuentro de mi padre Abrahán, el que le escogió y le hizo una promesa magnífica (Gén 12,1-4); Dios es el que vio la aflicción de mis padres en Egipto, oyó su clamor, conoció sus sufrimientos y bajó para liberarles (Ex 3,7-8); Dios es el que les sacó de la casa de servidumbre (y a mí con ellos) en medio de muchos signos y prodigios, con mano poderosa y brazo extendido, el que los salvó milagrosamente junto al Mar Rojo (Ex 14,15-31) e hizo una alianza con ellos en el monte santo de Sinaí y les dio su ley y les convirtió en su propiedad personal (Ex 19-20); Dios es el que les condujo por el temible desierto hasta la tierra prometida... Dios es la Realidad que me sale al encuentro a mí, aquí y ahora, el que me salva, me protege y me ama. Ese es mi Dios y yo le alabo.

El Dios de Israel se manifestó siempre en gestos concretos, en acciones visibles y experimentables. Los hombres del pueblo de Dios jamás hicieron un salto de la filosofía a la teología. Partieron siempre de la experiencia de un encuentro con el Dios vivo. Israel "vio" a Dios en los hechos de la vida concreta. La imagen que se hizo de él no la dedujo de la contemplación de la naturaleza. El Dios de Israel no fue ni un dios astral ni un dios dador de la fertilidad. Los "hechos" fueron el lenguaje de Dios a su pueblo. En ellos, Israel comprendió quién era su Dios, cuáles eran sus intenciones y proyectos. En las maravillas realizadas en su favor contempló su poder y grandeza, su capacidad y amor. Y así nació la alabanza, como la única respuesta adecuada al Dios revelado⁵.

La acción de Dios en la *historia de Israel* fue el primer motivo generador de alabanza. Y el hecho fundamental que estremeció e hizo palpar de gozo al pueblo de Dios fue... el milagro del Mar Rojo (Ex 14-15).

Israel había contemplado la mano de Dios en las pla-

gas con las que había castigado a los egipcios (Ex 7-11). Pero allí, junto al mar, vio algo insuperable. Cuando todo parecía perdido, cuando los egipcios atacaban por detrás y el mar estaba por delante como una muralla infranqueable, cuando ya no había salida humana... Dios intervino y salvó a los suyos. Israel contempló la acción de Dios, mudo de asombro. Y le alabó con danzas y canciones:

"Cantaré a Yavé,
que tan maravillosamente ha triunfado.
Caballo y caballero
precipitó en el mar.
Mi fortaleza y mi cántico es Yavé;
El fue mi salvación.
El es mi Dios, yo le alabaré;
el Dios de mi padre, le ensaltaré.
Yavé es un fuerte guerrero;
Yavé es su nombre...
Tu diestra, Yavé, gloriosa en la potencia;
tu diestra, Yavé, abate al enemigo.
En tu sublime majestad abates a tus adversarios...
¿Quién igual a ti, Yavé,
entre los dioses?
¿Quién igual a ti,
sublime en santidad?
¡Tremendo en gloria,
autor de maravillas!
Desplegaste tu mano, la tierra los tragó.
Guiaste en tu bondad
al pueblo que salvaste;
lo llevaste en tu poder
a tu santa mansión...
María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó en sus manos un címbalo y las mujeres salieron tras ella con címbalos y en coros. Y María les respondía:
Cantad a Yavé, que tan maravillosamente ha triunfado:
¡Caballo y caballero precipitó en el mar!" (Ex 15,1-21).

Pero el milagro del Mar Rojo no fue más que el comienzo de la obra salvífica de Dios en favor de su pueblo. La historia de Israel fue el escenario continuo de la acción de Dios. Su obra salvadora, un motivo permanente de alabanza.

⁵ Cf P. DRIJVERS, *Los Salmos. Introducción a su contenido espiritual y doctrinal*, Herder, Barcelona 1962, 88-104.

La meditación serena y gozosa de las maravillas de Dios provocó una alabanza constante en Israel. Antes de saber que su Dios era el Creador y el Rey del universo, Israel le percibió como su Señor y Salvador, como el Dios de la elección y de la alianza, el Dios de las promesas, el Dios que había prometido y dado la Tierra, el que siempre guiaba sus pasos. La acción de Dios fue celebrada con hermosos cánticos de alabanza:

¡Aleluya!

Alabad el nombre de Yavé...

Porque Yavé ha escogido a Jacob,
a Israel como su propiedad...

Hirió a los primogénitos de Egipto,
desde el hombre al ganado.

Hizo señales y prodigios,
dentro de ti, oh Egipto,

contra Faraón y todos sus ministros.

Desbarató a naciones numerosas,
dio muerte a reyes poderosos...

y dio sus tierras en herencia,

en herencia a su pueblo Israel.

¡Oh Yavé, tu nombre para siempre,
de edad en edad, oh Yavé, tu memoria! (Sal 135,1ss).

¡Aleluya!

Celebrad a Yavé, porque es bueno,
porque es eterna su bondad...

El que hirió en sus primogénitos a Egipto...

y de allí sacó a Israel...

con mano fuerte y tenso brazo...

El que el Mar Rojo dividió en dos partes...

y por el medio a Israel hizo pasar...

mientras a Faraón hundió en él con su ejército...

El que guió a su pueblo en el desierto...

hirió a grandes monarcas...

y dio muerte a monarcas poderosos...

Y dio sus tierras en herencia...

en herencia a su siervo Israel...

El que en nuestra humillación se acordó de nosotros...

y nos salvó de nuestros enemigos...

¡Celebrad al Dios del cielo,
porque es eterna su bondad! (Sal 136,1ss).

¡Alabad a Yavé, aclamad su nombre,

anunciad entre las gentes sus obras,
cantadle, salmos entonadle,

sus maravillas todas repetid...

¡Oh raza de Abrahán, su servidor,

oh hijos de Jacob, su elegido!

El, Yavé, es nuestro Dios,

para toda la tierra son sus juicios.

El se acuerda por siempre de su Alianza,

de la palabra promulgada por mil generaciones,

del pacto que firmó con Abrahán,

y el juramento que hizo a Isaac,

y el que en ley erigió para Jacob,

para Israel en alianza eterna,

diciendo: "Te dejaré la tierra de Canán,

vuestra parte de herencia".

Mientras ellos eran de escaso número,

pocos y extraños en aquella tierra,

mientras iban de nación en nación,

de un reino a un pueblo diferente,

y nadie permitió oprimirlos,

y a causa de ellos castigó a los reyes:

"No toquéis a mis ungidos,

ni mal alguno hagáis a mis profetas".

Atrajo el hambre sobre aquella tierra,

y quebrantó su sustento del pan... (Sal 105,1-45:

compendio de la historia de Israel).

Me acuerdo de las hazañas de Yavé;

sí, me acuerdo de antaño,

de los prodigios tuyos,

medito en todas tus obras,

y en tus portentos reflexiono.

¡Oh Dios, santa es tu senda!

¿Qué Dios es grande

como nuestro Dios?

Tú, el Dios que obra portentos,

diste a conocer

entre los pueblos tu potencia;

con tu brazo a tu pueblo redimiste,

a los hijos de Jacob y de José.

Viéronte, oh Dios, las aguas,

las aguas te vieron, temblaron,

también se estremecieron los abismos...

tu camino se abrió a través del mar,

por las enormes aguas tu sendero,

y no se vieron tus pisadas.
Guiaste a tu pueblo cual rebaño,
por la mano de Moisés y Aarón (Sal 77,12-21).

Alabad a Yavé, porque es bueno,
cantad a nuestro Dios, porque es dulce,
suya es la alabanza...
El a Jacob reveló su palabra,
sus leyes y sus preceptos a Israel:
¡No hizo tal con ninguno de los pueblos,
sus preceptos no les manifestó! (Sal 147,1.19-20).

Yavé merecía una alabanza eterna por todo lo que había hecho en favor de su pueblo, por sus gestos y sus maravillas. El le escogió como su *herencia*, como su *propiedad personal* de entre todos los pueblos de la tierra. Sólo Israel gozó de la intimidad de Dios. Sólo él podía decir de Yavé: “Es mi Dios”. Entre Yavé e Israel hubo un pacto eterno.

Yavé era el Dios de las promesas inmerecidas, el Dios que cumplía siempre la palabra empeñada, el Dios dialogante que manifestó sus planes a un pequeño pueblo. Con ninguna otra nación de la tierra Yavé hizo algo semejante. Ningún otro pueblo fue tan amado como Israel. Yavé hizo, en verdad, un despliegue de bondad y de poder en favor de la casa de Israel.

De Israel brotó hacia el Señor una alabanza magnífica. A pesar de sus infidelidades y pecados, la casa de Jacob jamás pudo olvidar a su Dios, a aquel Dios que en los momentos más duros de su historia había intervenido y continuaba salvando y amando por encima de toda infidelidad.

En la contemplación de su historia, Israel encontró motivos de alabanza tan poderosos, que no tuvo más remedio que cantar a su Dios y enseñar a sus hijos, generación tras generación, a celebrarle con entusiasmo.

En los *grandes acontecimientos* y en la *vida de cada día*, Israel fue haciendo la experiencia de Dios, fue descubriendo con admiración todos sus *atributos*: su amor y ternura, su clemencia y su fidelidad, su perdón y su lealtad... Y en ellos encontró un bello y renovado motivo de alabanza:

¡Oh Yavé, tu bondad llega hasta los cielos;
hasta las nubes tu fidelidad;
como los montes excelsos es tu justicia,
como el profundo mar tus juicios!
Al hombre y a la bestia salvas tú, Yavé.
Oh Dios, ¡qué preciosa es tu gracia!
Los hijos de los hombres se acogen
a la sombra de tus alas (Sal 36,6-8).

Bendice a Yavé, alma mía,
todo lo que hay dentro de mí, su santo nombre;
bendice a Yavé, alma mía,
no olvides sus muchos beneficios.
El que perdona todas tus ofensas,
y te cura de toda enfermedad;
el que rescata tu vida de la fosa,
y te corona de gracia y de bondad,
el que harta tus años de bienes:
tu juventud se renueva como el águila...
Yavé es piadoso y compasivo,
tardo a la ira, lleno de bondad;
no dura eternamente su querella,
no persiste por siempre su rencor;
no nos trata conforme a nuestras culpas,
ni nos paga según nuestras ofensas.
Pues cuanto es alto el cielo de la tierra,
así es grande su amor para quienes le temen;
cuanto dista el Oriente de Occidente
aleja El de nosotros nuestras culpas.
Como se apiada un padre de sus hijos,
se apiada Yavé de los que le temen;
El sabe de qué estamos plasmados,
se acuerda de que somos polvo...
Mas la bondad de Yavé para quienes le temen,
desde siempre hasta siempre,
y su justicia para los hijos de sus hijos,
para aquellos que guardan su Alianza,
y se acuerdan de cumplir sus preceptos (Sal 103,1-18).

Te ensalzaré, oh Rey Dios mío,
bendeciré tu nombre para siempre jamás...
se exalta la memoria de tu inmensa bondad,
se aclama tu justicia.
Yavé es tierno y clemente,
tardo a la ira y lleno de bondad.

Bueno es Yavé para con todos,
piadoso para con todas sus obras (Sal 145,1.7-9).

¡Aleluya!

Celebrad a Yavé, porque es bueno,
porque es eterna su bondad (Sal 136,1-26:
el estribillo es repetido 26 veces).

Las gracias de Yavé celebraré,
las maravillas de Yavé,
por todo lo que ha hecho con nosotros Yavé,
lleno de bondad para la casa de Israel,
por todo lo que ha hecho con nosotros en su clemencia
y en la multitud de sus gracias (Is 63,7).

¡Alabad a Yavé todas las gentes,
celebradle todas las naciones!
Porque grande es su amor para nosotros,
por siempre su verdad (Sal 117,1-2).

¡Aclamad a Yavé toda la tierra...!
¡Entrad en sus pórticos con laudes,
con himnos en sus atrios,
alabadle, su nombre bendecid!
Porque bueno es Yavé,
eterna su misericordia,
de edad en edad su fidelidad (Sal 100,1.4-5).

Te alabaré ante los pueblos, oh Señor,
te cantaré a Ti entre las naciones;
pues grande hasta los cielos es tu gracia,
hasta las nubes tu verdad (Sal 57,10-11; 108,4-5).

Bueno es celebrar a Yavé,
cantar a tu nombre, oh Altísimo,
y publicar tu bondad por la mañana,
tu fidelidad a lo largo de las noches,
al son del salterio de diez cuerdas y la lira,
y una canción al arpa (Sal 92,2-4).

La gloria de Dios no sólo se ve en la creación del mundo y en los grandes hechos de la historia de la salvación, sino también en la vida de cada día, en los detalles que tiene para con sus criaturas.

Los textos bíblicos contemplan a Yavé como el Dios de los amores y de los perdones, de las generosidades y de las bondades sin fin, como el Señor que corona de amor y de ternura a los suyos, como el Dios que no lleva cuenta

de los pecados, de los olvidos y rebeldías, el Dios que todo lo olvida, que no guarda rencor, que tiene entrañas de misericordia, el Dios fiel, leal, cuyo amor es grande hasta los cielos...

Israel, al contemplar las maravillas del amor y del perdón de Dios, elevó hacia el cielo un canto de alabanza extasiado.

En los hechos de su historia y en los gestos de la vida de cada día, Israel fue descubriendo más y más la *grandeza* y la *majestad* y la *gloria* de Dios y se explayó en gritos de alabanza:

¡Bendice a Yavé, alma mía!
¡Yavé, Dios mío, qué grande eres!
Vestido estás de majestad
y de esplendor,
arropado de luz como de un manto.
Tú despliegas los cielos
lo mismo que una tienda,
alzas sobre las aguas tus moradas.
Haces tu carro de las nubes,
sobre las alas del viento te deslizas.
Tomas por mensajeros a los vientos,
a las llamas del fuego por ministros (Sal 104,1-4).

¡Tributad a Yavé, oh hijos de Dios,
tributad a Yavé gloria y poder!
Tributad a Yavé la gloria de su nombre,
adorad a Yavé con atavío santo.
¡Voz de Yavé sobre las aguas!
El Dios de gloria truena:
¡Yavé sobre las aguas incontables!
¡Voz de Yavé con fortaleza,
voz de Yavé con majestad!...
en su templo todo clama: ¡Gloria! (Sal 29,1-9).

Los cielos celebran, Yavé, tus maravillas,
tu fidelidad en la asamblea de los santos.
Porque ¿quién en las nubes se compara a Yavé,
quién a Yavé se iguala entre los hijos de Dios?
Dios temible en el consejo de los santos,
grande y terrible a todo su cortejo.
Yavé, Dios Sebaot, ¿quién como Tú?
Poderoso eres, Yavé; tu fidelidad te envuelve.

Tú dominas la soberbia del mar,
la hinchazón de sus olas Tú reprimes;
Tú hendiste a Rahab, atravesado,
a tus enemigos dispersaste
con tu potente brazo.
Tuyo es el cielo,
también la tierra es tuya,
el mundo y cuanto encierra Tú fundaste;
Tú creaste el Norte y Mediodía,
el Tabor y el Hermón
exultan en tu nombre.
Tuyo es el brazo poderoso,
fuerte tu mano, sublime tu derecha;
la Justicia y el Derecho
son la base de tu trono,
la gracia y la fidelidad
van delante de ti (Sal 89,6-15).

¡Alabad, siervos de Yavé,
alabad al nombre de Yavé!
¡Bendito sea el nombre de Yavé,
desde ahora y para siempre!
¡Desde que sale el sol hasta su ocaso,
sea loado el nombre de Yavé!
¡Excelso sobre todas las gentes, Yavé,
su gloria por encima de los cielos!
¿Quién como Yavé, nuestro Dios,
que se sienta en lo alto
y se rebaja para ver cielos y tierras? (Sal 113,1-6).

¡Alaben todos el nombre de Yavé,
porque es sublime su nombre, sólo El,
su majestad por encima de la tierra y el cielo!
(Sal 148,13).

Reina Yavé, los pueblos tiemblan;
se sienta sobre querubines,
la tierra se conmueve.
Grande es Yavé en Sión,
excelso sobre los pueblos.
Celebren tu nombre grande y venerable:
Santo es El (Sal 99,1-3).

Será su nombre bendito para siempre,
cuanto el sol su nombre durará.
En él serán benditas todas las razas de la tierra...

¡Bendito sea Yavé, Dios de Israel,
el único que hace maravillas!
¡Bendito sea su nombre glorioso para siempre;
toda la tierra se llene de su gloria!
¡Amén! ¡Amén! (Sal 72,17-19).

¡Oh Yavé, Señor nuestro,
qué grande es tu nombre por toda la tierra,
tu majestad cantada por encima de los cielos! (Sal 8,2).

Bendito seas Tú, Yavé, Dios de Israel, nuestro padre,
desde la eternidad y para siempre.
Tuya es, Yavé, la grandeza, el poder, el honor,
la majestad y la gloria,
pues todo cuanto hay en el cielo
y en la tierra es tuyo.
Tuyo, Yavé, es el reino,
porque te alzas soberanamente sobre todo.
La riqueza y la gloria te preceden,
Tú eres el dueño de todo;
en tu mano está la fuerza y el poder,
en tu mano encuentran estabilidad y grandeza
todas las cosas.
Ahora, Dios nuestro,
te celebramos y alabamos tu glorioso Nombre
(1 Crón 29,10-13).

Los términos con que Israel definió, o mejor, describió a su Dios suenan a algo gigantesco. Los autores inspirados quisieron hacer conscientes a sus hermanos de la terrible majestad de Dios, de su santidad absoluta, de su grandeza por encima de toda idea o cálculo humano. Ninguna comparación era adecuada a su "infinita infinitud". Yavé no podía ser visto, su imagen no podía ser reproducida. Yavé no era un dios más, ni siquiera el más grande de los dioses: era el Dios único y verdadero, seguro de sí mismo, que nunca se bajaba del pedestal para dejar su puesto a otro dios.

Así fue captando Israel que su Dios se merecía una alabanza infinita, de acuerdo con su ilimitada grandeza.

La fe de Israel fue, paso a paso, ampliando su horizonte y llegó donde tenía que llegar: a la contemplación de Dios como *creador del mundo, como soberano de los*

cielos y de la tierra. El Dios que conducía su historia y su vida de cada día era el Creador del universo.

En la medida en que Israel se fue familiarizando con la acción redentora de Yavé, aprendió también a reconocerle como Señor absoluto del mundo. Dios, su Dios, no sólo redimía y guiaba a un pueblo insignificante: era “el Primero y el Último”, el “Eterno y el Novísimo”, el “que era, es y será” por siempre. Fuera de Yavé no había otros dioses. El lo había creado todo con un poder absoluto, con una palabra salida de su boca, y todo se mantenía en la existencia por su acción misericordiosa. Yavé “habló” y las cosas fueron hechas. A una orden suya el mundo comenzó a palpitar de vida.

El mismo impulso que llevó a Israel a alabar a su Dios como redentor y libertador le llevó a festejarle y bendecirle como Creador. Por derecho de creación, Yavé merecía la alabanza y el homenaje del mundo entero. Israel expresó en hermosos cánticos su alabanza al Dios soberano:

Tú despliegas los cielos
lo mismo que una tienda,
alzas sobre las aguas tus moradas...
Sobre sus bases afincas la tierra,
incommovible por los siglos
de los siglos.
Del océano la cubres cual vestido,
sobre los montes continuaban las aguas... (cf Sal 104,1-35).

¡Alabad a Yavé desde los cielos,
alabadle en las alturas...!
¡Alabadle, sol y luna,
alabadle, todas las estrellas de luz,
alabadle, cielos de los cielos,
y aguas que estáis encima de los cielos!
¡Alaben el nombre de Yavé,
pues El ordenó y fueron creados;
El los fijó para siempre, por los siglos,
dio una ley que nunca cambiará! (Sal 148,1.3-6).

Tu majestad cantada por encima de los cielos...
Cuando veo tus cielos,
hechura de tus manos,
la luna y las estrellas que pusiste... (Sal 8,2.4).

¡Celebrad a Yavé, porque es bueno,
porque es eterna su bondad!
Celebrad al Dios de los dioses,
porque es eterna su bondad;
celebrad al Señor de los señores,
porque es eterna su bondad.
El que hizo, solo, maravillas,
porque es eterna su bondad.
El que hizo los cielos con sabiduría,
porque es eterna su bondad;
sobre las aguas extendió la tierra,
porque es eterna su bondad.
El que hizo los grandes luminares,
porque es eterna su bondad;
el sol para presidir el día,
porque es eterna su bondad;
la luna y las estrellas para presidir la noche,
porque es eterna su bondad... (Sal 136,1-9).

Por la palabra de Yavé los cielos fueron hechos,
por el soplo de su boca toda su armada.
Como en un odre El allega las aguas de los mares,
en depósitos pone los abismos.
¡Oh, tiemble ante Yavé toda la tierra,
le teman todos los que habitan el orbe!
Pues El habló y se hizo,
mandó El y así fue (Sal 33,6-9).

La alabanza de un ser vivo se celebra con la exaltación de sus cualidades, con el elogio de lo que él es y de todo lo que hace. Dios es alabado como Señor de toda la creación. Todo cuanto existe en el cielo, en la tierra y en los abismos es suyo, le pertenece. Todo obedece a su voz. Todo está regulado por su providencia y amor. El es el Señor y sustentador de todo lo creado, el que dispone el orden admirable de las cosas, el que conserva su perfecto engranaje. Cada cosa está en su sitio, ordenada según su condición, sin entrar en colisión con las otras. Dios, desde lo alto del cielo, no olvida la tierra, sino que cuida de cada uno de los seres que en ella existen, cuida de los insectos, de los peces y de los hombres.

Israel vio el orden admirable del universo: la fidelidad del mundo a sus propias leyes, el curso fijo de los astros,

la variedad de los fenómenos meteorológicos, la estabilidad del disco de la tierra, el curso de las aguas, su utilidad para la tierra y para los hombres, las costumbres de los animales salvajes y domésticos... y alabó a su Dios por todo ello.

El pueblo de Dios contempló el mundo con asombro, lo vio como algo abierto, en estado de espera, siempre "aguardando" a su Señor. Hasta tal punto eso era verdad, que si Dios retirara por un momento su aliento vital, su espíritu, el mundo volvería al caos inicial, a la nada de la que había sido sacado.

Del mundo, de cada cosa en particular, emana una alabanza para el Señor. Los astros gigantescos transmiten día a día un canto de alabanza. Las estrellas recogen el relevo por la noche. La creación entera es como un susurro que celebra la grandeza de Aquel que lo hizo todo.

La alabanza al Señor se alimentó profundamente en la contemplación de la obra creadora y providente. El, el Soberano, debía ser alabado por todas sus criaturas.

La confesión de la realeza de Dios: "¡Yavé reina!" "¡Yavé es rey!", fue suficiente motivo para provocar a Israel a una espléndida alabanza. En ella se resumía toda su fe. El era el soberano del mundo. El tenía derecho a todo homenaje:

¿Quién es el rey de la gloria?
Yavé, el fuerte, el poderoso,
Yavé, poderoso en el combate.
¡Oh puertas, levantad vuestros dinteles,
alzaos, puertas eternas,
que entre el rey de la gloria!
¿Quién es el rey de la gloria?
Yavé Sebaot es el rey de la gloria (Sal 24,8-10).

¡Oh pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con voz de júbilo!
Porque Yavé es excelso, terrible,
gran rey sobre toda la tierra...
Dios sube entre clamores,
Yavé, al clangor de la trompeta:
¡Cantad a nuestro Dios, cantad,
cantad a nuestro Rey, cantad!

El es rey sobre la tierra toda:
¡cantad a Dios un himno!
Reina Dios sobre las naciones,
está sentado en su trono sacrosanto (Sal 47,2-3.6-9).

¡Venid, cantemos gozosos a Yavé,
aclamemos a la roca de nuestra salvación;
con alabanzas vayamos ante El,
aclamémosle con cánticos.
Porque es Yavé un Dios grande,
un rey grande sobre todos los dioses;
en sus manos están las honduras de la tierra,
y cuyas son las cimas de los montes (Sal 95,1-4).

¡Cantad a Yavé un cántico nuevo,
cantad a Yavé toda la tierra!
¡Cantad a Yavé, su nombre bendecid!
Proclamad su salud día tras día,
su gloria publicad entre las gentes,
entre todos los pueblos sus portentos.
¡Grande es Yavé y muy laudable,
temible más que todos los dioses!
Pues nada son
todos los dioses de las gentes,
pero Yavé los cielos hizo.
Delante de El esplendor y majestad,
potencia y hermosura en su Santuario.
Rendid a Yavé,
familias de los pueblos,
rendid a Yavé gloria y potencia,
rendid a Yavé la gloria de su nombre...
Decid por las naciones:
"Yavé es el que reina"... (Sal 96,1-8.10).

¡Reina Yavé, la tierra se alboroce,
alégrense las islas incontables! (Sal 97,1).
¡Aclamad a Yavé toda la tierra,
alegraos, regocijaos, cantad!
Cantad a Yavé al son del arpa,
al son del arpa y del salterio;
al son de la trompeta y la corneta aclamad
ante la faz del rey Yavé.
Retumbe el mar y cuanto encierra,
el mundo y los que en él habitan;
todos los ríos batan palmas,
a la vez las montañas griten de alegría

ante Yavé, pues viene
a juzgar la tierra (Sal 98,4-9).

Alábenle, oh Yavé, tus obras todas,
y tus fieles te bendigan;
anuncien la gloria de tu reino,
de tu potencia hablen;
para enseñar a los hombres tu potencia,
el esplendor de gloria de tu reino.
Tu reino, un reino por los siglos,
tu imperio, por todas las edades (Sal 145,10-13).

Yavé es el Rey de reyes y el Señor de los señores. Ante él toda rodilla debe doblarse. El mundo se estremece cuando se anuncia su llegada: los pueblos y sus habitantes se alegran y le aclaman con gritos de victoria; el mar y cuanto en él habita estalla de gozo, el campo exulta, los árboles del bosque le aplauden, los montes se derriten como cera, la tierra entera se alegra y los mismos cielos se regocijan...

El reinado de Yavé es eterno, nunca pasará. No se contabiliza, pues, ni por años, ni por generaciones, ni por siglos. Su soberanía es total en el tiempo y en el espacio, en extensión y en intensidad. Dios señorea sobre el mundo y para siempre.

En la proclamación de la realeza de Yavé, Israel halló uno de los más bellos motivos de alabanza. El lenguaje que utilizó para describir la soberanía absoluta de Dios raya en lo sublime. Dios reina entre el estremecimiento general, entre las aclamaciones de todos los seres. La alabanza del mundo le llega como una ofrenda de la tarde, como un sacrificio de olor agradable.

La comunidad es el lugar teológico normal donde Dios es alabado. Pero la comunidad está compuesta de pequeños grupos y de hombres particulares. Con frecuencia es uno de esos grupos o un individuo el que se beneficia de la acción salvadora del Señor. La *salvación de los humildes* hizo estallar una incomparable alabanza en Israel. Contemplar al Dios grande ocupándose de los pequeños y de los desvalidos fue un espectáculo que Israel jamás pudo olvidar.

Alabad a Yavé, porque es bueno,
cantad a nuestro Dios, porque es dulce,
suya es la alabanza...
sana a los de roto corazón
y venda sus heridas...
Yavé sostiene a los humildes (Sal 147,1.3.6).

Yavé sostiene a todos los que caen,
a todos los doblegados endereza (Sal 145,14).

¡Alaba a Yavé, alma mía!
Alabaré a Yavé mientras viva,
a mi Dios cantaré mientras exista...
Feliz aquel que en el Dios de Jacob tiene su apoyo,
y su esperanza en Yavé, su Dios,
el que hizo los cielos y la tierra,
el mar y todo cuanto abarcan;
el que guarda por siempre la fidelidad,
hace justicia a los oprimidos,
da el pan a los hambrientos;
Yavé, el que suelta a los encadenados;
Yavé, el que abre los ojos de los ciegos;
Yavé, el que endereza a los curvados;
Yavé, el que ama a los justos;
Yavé, el que protege al extranjero,
a la viuda y al huérfano sostiene (Sal 146,1-2.5-9).

¡Excelso sobre todas las gentes, Yavé,
su gloria por encima de los cielos!
¿Quién como Yavé, nuestro Dios,
que se sienta en lo alto
y se rebaja para ver cielos y tierra?
El levanta del polvo al indigente,
del estiércol saca al pobre,
para sentarle con los príncipes,
con los príncipes de su pueblo.
El asienta a la estéril en su casa,
madre gozosa en medio de sus hijos (Sal 113,4-9).

Los ojos de Yavé sobre los justos,
y sus oídos para su clamor...
Gritan los justos y Yavé los oye,
y los libra de todas sus angustias.
Cerca está Yavé de los de quebrado corazón,
y salva a los de espíritu abatido (Sal 34,16.18-19).

Yo te ensalzo, Yavé,
porque me has liberado;
no has dejado reírse de mí a mis enemigos.
Yavé, Dios mío,
clamé a Ti y me sanaste.
¡Oh Yavé, Tú sacaste mi alma del sol,
me has salvado de entre aquellos
que bajan a la fosa!
¡Cantad a Yavé, devotos suyos,
dad gloria a su santo Nombre!
Porque dura su cólera un instante,
toda la vida su favor...
Trocaste para mí
el llanto en una danza,
desnudaste mi saco y me ceñiste de júbilo;
para que te cante mi corazón sin tregua;
Yavé, Dios mío, te alabaré eternamente (Sal 30,1-6.12-13).

Los que a Yavé teméis, dadle alabanza;
toda la raza de Jacob, glorificadle,
veneradle, toda la raza de Israel.
Pues El no despreció, ni desdeñó el lamento del pobre,
ni le ocultó su rostro,
mas cuando le invocaba le escuchó (Sal 22,24-25).

Esa fue la realidad que contemplaron los ojos de Israel: el Dios inmenso se preocupa de los pequeños, veda los corazones rotos, ensalza a los humildes, sana las heridas de sus fieles, da fecundidad al seno estéril, sacia de pan a los hambrientos y de agua a los sedientos, endereza a los encorvados, rompe las cadenas de los prisioneros, da vista a los ciegos, protege a los huérfanos y a las viudas, libra a los explotados de las manos opresoras, levanta del estiércol al pobre del país y le hace tomar asiento con los príncipes del pueblo, cambia el sayal de luto por vestidos de fiesta, hace pasar al desdichado del dolor a la alegría, de la muerte a la vida...

El Señor no sólo dirige el mundo desde lo alto de su palacio, sino que se abaja, mira y salva. El "trascendente" es al mismo tiempo el "condescendiente". En el gesto de descender, Israel vio la grandeza y la providencia de su Dios. Su majestad aparece, quizá, más espléndidamente en la manifestación de su misericordia que en la misma

obra de la creación. Lo maravilloso de Dios no es que sea inmensamente grande, sino que tenga piedad de lo que es minúsculo e insignificante, que ame con amor de preferencia a los humildes y haga florecer la vida en las entrañas estériles y la limpieza en las carnes de los leprosos.

Nada de lo que sucede en el mundo escapa a su control. La vida de la creación entera está en sus manos. Pero le preocupa más un corazón quebrantado que todas las constelaciones juntas.

Así de maravilloso es el Señor. Israel bebió en las fuentes de la condescendencia divina hacia los humildes uno de los motivos más espléndidos de la alabanza que tributó a su Dios.

¿Por qué la alabanza a Dios? Por todos y cada uno de los motivos indicados. Porque Israel se encontró siempre con un Dios que le salvó y continuaba salvándole, con el Dios de los signos y de los prodigios, con el Señor que le había coronado de amor y de ternura, le había dado su ley, se había comprometido en eterna alianza y le había introducido en su intimidad. El Dios que sus ojos fueron viendo era incomparable, lleno de majestad y grandeza, el único Dios. Su rostro se podía ver en los detalles de la vida de cada día: era tierno, bondadoso, lleno de misericordia, fiel contra toda infidelidad, perdonador de todo pecado. Todo lo que él tocaba estallaba de vida. Desde su trono se abajaba para mirar a los pobres. El era un Dios para Israel. Por eso brotó tan espontánea la alabanza en el pueblo de Dios.

Israel no pudo callar lo que vieron sus ojos. Y así, la alabanza fue adquiriendo todos los tonos y todas las modalidades. Israel tocó todos los resortes a su disposición para deleitar al Señor. Puso al mundo entero en movimiento. Su Dios merecía una alabanza dulce y armoniosa, de proporciones infinitas, en las que estaba comprometido el mundo por los siglos de los siglos. Ni una sola voz podía estar callada. Alabar a Dios debía ser la ocupación y preocupación de toda la creación.

Israel conservó el recuerdo imborrable de las acciones de Dios. Los que fueron testigos oculares de ellas las con-

taron a sus hijos, y los hijos las transmitieron a las generaciones siguientes, como un depósito sagrado, como un tesoro impercedero. Los hechos de Dios fueron recordados y actualizados constantemente en las fiestas, en el marco de la liturgia sagrada. Los sacerdotes contaban las maravillas que Dios había hecho en favor de la casa de Israel, organizaban las procesiones, los coros especializados en el canto se unían a la alabanza, los músicos lanzaban a porfía los sonidos más extraordinarios, la muchedumbre, vestida con sus trajes de fiesta, aclamaba al Señor, repitiendo sin cesar: "Santo, santo, santo es Yavé"; "es bueno Yavé, es eterna su misericordia", etc.⁶.

Los hombres de Israel fueron aprendiendo lentamente a vivir su vida de cada día como si se tratara de un día de fiesta, es decir, con la alabanza a Dios en sus labios, bendiciéndole en todo momento. Aprendieron a "vivir en alabanza".

Los cantos y la alabanza de Israel procedieron de una experiencia religiosa desbordante y juvenil. En ella no hubo nada de rutina o formulismo, de costumbre o de tedio, sino admiración y asombro continuo por Dios. En los cantos de alabanza de Israel se siente la espontaneidad de ese entusiasmo por el Dios vivo. Es un entusiasmo que no analiza, ni raciocina, ni somete a prueba. Dios aparece en pleno ejercicio de su poder, en todo su esplendor y majestad. Y Dios exige al hombre toda su concentración, toda su capacidad de atención, de tal modo que la alabanza haga desaparecer o pasar a segundo plano las ideas y proyectos de su corazón. La alabanza debe ser el estilo de vida del hombre que ha descubierto el rostro de Dios⁷.

3. Bendice, alma mía, al Señor

No existe un pueblo sin hombres particulares, ni comunidad sin individuos. La experiencia de Dios no sólo llega a la comunidad en general, sino también a los hombres concretos. Cuando Dios "roza" al hombre ya nadie puede ocupar su puesto en la alabanza. Nadie puede ver por sus ojos, cantar con su lengua o amar con su corazón. El hombre, cuyos ojos han "visto" a Dios, está comprometido para siempre en la alabanza. Su alma y su cuerpo, su espacio y su tiempo. Todo su ser se convierte en una canción de alabanza. Si él no alaba, la creación se resiente; si él no canta, la creación conocerá una canción de menos para dirigirse al Señor. La voz del hombre concreto no puede fallar. Su clamor de júbilo tiene que llegar hasta la presencia del Altísimo:

Puso en mi boca un canto nuevo,
un himno (una alabanza) a nuestro Dios (Sal 40,4).
Mi boca estaba llena de tu alabanza,
de tu gloria todo el día (Sal 71,8).
¡Diga mi boca la alabanza de Yavé! (Sal 145,21).
¡Sin medida celebraré a Yavé con mis labios,
entre la multitud le alabaré! (Sal 109,30).
Siempre en mi boca su alabanza (Sal 34,2; 71,6).
Y alabará mi boca con labios jubilosos (Sal 63,6).
A El grito mi boca
y con mi lengua le ensalcé (Sal 66,17).
Abre mis labios, oh Señor,
y anunciará mi boca tu alabanza (Sal 51,17).
Cuando te cante, exultarán mis labios,

⁶Cf P. DRIJVERS, *Los salmos*, o.c., 73-74.

⁷Ib., 88.

y mi alma, a los que redimiste.
 Así mi lengua todo el día
 repetirá tu justicia (Sal 71,23-24).
 Mis labios prorrumpan en un himno (Sal 119,171).
 Pues es mejor tu gracia que la vida,
 tu alabanza mis labios cantarán (Sal 63,4).
 El Señor me dio por recompensa una lengua
 con la que le alabaré (Eclo 51,22).
 Te exaltaré, oh Yavé, con todo el corazón,
 anunciaré todas tus maravillas (Sal 9,2).
 Doy gracias a Yavé de todo corazón (Sal 111,1).
 Para que te cante mi corazón sin tregua;
 Yavé, Dios mío, te alabaré eternamente (Sal 30,13).
 Y ahora, de todo corazón,
 entonad himnos
 y bendecid el nombre del Señor (Eclo 39,35).
 Bendice a Yavé, alma mía,
 todo lo que hay dentro de mí su santo nombre (Sal 103,1).
 ¡Alaba a Yavé, alma mía!
 Alabaré a Yavé mientras viva,
 a mi Dios cantaré mientras exista (Sal 146,1-2).
 ¡Viva mi alma para alabarte! (Sal 119,175).

Ciertos filósofos griegos inventaron bellas teorías para explicar la composición del ser humano. En el hombre podían distinguirse como dos partes complementarias y antagónicas: el alma y el cuerpo. Al caer en el cuerpo, el alma perdía su libertad, quedaba como prisionera. Su máxima aspiración era la liberación de la materia que la oprimía...

Sobre esas teorías de la filosofía griega se montaron sistemas de ascetismo muy duros para domar el cuerpo, declarado como enemigo del alma, como algo despreciable. El cuerpo fue ridiculizado. Se pusieron en evidencia sus fallos y debilidades. Era como un lastre para el alma.

¿Lo es de verdad? ¿Es el cuerpo un obstáculo para el trabajo del espíritu, un compañero sin formas, que exige y grita y termina por turbar al alma? ¿Es el cuerpo un mal compañero para el hombre?

El cuerpo es criatura de Dios. Salió "muy bueno" de sus manos. Es una obra perfecta del "alfarero" divino. ¿Qué sería el hombre sin él? El alma no puede actuar por

sí sola. No hay actos del cuerpo y actos del alma, sino actos del hombre, del cuerpo y del alma inseparablemente unidos. Con el cuerpo se sirve y se glorifica a Dios lo mismo que con el alma. Dios mismo no tuvo vergüenza en asumir esta carne humana, con frecuencia enferma y dolorida, y convertirla en el instrumento de la más perfecta alabanza al Padre del cielo.

El hombre de Israel comprendió, mejor que los filósofos griegos, la valía del cuerpo humano. Es el hombre, en su totalidad y con cada una de sus partes, es este ser humano entero y concreto el que debe alabar a Dios. Es esta carne la que se convierte en un canto de alabanza. El cuerpo proclama también la gloria del Señor⁸.

La *lengua* debe emplearse en bendecir al Señor. La primera función de la lengua, para los israelitas, era la de hablar. Era el órgano utilizado para la comunicación de un hombre con otro hombre. Hablar no era una actividad verbal, sino una manifestación de la vitalidad del hombre, de sus planes y proyectos. La lengua era el agente a través del cual se expresaba hacia el exterior lo que había en el corazón, sus disposiciones más íntimas. Podía ser, pues, instrumento de astucias, de maldiciones y mentiras... o de bendiciones y alabanzas.

La lengua tiene, efectivamente, todas las potencialidades para el bien y todas las posibilidades para el mal. El hombre de Israel deseaba emplearla en una sola cosa: alabar a Dios, celebrarle sin cesar...

Los *labios* del hombre también son instrumento de alabanza. A diferencia de la lengua, en la mentalidad semita, los labios deben ser abiertos para que puedan expresar hacia fuera el fondo del corazón. Los labios están a su servicio, revelan sus disposiciones. En el pecador sirven a la doblez y a la falsedad: pueden honrar a Dios mientras el corazón está alejado de él. En el hombre bueno están al servicio de Dios: sólo esperan ser abiertos para entonar sus alabanzas. De ellos "brota" la alabanza.

El *alma* del hombre debe estar también comprometida plenamente en la bendición y acción de gracias.

⁸ Cf P. CHARLES. *La oración...*, o. c., 83.

Es casi imposible determinar lo que un israelita asociaba a la palabra “nefesh”, término hebreo que nosotros traducimos normalmente por “alma”. En Israel nunca se pensó en el alma y en el cuerpo como si fueran dos elementos distintos y separables. El alma era el principio de la vida, o el “yo” como sujeto de deseos, emociones y apetitos. *Alma* podía ser un término idéntico a *vida*. Expresiones como “salvar o perder el alma” significan “salvar o perder la vida”.

Cuando en Israel se habla de alabar con el alma se está implicando una alabanza total, que inunda por entero al hombre. Es la vida, el principio vital, lo hondo del ser humano lo que alaba al Señor. Son todos sus deseos y apetitos los que le glorifican y sus emociones las que le exaltan sin cesar.

San Agustín comenta del modo siguiente algunos de los textos bíblicos:

“Cada uno de nosotros despierte y exhorte a su alma y diga al Señor: bendice, alma mía, al Señor. Nuestra alma oye, obedece, hace esto... oiga nuestra alma, pondere todas las cosas que excitan para que no sea perezosa en bendecir al Señor y vea si es justo lo que se le dice: bendice, alma mía, al Señor, y considere si debe bendecir a otra cosa excepto al Señor... Al añadir: y todas mis entrañas a su santo nombre, repite y declara con más precisión lo que antes había dicho: bendice, alma mía, al Señor. Creo que no se refiere a las entrañas del cuerpo. Creo que el salmista no dice esto para que nuestro pulmón o hígado, o alguna otra entraña carnal prorrumpe en gritos de bendición al Señor. Existe ciertamente un pulmón en nuestro pecho... pero aquí no se trata de eso... Dios tiene otros oídos, el corazón tiene también su propio sonido. El hombre habla a sus entrañas para que bendigan al Señor y les dice: todas mis entrañas, bendecid a su santo nombre. ¿Quieres saber cuáles son tus entrañas? Tu misma alma. Luego lo que dice: bendice, alma mía, al Señor, lo repite al añadir: y todas mis entrañas a su santo nombre, pues se sobreentiende ‘benedicid’. Clama con la voz si hay hombre que oiga; calla con la voz si no hay hombre que oiga; a tus entrañas jamás les falta quien las oiga. Ya hace tiempo que resonaba la bendición de nuestra boca cantando estas mismas palabras: ‘bendice, alma mía, al Señor y todas mis entrañas a su santo nombre’. Hemos cantado al tiempo conveniente y hemos callado. Pero ¿por ventura deben callar nuestras entrañas de bendecir al Señor? Alterne a su debido tiempo el sonido de la voz, pero sea eterno el de las entrañas. Cuando acudes a la iglesia para cantar los himnos, tu voz pronuncia las alabanzas de Dios. ¿Te hallas ocupado en negocios? Bendiga tu alma a Dios. ¿Comes? Oye lo que dice el Apóstol: ya comáis, ya bebáis, haced todas las cosas para gloria de Dios. Me abrevó a decir: cuando duermes, bendiga tu alma al Señor... Bendice, alma mía, al Señor y todas mis entrañas a su santo nombre”⁹.

⁹ SAN AGUSTÍN. *Enarraciones sobre los Salmos*, BAC, Madrid 1966, Sal 102, t. II, 673-675.

El *corazón* del hombre debe emplearse asimismo en la alabanza. En la psicología bíblica, el órgano central y unificador de la vida personal era el corazón. La fuente de la vida intelectual, volitiva, emocional y física era el corazón. Por consiguiente, la parte del hombre que entra en contacto con lo divino era el corazón.

En el corazón, efectivamente, residen todas las emociones y sentimientos: la alegría y la tristeza, la turbación, el orgullo, la ira, el amor, la pasión... El corazón puede estar triste o contento, animoso o lleno de miedo, puede amar y odiar, endurecerse o abrirse a Dios y a los hombres.

El corazón es también el lugar recóndito, el centro íntimo de la persona, donde se traman todos los proyectos y planes y se decide la vida entera del hombre. Es el yo del hombre abierto sólo a la mirada de Dios, el lugar donde Dios y el hombre “se juegan la partida”.

Alabar a Dios con el corazón, con todo el corazón, es celebrarle con toda la vida, es reconocer que el Señor es dueño absoluto de toda la persona, de sus emociones, deseos, impulsos, miedos, memoria, fantasía, voluntad, etc. Ninguna parte del hombre debe desentonar del canto de alabanza.

“También aquí —comenta san Agustín— hemos de oír esta confesión de alabanza y de congratulación a Dios. Te confesaré (te alabaré), oh Señor, con todo mi corazón. Coloco todo mi corazón sobre el ara de tu confesión; te ofrezco un holocausto de alabanza. Se llama holocausto el sacrificio que se quema por completo... Ve cómo ofrece el holocausto espiritual el que dice: te alabaré, oh Señor, con todo mi corazón. Abrácese, dice, todo mi corazón con la llama de tu amor; nada me reserve para mí... me quemaré todo para ti, todo arderá para ti; te amaré con todo mi corazón, como inflamado para ti. Te confesaré o alabaré, oh Señor, con todo mi corazón porque oíste las palabras de mi boca. ¿De qué boca mía? De la de mi corazón, pues allí poseemos la voz que Dios oye y que de ningún modo percibe el oído humano”¹⁰.

La alabanza y la acción de gracias, arrancando del corazón como de su fuente, se derraman y esparcen como un perfume a través de todos los miembros, inundándoles con su ímpetu gozoso e irresistible. Nada queda fuera de esa corriente: la boca se llena de alabanza de Dios, los

¹⁰ Ib, Sal 137, t. IV, 555.

labios la pronuncian, la lengua la musita, el corazón se estremece, los deseos e impulsos, las emociones y los instintos que de él proceden se convierten en alabanza; el alma alaba al Señor y sólo vive para eso. Los miembros del cuerpo, al recibir el impulso que les llega del corazón, bendicen a Dios sin cesar: los pulmones, las entrañas, la sangre, los nervios, las glándulas... cantan las alabanzas de Dios. El cuerpo humano, pretendidamente malo, participa por entero en dar a Dios el homenaje que él se merece como Dueño de todo lo creado. Todo obedece al mismo impulso profundo que el Señor puso en sus criaturas, reflejos de su gloria.

No debe sorprender, pues, que la alabanza termine por arrastrar al hombre entero, hacerle salir de sí mismo y danzar para Dios:

¡Oh, bendecid a Yavé
todos los servidores de Yavé...
Alzad las manos hacia el Santuario,
benedicid a Yavé (Sal 134,1-2).
Así en mi vida pienso bendecirte,
y levantar mis manos en tu Nombre (Sal 63,5).
Alaben su nombre con la danza,
toquen para El el arpa y la cítara (Sal 149,3).
Alabadle con danza y con tambor (Sal 150,4).
Mas yo, por tu inmensa clemencia,
me llegaré a tu casa,
me postraré en tu santo Templo,
temeroso ante Ti (Sal 5,8).
Venid, adoremos, prosternémonos,
de rodillas ante Yavé que nos ha hecho (Sal 95,6).
Yo te doy gracias, oh Yavé,
con todo el corazón...
En presencia de los ángeles te canto,
hacia tu santo Templo me prosterno (Sal 138,1-2).
Tributad a Yavé la gloria de su Nombre,
adorad a Yavé con atavío santo (Sal 29,2).
¡Oh pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con júbilo! (Sal 47,2).

La alabanza pone ritmo en el cuerpo del hombre: le hace bailar, aplaudir, gritar, alzar las manos, postrarse en tierra, doblar las rodillas, adorar... El cuerpo no permanece

ce indiferente o inactivo ante la invitación a la alabanza. Todos los actos corporales pueden ser alabanza: andar, hablar, mirar, escuchar, comer, descansar. Dios no desdeña el homenaje de lo que él creó. El ser entero del hombre se convierte en melodía para el Señor.

4. *Toda mi vida te bendeciré y alabaré tu nombre por siempre jamás*

La alabanza arrastra al ser entero del hombre. Pero todavía hay algo más importante que notar. Alabar a Dios no puede convertirse en un acto ocasional en el que el hombre se vuelca por un momento para volver después a un estado de quietud o de reposo. Alabar a Dios no es cosa de un momento, sino ocupación de toda la vida, de todos y de cada uno de los momentos que la integran. Debe ser la profesión del hombre en los días de su paso por la tierra. Si la bondad de Dios jamás tiene fin, la proclamación de su alabanza tampoco debe tenerlo:

Alabaré tu Nombre continuamente
y entonaré himnos de gracias (Eclo 51,10).
Mas nosotros, a Yavé bendecimos,
ahora y para siempre (Sal 115,18).
¡Bendito sea el Señor de día en día! (Sal 68,20).
Te ensalzaré, oh Rey Dios mío,
bendeciré tu nombre para siempre jamás.
Todos los días te bendeciré,
para siempre jamás alabaré tu nombre (Sal 145,1-2).
Y nosotros, tu pueblo, ovejas de tu grey,
eternamente te celebraremos,
de edad en edad pregonaremos tu alabanza (Sal 79,13).
Dichosos los que moran en tu casa,
te alaban sin cesar (Sal 84,5).
Te celebraré de todo corazón,

Señor Dios mío,
 he de ensalzar tu nombre eternamente,
 pues grande fue tu bondad para conmigo (Sal 86,12-13).
 Bendeciré a Yavé en todo tiempo,
 siempre en mi boca su alabanza (Sal 34,2).
 ¡Alaba a Yavé, alma mía!
 Alabaré a Yavé mientras viva,
 a mi Dios cantaré mientras exista (Sal 146,1-2).
 Bendecid a Yavé, vuestro Dios,
 de eternidad en eternidad (Neh 9,5).
 Para que te cante mi corazón sin tregua;
 Yavé, Dios mío, te alabaré eternamente. (Sal 30,13).
 Bendito seas Tú, Yavé, Dios de Israel, nuestro padre,
 desde la eternidad y para siempre (1 Crón 29,10).
 Bendito seas, Dios de nuestros padres,
 y bendito tu Nombre para siempre (Tob 8,5).
 Bendito, Yavé, Dios de Israel
 por eternidad de eternidades (1 Crón 16,36).
 Que se acuerden de Dios,
 de bendecir sinceramente su nombre en todo tiempo
 y con todas sus fuerzas (Tob 14,8).

La alabanza dilata el corazón del hombre, lo hace desbordarse en todas las direcciones, inunda su vida entera. No admite interrupciones ni descansos. No se puede alabar a Dios en unos momentos con exclusión de otros. La alabanza compromete al hombre en todo momento y en todas las circunstancias, cuando el éxito sonríe y la salud es buena y cuando las cosas comienzan a ponerse feas y el fracaso y la desgracia rondan a sus puertas.

Los hombres de Israel lo vieron con claridad y no dejaron lugar para la duda. Hay que alabar a Dios: *siempre, sin cesar, sin tregua, en todo tiempo, en todo momento, día tras día, todos los días, desde ahora y por siempre, de edad en edad, por los siglos de los siglos, eternamente, por eternidad de eternidades...* No puede haber ni un solo momento de silencio en el concierto de la alabanza a Dios.

La alabanza rompe con todos los moldes del tiempo, desborda los días, los meses, los años, las generaciones, los siglos y la misma eternidad, si ello fuera posible. La vida del hombre es demasiado corta para alabar a Dios.

Una vida entera no basta para rendir al Señor la gloria y el honor que se merece. Así, la alabanza abarca el pasado, el presente y el futuro, lo que fue, es y será. De ahí que los hombres de Israel hipotecasen el futuro, las generaciones venideras, para unirse a ellas en su alabanza y cantar en todo tiempo y con todos los seres los loores del Señor.

La alabanza hace, en cierto sentido, eterno al hombre, le liga a las voces del mundo entero, le asocia desde ahora a los coros de los ángeles, le sitúa ya ante el trono del Dios Altísimo.

La alabanza no debe cesar jamás. Desde el nacimiento hasta la muerte, en todo tiempo y lugar, en toda obra, el hombre debe alabar a Dios. Mientras respire tiene que bendecirle. El Dios en quien ha puesto su confianza se merece una alabanza eterna e infinita.

Alabar a Dios jamás debe ser un deber gravoso, una obligación a "cumplir". El hombre, criatura de Dios, sólo tiene una finalidad en su paso por la tierra: glorificar a su Señor, rendirle su alabanza de gloria. Los hombres de Israel que escribieron los textos que hemos citado no conocieron todavía la existencia de una vida en la que se pudiera contemplar a Dios cara a cara por toda la eternidad. Sin embargo, vieron con claridad cuál debía de ser el estilo del vivir humano: la alabanza. Y esto no como un acto, sino como una actitud permanente, como una disposición habitual.

Los cielos y la tierra pueden pasar, pero la alabanza a Dios jamás pasará. Los espacios siderales seguirían transmitiendo y cantando las alabanzas del Dios vivo, proclamando su grandeza y amor. Los vientos llevarían por los espacios ese aria musical, esa sinfonía ininterrumpida de alabanza a Dios.

El hombre entero, en su cuerpo y en su alma, en su espacio y en su tiempo, en su vida presente y futura, está implicado en alabar a Dios. Su vida es alabanza.

Si no hay comunidad sin individuos, tampoco hay individuos sin comunidad. El hombre no es un aerolito caído por azar en la tierra. Es miembro de un pueblo y su suerte está vinculada al acontecer y a la historia de ese pueblo.

El hombre que ha sido "alcanzado" por Dios y comienza a alabarle con todo su ser, no puede hacerlo en solitario. Tiene la obligación de contar a los suyos lo que sus ojos han visto. La comunidad "capitaliza" o "monopoliza" todos los beneficios que Dios le envía, ya sea como grupo, ya a cada uno de los individuos que la componen. No hay gracias tan particulares o beneficios tan íntimos, hablando en general, que deban ocultarse a la comunidad. Los dones de Dios no enriquecen tanto al hombre particular como a la comunidad de la que forma parte. Quien recibe una gracia de Dios debe compartirla con la comunidad. Quien celebra un beneficio debe hacerlo en público para que la comunidad con-celebre con él.

A través de las gracias particulares, la comunidad sabe que Dios se hace presente en ella y la guía. De ahí la obligación de contar lo que se ha experimentado para que la comunidad pueda alabar sin cesar a Dios:

Pregoné la justicia
en la gran asamblea;
mira: no he cerrado mis labios;

Tú lo sabes, Yavé.
 No encerré tu justicia en el fondo
 de mi alma,
 proclamé tu lealtad y tu auxilio,
 no oculté tu gracia y tu fidelidad
 a la gran asamblea (Sal 40,10-11).
 Anunciaré tu nombre a mis hermanos,
 en la asamblea cantaré tus alabanzas (Sal 22,23).
 Sin medida celebraré a Yavé con mis labios,
 entre la multitud le alabaré (Sal 109,30).
 Te daré gracias en la gran asamblea,
 te alabaré entre un pueblo numeroso (Sal 35,18).

Entonces el ángel llamó a los dos y secretamente les dijo:
 "Benedicid a Dios y dadle gracias; honradle y alabadle
 ante todos los vivientes porque os ha colmado de bienes.
 Bendecidle y cantad su nombre. Dad a conocer a todos los
 hombres cuán grandes son las obras de Dios y no os canséis
 de darle gracias. Bueno es guardar el secreto del rey,
 pero es gran honor descubrir y alabar las obras de Dios..."
 (Tob 12,6-7).

La alabanza a Dios pasa por la comunidad. El hombre
 está vinculado necesariamente a ella. La comunidad garan-
 tiza la autenticidad de toda experiencia religiosa. En
 ella no hay posibilidad de error o desviación. Ella discierne
 al individuo.

Pero sucede también que el hombre particular tiene
 una función que cumplir ante la comunidad. Con su voz
 y su emoción, con toda la pasión de su ser, la urge y arras-
 tra para que alabe al Señor. La alabanza de un hombre es
 totalmente insuficiente. La comunidad tiene que unirse
 a él. Cuando el individuo invita a la comunidad a unirse
 a su alabanza confiesa, por una parte, su impotencia
 para alabar a Dios como se debe y, por otra, la grandeza
 de Dios, a quien una sola voz no puede glorificar. De ahí
 que el hombre convoque a su pueblo, a todos los pueblos,
 a la tierra entera, a los mismos cielos.

La invitación a la alabanza se hace como en círculos
 concéntricos, desde lo más próximo a lo más lejano, des-
 de lo más particular a lo más general, desde la tierra al
 cielo. Los verbos de alabanza están siempre en imperati-
 vo: venid a alabar al Señor, ensalzad su nombre, rendidle

homenaje, cantad y salmodiad, dad gracias, pregonaad sus
 hazañas, etc. (Sal 47,1-9; 95,1-13; 98,1-7; 100,1-4; 105,
 1-5; 95,1-6; 1 Crón 16,8-36, etc.).

Hay una forma de invitación a la alabanza, que desta-
 ca sobre todas. Está resumida en una sola palabra:
 "Aleluya".

El término "aleluya" está integrado por la yuxtaposi-
 ción de dos palabras hebreas: "alelú" (que es la tercera
 persona plural del imperativo del verbo *hallel*, que signi-
 fica *alabar*) y "Yah" (que es la abreviación del nombre de
 Dios, Yavé). El significado de la palabra "aleluya" es:
*alabad a Yavé, alabad vosotros a Dios. Vosotros, sin espe-
 cificar quiénes son los que deben alabar. Un "aleluya"
 lanzado al aire es como una invitación hecha al mundo
 entero para que no cese de alabar al Señor.*

La palabra "aleluya" fue, en Israel, como un grito de
 guerra. En los días de fiesta y en otras ocasiones los sa-
 cerdotes invitaban a la comunidad de Israel a alabar a su
 Dios. Ellos pronunciaban el "alelú", "alelú" (alabad, ala-
 bad), a lo que todo el pueblo respondía diciendo: "Yah",
 "Yah" (Yavé, Yavé)¹¹.

El "alelú" (alabad) jamás se pronunciaba en el vacío.
 Era dirigido no precisamente a Dios, sino a la comuni-
 dad, quizá al mundo entero.

Quien ha hecho la experiencia de Dios siente la nece-
 sidad y urgencia de hacer a otros testigos y partícipes de
 ella. El deseo de comunicar es innato en aquel que ha
 visto algo de Dios. Puede incluso llegar a pensar que no
 ha vivido verdaderamente su experiencia hasta que no la
 ha contado a otros. Existe como un vacío mientras la co-
 munidad no alaba a Dios con él. Por eso urge a su pue-
 blo: "alelú", "alelú", alabad conmigo al Señor, ensalce-
 mos juntos su nombre¹².

El pueblo, convocado y urgido a la alabanza por algu-
 nos de sus fieles (sacerdotes, cantores, profetas), recoge la
 invitación y repite sin cesar las alabanzas de Dios y ense-
 ña a sus hijos, generación tras generación, cómo alabar a

¹¹ Cf P. DRIJVERS. *Los Salmos*, o.c., 76.

¹² Cf E. BEAUCHAMP. *Plainte et louange dans les Psaumes*, en "Christus" 13
 (1966), 69-70.

su Señor. Los fieles de todos los tiempos se sienten unidos, como en una cadena ininterrumpida, con los que le precedieron y con los que vendrán después. Todos están así unidos en la misma proclamación gozosa de las alabanzas del Señor:

Todos los días te bendeciré,
para siempre jamás alabaré tu nombre...
Una edad a la otra va anunciando tus obras,
tus gestas publicando (Sal 145,2.4).

Y vivirá mi alma para El,
para El mi raza;
anunciará al Señor a las edades venideras,
sus gestas contará al pueblo por nacer:
"Esto hizo Yavé" (Sal 22,31).

Y ahora que estoy viejo, encanecido,
oh Dios, no me abandones,
para que anuncie yo tu brazo
a esta generación,
tu poder a todas las edades venideras,
y tu justicia, oh Dios,
que llega hasta las nubes (Sal 71,18-19).

La alabanza no florece espontánea en el corazón del hombre que no ha tenido experiencia de Dios. Necesita que alguien le estimule y le excite a ella. Alguien tiene que estar siempre en la brecha para animar a la comunidad, para arrastrarla e impedir que se instale en una fe de recuerdos sin ninguna relación con el presente. Alguien tiene que proclamar sin cesar: "alelú", "alelú" (alabad, alabad), que obligue a responder a todos: "Yah", "Yah" (Yavé, Yavé).

Israel fue el pueblo escogido por Dios. Por derecho de elección y por obligación, él tenía que ser el primero en alabar al Señor. El aliento del hombre de fe le llegó constantemente:

Benedicid, Israel, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos (Dan 3,83).
Oh, casa de Israel, bendecid a Yavé;
casa de Aarón, bendecid a Yavé;
casa de Leví, bendecid a Yavé;
los que a Yavé servís, bendecid a Yavé (Sal 135,19-20).

Los que a Yavé teméis dadle alabanza,
toda la raza de Jacob, glorificadle;
veneradle, toda la raza de Israel (Sal 22,24).
Y nosotros, tu pueblo, ovejas de tu grey,
eternamente te celebraremos,
de edad en edad pregonaremos tu alabanza (Sal 79,13).
Hijos de Israel, bendecidle
ante las naciones...
proclamad en ellas su grandeza.
Ensalzadle ante todos los vivientes (Tob 13,3-4).
¡Celebrad a Yavé, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión! (Sal 147,12).
Benedicid, siervos suyos, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, espíritus y almas de los justos, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, santos y humildes de corazón, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos (Dan 3,85-87).
¡Oh justos, alegraos en Yavé,
celebrad su nombre santo! (Sal 97,12).
¡Gritad de júbilo, oh justos, a Yavé!
A los rectos les corresponde la alabanza (Sal 33,1).
¡Cantad a Yavé un canto nuevo,
su alabanza en la asamblea de sus fieles! (Sal 149,1).
Alabanza de todos sus amigos,
de los hijos de Israel,
pueblo de sus íntimos (Sal 148,14).

Alabar a Dios en solitario es hermoso, pero insuficiente. La alabanza no es sólo el quehacer de un individuo, sino de toda la comunidad. El hombre siente la necesidad de oír otras voces unidas a la suya. De ahí que solicite sin cesar a su pueblo en conjunto: *La casa de Israel, la posteridad de Abrahán, la raza de Jacob, el pueblo de Dios se formó, sus amigos, sus íntimos*, o por grupos particulares: *los santos y los humildes, los que veneran el nombre sacrosanto, los siervos del Señor*, etc.

Todo Israel, sin distinción de edad, sexo o condición social: jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ricos y pobres, amos y esclavos tienen que alabar a Dios. Y lo deben hacer en todo tiempo y lugar: en *Jerusalén*, en el *monte Sión*, en el *templo*, en las *casas*. Las voces particulares se unen al concierto general y todas se funden en

una alabanza armoniosa. La alabanza del Señor resuena así sin cesar en la asamblea de sus amigos, de sus íntimos.

Si la vida del hombre debe ser empleada enteramente en alabar al Señor, la vida del pueblo de Dios debe ser el resultado de la suma de las alabanzas de todos sus fieles. Israel es el pueblo-alabanza. Fuera de ella no tendría sentido su existencia. Alabar a Dios es su única gloria:

Dad gracias a Yavé que es bueno
y es eterna su misericordia.

Decid: ¡Salvanos, oh Dios! Salvación nuestra,
reúnenos y sácanos de en medio de las gentes
para que podamos glorificar tu nombre
y nosotros mismos
nos gloriemos en tu alabanza (1 Crón 16,34-35).

Si la creación entera tiene que bendecir a Dios, Israel debe ser el primero en hacerlo. Si él calla, ¿quién hará oír las alabanzas de Dios? ¿Quién dirá todas sus maravillas?

Israel fue, además, un pueblo para los demás. Dios le nombró sacerdote de todos los pueblos de la tierra. Israel introdujo en el mundo la dimensión de la alabanza. El conoció al Dios verdadero y le alabó eternamente. Y en su alabanza estaban asociadas todas las naciones. Su alabanza era *misionera*. Quien oía a Israel alabar era conducido al Señor. Una historia rabínica lo ilustra: “Preguntándose R. Ishmael cómo es posible a la carne y a la sangre embellecer a su Autor, respondía: le embelleceré obedeciendo sus mandatos; Abba Saúl: le imitaré; así como él es misericordioso y compasivo, también yo seré misericordioso y compasivo; R. Akiba: hablaré bellezas y alabanzas. Cuando las naciones escucharon su alabanza, dijeron a Israel: iremos con vosotros”¹³.

Israel suena como a algo mágico. Fue un pueblo de acusados contrastes: rebelde y humilde, santo y pecador, incapaz para casi todo, pero capaz de casi todo. Fue un pueblo-puente entre Dios y los hombres, a caballo entre la eternidad y el tiempo. Llevó siempre el aliento y la palabra de Dios. Orientó a los hombres en la verdadera dirección. Su historia estuvo marcada por el paso del Se-

¹³ Mekhilta Ex 15,2.

ñor y en su frente llevó, como Moisés al bajar del monte santo, el resplandor del Eterno. Su misión fue contar a los pueblos cómo era el Dios que se le había manifestado y alabarle por los siglos.

Todo Israel tenía la obligación de alabar a Dios. Y, sin embargo, en el pueblo de Dios hubo algunos hombres especialmente deutados para la alabanza: los sacerdotes y los levitas. Israel los nombró sus representantes ante Dios y les asignó la tarea de alabarle sin cesar. De tal manera que, aunque el pueblo se olvidara de alabar al Señor, siempre habría algunos hermanos que continuarían cantando sus maravillas:

¡Oh, bendecid a Yavé,
todos los servidores de Yavé,
los que están en la casa de Yavé,
en las horas de la noche!

Alzad las manos hacia el Santuario,
benedicid a Yavé (Sal 134,1-2).

¡Alabad, siervos de Yavé,
alabad el nombre de Yavé!

¡Bendito sea el nombre de Yavé
desde ahora y para siempre!

¡Desde que sale el sol hasta su ocaso,
sea loado el nombre de Yavé! (Sal 113,1-3).

Alabad el nombre de Yavé,
alabad siervos de Yavé,

los que estáis en la casa de Yavé,
en los atrios de la casa del Dios nuestro (Sal 135,1-2).

Casa de Aarón, bendecid a Yavé;
casa de Leví, bendecid a Yavé (Sal 135,19-20).

Benedicid, sacerdotes, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos (Dan 3,84).

Reunió a todos los jefes de Israel, a los sacerdotes y a los levitas... de éstos destinó veinticuatro mil para dirigir los trabajos del templo de Yavé, seis mil eran escribas y jueces, cuatro mil porteros y los otros cuatro mil alababan a Yavé con los instrumentos que para este fin había hecho David (1 Crón 23,2-5).

Tenían que presentarse diariamente, mañana y tarde, para celebrar y alabar a Yavé (1 Crón 23,30).

Los hijos de Israel, que se encontraban en Jerusalén, celebraron la fiesta de los Acimos durante siete días con gran

alegría, mientras los levitas y los sacerdotes cantaban con toda fuerza las alabanzas de Yavé día tras día (2 Crón 30,21).

Estableció luego en sus servicios, según las disposiciones de su padre, las clases sacerdotales, y lo mismo hizo con los levitas, encargados de cantar las alabanzas y asistir a los sacerdotes... (2 Crón 8,14).

Los hombres de todos los tiempos han puesto aparte a algunos de sus hermanos y les han encargado los asuntos religiosos. Se los ha llamado de diversos modos: sacerdotes, ministros, pastores. De ellos se ha esperado el cumplimiento de ciertos ministerios: la predicación, la enseñanza, la conservación de las tradiciones sagradas, el ofrecimiento de sacrificios, la curación de enfermedades de todo tipo. Se les ha exigido que orienten a todos hacia Dios y que sean líderes de la oración y de la alabanza¹⁴.

Israel tuvo sus sacerdotes y levitas, especialmente dedicados al servicio de Dios. Sus funciones fueron diversas, pero la alabanza ocupó un lugar preferente. Cuando el pueblo, rendido por el duro trabajo de cada día, se entregaba al reposo, en el templo de Jerusalén un grupo de sacerdotes y levitas, por turno, seguían alabando a Dios. La alabanza no desaparecería con la llegada de la noche. Los sacerdotes levantaban sus manos hacia el Señor en signo de adoración y alabanza. No eran sacerdotes para sí mismos, sino para la comunidad. No era su alabanza la que presentaban a Dios, sino la de todo el pueblo. Desde la salida del sol hasta su ocaso, desde el ocaso hasta el despuntar de la aurora, los sacerdotes aseguraban la continuidad de la alabanza. El pueblo de Dios podía descansar tranquilo. Los sacerdotes velaban su sueño cantando las alabanzas del Señor.

La alabanza es como un “cáncer” que todo lo invade: al hombre particular, al pueblo al que pertenece y a sus representantes ante Dios.

¹⁴ Cf *The Interpreter's Bible*, Abingdon Press, New York 1955, t. IV, 691-692.

Israel fue experimentando, día a día, la grandeza de su Dios. Su alabanza se hizo más pura y perfecta. Y fue tomando conciencia de que su voz y su canto eran totalmente insuficientes para alabar cumplidamente a su Señor. Así nació esa invitación apasionada, hecha a todos los pueblos de la tierra, para que se unieran a él en la proclamación de sus maravillas. Yavé, además, era el Dueño de toda la tierra y todos los pueblos debían reconocerle como el único Dios:

Aclamad a Dios toda la tierra,
cantad la gloria de su nombre,
tributadle su gloriosa alabanza...
Oh, gentes, bendecid a nuestro Dios,
y pregonad la fama de su gloria (Sal 66,1-28).
¡Te celebren, oh Dios, los pueblos,
todos los pueblos te celebren!
Alégrese y jubilen las naciones...
¡Te den, oh Dios, gloria los pueblos,
todos los pueblos te den gloria! (Sal 67,4-6).
Cantad a Dios, reinos de la tierra,
celebrad al Señor...
¡reconoced el señorío de Dios! (Sal 68,33.35).
Cantad a Yavé un canto nuevo,
su alabanza desde los extremos de la tierra;
le exalte el mar y cuanto abarca,
las islas con todos sus habitantes...
Den gloria a Yavé,

hasta en las islas pregonen su alabanza (Is 42,10.12).
¡Alabad a Yavé todas las gentes,
celebradle todas las naciones! (Sal 117,1).
Benedicid, hijos de los hombres, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos (Dan 3,82).
Reyes del mundo y pueblos todos,
príncipes y todos los jueces de la tierra,
jóvenes y también doncellas,
viejos a una con los niños:
alaben todos el nombre de Yavé,
porque es sublime su nombre, sólo El,
su majestad por encima de la tierra y el cielo
(Sal 148,11-13).

Algo esencial hubiera faltado en el concierto de alabanza a Dios si la mayor parte de las voces de los hombres hubieran permanecido mudas o ausentes.

Las religiones antiguas rindieron homenaje a sus dioses. La alabanza formó parte de sus cultos. Pero en ellas no hubo nada parecido a ese impulso espontáneo de Israel que asoció a su alabanza al mundo entero.

Israel tuvo plena conciencia de lo incomparable que era su Dios. Yavé no era el dios de un sector de la vida ni se identificaba con ninguna de las fuerzas de la naturaleza. El era el Dios del mundo, de sus órbitas y sus giros. El merecía la alabanza universal.

Todos los pueblos y todos los reinos debían rendir homenaje al Señor. Todos los hombres de la tierra según sus varias categorías sociales, desde las más altas a las más bajas, desde los magnates a la gente sencilla, tenían que alabarle: los reyes y su poderío, los príncipes y su esplendor, los jueces y su justicia, etc. Las diversas épocas de la vida del hombre, sus edades, también estaban implicadas en la alabanza: los jóvenes con su fuerza, las vírgenes con su belleza, los niños con su candor, los ancianos con su experiencia. Todos los hombres de todos los colores, lenguas, razas, religión, condición social, debían alabar eternamente a Dios. Los hombres próximos y los de las islas lejanas, los célebres y los anónimos, los sabios y los ignorantes. Todos debían formar un coro de alabanza, en un acercamiento de contrarios por el que, en la Biblia, se expresa su totalidad. Ni una sola voz podía fallar. La ala-

banza del Señor debía ser cantada por todos los pueblos en todas sus lenguas y dialectos.

El salmista de Israel convocó a todos los pueblos de la tierra de una manera urgente e imperativa. Y lo hizo porque la alabanza al Dios verdadero no es siempre un hecho reconocido y ejercitado. La exhortación a la alabanza implica el problema del mal y del pecado. El hombre ha sido creado libre y puede escoger entre el Dios verdadero y sus propios ídolos. No debería necesitar que nadie le urgiera a alabar al único Dios ni recordarle el deber de ser agradecido al Dios de quien todo lo ha recibido. Pero el hombre necesita ser despertado en lo más hondo de su ser a la alabanza. Tiende a olvidarse con excesiva frecuencia de Dios. Los pueblos inventan y adoran a sus propios dioses. La gloria de Dios se oscurece cuando hay pecado e idolatría. Cada hombre y cada pueblo ha robado a Dios una parte de su gloria al adorar a otros dioses. Sólo la alabanza al Dios verdadero puede restablecer el equilibrio perdido por el pecado¹⁵.

Una alabanza cada vez más compacta va subiendo de la tierra al cielo, cuando todos los hombres, cualquiera que sea su raza, lengua o color de su piel, responden a la convocatoria lanzada por Israel y forman unidos un coro de gloria al Dios verdadero.

¹⁵ Cf *The Interpreter's*, t. IV, o.c., 756.

La ambición de quien ha experimentado la grandeza y al amor de Dios es única: que el mundo entero, con todo lo que contiene, le cèlebre sin cesar. No basta con que Israel y los hombres de la tierra le glorifiquen con todas sus fuerzas. Las voces humanas son las más bellas de toda la creación, las más apreciadas por Dios, pero no más que una parte insignificante de las voces de la tierra. γ El cosmos está lleno de criaturas, de seres vivos o irracionales, de fenómenos, colores, sonidos. Ese vasto mundo tiene que convertirse en una alabanza al Señor. La creación entera tiene que dejarse arrastrar por un impulso de reconocimiento agradecido a Dios. Tiene que unirse a la voz del hombre que le convoca a la alabanza: x

γ Bendígante los cielos
y todo lo creado para siempre (Tob 8,5).
Bendito seas, Señor, Dios misericordioso
y por siempre sea bendito tu nombre.
x Que por siempre tus obras te bendigan (Tob 3,11). x
¡Aclámenle los cielos y la tierra,
el mar y cuanto en él se mueve! (Sal 69,35).
Benedicid a Yavé, todas sus obras,
en todos los lugares de su imperio (Sal 103,22).
Los cielos narran la gloria de Dios,
la obra de sus manos pregona el firmamento;
un día al otro comunica el pregón
y la noche transmite la noticia a la noche.

No es un pregón, no son palabras,
cuyo sonido no se pueda escuchar.
Por toda la tierra corre su voz
y hasta el confín del mundo sus palabras.
En lo alto dispuso para el sol una tienda,
y él sale como un esposo de su tálamo.
Cual campeón se recrea, corriendo su carrera,
levantándose a un extremo del cielo,
y su carrera alcanza al otro extremo... (Sal 19,2-7).

¡Diga mi boca la alabanza de Yavé,
todo mortal bendiga su nombre sacrosanto
para siempre jamás! (Sal 145,21).
¡Todo cuanto respira alabe a Yavé!
¡Aleluya! (Sal 150,6).

¡Alabadle, sol y luna;
alabadle, todas las estrellas de luz;
alabadle, cielos de los cielos,
y aguas que estáis encima de los cielos!
¡Alaben el nombre de Yavé,
pues El ordenó y fueron creados;
El los fijó para siempre, por los siglos,
dio una ley que nunca cambiará!
¡Alabad a Yavé desde la tierra,
monstruos marinos y todos los abismos,
fuego y granizo, nieve y bruma,
soplo de vendaval, agente de su palabra,
montañas y todas las colinas,
árbol frutal y cedros todos,
bestia salvaje y todos los ganados,
reptil y pájaro que vuela (Sal 148,3-10).

Benedicid al Señor, obras todas del Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos...
Benedicid, cielos, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid al Señor, aguas que estáis sobre los cielos,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid al Señor, fuerzas todas del Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, sol y luna, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, astros del cielo, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, lluvia y rocío, al Señor,

loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, vientos todos, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, fuego y calor, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, frío y calor, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, heladas y nieves, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, frío y hielo, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, nieves y escarchas, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, noches y días, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, luz y tinieblas, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, rayos y nubes, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Bendiga la tierra al Señor,
le loe y ensalce por los siglos.
Benedicid, montes y colinas, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, todo lo que germina en la tierra, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, fuentes, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, mares y ríos, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, cetáceos y todo lo que se mueve en las aguas,
al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, aves todas del cielo, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos.
Benedicid, fieras y bestias, al Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos (Dan 3,57-81).

La creación entera es dividida como en dos grandes coros para alabar al Señor: el coro de los cielos y el coro de la tierra. El coro celestial está formado por los ángeles de Dios, las estrellas, las fuerzas cósmicas; el de la tierra está integrado por la infinita variedad de voces que posee: fenómenos atmosféricos, variedades geográficas, seres que

se mueven, o vuelan, o nadan en sus aguas, o se ocultan en el mundo subterráneo.

Todos los seres de la creación son invitados a cantar una alabanza sin fin. El hombre les urge y les convoca. Se siente como su legítimo representante. Presta a todos su conciencia y asentimiento voluntario. En él está condensada toda la naturaleza. El hombre está hecho de cielo, de estrella y de tierra. El unifica toda la alabanza de la creación.

Los elementos del mundo entero son invitados a unir sus "voces" a la del hombre para formar un solo coro que celebre la gloria inmensa del Creador. Ninguna voz puede permanecer muda o ausente. No debe haber ni una sola falsa nota, no pueden consentirse disonancias. Ninguna ausencia es justificable, ningún silencio perdonable. No hay criatura humana, fenómeno natural, astro, flor, pez, insecto, cosa en general, que sea demasiado pequeña como para no alabar. Ninguna boca puede permanecer cerrada, como si con ella no fuera la alabanza.

Cada criatura del mundo es llamada por su nombre propio o por otro que la incluye. Y a cada cosa o cada grupo una palabra le infunde vida: alabadle, exaltadle eternamente¹⁶.

El "aleluya" (alabad a Yavé) lanzado a toda la creación queda flotando por siempre en el aire para que ninguna criatura se canse de alabar o haga pausas. El "aleluya" es como un eterno recordatorio de lo que debe ser su existencia: una alabanza al Señor.

Las criaturas responden siempre a la voz que las convoca. Ninguna permanece indiferente o distraída. Todas están vigilantes o sorprendidas ya en acción adoradora. Todo el mundo aparece en movimiento, con la inquietud de proclamar la soberanía de Dios. Y en virtud del vigor divino que cada cosa lleva dentro de sí y de la convocatoria que el hombre hace, todos los seres se levantan y se agitan interiormente entonando una canción para su Hacedor.

La creación entera se une al coro de alabanza cuando la convoca la palabra humana. De este modo, el hombre

¹⁶ A. GONZÁLEZ. *El libro de los Salmos*, Herder, Barcelona 1966, 148.

ejercita su señorío sobre ella, nombrándola de nuevo, dándole órdenes. Así se la somete y, una vez sometida, la pone a los pies de Dios para convertirla en salmodia. Con ello se cierra totalmente el círculo de la creación: Dios creó las cosas y al hombre como su "rey" y el hombre las "re-crea" y las orienta hacia él. Así, cada cosa obedece a Dios y cumple su destino. En la palabra humana, la creación entera cobra sentido como alabanza a Dios. Las criaturas, al sentirse llamadas por su "rey", se ponen en movimiento, se aprietan en torno a él, le piden calladamente que sea su portavoz y diga al Señor lo que ellas no pueden decirle, que agradezca en su nombre el haberlas hecho reflejos de su hermosura, noticias de su grandeza, poemas de sus dedos creadores. La creación se convierte en himno de alabanza¹⁷.

El orden de invitación a la alabanza es descendente, es decir, va de arriba hacia abajo, de los cielos a la tierra y a los abismos. Todo, desde lo más alto a lo más bajo, ha sido creado por Dios y, por consiguiente, tiene que glorificarle. ¿Cómo puede una criatura dar gloria a Dios? Siendo sencillamente criatura, aceptando su condición, siendo de tal manera que quien la vea pueda decir de ella: lleva la marca de Dios. Como una bella escultura o pintura honra a su creador, así la criatura honra a su Hacedor.

Los cielos, el mundo casi infinito de las estrellas, es el primero en ser invitado a la alabanza. Los astros son como las primeras obras de Dios y las primeras voces de su alabanza. Ellos hablan al resto del mundo de inmensidad y belleza. Ellos son los encargados de transmitir eternamente una alegre noticia: que Dios es digno de toda gloria. Cada día transmite al siguiente, como un pregón, esa nota triunfal. Cuando el día declina y aparecen las estrellas, si el hombre mira hacia el cielo y afina su oído, podrá oír una canción que no cesa de repetirse: ¡Qué admirable es su nombre en toda la tierra! Cada día cuenta las maravillas de la creación al día que nace y la noche declara la grandeza de Dios a la que la sigue.

¹⁷ L. ALONSO SCHOKEL-J. MATEOS. *Salmos y cánticos del Breviario*, Cristiandad, Madrid 1966, 466.

Cada estrella canta la gloria de Dios en sus giros trepidantes. Su "voz" no se oye. Los astros no pronuncian grandes discursos. Pero su silencio es elocuente. Los cielos están llenos de puntos que parecen fijos a nuestros ojos, pero que están penetrados de movimientos irresistibles. ¿De qué otra cosa pueden hablar sino de gloria y poder?

El sol es como el mejor representante del mundo superior. El recorre diariamente los espacios, como un esforzado atleta, transmitiendo sin cesar la noticia del esplendor de Dios. Las estrellas se unen a él en su proclamación. La gloria de Dios es cantada de una manera muy especial: obedeciéndole, sin rebelarse jamás contra él. Su lenguaje sin "palabras" nos habla de la inmensidad de Dios.

La invitación a la alabanza se dirige después al plano inmediatamente inferior al de los cielos, es decir, a la atmósfera de la tierra, con sus variados fenómenos: rayos, truenos, nubes, aguas de los depósitos superiores, vientos tranquilos o huracanados, nieve, granizo, rocío... Todo debe convertirse en alabanza. Los copos de nieve, al caer en la tierra, cantan la majestad del Creador; la nube, al descargar sus gotas, alaban al que todo lo creó; cada rayo es una manifestación de su esplendor, cada trueno de su potencia; el rocío es una bendición para la tierra y un recuerdo del Dios benévolo... Todos los elementos juntos proclaman eternamente la alabanza del Creador.

La tierra es finalmente convocada a la alabanza. La invitación llega, en primer lugar, a las altas montañas y a las colinas, después a sus valles y llanuras, a sus fuentes y a sus bosques inmensos... Cada montaña o pico rocoso, cada subida o cada descenso, cada arbolado y cada manantial es una canción de alabanza. Son invitados a continuación los animales de la tierra: sus pájaros, sus aves, sus bestias salvajes, sus insectos y alimañas... El mundo animal aporta millones de voces, de trinos y gorjeos, de aullidos y bramidos, etc., que alegran los oídos del Señor. Después es el turno de los animales que viven debajo de la corteza de la tierra, casi desconocidos e imperceptibles, pero cuyo murmullo se convierte en alabanza a Dios. Finalmente, los habitantes de los ríos, de los lagos, de los

mares, son invitados a alabar: los grandes monstruos del mar y los pequeños pecillos, todas las especies marinas, con toda su variedad de tamaño y color. Cada pez grande o pequeño aporta una voz de alabanza.

• Toda la creación es una canción. El cosmos entero está orientado hacia un Tú que está más allá de él. Los seres vivos están hermanados en una empresa común: alabar a Dios. Los seres se aman o se comen, se abrazan o se acarician, y juntos celebran a su Dios. En el mundo no hay nada absurdo ni nada que esté fuera de lugar. Toda la naturaleza es como un querer rebasar los propios límites y lanzarse a la búsqueda de algo que ansía por encima de todo, algo que se desea encontrar, Alguien por quien vivir: Dios. Y cuando el hombre ama, canta y alaba a Dios lo hace con las ansias del mundo entero, con los deseos del árbol, de los peces, de los astros, del viento que roza su cara. Toda la creación alaba con el hombre.

La naturaleza entera está llena de vida: en ella todo es canto, música y sonido. Cuando los seres que en ella existen se estremecen o tiemblan, se agitan, se mueven, gritan, aúllan, trinan, braman o rugen es por Dios por quien suspiran, es su alabanza la que cantan. Cada flor, pez, granito de arena, hoja de árbol, copo de nieve, gota de rocío... es una pequeña canción de alabanza. Toda la creación le alaba y todas las cosas reflejan su belleza y majestad. El hombre recoge la alabanza del mundo entero y la eleva hacia Dios, la convierte en una sinfonía inacabada que celebra en cada nota la gloria del Creador¹⁸.

Los hombres necesitaremos siempre los ojos limpios de un Francisco de Asís, el cantor de la creación, el hombre que supo alabar como nadie al Creador en las criaturas:

Omnipotente, Altísimo, Bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan sólo tú eres digno de toda bendición
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.

Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol.

¹⁸ Cf. E. CARDENAL, *Vida en el amor*, Sígueme, Salamanca 1979, 20-21.

que alumbraba, y abre el día y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.

Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras que tu poder creó
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!

Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado mi Señor!

Por el hermano fuego, que alumbraba al irse el sol
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado mi Señor!

Y por la hermana tierra que es toda bendición,
la hermana madre tierra que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color
y nos sustenta y rige: ¡loado mi Señor!

... Servidle con ternura y humilde corazón.

¡Agradeced sus dones, cantad su creación!

¡Las criaturas todas, load a mi Señor!

Francisco se sintió, en medio de las cosas, como el centro del universo, como si todos los seres del mundo se pusieran en torno a él para cantar al Señor. Y él se convertía en voz de la creación, en sacerdote de todo lo que era pequeño o grande, insignificante o importante. En la alabanza a Dios descubrió la vocación secreta de todo hombre. Los animales y las cosas se convertían en “hermanos” y “hermanas” y así se multiplicaban de un modo asombroso las voces para alabar al Señor. 6

Sus contemporáneos sintieron admiración por su actitud alabadora:

“Sería excesivamente prolijo, y aun imposible, enumerar y referir todo lo que hizo y enseñó el glorioso Padre san Francisco mientras vivió. ¿Quién podrá jamás expresar todo el intensísimo aprecio que tenía su corazón a las cosas de Dios? ¿Quién podrá explicar la dulzura que inundaba su espíritu al contemplar en las criaturas la sabiduría, el poder y la bondad del Creador? Llenábase de inefable gozo cuantas veces miraba el sol, o contemplaba la luna, o dirigía su vista a las estrellas y al firmamento. ¡Oh piedad sencilla, oh religiosa sencillez! Aun por los despreciados gusanillos sentía indecible afecto, porque recordaba haberse dicho del Salvador: ‘Gusano soy y no hombre’. Y, obligado por su cariño, recogía los del camino y dejábalos en lugar seguro para que no fueran aplastados por los pies de los transeúntes. ¿Qué diré de aquellas más insignificantes criaturas, las abejas, para las cuales en el rigor del invierno hacía servir miel y vino generoso a fin de que no pereciesen? Consideraba las aptitudes que demostraban las abejas y sentíase en tanto grado movido a la alabanza de Dios, que más de una vez llegó a emplear un día entero en elogiar sus labores y las de las demás criaturas. A semejanza de los tres jóvenes, que al pasar por entre las llamas convidaban a todos los elementos a alabar y engrandecer al Creador admirable, también Francisco, lleno del espíritu de Dios, no se cansaba de

glorificar, alabar y bendecir en todas las cosas al soberano Creador y conservador de las mismas”.

¿Quién se puede figurar la alegría desbordante de su espíritu al contemplar la lozania de las flores y la variadísima constitución de su hermosura, así como la percepción de la fragancia de sus aromas? Divisaba luego al punto su pensamiento la hermosura de aquella otra flor, que brotaba de la raíz de Jesé, en tiempo de exuberante primavera, resucitó con su gratísima fragancia millares de almas muertas. Cuando daba con multitud de flores, predicábales cual si estuviesen dotadas de inteligencia, y les invitaba a alabar a Dios. Asimismo convidaba con ternísima y conmovedora sencillez al amor divino y exhortaba a la gratitud a los trigos y viñedos, a las piedras y a las selvas, a las llanuras del campo, a las corrientes de los ríos, a la ufanía de los huertos, a la tierra y al fuego, al aire y al viento. Finalmente, daba el dulce nombre de hermanas a todas las criaturas, de quienes, por modo maravilloso y de todos desconocido, adivinaba los secretos, como quien goza ya de la libertad y la gloria de los hijos de Dios. ¡Oh buen Jesús, alábetete ahora en los cielos, admirable en los santos, quien viviendo en la tierra te predicó a todos los seres infinitamente amable!”¹⁹.

“Bien que anhelase salir de este mundo, como de un destierro, Francisco, aprovechadísimo y feliz caminante, se sirvió no poco de los objetos que en el mundo se admiraban... En cualquier objeto admiraba al autor, en las criaturas reconocía al Creador. Regocijábale en todas las obras de la mano de Dios, y en espectáculos agradables no perdía de vista el motivo y la causa viva. Admiraba en las cosas hermosas al *Hermoso por excelencia, y todo lo veía bueno para él y óptimo para quien nos ha creado*. Buscaba por todas partes e iba siempre en pos del Amado por las huellas impresas en las criaturas, y de todas formaba como una escalera para llegar al divino trono. Reunía en su ternísimo afecto de devoción todas las cosas, hablándoles del Señor y exhortándolas a su alabanza. Dejaba sin apagar las luces, lámparas, velas, no queriendo extinguir con su mano su resplandor, por ser símbolo de la luz eterna. Caminaba con reverencia sobre las piedras, en atención a Aquel que a sí mismo se llamó piedra... Prohibía a los religiosos cortar los árboles de raíz para que hubiese esperanza de que brotasen de nuevo. Mandaba al hortelano que los últimos espacios del huerto los dejara sin trabajar, para que a su tiempo el verdor de las hierbas y la vistosidad de las flores predicasen al hermosísimo Padre de todos los seres. Ordenaba asimismo que en el huerto se señalase una partecita para plantar hierbas aromáticas y flores, para que a cuantos las contemplasen les evocara el recuerdo de la suavidad eterna. Recogía del suelo a los gusanillos para que no fuesen pisoteados, y a las abejas en tiempo de invierno, a fin de que no pereciesen de frío y escasez, hacía les dar miel y vino generoso. A todos los animales daba el nombre de hermano, si bien sentía preferencia por los mansos...”²⁰.

A todos nos suenan familiares sus predicaciones a las aves del cielo y la invitación a la alabanza hecha a las criaturas de la tierra:

¹⁹ SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Escritos y biografías*, BAC, Madrid 1956, 337-338.

²⁰ SAN FRANCISCO, *Escritos...*, o.c., 484-485.

“Al llegar cerca de Bevagna vio reunida gran multitud de avecillas de todas clases: tórtolas, cornejillas y grajos. Advirtiéndolo Francisco, y como era hombre de fervor extraordinario y sentía afecto entrañable y natural compasión hacia las criaturas inferiores e irracionales, con visible alegría corrió hacia ellas, dejando atrás en el camino a sus compañeros. Como llegara junto a ellas y notase que le aguardaban sin temor alguno, las saludó con su acostumbrada frase. Admirándose grandemente de que no se dieran a la fuga, como acostumbraban a hacerlo y que, por el contrario, se quedaran en tanta quietud, lleno de gozo inexplicable, rogóles con toda ternura que escucharan la palabra de Dios. Entre varias cosas que les dijo son notables éstas: ‘Aves, hermanitas mías, mucho debéis agradecer y alabar a vuestro Creador y amarle siempre, porque os dio plumaje con que cubriros, alas con que volar y todo lo que os ha sido necesario. Dios os ha distinguido sobremanera entre sus criaturas, señalándoos por habitación la pureza y transparencia del aire; porque sin sembrar ni recoger vosotras, él os provee de todo y os gobierna sin que hayáis de sufrir inquietud alguna’. A esto, las cándidas avecillas, hermanitas del Santo y de los que le acompañaban, como él mismo acababa de llamarlas, mostraron de ingenioso modo cuánta era su alegría, extendiendo el cuellecito, dando movimiento a sus alas, abriendo sus boquitas y mirándole fijamente. Paseábase el Santo por medio de ellas, iba y venía y con su hábito cubría sus cabecitas y cuerpecillos. Finalmente, las bendijo y, hecha la señal de la cruz, les dio licencia para volar a otros parajes. Continuó el bienaventurado Padre su camino con sus compañeros dando gracias a Dios, a quien alaban con humilde reconocimiento las criaturas todas”²¹.

“Hallábase el Santo en el convento de Santa María de la Porciúncula, y cerca de su celda, sobre las ramas de una higuera, solía ponerse frecuentemente una cigarra que no cesaba en sus cantos, con lo cual excitaba a Francisco, que hasta en las mismas cosas pequeñas había aprendido a admirar la magnificencia del Creador, a cantar las divinas alabanzas; y tan familiarizada parecía con él que, llamada un día, corrió presurosa a sus manos. Y como el Santo le dijese: ‘¡Canta, hermana cigarra, y llena de gozo alaba a tu Creador!’, obedeció prontamente, comenzó a cantar y no paró hasta que por mandato del seráfico Padre volvió al lugar donde antes estaba. Ocho días estuvo en aquel mismo lugar, repitiendo diariamente sus visitas a la celda del Santo, alegrándole con su canto y retirándose a la higuera, según él se lo mandaba. Por último, Francisco se volvió a los suyos y les dijo: ‘Demos, amados míos, licencia a la hermana cigarra para que se retire, pues ya por espacio de ocho días, alegrándonos con su canto, nos ha incitado admirablemente a cantar las alabanzas del Señor’. Dicho esto, la cigarra, obtenida la licencia del Santo, se retiró de allí, sin que jamás volviese a aparecer, como dando a entender que no se atrevía a quebrantar en lo más mínimo las órdenes del bienaventurado siervo de Dios”²².

La creación entera está comprometida en la alabanza al Señor. La naturaleza es contemplada, en Israel, como un gran artefacto, donde todo funciona maravillosamente

de acuerdo con sus leyes. Sin embargo, ni el todo ni ninguna de sus partes tiene categoría de divino.

La creación habla de Otro Ser, toda ella está orientada hacia él. Todo habla de su majestad, de su poder y de su gloria. El sentido “referencial” de las cosas es innato en ellas: contienen, viven y expresan con transparencia la presencia de Dios, sin apoderarse de ella, sin robarle nada de su gloria. Las criaturas apuntan hacia Aquel cuya soberanía nadie discute, a quien nadie puede compararse. La creación es feliz siendo criatura y por eso alaba al Señor.

El espectáculo que la creación ofrece al hombre le afecta por entero: no sólo a sus ojos, sino también a su razón, a su emoción, a todos sus sentidos. El hombre y la creación cantan juntos la gloria del Señor:

Criaturas del Señor, alabad su inmensa gloria,
cantad sin fin su esplendor, bendecid al Señor.

²¹ SAN FRANCISCO. *Escritos...*, o.c., 322-323.

²² *Ib.*, 583-584.

Si la creación entera es un canto de alabanza a Dios, los habitantes de la casa del Padre, los ángeles, no podrían permanecer mudos ante el Dios que contempla sus ojos. Creados los primeros, ellos están desde el principio en el cielo y pueden contarle todo y alabarle como nadie sabe hacerlo. Son los seres encargados de la liturgia del cielo, los que aseguran, día y noche, por los siglos sin término, la alabanza al Dios de los dioses y Señor de los señores. Alabar es su función. No necesitan que nadie les diga lo que tienen que hacer.

Pero el hombre, en un acto de osadía sin límites, atraviesa la atmósfera y los espacios, rompe con todas las distancias y convenciones, se mete como de rondón entre los habitantes del cielo y les invita y urge a la alabanza.

Cuando se trata de alabar a Dios, el hombre no sabe lo que es pudor:

Benedicid al Señor, ángeles del Señor,
loadle y ensalzadle por los siglos (Dan 3,58).
¡Alabad a Yavé desde los cielos,
alabadle en las alturas,
alabadle, ángeles suyos todos,
todas sus huestes, alabadle! (Sal 148,1-2).
Benedicid a Yavé todos sus ángeles,
héroes potentes, agentes de sus órdenes,
atentos al sonar de su palabra.

Benedicid a Yavé todas sus huestes,
ministros suyos, agentes de su voluntad (Sal 103,20-21).

La alabanza al Señor no tiene como límite el universo creado. Hay un coro celestial. En los cielos todo es más claro, más hermoso. Los motivos de alabanza no están mezclados con la ganga de la tierra. Allí se ve un Rostro, el rostro del Vivo por excelencia. Ya no se trata de una imagen vista como en un espejo, ni de una palabra oída a medias, ni siquiera de una teofanía o aparición, que tiene más de oscuridad que de manifestación.

Allí está Dios y todo es luz, pura transparencia. La alabanza a Dios tiene que ser en el cielo algo inconcebible e inimaginable para el hombre: coros de ángeles cantando sin cesar, éxtasis puro. Allí debe reinar la aclamación y el júbilo sin límite, la felicidad absoluta. Las voces de miles de generaciones de hombres no podrían sofocar ese coro celestial²³.

No basta, pues, que el mundo entero alabe al Señor. Los ángeles del cielo tienen que unir sus voces poderosas al himno de alabanza universal. Faltaría algo irrecuperable si ellos permanecieran inactivos, como meros espectadores de la gloria de Dios. Los cantores del cielo tienen que formar con las criaturas de la tierra una coral imponente que cante las alabanzas de Señor. Todos los seres y todas las cosas del mundo, en perfecta armonía, tienen que bendecir eternamente a Dios. En el cielo y en la tierra sólo debe existir esta nota de triunfo: ¡Gloria!

La esencia de todas las cosas es ser criatura de Dios y la esencia de la criatura es ser alabanza del Creador. Cada hombre debe convertirse en sacerdote de la creación y cumplir hacia ella una sagrada misión: ser su voz de alabanza. El hombre tiene que alabar con las voces de los sin voz, cantar con la voz de las estrellas y de los fenómenos atmosféricos, de los montes y de los valles, de los desiertos y de los bosques, de los árboles y las flores, de los animales que viven, vuelan, reptan por la tierra o viven debajo

²³ Cf *The Interpreter's Bible*, t. IV, o.c., 754.

de ella, de los peces del mar, desde el monstruo más grande al pececillo más insignificante...

El hombre tiene que bendecir al Señor con todo y por todo lo que existe, con todas y por todas las formas de vida, desde las más complicadas a las más elementales, desde las más preciosas a las más viles, desde lo eterno a lo efímero. El mundo entero con todas sus formas y armonías tiene que alabar eternamente al Señor.

9. Para ti es mi música, Señor

Cuando la gloria del Señor es celebrada por toda la creación, podría pensarse que la alabanza ha llegado a su fin. Y, sin embargo, no sería perfecta y total si careciera de esa modalidad que la hace más dulce y armoniosa: la *música* y el *canto*.

La alabanza no es algo que acontece sólo en el interior del hombre, en la soledad de su alma. Alabar es elogiar a Dios y expresarle con manifestaciones externas lo que se ha "vivido" en el corazón. La alabanza necesita ser acompañada por la música.

El hombre ha creado instrumentos musicales para acompañar los momentos de mayor emoción, alegría o tristeza, de su vida. La música pone alas a sus sentimientos y armoniza su plegaria. A través de ella el alma expresa lo que no puede decir de otro modo:

Celebrad a Yavé al son del arpa,
entonadle a la lira de diez cuerdas (Sal 33,2).

Llegaré al altar de Dios,
al Dios de mi alegría y de mi júbilo.
Te cantaré con arpa,
Yavé, Dios mío (Sal 43,4).

Y yo ensalzaré con el salterio
tu lealtad, Dios mío;
himnos te entonaré yo con la cítara,
oh Santo de Israel (Sal 71,22).

Cuando la dedicación de la muralla de Jerusalén, se mandó a buscar a los levitas de todos los lugares donde habi-

taban para que viniesen a Jerusalén y se pudiese celebrar la dedicación con alegría, con himnos de acción de gracias y con cánticos, al son de címbalos, arpas y cítaras (Neh 12,27).

Alabadle con clangor de corneta,
alabadle con cítara y con arpa,
alabadle con danza y con tambor,
alabadle con cuerdas y con flautas,
alabadle con címbalos sonoros,
alabadle con címbalos triunfantes (Sal 150,3-5).

Todos los instrumentos, de cualquier tipo que sean (cuerdas, aire o percusión), son buenos para alabar a Dios. No hay instrumento "profano". Es interesante notar cómo el Sal 150 menciona prácticamente todos los instrumentos conocidos por el pueblo de Dios y en conexión con la alabanza.

La trompeta y el cuerno eran instrumentos propios de los sacerdotes. Con ellos anunciaban las lunas nuevas, los días de fiesta; con ellos acompañaban la ofrenda del sacrificio en el templo, los cantos litúrgicos, las ceremonias sagradas... El arpa, la cítara y la lira eran instrumentos tocados por los levitas. Con ellos acompañaban sus cantos de alabanza y acción de gracias a Dios. Cuando los textos bíblicos hablan del tambor y especifican quién suele tocarlo, señalan casi siempre a las mujeres o a las jóvenes. La flauta y otros instrumentos podían ser tocados por todos. Y así, la mención de la totalidad de los instrumentos significa que el pueblo entero está implicado en la alabanza: sacerdotes, levitas, mujeres, laicos en general. Cada grupo con su instrumento y con todas sus fuerzas alaba al Señor.

Los instrumentos musicales eran utilizados también en las celebraciones de las fiestas de Israel: fiestas religiosas y profanas. La salida de los guerreros al campo de batalla iba acompañada por el sonido de los címbalos de aclamación; el recibimiento de los vencedores se hacía con danzas y tamboriles... La música acompañaba todos los momentos de la vida de Israel.

Las palabras finales del Sal 150: "Todo cuanto respira alabe a Yavé", podrían contener una nota sugestiva. El

texto hebreo es ambivalente y puede ser entendido de dos maneras: "Que todo ser viviente alabe a Yavé", o bien: "Que el soplo de vida pase enteramente a la alabanza", es decir, que se sople el cuerno, la flauta, la trompeta, etc., con todas las fuerzas de los pulmones; que con todo el vigor que uno tiene toque el tambor y los címbalos; que se baile y se toque hasta la extenuación...

Es posible que el autor del salmo quisiera sacar partido de la ambivalencia de la expresión para exponer, en una sola frase, la universalidad de la alabanza y su total intensidad²⁴.

La música sirvió para expresar el entusiasmo y el gozo de los hombres de Israel por su Dios. Los más bellos acordes sacados de aquellos instrumentos: suaves en las arpas, estridentes en los platillos, roncós en el cuerno, poderosos en las trompetas... se convirtieron en alabanza armoniosa para el Señor.

El hombre de Israel no sólo tocó con todas sus fuerzas para Dios, sino que le cantó también con toda su alma. Puso letra y música a todas sus emociones. La canción se convirtió inevitablemente en parte esencial de la alabanza:

¡Oh, cantaré y ensalzaré a Yavé! (Sal 27,6).

A punto está mi corazón, oh Dios,
mi corazón a punto:

cantaré, tocaré para Ti.

¡Alma mía, despierta!

¡Despertad, arpa y cítara,
despertaré a la aurora! (Sal 57,8-9).

Para que te cante mi corazón sin tregua;
Yavé, Dios mío, te alabaré eternamente (Sal 30,13).

Bueno es celebrar a Yavé,
cantar a tu nombre, oh Altísimo,
y publicar tu bondad por la mañana,
tu fidelidad a lo largo de las noches,
al son del salterio de diez cuerdas y la lira
y una canción al arpa (Sal 92,2-4).

²⁴ M. MANNATI. *Les Psaumes*, Cahiers de la Pierre-qui-Vive, Desclée de Brouwer 1968, t. IV, 292-294.

También los cantores con sus voces le alababan y una dulce melodía llenaba todo el Templo (Eclo 50,18).

A Yavé mientras viva cantaré,
mientras exista celebraré a mi Dios (Sal 104,33).

Cantadle, salmos entonadle,
sus maravillas todas repetid (Sal 105,2).

¡Cantad a Yavé, devotos suyos,
dad gloria a su santo Nombre! (Sal 30,5).

¡Cantad a Yavé un cántico nuevo,
cantad a Yavé toda la tierra.
Cantad a Yavé, su nombre bendecid (Sal 96,1-2).

Cantad a Dios, reinos de la tierra,
celebrad al Señor (Sal 68,33).

Cantad a Yavé un canto nuevo,
su alabanza desde los extremos de la tierra;
le exalte el mar y cuanto abarca,
las islas con todos sus habitantes (Is 42,10).

¡Aclamad a Yavé, toda la tierra,
alegraos, regocijaos, cantad!
Cantad a Yavé al son del arpa,
al son del arpa y del salterio;
al son de la trompeta y la corneta aclamad
ante la faz del rey Yavé (Sal 98,4-6).

El "rey" de la creación está siempre dispuesto para cantar a Dios. El es quien pone en movimiento a todas las cosas: despierta a los instrumentos, los afina, apresura a la aurora, despereza al día para que llegue cuanto antes y pueda comenzar su canto. La voz humana y su canción es centinela y vigía del mundo entero. Alaba e invita a alabar, exhorta y arrastra a la alabanza. El hombre de Israel aspiró a ser una canción ininterrumpida de alabanza para el Señor:

A Yavé mientras viva he de cantar;
mientras exista, salmodiaré para mi Dios (Sal 104,33).

Más allá, sin embargo, del deseo individual, hubo en Israel como un ansia insaciable de asociar al mundo entero a su alabanza y a su canto. Fue ampliando sin cesar el círculo de cantores hasta abarcar el mundo entero, con todos sus pueblos y con todos sus hombres y todos sus

elementos, dando a la alabanza unas dimensiones casi ilimitadas. El mundo entero cantaba al Señor la canción más agradecida, se convertía en una canción de alabanza donde todos los seres celebraban al Señor hasta la extenuación.

"Alabadle con címbalos sonoros, alabadle con címbalos de júbilo. Los címbalos o platillos se golpean entre sí para que suenen; de aquí que por algunos se compararon a nuestros labios. Pero creo que debe entenderse mejor: que en cierto modo se alaba a Dios con los címbalos cuando cada uno honra a su prójimo y no a sí; y de esta manera, honrándose mutuamente, alaban a Dios. Mas para que nadie entendiese que los címbalos son instrumentos que suenan careciendo de espíritu, pienso que se añadió 'con címbalos de regocijo'. El regocijo, es decir, la inefable alabanza, únicamente brota del alma... Vosotros, dice, sois sus santos y su fortaleza, pero la que él hizo en vosotros; también sois su poderío y la inmensidad de su grandeza, pero la que él hizo y manifestó en vosotros. Vosotros sois la trompeta, el salterio, la cítara, el tambor, el coro, las cuerdas, el órgano, el címbalo sonoro de regocijo de las cosas que suenan bien, porque son armónicas"²⁵.

²⁵ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones...*, Sal. 150. t. IV, 929-930.

Israel alabó sin cesar a su Dios. Pero en su vida hubo momentos muy fuertes de alabanza. En los días de fiesta, cuando se conmemoraban las maravillas que Dios había hecho en favor de la casa de Jacob, se practicaron unos ritos bellísimos de alabanza. En ellos, Israel daba rienda suelta a todos sus sentimientos y a todo su entusiasmo por Dios.

En la Biblia existen unas palabras técnicas para designar esos ritos especiales de alabanza: son los términos hebreos “teruá”, “shimhá”, “guilá”, etc. La idea general que evocan es la de una alegría intensa que prorrumpe al exterior de un modo irresistible y que afecta a todo el hombre. Los términos no tienen una traducción fija en nuestra lengua. Fluctúan en torno a “aclamación”, “clamoreo” (para la palabra “teruá”) y “júbilo”, “alborozo”, “regocijo”, “algazara”, “exultación”, etc. (para las palabras “shimhá” y “guilá”).

Los ritos designados por esas tres palabras no se dejan definir con precisión. Carecemos de información suficiente como para hacernos una idea de su origen, de su evolución y de su desarrollo concreto. Tampoco es absolutamente necesario para nuestro caso. Lo que se puede apreciar con claridad es que, a través de esos ritos, Israel expresó su alabanza alborozada e invitó al mundo entero a gozarse en su Dios.

Esos términos, sin embargo, no siempre fueron utilizados en un sentido técnico, haciendo referencia a un rito concreto de alabanza, sino que, con frecuencia, fueron empleados para designar la actitud de alegría, tanto colectiva como individual, ante el Señor. Israel debía vivir ante él como si se tratara siempre de un día festivo. La aclamación y el regocijo debían ser la tónica general de la vida de cada hombre de Israel.

La “*terud*” (aclamación). *Aclamar* significa dar voces la multitud en honor y aplausos de una persona. La *aclamación* es la acción y el efecto de aclamar: es gritar, vitorear...

La palabra “*teruá*”, traducida normalmente por aclamación, tiene una etimología oscura, pero su significado fundamental parece ser éste: “Hendir o traspasar los tímpanos a base de ruido”.

En los textos bíblicos más antiguos aparece la *terud* como un rito practicado en ambientes guerreros, en los momentos que precedían a la entrada en combate, al asalto de una ciudad enemiga. Los soldados se enardecían entonces unos a otros lanzando la “aclamación” o el “clamoreo”, es decir, lanzando al aire gritos tan ensordecedores “que hendían o traspasaban los tímpanos”:

Cuando suene el cuerno de carnero y vosotros oigáis el sonar de las trompetas, todo el pueblo levantará un fuerte grito de guerra. Entonces los muros de la ciudad se derrumbarán y el pueblo subirá, cada uno frente a sí (Jos 6,5).

Así, pues, el pueblo gritó y sonaron las trompetas. Cuando el pueblo oyó el sonido de las trompetas, se puso a gritar clamorosamente y la muralla de la ciudad se derrumbó sobre sí misma (Jos 6,20).

Moisés envió al combate aquellos mil hombres por tribu y con ellos mandó a Finés, hijo de Eleazar, sacerdote, el cual llevaba los objetos sagrados y las trompetas clamorosas (Núm 31,6).

Por eso traemos con nosotros a Dios a la cabeza acompañado de sus sacerdotes, que traen las trompetas para hacerlas sonar contra vosotros (2 Crón 13,12).

Cuando en vuestra tierra debáis salir a la guerra contra un enemigo que os asalta, sonaréis las trompetas clamorosamente: Yavé se acordará de vosotros y os veréis libres de vuestros enemigos (Núm 10,9).

No es fácil seguir la evolución de la “*teruá*-aclamación”, ni se puede afirmar en qué momento concreto ese grito de guerra entró a formar parte del culto a Yavé. Se puede afirmar, sin temor a errar, que los hombres de Israel que regresaron a Jerusalén después de la prueba del destierro en Babilonia (587-539 a.C.), ya la utilizaron con toda normalidad. Con la “*teruá*” celebraron a Dios como rey y salvador de su pueblo y como Señor de todos los pueblos de la tierra:

Dios sube entre clamores,
Yavé, al clangor de la trompeta:
¡Cantad a nuestro Dios, cantad,
cantad a nuestro Rey, cantad! (Sal 47,6-7).

Cantad un cantar nuevo,
tañed bien la lira en medio del clamor (Sal 33,3).

¡Venid, cantemos gozosos a Yavé,
aclamemos a la roca de nuestra salvación;
con alabanzas vayamos ante El,
aclamémosle con cánticos! (Sal 95,1-2).

¡Oh pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con voz de júbilo!
Porque Yavé es excelso, terrible,
gran rey sobre toda la tierra (Sal 47,2-3).

¡Aclamad a Yavé, toda la tierra,
alegraos, regocijaos, cantad!
Cantad a Yavé al son del arpa...
al son de la trompeta y la corneta aclamad...
retumbe el mar y cuanto encierra,
el mundo y los que en él habitan;
todos los ríos batan palmas,
a la vez las montañas griten de alegría (Sal 98,4-8).

Gritad de gozo, cielos, porque Yavé lo ha hecho;
exultad, honduras de la tierra;
lanzad gritos de júbilo, montañas,
y tú, bosque, con todos tus árboles;

porque Yavé ha redimido a Jacob, y ha manifestado su gloria en Israel (Is 44,23).

Cantaban alabando y ensalzando a Yavé: "Porque El es bueno, porque es eterna su misericordia para Israel". Y todo el pueblo prorrumplía en fuertes gritos de júbilo alabando a Yavé (Esd 3,11).

La "aclamación" fue algo verdaderamente hermoso. En el culto tiene que haber un tiempo para todo: un tiempo para la tranquilidad y la contemplación y otro para la aclamación y los vítores. La adoración puede ser contemplativa o expresarse en formas vivas y apasionadas. La liturgia de un pueblo puede resultar demasiado seria y formalista cuando todo está regulado y dominado por un tono austero. El pueblo de Dios conoció la alegría de la fe, la aclamación entusiasta. Por eso fue un pueblo feliz:

Dichoso el pueblo que sabe aclamarte,
a la luz de tu rostro, oh Yavé, caminan;
en tu nombre se alegran todo el día,
en tu justicia se entusiasman.

Israel "aclamó" al Señor con todas sus fuerzas, sin vergüenza alguna. Pero fue bien consciente de que su aclamación no era suficiente para celebrar adecuadamente la grandeza de Dios. Y puso, una vez más, al mundo en movimiento, con todos y cada uno de sus elementos. A la orden del hombre los ríos baten palmas, las montañas se estremecen de gozo, los bosques con todos sus árboles lanzan gritos de júbilo, el mar brama de contento, la tierra entera estalla en un gran clamor. Los cielos se unen al júbilo general y vitorean al Señor. Todo se convierte en un "clamoreo" de alabanza. La creación se siente feliz. Toda ella es como un temblor de gozo, un grito sin fin de alabanza.

La comunidad es el lugar teológico normal para realizar la aclamación. En ella se ve el rostro de Dios y se experimenta su salvación. ¡Feliz el pueblo que la conoce y la practica! ¡Dichoso también el hombre que sabe aclamar a Dios a pleno pulmón!

"*Shimhá*" y "*guilá*" (júbilo, regocijo, alborozo, exultación) hacen también referencia a dos ritos muy antiguos, conocidos y practicados ya por los cananeos, antes de la entrada de Israel en Palestina, e introducidos posteriormente en su propia liturgia.

Es casi imposible determinar en qué consistían y en qué se diferenciaban el uno del otro²⁶. Eran, sin duda, ritos muy exaltados y ruidosos, que se traducían en transportes de entusiasmo, en aclamaciones impresionantes dadas a los dioses con ocasión de alguna fiesta. Se celebraban con danzas sagradas, sacrificios, libaciones de vino, etc. Ambos ritos debían de coincidir en lo esencial, pero la "*guilá*" debía ser como el culmen o la apoteosis de la "*shimhá*", es decir, la exultación y el regocijo llevados hasta el límite de las posibilidades humanas.

La mención más antigua de la "*shimhá*" y de la "*guilá*" la encontramos en el profeta Oseas:

No te recocijes, Israel, no jubiles como los gentiles,
pues tú te has prostituido
abandonando a tu Dios;
has amado el salario de la prostitución,
sobre todas las eras de grano.
Mas la era y el trujal no os saciarán
y el vino nuevo los dejará corridos...
No harán a Yavé más libaciones de vino
ni ofrecerán sus víctimas;
cual pan de luto será su alimento,
cuantos lo coman se contaminarán... (Os 9,1-4).

Refirieron al rey David que Yavé había bendecido a Obededón y a todas sus cosas a causa del Arca de Dios. Entonces David se puso en camino e hizo subir el Arca de Dios de casa de Obededón a la ciudad de David con gran júbilo. Cuando los que llevaban el Arca hubieron dado seis pasos, se sacrificó un toro y un carnero. David danzaba ante Yavé con todas sus fuerzas. David llevaba ceñido un efod de lino. Así David y toda la casa de Israel subieron el Arca de Yavé en medio de aclamaciones y de sonar de trompetas... Introdujeron el Arca de Yavé y la colocaron en su lugar, en medio de la Tienda que David había

²⁶ Cf P. HUMBERT, "*Laetari et exultare*" dans le vocabulaire religieux de L'Ancient Testament, RHPR, 22 (1942), 185-214.

hecho levantar para ella; David ofreció a Yavé holocaustos y sacrificios pacíficos (2 Sam 6,12-15.17).

No nos sorprende la reserva inicial de Israel frente a esos ritos orgiásticos de los cananeos. Eran demasiado bulliciosos para ser aceptados en el culto. Los profetas se mantuvieron muy reservados ante ellos porque tenían resonancias peligrosamente paganas.

Sin embargo, cuando se trataba de alabar a Dios, Israel no conoció límites ni barreras, no se paró en nada. La protesta que hace el profeta Oseas (9,1-4) contra esos ritos indica claramente que ya se habían introducido en Israel. Ambos terminaron por imponerse en el culto. Israel demostró ahí una gran apertura. Si los paganos podían entusiasmarse hasta la extenuación por sus dioses, también, y con mayor razón, Israel podía hacerlo por su Dios. Si el hombre podía gritar, danzar y aclamar a alguien... ése era el Dios verdadero; si alguien era digno de todo el reconocimiento del hombre... ése era su Dios.

Las fiestas de Israel fueron también celebradas con "shimhá" y "guilá", es decir, con todas las manifestaciones de júbilo que el hombre del pueblo de Dios tenía a su alcance y disposición:

Celebraron con júbilo la fiesta de los Acimos durante siete días, porque Yavé les había llenado de alegría, al hacerles favorable el corazón del rey de Asiria para sostenerles en las obras del Templo de Dios, el Dios de Israel (Esd 6,22).

Los hijos de Israel, que se encontraban en Jerusalén, celebraron la fiesta de los Acimos durante siete días con gran alegría, mientras los levitas y los sacerdotes cantaban con toda fuerza las alabanzas de Yavé día tras día... Pero la asamblea decidió alargar la fiesta siete días más, y así se hizo con gran alegría... Toda la asamblea de Judá, sacerdotes, levitas, todos cuantos habían venido de Israel, los refugiados que habían venido de la tierra de Israel, no menos que los que habitaban en Judá, estaban rebosando de alegría. Hubo gran fiesta en Jerusalén... (2 Crón 30,21.23-26).

En cuanto los albañiles echaron los cimientos del Templo de Yavé, se presentaron los sacerdotes con sus

ornamentos y sus trompetas, y los levitas, hijos de Asaf, con sus címbalos, para alabar a Yavé, conforme a las disposiciones de David, rey de Israel. Cantaban alabando y ensalzando a Yavé: "Porque El es bueno, porque es eterna su misericordia para Israel". Y todo el pueblo prorrumplía en fuertes gritos de júbilo alabando a Yavé, porque se habían echado los cimientos del Templo de Yavé. Muchos de los sacerdotes, levitas y cabezas de familia, ya ancianos, que habían visto el primer templo y ahora veían con sus propios ojos que se echaban los cimientos de este otro Templo, lloraban sonoramente, mientras que otros muchos daban gritos de alegría y júbilo. Nadie podía distinguir en aquella turba los acentos de júbilo de los acentos del llanto de la gente; porque el pueblo lanzaba grandes gritos y el estrépito se oía desde muy lejos (Esd 3,10-13).

En las fiestas celebradas en honor de Yavé, los hijos de Israel lanzaron hacia el cielo sus gritos de júbilo. No tuvieron reparos en gritar y exultar. El entusiasmo por Dios no conoció límites.

Shimhá y *guilá* (y sus verbos correspondientes *shamá* y *guil*) aparecen frecuentemente en el libro de los Salmos, designando más una actitud de gozo que un rito religioso.

El cantor de Israel se autoinvita a esa alegría desbordante en el Señor:

Te exaltaré, oh Yavé, con todo el corazón,
anunciaré todas tus maravillas;
me alegraré y me recrearé en Ti,
tu nombre entonaré, oh Altísimo (Sal 9,2-3).

¡Exultaré y me alegraré en tu amor! (Sal 31,8).

Por eso se alegra mi corazón,
mi alma exulta,
y mi carne también descansará segura (Sal 16,9).

Exulto, exulto en Yavé,
y mi alma jubila en mi Dios,
porque me ha puesto los vestidos
de la salvación (Is 61,10).

Mas yo en Yavé me regocijaré,
exultaré en Dios mi salvador (Hab 3,18).

Y mi alma exultará en Yavé,
se gozará en su auxilio (Sal 35,9).

Haz que vuelva a escuchar júbilo y fiesta,
y dancen los huesos que a polvo redujiste (Sal 51,10).

Llegaré al altar de Dios,
al Dios de mi alegría y de mi júbilo.
Te cantaré con arpa,
Yavé, Dios mío (Sal 43,4).

Posteriormente, el salmista invita a exultar en Dios a todo su pueblo, a Jerusalén, a la hija de Sión, a los justos y rectos de corazón, a los más pobres...

¡Regocijaos en Yavé, justos, exultad,
alborzaos todos los de recto corazón! (Sal 32,11).

En Ti se alegren y se regocijen
todos los que te buscan.
¡Repitan siempre: “Grande es Dios”,
los que anhelan tu salud! (Sal 40,17).

Cantad a Yavé un canto nuevo,
su alabanza en la asamblea de sus fieles.
¡Regocijese Israel en su Hacedor,
los hijos de Sión se alegren en su rey;
alaben su nombre con la danza,
toquen para El el arpa y la cítara! (Sal 149,1-3).

¡Canta himnos, hija de Sión;
jubila, Israel;
alégrate y exulta de todo corazón,
hija de Jerusalén! (Sof 3,14).

Sácianos pronto de tu misericordia,
para que todos nuestros días
vivamos en alegría y júbilo (Sal 90,14).

Los sordos oirán las palabras de un libro
y, liberados de las tinieblas y la oscuridad,
verán los ojos de los ciegos.
Aún volverán los humildes a alegrarse en Yavé,
y los pobres exultarán en el Santo de Israel (Is 29,18-19).

Los cielos y la tierra, con todo cuanto en ellos existe,
son también invitados al júbilo y a la exultación, como
forma de alabanza suprema a Aquel que todo lo hizo:

Alégrese los cielos y jubile la tierra,
retumbe el mar y cuanto encierra,
exulte el campo con su fruto todo,
griten de gozo todos los árboles del bosque (Sal 96,11-12).

¡Reina Yavé, la tierra se alboroce,
alégrese las islas incontables!...
Los montes se derriten
como la cera delante de Yavé (Sal 97,1-5).

Alégrese los cielos, regocijese la tierra,
pregónese entre las naciones: “Yavé es rey”...
Truene el mar con cuanto llena...
alégrese árboles y selvas (1 Crón 16,31-33).

Alégrese el desierto y el yermo,
exulte la estepa y florezca,
dé flores como el narciso,
exulte y grite de alegría (Is 35,1-2).

Cielos, gritad de gozo,
exulta, tierra,
montes, estallad de júbilo,
pues Yavé ha consolado a su pueblo,
se ha compadecido de sus infelices (Is 49,13).

No temas, suelo; exulta y regocijate,
pues grandes cosas ha hecho Yavé (Jl 2,21).

El amor y la salvación de Dios llenan de júbilo al hombre: su corazón exulta, sus huesos quebrantados se estremecen, sus entrañas se conmueven y se agitan interiormente llenas de una alegría casi insoportable e indecible. El ser humano se siente “colmado”. Los gritos de júbilo, la aclamación, no es más que la manifestación externa del gozo incontenible que siente en su alma.

El júbilo que el hombre siente por Dios es contagioso: quiere que todos se regocijen con él. Necesita oír los clamores de la hija de Sión, los cantos de los ángeles y las voces de la creación entera aclamando al Señor.

El mundo se convierte en un rumor general, apenas siente la voz del hombre que le convoca a la exultación. El salmista personifica a los elementos para hacerlos capaces de celebrar, a la manera humana, la soberanía de Dios: los mares braman de felicidad, los ríos le alaban con sus corrientes impetuosas, las cordilleras saltan como corderos,

los árboles del bosque entonan canciones, el campo y todo lo que en él existe le festeja, los animales retozan por el Dios vivo, las llanuras inhóspitas y el desierto se llenan de vida y de sus entrañas estériles florece la flor de la alabanza. Las islas lejanas se unen al homenaje de la tierra firme. De cada partícula de tierra, de cada piedra o de cada hierba, surge una voz que bendice al Señor. Todo se llena de vigor para aclamarle. La creación se convierte en una ovación, en un puro himno de alabanza.

Imaginemos, por un momento, al pueblo de Dios reunido en asamblea de culto. En ella hay hombres y mujeres, niños y jóvenes, hombres en edad madura y ancianos. Todos están allí, cada uno cargado con su problema o su alegría. Allí hay hombres felices y satisfechos o doloridos y enfermos, hombres que han triunfado o fracasado... Allí están los hombres del pueblo de Dios: gente, en su mayoría, sencilla; campesinos, pequeños terratenientes o jornaleros a sueldo. Todos están allí y todos forman una comunidad. No importa lo que son y cómo son. No importa su aspecto, su origen, su formación o su condición social. Son el pueblo de Dios. Algo les unifica por encima de todas las diferencias: su fe en el Señor, su historia nacional, marcada por las intervenciones del único Dios, su historia milenaria y cientos de veces repetida. Todos la conocen y se sienten solidarios con ella. Por eso, cuando el sacerdote o el cantor les invita a la alabanza, todos forman una sola voz para proclamar las grandezas de Dios, todos exultan en él "porque es bueno, porque es eterno su amor". Los músicos hacen sonar las trompetas, los platillos y las cítaras con todas sus fuerzas. Y el pueblo vitorea más y más a su Dios. Sus gargantas se quedan roncadas de tanto gritar: es la exultación, el regocijo, el clamoreo ("shimhá", "guilá", "teruá").

Así llega el momento en que el hombre no puede expresar con palabras aprendidas lo que siente en lo hondo de su ser. Todas las posibilidades del lenguaje humano se agotan, todo se queda corto para traducir la experiencia íntima de Dios. Entonces necesita de una "lengua nueva" que no conozca las resistencias del lenguaje ordinario.

Los autores latinos designaron esa lengua nueva con el nombre de "iubilatio". San Agustín la describió en términos magníficos:

"Cantadle cántico nuevo. Desnudaos de la vejez, pues conocisteis el cántico nuevo... Cante cántico nuevo, no la lengua, sino la vida. Cantad cántico nuevo; cantadle bien. Cada uno pregunta cómo ha de cantar a Dios. Cantadle, pero no mal. No quiere que le molestes sus oídos. Canta bien, ¡oh hermano! Si tiembles cantar sin conocimiento alguna música a un buen oyente músico, por no desagradar al artista, cuando se te dice canta para agradarle, puesto que lo que el inexperto no conoce en ti, lo censura el artífice, ¿quién se ofrecerá a cantar bien a Dios, que como excelente músico oye, juzga del cantor y examina todas las salmodias? ¿Cuándo puedes brindar tan depurada maestría en el canto que no desagrades en nada a oídos tan perfectos? He aquí que te da como el módulo para cantar: no busques palabras como si pudieras explicar de qué modo se deleita Dios. Canta con regocijo (in iubilatione), pues cantar bien a Dios es cantar con regocijo. ¿Qué significa cantar con regocijo? Entender, porque no puede explicarse con palabras lo que se canta en el corazón. Así, pues, los que cantan ya en la siega, o en la vendimia, o en algún trabajo activo o agitado, cuando comienzan a alborozarse de alegría por las palabras de los cánticos, estando ya como llenos de tanta alegría, no pudiendo ya explicarla con palabras, se comen las sílabas de las palabras y se entregan al canto del regocijo. El júbilo es cierto cántico o sonido con el cual se significa que da a luz el corazón lo que no puede decir o expresar. ¿Y a quién conviene esta alegría (iubilatio) sino al Dios Inefable? Es inefable aquel a quien no puedes dar a conocer, y si no puedes darle a conocer y no debes callar, ¿qué resta sino que te regocijes, para que se alegre el corazón sin palabras y no tenga límites de sílabas la amplitud del gozo? Cantadle bien con regocijo"²⁷.

"Vosotros ¡oh Asaf!, congregación del Señor, regocijaos en Dios... Alegraos (iubilare) en el Dios de Jacob, puesto que vosotros también pertenecéis a Jacob, es más, sois Jacob, el pueblo menor a quien sirvió el mayor. Cuando no podáis expresar con palabras, no ceséis de regocijaros. Cuando podáis hablar, clamad; cuando no podáis, alegraos (iubilare). Aquel a quien no le son suficientes las palabras, suele por la exuberancia del gozo prorrumpir en gritos de alegría: alegraos en el Dios de Jacob... ¿No nos alborozaremos en todas estas cosas? ¿Percebiremos aquello en lo cual nos gozamos? ¿Son suficientes las palabras para nuestra alegría? ¿Será la lengua capaz de explicar nuestro gozo? Si no bastan las palabras: ¡bienaventurado el pueblo que sabe alborozarse! ¡Oh pueblo feliz! ¿Crees que entiendes el regocijo? No serás bienaventurado si no entiendes el regocijo. ¿Qué quiere decir que entiendes el regocijo? Que sepas por qué te alegras de aquello que no puede expresarse con palabras... Comprende que es tanta la gracia, que la lengua no es capaz de explicarla, y habrás entendido qué es el alborozo o regocijo"²⁸.

"Iubilemus Deo salutarí nostro. Cantemos alegres a Dios, nuestra salud; regocijémonos en Dios, nuestra salud. ¿Qué significa 'iubilare'? Dar gritos de alegría o regocijarse. El júbilo que no puede explicarse con palabras y que, sin embargo, se testimonia con el grito de la voz, se

²⁷ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones...*, Sal. 32, t. I, 435-436.

²⁸ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones...*, Sal. 80, t. III, 126; cf Sal 88, t. III, 308-309.

denomina regocijo. Piense vuestra caridad en aquellos que se regocijan en cualquier clase de canto y como en cierta lid de alegría mundana, y veréis de qué modo, entre los cánticos modulados con la voz, se regocijan rebosantes de alegría cuando no pueden declararlo todo con la lengua, a fin de que por aquellos gritos inarticulados dé a conocer la afección del alma lo que se concibió en el corazón y no es capaz de expresarlo con palabras. Luego si éstos se regocijan por el gozo terreno, ¿nosotros no debemos dar gritos de alegría, regocijarnos por el gozo celestial, que ciertamente no podemos expresar mediante las palabras?"²⁹.

"¿Qué significa 'iubilare'? Regocijarse. En gran manera nos hace recapacitar sobre esta palabra el título del presente salmo, que reza 'in confessione', de 'alabanza'. ¿Qué significa 'in confessione iubilare', 'regocijarse en alabanza'? Existe una máxima de otro salmo que dice: 'bienaventurado el pueblo que entiende el regocijo'. Sin duda es algo grande, puesto que el conocimiento constituye bienaventurados... He de decir lo que sabéis. 'Qui iubilat', 'el que se regocija', no pronuncia palabras, sino que lanza cierto sonido de alegría sin palabras. El regocijo es una voz del alma engolfada en la alegría, la cual, en cuanto puede, da a conocer el afecto, mas no el sentir del que le percibe. Al regocijarse el hombre con este gozo, al no poder explicar ni dar a entender el afecto con palabras, emite cierto sonido de alegría sin palabras. De este modo manifiesta por el mismo sonido que se alegra; pero como se halla repleto por el demasiado gozo, no puede explicar con palabras el regocijo. Notad esto también aun en los que cantan canciones indecorosas. Nuestro regocijo no debe ser como el de éstos. Nosotros debemos regocijarnos en la justicia; ellos se regocijan en la iniquidad. Por tanto, nosotros nos regocijamos en la alabanza o confesión, ellos en la confusión. Sin embargo, para que entendiáis esto que digo, recordad lo que sabéis. Los que trabajan en el campo se regocijan en gran modo; así vemos que los segadores, o los vendimiadores, o los que recogen algún fruto, alegrándose por la abundancia y gozándose por la feracidad y fecundidad de la tierra, cantan regocijándose, pues entre los cánticos que profieren con palabras introducen sonidos inarticulados en la expresión del ánimo; y esto se llama regocijo (iubilatio)... Luego ¿cuándo nos regocijamos? Cuando alabamos lo que no puede declararse con palabras"³⁰.

"Pero de aquel bien de quien se dijo: nadie es bueno sino sólo Dios, ¿diremos que es sobremanera bueno? Al decir esto viene a nuestro pensamiento que se dijo de todas las criaturas: 'Dios hizo todas las cosas sobremanera buenas'. Luego ¿qué hemos de decir de Dios? Que nos falta la palabra, pero no el deseo. Recordemos aquella reciente exposición del salmo en la que no pudimos explicar la palabra 'iubilemus', 'regocijémonos'. Dios es un bien. ¿Quién podrá explicar qué clase de bien es? Ved que no podemos darle a conocer y, sin embargo, no podemos menos de hablar de él. Luego, si no podemos darle a conocer, y por el gozo no se nos permite estar callados, no hablemos ni callemos. Pero ¿qué hemos de hacer si no hablamos ni callamos? Nos regocijamos. Regocijate en Dios, nuestra salud. Regocijese en Dios toda la tierra. ¿Qué significa 'regocijate'? Elevad la voz inefable del gozo y eructad ante él vuestras alegrías"³¹.

La "iubilatio" es la alabanza inefable que Dios mismo inspira al hombre, es una voz del alma engolfada en la alegría, es la "lengua nueva" que Dios regala para que la alabanza suba hasta su trono como un aroma agradable.

Vivir en actitud de "aclamación", de "júbilo" y de "exultación" fue deseo de los hombres de Israel; vivir en una alabanza permanente fue el estilo de vida que ellos nos transmitieron.

²⁹ Ib, Sal. 94, t. III, 485.

³⁰ SAN AGUSTÍN. *Enarraciones...*, Sal. 97, t. III, 555.

³¹ Ib, Sal. 99, t. III, 588-589.

Dios es el ser por excelencia. Yavé es el Dios que “era, es y será”, el “Señor del cielo y de la tierra”, el “Dios de los espíritus de toda carne”, etc. El mundo entero ha recibido de él su existencia y por su acción misericordiosa se mantienen todas las cosas. Las perfecciones de las criaturas se encuentran en él en grado sumo. Dios no es sólo grande, sino que es la Grandeza. Todo lo que podemos decir de él no es más que un balbuceo infantil. Dios es Dios, indecible e inaferrable. Ni su presencia en el alma colma el abismo insondable que nos separa del Absoluto, del totalmente Otro:

¿Pretendes tú escrutar el misterio de Dios,
llegar hasta la perfección del Omnipotente?
Más alta es que los cielos: ¿qué harás tú?
Más honda que el sol: ¿qué puedes tú saber?
Más larga que la tierra, y más ancha que el mar
(Job 11,7-9).

El hombre llega a intuir fácilmente que toda la alabanza que la creación tributa a Dios es completamente desproporcionada con su grandeza. ¡Qué bien deben sonar a sus oídos los gritos de bendición que recibe de sus criaturas, pero qué pálido reflejo de su inmensa gloria! El está infinitamente más allá de todo cuanto podamos decir o pensar. El se goza en nuestras alabanzas, mora en ellas, pero ninguna le celebra como es debido.

Por eso, cuando se podía creer que todo estaba dicho sobre la alabanza a Dios... se descubre que apenas se ha comenzado, que el camino no tiene fin, que por mucho que se le alabe todo será poco, que siempre se podrá ala-

b.ii más y más y que una vida de alabanza no es más que una gota en el inmenso océano de Dios:

¿Quién cantará las proezas de Yavé,
hará resonar todas sus alabanzas? (Sal 106,2).

Benedicid a Yavé, vuestro Dios,
de eternidad en eternidad.

¡Bendito sea tu nombre sublime y excelso,
superior a toda bendición y alabanza! (Neh 9,5).

Y la obra toda del Señor está llena de su gloria.
No dio el Señor poder a sus santos
para declarar todas sus maravillas (Eclo 42,16-17).

El que vive eternamente creó todas las cosas
a un tiempo.

Sólo el Señor puede proclamarse justo.

A nadie concedió pregonar sus obras,

y ¿quién investigará sus grandezas?

¿Quién podrá medir su majestuosa grandeza,
y quién podrá encumbrar sus misericordias?

Nada se puede quitar ni añadir
a las maravillosas obras de Dios,
ni es posible escudriñarlas.

Cuando un hombre ha acabado,
es entonces cuando comienza,

y cuando se detiene queda desconcertado (Eclo 18,1-7).

Y esto no es más que el contorno de sus obras,
pues tan sólo captamos un apagado eco.

Y el trueno de su poder

¿quién lo podrá alcanzar? (Job 26,14).

Muchas cosas podríamos decir y no acabaríamos.

En suma: El es todo.

Y ¿cómo hallar fuerza para glorificarle dignamente,

ya que El es más grande que todas sus obras?

Terrible es el Señor, extraordinariamente grande,
y su poder sobre toda admiración.

Alabando al Señor exaltadle cuanto podáis,

porque está muy por encima de vuestras alabanzas.

Y exaltándole, poned en ello todo empeño,

no os canséis, pues nunca llegaréis al fin.

¿Quién lo ha visto y puede describirlo?

¿Quién podrá engrandecerle como El se merece?

Muchas cosas hay ocultas mayores que éstas,

y pocas son las cosas que hemos visto de entre sus obras.
Pues todas las cosas hizo el Señor
y dio la sabiduría a los piadosos (Eclo 43,27-33).

Dios sobrepasa infinitamente a sus criaturas. El está más allá de todo lo creado, de todo cuanto podamos soñar o medir. El es inconmensurable. La alabanza que el hombre tributa a Dios jamás llega a su altura, apenas si le roza. Habría que ser semejantes a él, tener su talla, para poder contar su grandeza y celebrar su gloria. Pero lo que el hombre ha visto u oído de Dios es casi nada: “contornos de sus obras”, “huellas de su paso”, “eco apagado de su voz”. Lo que de él conocemos es nada en comparación con lo que nos falta por saber.

“Porque es grande el Señor y digno de ser alabado sobremanera. ¿Qué señor fuera de Cristo es grande y digno de ser alabado sobremanera?... Pero, aunque todo el día estuviese diciendo: ‘grande, grande’, ¿qué diría? Estando hablando todo el día, terminaría alguna vez de decir ‘grande’, porque se termina el día; y su grandeza es antes del día, más allá del día y sin día. Luego ¿qué diría? Que el Señor es grande y digno de ser alabado sobremanera. ¿Qué ha de decir la diminuta lengua para alabar lo grande? Diciendo ‘nimis’, es decir, ‘sobremanera’, emite una palabra y ofrece al pensamiento algo que recapacite. Esto es como si dijera: ‘Lo que yo no puedo expresar, piénsalo tú, y cuando lo pienses, ten entendido que es poco’. Lo que no puede explicar la inteligencia de nadie, ¿lo explicará la lengua de alguno? Grande es el Señor y digno de ser alabado sobremanera. Sea alabado, sea predicado; se anuncie su gloria, pues así se edifica la casa”³².

El hombre tiene una tarea esencial en esta vida: alabar a Dios, sin jamás permitirse un silencio, tomarse unas vacaciones o hacer un alto en el camino para contemplar el paisaje; alabarle sin cesar, redoblando sus fuerzas y deseos, sabiendo que nunca llegará a celebrar al Señor como se merece, pero “creyendo” que él goza en el homenaje que se le tributa. La alabanza humana nunca será suficientemente digna de Dios, pero jamás podremos excusarnos en nuestra insuficiencia para dispensarnos de ella: “Cuanto más alabéis, tantas más fuerzas adquiriréis y tanto más dulce os será Aquel a quien alabáis”.

La pequeñez del hombre ante Dios es infinita. Por eso le hace falta “osadía” para atreverse con él:

³² SAN AGUSTÍN. *Enarraciones...*, Sal. 102, t. III, 686.

“Atrévete cuanto puedas, pues por mucho que te excedas, todo es poco en su loor” (santo Tomás).

“Grande es el Señor y digno sobremanera de alabanza. ¿Qué cosa más grande había de decir? ¿Qué palabras había de buscar? ¡Qué pensamiento más sublime encerró en una sola palabra, ‘valde’, ‘muy’! Piensa cuanto quieras. ¿Cuándo se podrá pensar el que no puede ser comprendido? Es sobremanera digno de alabanza y su grandeza no tiene fin. Dijo sobremanera o demasiado porque su grandeza no tiene límite, para que no suceda que quizá comiences a querer alabar y pienses que alabando puedas llegar al término de la alabanza de Aquel de quien su grandeza no conoce el fin. Luego no pienses que puede ser alabado suficientemente Aquel que en su grandeza no tiene fin. Por tanto, ¿no es mejor que así como él no tiene límite, no lo tenga su alabanza? Su grandeza no tiene límite, no lo tenga tu alabanza. ¿Qué se dijo de su grandeza? Su grandeza no tiene fin. ¿Y qué de su alabanza? Alabaré tu nombre en el siglo y en el siglo del siglo. Luego como su grandeza no tiene fin, así tampoco lo tendrá tu alabanza... Si nunca cesarás de ser de él, nunca cesarás de alabarle. Si mientras vives en el mundo eres de él, ¿podrás temer que, cuando hubieres muerto, no has de ser de él?”³³.

Sí, cuando el hombre podía pensar que alabando al Señor siempre y con todas sus fuerzas y con todos los elementos había llegado al límite, es entonces cuando descubre que hay que comenzar de nuevo, recomenzar sin fin, porque el Señor está por encima de “toda bendición y alabanza” (Neh 9,5).

Todo cuanto podemos decir es esto: “El lo es todo”. Y todo cuanto podemos hacer por él es alabarle hasta el límite de nuestras posibilidades, convertirnos en una alabanza de su gloria.

Sólo allá arriba en el cielo podremos dar al Señor una cumplida alabanza, aquella, aquella infinita.

El hombre de Israel supo mucho de alabanza. Su fragilidad innata la compensaba con su poder de convocatoria frente a todos los seres creados. El los llamaba, recogía sus murmullos y los convertía en alabanza consciente ante Dios. El cielo y la tierra se ponían a sus flancos cuando daba orden de bendecir al Señor.

Pero los hombres de Israel sabían también que su paso por la tierra era como un suspiro, que sus días estaban contados. Sus posibilidades de alabar a Dios apenas habían nacido y ya tocaban a su fin. La muerte terminaba con todo, porque en el “seol”, el oscuro lugar donde iba a parar al final de sus días, ya no había posibilidad de un contacto con Dios, ni de culto ni de alabanza:

Porque el seol no te celebra
ni te alaba la muerte;
no esperan los que bajan a la fosa tu fidelidad.
El que vive, el que vive, te celebra
como yo en este día (Is 38,18-19).

No son los muertos los que alaban a Yavé,
ni ninguno de aquellos que bajan al silencio;
mas nosotros, a Yavé bendecimos,
ahora y para siempre (Sal 115,17-18).

¿Qué ganancia en mi sangre,
si yo bajo a la fosa?
¿Puede alabarte el polvo,
proclamar tu verdad? (Sal 30,10).

³³ SAN AGUSTÍN. *Enarraciones...*, Sal. 95, t. III, 507-508.

Que entre los muertos no hay recuerdo de Ti; en el seol, ¿quién te puede alabar? (Sal 6,6).

¿Haces por los muertos maravillas?

¿O las sombras se alzarán a alabarte?

¿Se habla en la tumba de tu misericordia, de tu fidelidad en el infierno?

¿Sábense en las tinieblas tus portentos, tu gracia en la tierra del olvido? (Sal 88,11-13).

Porque en el Averno, ¿quién alabará al Altísimo por los vivientes que aquí le tributan alabanza? El muerto ya no alaba porque ya no existe, pero el vivo y el sano alabará al Señor (Eclo 17,27-28).

Abre los ojos y mira:

que no son los muertos en el seol, aquellos cuyo espíritu fue separado de sus entrañas, los que dan gloria y justicia al Señor (Bar 2,17).

Estos textos bíblicos resultan extraños a nuestros oídos, a nuestra fe cristiana. ¿Es posible que los hombres de Israel creyeran que todo terminaba en esta tierra? ¿Es posible que pensaran que los patriarcas, los profetas, los hombres piadosos, hubieran muerto de verdad, desaparecido para siempre? ¿Es posible que imaginaran que Dios había creado al hombre sólo para llorar, sufrir, morir, desaparecer? ¿Terminaba en el seol toda la preocupación de Dios por el hombre?

Por más sorprendente que resulte, ésa fue la realidad de la fe de Israel durante muchos siglos de su historia. Dios se fue revelando de una manera gradual y progresiva. La fe en la resurrección de los muertos no formó parte del depósito revelado más que en una época muy próxima al Nuevo Testamento. El Señor no tuvo prisas por revelar al hombre su destino final, no descorrió el velo que ocultaba la eternidad al hombre. Le pidió su fe generosa y su confianza, pero le dejó en la oscuridad en cuanto a su destino. El ideal de vida de los hijos de Israel era morir colmado de años, rodeado de los hijos, rico en propiedades y en la estimación de los hombres, etc.

Por eso, nada temía tanto un israelita como una muerte prematura. La idea que se hacía sobre el “más allá” era muy imprecisa. Cuando el hombre moría, des-

cedía al “seol”, una zona situada debajo de la corteza de la tierra. Los muertos eran completamente impotentes para todo. Su vida en el seol era como la de una sombra, sin luz ni alegría, sin saber nada de lo que ocurría en el país de los vivos, sin posibilidad alguna de entrar en relaciones con Dios. El seol era un espacio cerrado, como una cárcel, una fosa o un pozo por donde se descendía al reino de la muerte. Caer en él era como ser tragado por las fauces de una bestia salvaje; descender a él era decir adiós a todo, un viaje sin retorno y sin final feliz.

En la mentalidad de Israel, el universo estaba dividido como en tres partes: los cielos (o zona superior), la tierra (o zona intermedia), los abismos (o zona inferior). Los cielos eran la residencia o morada de Dios y de sus ángeles, el lugar desde donde él desplegaba su poder y gobernaba el mundo. La tierra se encontraba entre el cielo y el abismo: era el lugar de residencia de los hombres, el dominio que Dios les había concedido durante los días de su vida. Ahora bien: el mejor uso que el hombre podía hacer de esos días consistía en alabar y bendecir a su Dios, en vivir como criatura frente al Creador, en emplear todas sus facultades en su servicio. La muerte conducía al hombre al abismo y allí ya no había posibilidad alguna de alabanza. Aquello era el reino del silencio y del olvido.

Los prodigios de Dios, su ternura y su gracia, reclaman una gratitud eterna, una continua alabanza. Pero los muertos no pueden hacer esa gozosa proclamación de sus maravillas. El último suspiro cortaba la comunión con Dios. Así se comprende bien que el deseo de vivir fuera, para un israelita, idéntico al de alabar. Dios, por su propio interés, debía conservar la vida de sus fieles. Porque ¿qué ganaba Dios abandonando al hombre en la muerte? ¿Qué provecho sacaba con la muerte de sus fieles? ¿Qué interés podía tener Dios en que desaparecieran sus criaturas? Dios no hacía una buena inversión o, en otras palabras, hacía un mal negocio cuando dejaba morir a aquellos que le alababan. ¡Dios actuaba contra su propio provecho!

Para los hombres de la antigüedad, israelitas o no, un

Dios a quien nadie adorara dejaría de ser Dios, se extinguiría para siempre. Si todos los hombres desaparecieran de la tierra, los dioses dejarían de existir con ellos. Ningún dios se beneficiaba, pues, con la muerte de aquellos que le alababan.

Esa es, en el fondo, la queja latente en los textos bíblicos: un Dios sin alabadores ya no sería Dios. Y una vida donde no hubiera alabanza no sería una verdadera vida, sería algo monstruoso.

De estas consideraciones se sigue una conclusión transparente: la alabanza es la forma de existencia más propia del hombre. Alabar a Dios y no alabarle se contraponen como la vida y la muerte. Donde no hay alabanza, la muerte ha hecho ya su acto de presencia. El que no alaba a Dios es, ya en vida, como un cadáver ambulante: El pulso de la vida lo da la alabanza: si es pujante, la vida es plena; si pierde ritmo, languidece o decae, la vida se debilita y se extingue. Vida y alabanza son dos términos correlativos e intercambiables. La alabanza es la forma más típica de vivir la vida humana y el signo más fundamental e inequívoco de vida.

Para comprender plenamente el alcance de esta concepción deberíamos tener en cuenta un hecho sencillo. Cuando el hombre de Israel comenzaba a alabar a Dios, se imaginaba a sí mismo frente a su trono, unido a toda la corte celestial. Entonces se consideraba como el responsable último de la gloria de Dios y convocaba a toda la creación a la alabanza. En esos momentos se sentía como el director de coro de la orquesta sinfónica más importante. Distribuía a las criaturas por voces: los cielos con sus habitantes (ángeles, arcángeles, querubines, etc.) formaban la voz primera; la tierra, con todo cuanto en ella existe (hombres, animales, plantas, etc.), formaba la segunda voz; los abismos (con sus grandes monstruos o sus pequeños animales) formaban la voz tercera... El hombre imponía, por un momento, silencio a toda la creación, daba la nota, hacía el gesto de entrada y el mundo entero se convertía en un clamor inimaginable de alabanza. Todos los seres cumplían así la misión para la que habían sido creados: alabar al Señor.

Sí, vivir es alabar y alabar es vivir. La vida humana no tiene sentido fuera de la alabanza...

La alabanza, en conclusión, ha de ser total: con *todo* el corazón, con *toda* el alma, con *todas* las fuerzas, en *todo* momento; es ocupación de *todas* las criaturas, de *toda* la tierra, de *todo* cuanto respira, de *todas* las generaciones, de *todos* los siglos...

La alabanza se ramifica en todas las direcciones: a lo *largo*, por toda la vida del hombre y por toda eternidad de eternidades...; a lo *ancho*, entre todas las criaturas del cielo y de la tierra...; a lo *alto* y a lo *profundo*: cielos, tierra, mares, abismos³⁴.

Dicho en otras palabras, la alabanza ha de ser *total en extensión* (todos los hombres, todos los elementos...), *total en duración* (sin cesar, por los siglos de los siglos...), *total en intensidad* (a pleno pulmón, con música, hecha aclamación, vítores, júbilo, exultación...). Todos los seres, en todo momento y con todas sus fuerzas han de alabar a Dios. Esa es su tarea. Para eso fueron creados.

En el mundo sólo hay un ser que pueda disturbar la alabanza universal: el hombre. Sólo él, creado libre, puede oponerse a los planes de Dios, robarle su gloria, negarse a reconocerle. La existencia de los pecadores en la tierra es como una nota discordante, que rompe la armonía de toda la creación; es la tiniebla que la luz no ha terminado de expulsar. Los impíos fueron, para los hombres de Israel, un mal en la tierra. ¡Ojalá se convirtieran al Señor! De lo contrario, deberían desaparecer:

A Yavé mientras viva cantaré,
mientras exista celebraré a mi Dios.
¡Ojalá mis palabras le complazcan!
¡Yo en Yavé tengo mi gozo!
¡Los pecadores sean borrados de la tierra,
y ya no más existan los impíos!
¡Bendice a Yavé, alma mía! ¡Aleluya! (Sal 104,33-35).

En el cielo y en la tierra no debe existir nada que no se emplee en alabar al Señor. Cielo y tierra deberían ser un clamor unánime: ¡Gloria!

³⁴ A. GONZÁLEZ. *Los Salmos...*, o.c., 467.

13. *La proclamación de tu alabanza no tiene fin*

El Antiguo Testamento, especialmente el libro de los Salmos, nos ha puesto en contacto con el estilo de vida que Dios propuso a su pueblo. Pero ¿cómo vivió su vida de cada día el israelita ordinario y creyente? ¿Qué parte tuvo la alabanza en su vida individual, familiar y nacional? ¿Fue Israel un pueblo de alabanza?

El sentido de la existencia de Israel ha sido definido, muy exactamente, como la "glorificación de Dios". Israel tuvo conciencia de que había sido elegido para algo muy especial: para bendecirle y alabarle. La vida de cada judío, tomado individual o colectivamente, se fundamentaba sobre ese impulso de alabanza al Dios único y verdadero.

La vida del hombre de Israel estuvo bañada por efluvios sagrados, invisibles pero reales, que dieron a su existencia un estilo propio e inimitable. No hubo acto, gesto o circunstancia que no fuera acompañado de la bendición correspondiente. Con ella, el israelita manifestaba su voluntad de vivir como criatura y contribuía al aumento de la carga religiosa del universo. La comunidad a la que pertenecía, la época en que vivía, el mundo entero, eran purificados por su alabanza a Dios. Por la bendición se establecía una comunidad entre cielo y tierra, entre el Dios que se complacía en bendecir a su criatura y el hombre que no se cansaba de "decir-bien" de su Creador.

El mundo en el que vivía el judío era un mundo sagrado. En cada momento debía rendir homenaje al Señor. La bendición y la alabanza constituían el vínculo que asociaban al fiel con Dios. El Talmud decía:

“Aquel que usa de los bienes de este mundo sin recitar una oración, profana una cosa santa”.

“Está escrito: al Eterno pertenece la tierra con todo lo que contiene, el universo con sus habitantes. Así, el que disfruta de alguna cosa del mundo antes de haber hecho una oración, comete una prevaricación”.

“Antes de la Berakhá (la Bendición), toda cosa pertenece a Dios: por la Berakhá obtenemos el derecho para usar de los bienes de este mundo”³⁵.

Para evitar la profanación, la prevaricación, se pronunciaba la bendición.

El judío bendecía a Dios por todo. No había momento o circunstancia de la vida que no estuviera vinculado a una bendición o que no se acogiera con alabanzas a Dios: el nacimiento y la circuncisión, los desposorios y la boda, los días festivos de la vida personal, familiar y nacional, las comidas, el florecimiento de los árboles, la recolección de las cosechas, la visita a los lugares que recordaban los grandes hechos de la historia nacional, la salida o el regreso de un viaje, los fenómenos variados de la naturaleza, los peligros, angustias y desgracias de la propia vida o de la vida de la nación, el encuentro con un maestro venerable, el saludo y la despedida... La creencia en un Dios que dirige la historia de su pueblo y pone su mirada en cada individuo, creador y conservador del mundo a la vez, sin cuya voluntad nada sucede y cuya mano hace que todo, incluso la desgracia, se produzca, se manifieste en esta manera de actuar y comportarse en la vida de forma tan grandiosa, que no puede oscurecerla el riesgo de alienación y de exhibicionismo, la vanagloria piadosa y el deseo de justificarse con obras³⁶.

Con los textos judíos a nuestra disposición, de épocas diversas pero intérpretes de la misma actitud espiritual, se puede reconstruir una jornada tipo de la vida de un israelita.

³⁵ R. ARON. *Ainsi priait Jésus enfant*, ed. Bernard Grasset, París 1968, 56.

³⁶ J. LEIPOLDI-W. GRUNDMANN. *El mundo del Nuevo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1973, t. I, 232-233.

Para algunos rabinos, el sueño tenía cierta afinidad con la muerte. Se comprende, pues, que el despertar, que señalaba como la vuelta del alma al cuerpo, fuera acompañado de la primera bendición. Cuando el judío abría sus ojos por la mañana se dirigía al Señor con palabras como éstas:

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que abres los ojos de los ciegos”.

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que haces revivir a los muertos”.

“Dios mío, el alma que tú me diste es pura. Tú la creaste, la formaste y la ‘insuflaste’ en mí. Tú la conservas en mí y la tomarás (cuando muera) y me la devolverás el día de la resurrección. Durante todo el tiempo que el alma anime mi cuerpo yo te daré gracias, Eterno, mi Dios y Dios de mis padres, dueño de todas las cosas, soberano de todas las almas...”.

Al ponerse en pie pronunciaba esta bendición:

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que levantas a los que están encorvados”.

Al vestirse:

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que vistes a los que están desnudos”.

Al ponerse el calzado:

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que has provisto a todas nuestras necesidades”.

Al atarse el cinturón:

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que has ceñido de poder a Israel”.

Al ponerse el paño que cubría la cabeza:

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que has coronado de gloria a Israel”.

Al lavarse las manos:

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que nos has santificado con tus mandamientos y nos has ordenado lavar las manos”.

El judío varón pronunciaba cuatro bendiciones más por la mañana:

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, que colmas a tu pueblo de gracia y benevolencia...”

Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, porque no me hiciste pagano... o... porque me hiciste israelita...”

Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, porque no me hiciste mujer...

Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, porque no me hiciste esclavo"³⁷.

Las comidas iban acompañadas de bendiciones. Las palabras han podido variar con el tiempo, pero el sentido fue siempre el mismo.

Antes de comenzar la comida se pronunciaba la bendición sobre el pan:

"Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que sacas pan de la tierra".

La bendición sobre el vino se hacía con estas palabras:

"Bendito seas, Eterno, Dios nuestro, rey del universo, que creaste el fruto de la viña".

La bendición sobre el alimento en general se hacía así:

"Bendito seas, Eterno, Dios nuestro, rey del universo, que creaste la multitud de los manjares".

Como acción de gracias se pronunciaba esta oración:

"Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que alimentas a todas las criaturas".

Cualquier noticia o suceso que aconteciera en el transcurso del día iba acompañado de la bendición correspondiente, incluso si se trataba de cosas aparentemente insignificantes.

Así, si se respiraba un buen perfume, se decía:

"Bendito sea Aquel que creó las maderas olorosas, los aceites perfumados, las plantas...".

Si se recibía una buena noticia:

"Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que eres bueno y concedes la bondad".

Si se encontraba a un amigo después de una larga separación:

"Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que haces revivir a los muertos"³⁸.

Al ver las montañas, los mares, los ríos, los desiertos...:

"Bendito el que hizo la obra de la creación".

Al observar los cometas, al oír los truenos o al ver los rayos:

"Bendito Aquel cuya fuerza llena el mundo".

Al contemplar el sol en su esplendor, la luna llena, un firmamento radiante:

"Bendito sea el Autor de la creación".

El israelita sabía bendecir a Dios por todo:

"Se bendice del mismo modo por la desgracia que por la felicidad; por la dicha del mismo modo que por la desgracia".

"Se debe bendecir por la desgracia como por la dicha, porque está dicho (Dt 6,5): amarás a Yavé tu Dios con todo el corazón, con tus dos instintos, el instinto bueno y el malo; con toda tu alma, incluso si él te la toma; con toda tu fuerza; con toda tu fortuna"³⁹.

Se bendecía al Señor no sólo con el alma sino también con todos los miembros del cuerpo:

"Los miembros que tú has distribuido tan maravillosamente en nosotros, el alma espiritual que has insuflado y la lengua que has puesto en nuestra boca, te rinden gracias, te alaban, te celebran, te exaltan, te cantan, te santifican y proclaman la soberanía de tu nombre, ¡oh Rey nuestro!, pues toda nuestra vida debe reconocerte, toda lengua jurar por tu nombre, toda rodilla doblarse y todo cuanto está en pie prosternarse ante ti"⁴⁰.

La jornada del israelita conocía, además de la alabanza y bendición ordinarias, momentos fuertes de oración, que solían coincidir con la ofrenda del sacrificio en el templo de Jerusalén, es decir, hacia las nueve de la mañana y las tres de la tarde, y con el momento de la puesta del sol. La mirada de cada hombre de Israel se dirigía entonces hacia la Ciudad Santa, su trabajo cesaba y con las manos extendidas y la vista inclinada hacia la tierra, elevaba hacia el cielo su acción de gracias y alabanza. Algunas oraciones "fijas" eran recitadas en esos momentos: el "Shemá" (palabra hebrea que significa "escucha") y la "Shemoné esré" (o plegaria de las Dieciocho bendiciones).

El "Shemá" es una oración compuesta de tres pasajes bíblicos: Dt 6,49; 11,13-21; Núm 15,37-41. Más que una oración era una auténtica profesión de fe en el Dios único y verdadero:

³⁹ J. BONSRIVEN, *Textes Rabbiniques des deux premiers siècles chrétiens*, Pontificio Istituto Biblico, Roma 1955, 110.

⁴⁰ R. ARON, *Los años oscuros de Jesús*, Taurus, Madrid 1963, 115.

³⁷ R. ARON, *Ainsi...*, o.c., 58-60.

³⁸ R. ARON, *Ainsi...*, o.c., 61.

Escucha, Israel: Yavé, nuestro Dios, es el único Yavé. Ama a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba sobre tu corazón las palabras que yo te dicto hoy. Incúlcalas a tus hijos y repíteselas cuando estés en casa, lo mismo que cuando estés de viaje, acostado o levantado. Atátelas a las manos para que te sirvan de señal, pónelas en la frente entre los ojos. Escríbelas en los postes de tu casa y en tus puertas (Dt 6,4-9).

La “Shemoné esré” era también, en sustancia, una oración de alabanza que ensalzaba al Creador del cielo y de la tierra:

“Yavé, abre mis labios,
y proclame mi boca tu alabanza.
Bendito seas, Yavé, Dios nuestro
y Dios de nuestros padres,
Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob,
Dios grande, poderoso, temible.
Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra,
escudo nuestro y escudo de nuestros padres,
refugio nuestro en todas las generaciones.
Bendito seas, Yavé, escudo de Abrahán.
Eres héroe esforzado, humillando a los altivos,
alimentas a los vivos, das vida a los muertos.
Santo eres tú y temible tu nombre
y no hay Dios alguno fuera de ti.
Bendito seas, Yavé, Dios santo.
Concédenos, Padre nuestro, la gracia de tu conocimiento...
De nuevo llévanos (contigo), Yavé, para que retornemos;
renueva nuestros días como antaño.
Bendito seas, Yavé, que te complaces en la conversión.
Perdónanos, Padre nuestro, pues pecamos contra ti;
borra (y haz que pasen fugazmente) nuestros pecados
ante tus ojos (pues es grande tu piedad).
Bendito seas, Yavé, que perdonas generosamente.
Mira nuestra tribulación y guía nuestra lucha,
y sálvanos por tu nombre.
Bendito seas, Yavé, Salvador de Israel.
Santificanos, Yavé, nuestro Dios, por el dolor
de nuestro corazón
(y aleja de nosotros la aflicción y el gemido)
y haz sanar nuestras heridas.
Bendito seas, Yavé, que curas las enfermedades
de tu pueblo, Israel.
... te damos gracias, Yavé, (que eres) nuestro Dios
(y Dios de nuestros padres),
por todas las buenas acciones de tu bondad
(y la compasión que nos mostraste
y tuviste con nosotros y con nuestros padres
antes que nosotros;

y cuando decíamos: ‘flaquea nuestro pie’,
nos apoyó tu gracia, oh Yavé).
Bendito seas, Yavé, a quien es bueno dar gracias...”⁴¹.

Cuando llegaba la noche, el israelita se sentía feliz de haber vivido en comunión con Dios. Sus últimas palabras eran una bendición:

“Bendito seas, Eterno, nuestro Dios, rey del universo, que das el sueño a mis ojos y el sopor a mis párpados”.

“Que por tu santa voluntad, Señor, me acueste en paz, que me levante del mismo modo (con buena salud), que mi descanso no sea turbado por malos sueños, por visiones impuras; que mi descanso sea el del inocente y, pasado el tiempo del sueño, da luz a mis ojos y no permitas que duerma el sueño de la muerte, porque eres tú quien da la luz a la pupila de los ojos. Bendito seas, Eterno, que alumbras al mundo con tu gloria”⁴².

La alabanza a Dios se hacía especialmente solemne en el oficio divino, celebrado los viernes por la tarde y los sábados por la mañana en la sinagoga.

El oficiante de la sinagoga, vuelto hacia el tabernáculo, comenzaba anunciando a todos los fieles:

“Benedicid al Eterno, el sólo digno de alabanzas”.

Y los asistentes, puestos en pie, hacían una inclinación hacia el tabernáculo y respondían con una sola voz:

“Bendito sea el Eterno, digno de alabanzas por la eternidad de los tiempos”.

Y el tono de la alabanza subía cuando se recitaba la oración conocida con el nombre de “Qaddish”:

“Que sea engrandecido y santificado el nombre del Maestro, en el mundo que él ha creado según su voluntad. Y que él haga reinar su reino en vuestra vida y en vuestros días y en la vida de toda la casa de Israel, ahora y en un tiempo próximo. Y decid: Amén.

Que sea bendito el nombre del Maestro, en el mundo y la eternidad. Que sea bendito, alabado, honrado, elevado, exaltado, ilustrado, magnificado y glorificado el nombre del Santo, ¡bendito sea!, por encima de toda bendición y de todo canto, de toda alabanza y de toda consolación que se pronuncian en el mundo. Y decid: Amén.

Que sean recibidas las plegarias y las súplicas de todos aquellos de Israel, delante de su Padre que está en los cielos. Y decid: Amén.

Que sea bendito el nombre de Dios de aquí a la eternidad; que una gran paz del cielo y la vida se haga sobre nosotros y sobre todo Israel. Y decid: Amén.

⁴¹ J. LEIPOLDT-W. GRUNDMANN. *El mundo...*, o.c., t. II, 245-247.

⁴² R. ARON. *Ainsi...*, o.c., 57-58.

Mi ayuda viene de Dios, que hizo la tierra e hizo los cielos. Aquel que hace la paz en las alturas, que haga sobre nosotros la paz y sobre todo Israel. Y decid: Amén”⁴³.

El oficio del sábado en la sinagoga concluía con una bella oración:

“Que el alma de todo viviente alabe tu nombre, Eterno, nuestro Dios, y que el aliento de toda carne glorifique y exalte por siempre jamás tu recuerdo, ¡oh Rey nuestro!

Tú eres y serás eternamente el Todopoderoso, y tú sólo eres nuestro Rey, nuestro libertador, nuestro protector; tú nos liberas, nos salvas y nos sostienes; tú tienes piedad de nosotros en nuestra angustia, porque tú sólo eres nuestro Maestro, nuestro Rey. Dios de las generaciones pasadas y de las generaciones futuras, soberano de toda creación, Maestro de toda naturaleza, tú eres el objeto de todas las alabanzas porque tú gobiernas el mundo con tu gracia y a tus criaturas con misericordia...

Tú nos libraste de Egipto, oh Eterno, nuestro Dios, y tú nos sacaste de la esclavitud... ¿Quién puede asemejarse a ti, quién se te puede comparar, quién osaría elevarse hasta ti? Dios todopoderoso, grande, fuerte y temible, Ser supremo, dueño del cielo y de la tierra, nosotros te alabaremos y glorificaremos y te exaltaremos y bendiciéremos tu nombre sagrado, como dice David: ‘Que mi alma bendiga al Eterno, y que mis entrañas exalten su nombre sagrado’”⁴⁴.

En el Ritual de la fiesta de Pascua, el lenguaje adquirió un lirismo y una belleza insospechada. Los verbos de alabanza se suceden unos a otros como en cascada, demostrando la incontenible admiración por el Señor:

“Generación tras generación, el hombre debe reconocerse a sí mismo como si él hubiera salido de Egipto, pues escrito está: ‘En aquel día se lo contarás a tu hijo diciendo: es por lo que Adonay hizo por mí cuando salí de Egipto’. El Santo, ¡bendito sea!, no sólo liberó a nuestros antepasados, sino, junto con ellos, también a nosotros, pues escrito está: ‘Y nos sacó de allí a fin de conducirnos para darnos la tierra que prometió con juramento a nuestros padres’. Por tanto, debemos agradecer, alabar, ensalzar, glorificar, exaltar, bendecir, enaltecer y honrar a quien hizo, por nuestros antepasados y por nosotros, todos estos milagros. Nos sacó de la servidumbre a la libertad, de la aflicción a la alegría, del luto a la fiesta, de la oscuridad a la luz resplandeciente y de la esclavitud a la redención. Entonemos en su presencia un nuevo canto: ¡Aleluya!’”⁴⁵.

Terminada la recitación del Hallel, se pronunciaba esta oración:

“Adonay, Dios nuestro, todas tus obras te alabarán; tus piadosos, tus justos, quienes cumplen tu voluntad y toda la casa de Israel —tu pueblo— ensalzarán, loarán y bendecirán, Rey nuestro, tu nombre; le

⁴³ R. ARON. *Los años oscuros...*, o.c., 268.

⁴⁴ R. ARON. *Ainsi...*, o.c., 118-119.

⁴⁵ V. SERRANO. *La Pascua de Jesús*, Centro de estudios judeo-cristianos, Madrid 1978, 144.

alabarán y reverenciarán, le exaltarán y glorificarán, le santificarán y consagrarán. Pues bueno es darte gracias y correcto entonar alabanzas a tu nombre, porque tú eres eternamente Dios. ¡Bendito sea, Adonay, rey con alabanzas glorificado’”⁴⁶.

El pueblo de Israel supo mucho de alabanza. La bendición fue parte esencial de su vida. Sin ella, Israel no hubiera sido el pueblo de Dios.

Los descubrimientos arqueológicos efectuados a partir del año 1947 en las cercanías del Mar Muerto, a poco más de 30 km. al este de Jerusalén, nos han hecho conocer las esperanzas y el género de vida de unos monjes judíos que habitaban en el monasterio de Qumrán. Gracias al hallazgo de la *Regla de la Comunidad* y de otros muchos de sus escritos, especialmente los *Himnos* (Hodayot), podemos hacernos una idea casi exacta de su vida, repartida en torno a tres ocupaciones fundamentales: trabajo manual, oración y estudio de la ley. La alabanza a Dios aparece, de nuevo, como algo esencial en la vida de esos monjes. Bastaría citar algunos textos de la *Regla* o algunos fragmentos de los *Himnos*.

“En todas las circunstancias bendecirán a su Creador; en todos los acontecimientos cantarán sus hazañas y, por la oblación de los labios, le alabarán durante los tiempos que Dios ha determinado: al comenzar el imperio de la luz, durante su curso y al retirarse a su morada habitual; al comenzar las vigiliass de la noche, cuando Dios abre sus tesoros y los hace aparecer, durante su curso y cuando las tinieblas se retiran en presencia de la luz. Cuando se levantan los astros de la mansión de santidad, cuando desaparecen hacia su morada gloriosa. Al empezar los períodos de los días del mes, junto con su curso y su desaparición sucesiva... Al comienzo de los meses, en sus fiestas y días santos establecidos, en las celebraciones de las fiestas sucesivas, yo le alabo por la oblación de los labios, según ley esculpida para siempre... Al comienzo de los años y en curso de sus estaciones, que cumplen la ordenación establecida, así como los días su ley determinada. Unas con relación a otras: la estación de la siega con relación al verano, y la de la siembra con relación a la de la germinación... Al comienzo de las semanas de años con relación a la fiesta de la liberación.

Durante toda mi existencia un estatuto está esculpido en mi lengua: como fruto de alabanza y obligación de mis labios quiero cantarle con sabiduría (conocimiento)...

Toda mi música, toda mi canción será para la gloria de Dios; mi lira y mi arpa serán para su santa ordenanza y la flauta de mis labios será la voz de sus juicios...

⁴⁶ Ib., 157.

Al comienzo del día y de la noche
quiero entrar en la alianza de Dios,
y al finalizar la tarde y la mañana
pronunciar sus estatutos...

Al momento de ocupar mis manos y mis pies
yo bendeciré su nombre.

Al comienzo de mis idas y venidas,
cuando me siento y me levanto,
al momento de acostarme le alabaré y le bendeciré
con la ofrenda que sale de mis labios...
y antes de aplicar mis manos para sustentarme.

Al momento del miedo y del terror,
en la angustia y desolación,
le bendeciré por sus extraordinarias maravillas,
meditaré en su potencia,
y en sus favores me apoyaré todo el día...

Cuando llegue la angustia le alabaré
y exultaré en la salvación que me concede...

Abriré mi boca con alabanzas
y mi lengua narrará constantemente
la justicia de Dios⁴⁷.

El texto de la Regla define un género de vida asombrosamente bello. El monje judío alaba a Dios sin cesar: en todas las circunstancias y acontecimientos, en todo tiempo y lugar, en la alegría y en la desolación y el dolor; en todos y cada uno de los momentos del día, en todos los días de fiesta, en todas las estaciones, en todos los años. La alabanza de Dios no tiene fin.

En forma poética y literaria se señala el ritmo de la oración de alabanza del monje: la diurna (al ser de día, al mediodía, al atardecer) y la nocturna (al anochecer, a la media noche, al salir el sol). Son mencionados seis tiempos del día, es decir, el día entero. La existencia del monje está dedicada por completo a la alabanza.

La alabanza es como un estatuto, como una orden esculpida, como un memorial o recordatorio. La obligación de los labios es la de proclamar las maravillas de Dios. La ocupación de la lengua es la de cantar sus hazañas.

La totalidad de la alabanza aparece en esas parejas de contrarios: de día y de noche, al sentarse o al levantarse, durante el tiempo de la luz y de la oscuridad, al comienzo

⁴⁷ L. MORALDI, *I Manoscritti di Qumran*, Unione Tipografico-Editrice Torinese, Torino 1971, 164-168.

de las idas y de las venidas, al comienzo del trabajo y en el momento del reposo, al ocupar las manos y los pies, etc. Toda la vida queda implicada en la alabanza al Señor. Incluso los momentos más temidos por el hombre han de convertirse en ocasión de alabanza. No hay suceso o actividad que quede al margen de la bendición y de la acción de gracias.

En los *Himnos* aparece también toda la admiración que los monjes sintieron por Dios, la gratitud por su ternura, la alabanza por su grandeza:

“Te amaré generosamente,
con todo el corazón
y con toda el alma”.

Te amaré generosamente;
con todo mi corazón te bendeciré.

Alabaré tu nombre en medio de aquellos que te temen,
con cantos, con acción de gracias y con oraciones;
me prosternaré suplicando continuamente,
desde un tiempo determinado a otro tiempo determinado,
desde la salida de la luz,
desde su morada,

a lo largo de los ciclos del día...
hasta cuando llegue la tarde y se retire la luz,
al comienzo del dominio de las tinieblas,
en el momento establecido para la noche,
en todo su ciclo...

continuamente, por todas
las generaciones del tiempo.

Te doy gracias, Dios mío,
porque has realizado maravillas,
por el polvo y la criatura de arcilla
has manifestado tu poder
más y más.

¿Y quién soy yo, que me has instruido
en el secreto de tu verdad,

me has dado inteligencia
de tus obras maravillosas,
has puesto en mi boca acciones de gracias
y en mi lengua una alabanza...?

Yo quiero cantar tus benevolencias
y meditar en tu poder
todo el día;

quiero bendecir tu nombre continuamente
y narrar tu gloria

en medio de los hijos de Adán.
En la abundancia de tu bondad
se complace mi alma.

Te doy gracias, Dios mío,
te exalto, mi Roca...

puesto que me has dado a conocer
 el secreto de la verdad...
 y me has revelado tus maravillas
 y yo contemplo tu gloria...
 No habrá mal alguno
 ni golpe que me haga enfermar:
 entonces cantaré con el arpa la salvación,
 con la lira la alegría,
 con el laúd el regocijo,
 con la flauta una alabanza sin fin.
 ¿Quién entre todas tus criaturas
 puede narrar tus maravillas?
 Con la boca de todas ellas
 sea alabado tu nombre,
 por siempre, perpetuamente.
 Te bendigan según su inteligencia...
 hagan oír juntas una voz de júbilo...
 Bendito seas, Adonay,
 que has dado a tu siervo
 la inteligencia del conocimiento
 para discernir las maravillas
 de tus obras sin número
 y para narrar la abundancia
 de tus benevolencias.
 Bendito seas, Adonay,
 Dios de las misericordias,
 rico en benevolencia,
 porque me has hecho conocer
 todo... tus maravillas
 que no se deben callar
 ni de día ni de noche...
 y como contemplo tu gloria
 narraré tus maravillas:
 sobre tus perdones
 pongo mi esperanza.
 Nada sucede sin tu beneplácito,
 nadie comprende tus decretos
 y nadie contempla tus misterios.
 ¿Qué es, en verdad, Adán?
 ¿No es, quizá, tierra y arcilla cortada
 que volverá al polvo,
 para que los instruyas en tales maravillas
 y el secreto de tu verdad
 le hagas conocer?
 Y yo, polvo y ceniza:
 ¿qué puedo proyectar
 sin que tú lo quieras?
 ¿Qué puedo pensar
 sin tu beneplácito?
 ¿Cómo puedo ser fuerte
 si tú no me haces firme?
 ¿Cómo puedo ser sabio
 si tú no has ordenado con **anterioridad**
 las ideas para mí?

¿Qué puedo decir
 si tú no me abres la boca?
 ¿Cómo puedo responder
 si no me haces inteligente?
 Tú eres el Señor de los dioses,
 el rey de los gloriosos,
 el Señor de todo espíritu,
 el dueño de toda criatura.
 Sin ti nada se realiza...
 fuera de ti nada existe,
 ante ti nadie hay fuerte,
 frente a tu gloria nada vale
 y tu poder supera
 toda estimación.
 Y ¿quién entre todas
 tus grandes, maravillosas obras,
 puede tener la fuerza de resistir
 ante tu gloria?
 Has asignado al hombre
 un destino eterno...
 para que alabase tu nombre en una alegre comunidad
 y contase tus maravillas
 en presencia de todas tus obras.
 Tú has producido los sonidos
 para comunicar sus secretos...,
 para hacer conocer tu gloria,
 para narrar tus maravillas en todas tus obras...
 y para alabar tu nombre con la boca de todos.
 Que te conozcan en la medida de su inteligencia
 y que te bendigan por los siglos de los siglos.
 Con tus ternuras y en tu gran bondad
 has robustecido el espíritu del hombre
 frente a las desgracias...
 y le has purificado de su gran iniquidad,
 para que, en presencia de todas tus obras,
 narre tus maravillas.
 Un gusano no puede alabarte
 ni un gusanillo puede narrar tu benevolencia.
 Quien vive, quien vive te alaba.
 Todos los de pie vacilante te alabarán
 cuando les hagas conocer tu benevolencia
 y les enseñes tu justicia...
 Mi alma grita alabando tu nombre,
 con acciones de gracias gozosas tus benevolencias:
 la proclamación de tu fidelidad
 y de tu alabanza no tiene fin"⁴⁸.

La conciencia aguda de la distancia infinita que sepa-
 ra a un mortal de Dios es perceptible en estos Himnos. La
 criatura es arcilla y agua, depende totalmente del Señor,

⁴⁸ L. MORALDI. *I Manoscritti...*, o.c., 359-463.

no tiene otra tarea y ocupación que amarle generosamente, con todo el corazón y con toda el alma, prestar su voz a todas las criaturas, alabarle sin cesar, cantar su benevolencia, contemplar su gloria, narrar sus maravillas, gritar por el mundo entero la alabanza del Señor.

Difícilmente se puede decir algo más. Las vigiliat nocturnas de aquellos piadosos monjes, dedicadas a la lectura de la ley, al estudio de la justicia y a la recitación de las bendiciones en común⁴⁹, debían estar llenas de cánticos de alabanza. Ellos supieron dar a la existencia humana un sentido pleno. Su mensaje puede ser resumido en una sola frase:

“Mi alma grita alabando tu nombre...
la proclamación de tu alabanza no tiene fin”.

14.

Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra

Cuando de las páginas del Antiguo Testamento pasamos a las del Nuevo Testamento, nos llevamos una sorpresa inicial: el lenguaje de la “alabanza”, “acción de gracias”, “bendición”, “aclamación”, etc., es menos abundante. Tampoco tenemos un libro de oración cristiano semejante al libro de los Salmos. Pero esa constatación inicial no debe turbarnos en absoluto. Por el contrario, es la presencia del lenguaje de alabanza lo que debemos valorar correctamente. Los hombres que escribieron las páginas del Nuevo Testamento fueron judíos o estuvieron penetrados de sus actitudes fundamentales, de su estilo de vivir.

Lo que da su valor esencial a la alabanza en el Nuevo Testamento es el hecho de que está ligada inseparablemente al acontecimiento del que da testimonio cada una de sus páginas y que ha cambiado la faz de la tierra: la figura de Jesús. La alabanza ahora es “cristiana”. El impulsor y canalizador de toda la alabanza a Dios es Jesús. Por él, con él y en él sube ahora la alabanza de la tierra al cielo. El excita y hace suya la alabanza de sus hermanos los hombres y la convierte en algo infinitamente agradable a los ojos de Dios. El fue quien, primero con su ejemplo, luego con su palabra, nos enseñó a alabar al Padre, a vivir ante él en permanente actitud de hijos. Y después de su resurrección dio dimensiones infinitas, divinas, a la alabanza que musitan o gritan los labios del hombre.

⁴⁹ IQS.6,7.

La vida humana de Jesús se desarrolló en un ambiente que nos es bien conocido. Jesús no fue un elemento extraño a su mundo. Estuvo vinculado al acontecer, a la esperanza y a los sueños de su pueblo, a su lengua y a su estilo de vivir y de rezar. Fue, en todo, un judío ordinario, perdido durante unos treinta años en el contexto gris de una familia humilde de una pequeña aldea.

Jesús aprendió entre los suyos un estilo de vida que se expresaba en la alabanza. Se puede asegurar que en su vida, como en la de cualquier judío piadoso, no existió ni un solo día sin oración, ni una sola comida en la que no se pronunciase la bendición y la acción de gracias, ni un solo sábado en el que no subiera a orar en la sinagoga, ni un solo acontecimiento, gozoso o doloroso, individual, familiar o nacional, en el que no se dirigiera a Dios para bendecirle y alabarle.

Los evangelios han conservado el recuerdo imborrable de un Jesús que pasaba largas horas de oración, que “pernoctaba” dialogando con Dios (Mc 1,35; Lc 5,16; 6,12, etc.). ¡Quién fuera capaz de conocer aquellos diálogos íntimos tenidos entre Jesús y el Padre! ¡Quién pudiera rasgar el alma de Jesús y entrar en aquella comunión de confianza y de alabanza! Una palabra de su oración nos descubre, sin embargo, el misterio de su intimidad absoluta con el Dios vivo: la palabra *Abba* (Padre).

En la enseñanza de Jesús sobre la oración dominan los tonos de la súplica y de la petición. De la acción de gracias y de la alabanza no sabemos muchas cosas. No hubo testigos de aquellos encuentros nocturnos, cuando Jesús no hablaba a los hombres, sino que se encontraba como Hijo ante el Padre. Pero las pocas “confidencias” que han sido conservadas en los evangelios son muy ilustrativas: revelan la orientación de toda su vida, el secreto de cada uno de sus gestos.

La acción de gracias de Jesús brotó en ciertos momentos particulares y de un modo espontáneo, como el reflejo visceral de su ser, como un torrente que manifestaba la corriente más profunda de su intimidad⁵⁰:

En aquel momento, lleno de gozo bajo la acción del Espíritu Santo, dijo: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo ocultado estas cosas a los hombres sabios y hábiles, se las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, porque así te agradó. Mi Padre me ha entregado todo, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo” (Lc 10,21-22; Mt 11,25-27).

El contexto en el que san Lucas situó estas palabras de Jesús es muy interesante. Los discípulos acababan de volver de su misión apostólica, maravillados de ver cómo hasta los demonios se sometían al nombre de Jesús. Pero en él, el hecho despertó unas resonancias más profundas: los demonios reculaban ante la presencia del reino de Dios, Satanás era definitivamente derrotado.

Ahí brotó su acción de gracias al Padre. Una ola de emoción embargó a Jesús “en aquel momento”. El Espíritu Santo desplegó su poder y le puso en presencia del Padre. De lo íntimo de su ser salió la confesión maravillada, el reconocimiento agradecido. Jesús se quedó solo en escena, se “aisló” del mundo y con el mismo impulso dio gracias al Padre por ser el Hijo, el único en compartir su intimidad, y por ser al mismo tiempo el intermediario entre él y los hijos de la tierra, el que abría a sus hermanos las riquezas insondables de aquella intimidad inaccesible. Se diría que es la contemplación del Padre, abriendo y derramando sus tesoros sobre los que nada tienen, lo que hizo exultar a Jesús. Cada manifestación de la liberalidad divina le hacía gozar. Y así, su acción de gracias es, a la vez, acción de gracias de la criatura y del Creador, la del hombre Jesús, hermano y solidario de los hombres, y la del Hijo igual al Padre, la del que vive en presencia e intimidad con él y la del Hijo despojado del manto de su riqueza divina.

Esta acción de gracias de Jesús se comprende más plenamente si se considera el momento preciso en que fue pronunciada. Supone un contexto de “fracaso”. La clase dirigente del pueblo judío jamás aceptó a Jesús. No hubo un intento cordial para comprender su figura y su mensaje. Nunca se abordó abiertamente la cuestión de sus pre-

⁵⁰ Cf J. GUILLET, *L'action de graces du Fils*, “Christus” 4 (1957), 438-453.

tensiones. Fariseos y saduceos se pusieron en contra de Jesús, le incordiaron sin cesar, le calumniaron: "Es un hombre que quebranta el sábado, que anda en malas compañías, que se opone a la ley...". No, aquel hombre no podía ser el Mesías de Dios.

En medio de su "fracaso", Jesús fue sacudido por el Espíritu Santo y elevó su alabanza al Padre. Su voluntad se estaba cumpliendo en el mundo como un decreto eterno, previsto desde toda la eternidad. En el fracaso de su predicación ante los sabios y prudentes y en la aceptación de "estas cosas" por parte de los pequeños vio realizado el plan de Dios. La exclamación: "Sí, oh Padre", es como una reliquia de la exultación y emoción con que Jesús pronunció esta Berakhá (Bendición).

Así, el "fracaso", que podía haber motivado el desánimo o la condena de Jesús, al contemplar que su obra no era comprendida ni su persona aceptada, se convirtió en un motivo de alabanza agradecida al Padre por haber concedido a aquellos que nada cuentan a los ojos de los sabios el privilegio de comprender el misterio del reino de los cielos y de captar en los rasgos de aquel hombre, frecuentador de malas compañías, amigo de pecadores, al Mesías de Dios, al Salvador ansiosamente esperado.

El evangelio de Juan ha conservado una oración de acción de gracias de Jesús:

Jesús se estremeció otra vez cuando llegó al sepulcro, que era una cueva con una piedra puesta en la entrada. Dijo Jesús: "Quitad la piedra". Pero Marta, la hermana del difunto, le dijo: "Señor, ya huele, pues está de cuatro días". Jesús le respondió: "¿No te dije que, si crees, verás la gloria de Dios?". Quitaron entonces la piedra. Jesús elevó los ojos al cielo y dijo: "Padre, te doy gracias porque me escuchaste. Yo bien sabía que siempre me escuchas, pero lo he dicho a causa de la multitud que me rodea, para que crean que Tú me has enviado" (Jn 11,38-42).

En el texto aparece de nuevo la conciencia filial de Jesús. El es el único que conoce en plenitud al Padre, sin sombras de incertidumbre. Jesús gime ante la tumba del "amigo" muerto, porque sabe lo que es el dolor y la

muerte. Pero, en medio de esa situación de desolación, es capaz de exultar y dar gracias al Padre que le ha dado poder para triunfar sobre las fuerzas infernales que hacen daño al hombre. El Padre ha constituido al Hijo en Resurrección y Vida.

En la resurrección de Lázaro se transparenta el rostro de Dios y los hombres pueden comprender, de una vez para siempre, que el Padre ama a los hijos. Esa benevolencia del Padre en favor de los desconsolados y de los muertos es lo que provoca la alabanza de Jesús. La maravilla de Dios es la fuente inagotable de toda acción de gracias. Dar a conocer al Padre, decir a los hombres cómo es, glorificarle... es toda la alegría de Jesús.

Cuando Jesús pronunció esta acción de gracias, su Hora estaba ya próxima. El cerco se había cerrado sobre él. Lázaro, el amigo, estaba enfermo. Sus hermanas le enviaban un recado. Jesús, sin embargo, siguió su camino, como si no se tomara en serio la enfermedad. Cuando Lázaro murió, Jesús se decidió a subir a Betania. El espectáculo que contemplaron sus ojos fue de luto y de llanto. Todo parecía que había terminado para el "amigo". Pero Jesús pidió que se le mostrara el lugar donde había sido enterrado. Seguramente nadie pudo sospechar su intención. Cuando llegó al monumento, Jesús elevó sus ojos al cielo, se dirigió como Hijo al Padre, no en el tono de quien suplica algo, sino en el del que está seguro de haber sido escuchado antes de pedir. Da gracias al Padre porque el amigo está vivo ante él. "Te doy gracias por haberme escuchado".

La acción de gracias al Padre precedió a la resurrección de Lázaro. Se podría afirmar incluso que ella la motiva o la causa. Así de poderosa resulta la alabanza y la acción de gracias ante el Señor. El Padre resucita y consuela a los hombres, cuando éstos, por medio de la alabanza, le reconocen como a un Dios de vivos.

No se puede olvidar, hablando de la acción de gracias de Jesús, uno de los episodios más extraordinarios que los hombres hubiéramos podido imaginar: la celebración

de la última cena y la institución de la Eucaristía, como acción de gracias suprema del Hijo al Padre:

“Luego tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: ‘Este es mi cuerpo, que por vosotros es entregado, haced esto en recuerdo mío’. Y de la misma manera el cáliz, después de la cena, diciendo: ‘Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, la que es derramada por vosotros’”. (Lc 22,19-20; cf Mc 14,22-24; Mt 26,26-29).

La acción de gracias se reduce aquí a un sencillo gesto, a una palabra de bendición, pronunciada siempre entre los judíos antes de comenzar una comida. Pero de aquella palabra brotó la Eucaristía, no ya como una emoción repentina y espontánea, sino como consecuencia de una vida de amor. Había llegado la Hora para la que Jesús había nacido, la que había polarizado todas las fibras de su ser. Jesús sabía que su vida estaba a punto de terminar y sabía por qué. Los suyos le rodeaban en aquellos momentos. Sin ellos, el gesto que iba a hacer no lo hubiera podido llevar a cabo. Lo hacía para ellos y era necesario que los suyos lo supieran, que se percataran de lo que estaba sucediendo en aquella Hora suprema, para que pudieran recordarlo y actualizarlo. Jesús estaba profundamente emocionado, con una emoción esperada y madurada, cuando realizó este último gesto de su vida, gesto de apego a los suyos y de amor de Hijo capaz de ofrecer al Padre un sacrificio digno de él.

Cuando la fidelidad de aquellos que habían seguido a Jesús estaba a punto de quebrarse, cuando el poder de su palabra y la fuerza de su presencia les iba a faltar, cuando el Señor iba a dejar su lugar al Varón de dolores... Jesús puede dar gracias al Padre. Aquella era la Hora en la que dejaba de ser todo para ser sencillamente el Hijo, aquel cuya vida entera consistía en glorificar al Padre y manifestar su amor. Aquella era la Hora en la que el Hijo bienamado se entregaba voluntariamente en sacrificio. Aquél era el momento de coger un trozo de pan y una copa de vino y transformarlos en su cuerpo y en su sangre, convertirlos en la suprema eucaristía al Padre. Jesús, con su gesto, entró en una acción de gracias tan definitiva que jamás dejará de subir al cielo mientras el mundo sea

mundo. Su muerte como entrega al Padre y su gesto de quedarse entre nosotros es la plenitud de la bendición, de la alabanza y de la acción de gracias.

El misterio de Jesús nos introduce en una alabanza sin límites. El bendice y da gracias por nosotros al Padre. El suscita nuestra alabanza y la da unas proporciones infinitas. En Jesús entendemos lo que significa alabar eternamente al Padre, entendemos que él es la suprema bendición con la que Dios nos ha bendecido y que él es la motivación última para que nuestra vida sea una perfecta alabanza a Aquel que hizo tales prodigios de amor en favor nuestro.

15.

***Bendito sea Dios
que nos ha bendecido
con toda clase de bendiciones***

Así comienza un himno, desbordante de alegría, que san Pablo escribió a los fieles cristianos de Efeso y en el que codificó, por expresarlo de algún modo, todas las motivaciones y todas las razones para alabar al Señor. Cuando escribió este himno, Pablo estaba encarcelado. Pero su sufrimiento no le impidió celebrar a Dios y darle la más cumplida acción de gracias por cuanto había hecho en favor nuestro a través de su Hijo Jesús:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que en los cielos nos bendijo en Cristo
con toda suerte de bendiciones espirituales,
por cuanto nos eligió en El
antes del comienzo del mundo
para que fuésemos santos e inmaculados ante El,
predestinándonos por amor
a la adopción de hijos suyos por Jesucristo
en El mismo,
conforme al beneplácito de su voluntad,
para alabanza de la gloria de su gracia,
la que nos hizo gratos en el Amado.
En el cual tenemos por su sangre la redención,
el perdón de los pecados,
según la riqueza de su gracia,
la cual sobreabundantemente derramó sobre nosotros
con toda sabiduría y prudencia,

haciéndonos conocer el misterio de su voluntad
 según su beneplácito,
 que se propuso en El,
 en la economía de la plenitud de los tiempos
 al recapitular todas las cosas en Cristo,
 las de los cielos y las de la tierra.
 En el cual también hemos sido hechos herederos,
 predestinados según el designio del que todo lo hace
 conforme al consejo de su voluntad,
 a fin de que nosotros,
 los que antes habíamos esperado en Cristo,
 seamos alabanza de su gloria.
 En el cual también vosotros
 habiendo oído la palabra de la verdad,
 el Evangelio de vuestra salvación,
 en el que habiendo asimismo creído,
 habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa,
 el cual es prenda de nuestra herencia,
 para el rescate de la posesión que El se adquirió
 para alabanza de su gloria (Ef 1,3-14).

¡Bendito y alabado sea Dios! Una alabanza sin límites
 sería más que justificada al pensar en el Dios que creó el
 mundo y todo cuanto existe en él, al mirar a ese Dios
 inmenso que no quiso conservar celosamente su poder y
 sus posesiones, sino que salió como fuera de sí mismo en
 el acto creador.

Pero la creación fue sólo el comienzo de lo que Dios
 pensaba hacer, el primero de sus proyectos. Dios podía
 haberse mantenido alejado de sus criaturas, pero lo que
 hizo fue precisamente lo contrario: se reveló a ellas, se
 identificó con un nombre, habló con hombres que lleva-
 ban nombres propios. Fue el "Dios de Abrahán, el Dios
 de Isaac y el Dios de Jacob". Y, por encima de todo, el
 Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios mismo hecho car-
 ne en el Hijo de su amor.

El pensador francés B. Pascal dejó escritas unas her-
 mosas páginas sobre lo que significaba la profesión de fe
 de Israel. Una noche de Pascua adquirió una clara con-
 ciencia de este hecho: Dios no era un ser lejano, el Dios
 frío al que llegan los filósofos con sus reflexiones; no era
 la causa primera o el motor inmóvil solamente; no era el

Dios descubierto por la razón al final de un lento proceso
 racional; no era el Dios de las ideas, de las matemáticas,
 de los cálculos..., sino el Dios de la historia, el que ve y
 escucha el clamor de los hombres, el Dios próximo y reve-
 lado, el Dios del diálogo, un Dios de amor y de consuelo
 que llena las almas y los cuerpos, que deja siempre huella
 de su paso... Es, en una palabra, el Dios Padre de nuestro
 Señor Jesucristo, "que nos ha bendecido con toda clase de
 bendiciones"⁵¹.

✓ La primera bendición de la que el hombre ha sido ✓
 objeto en Cristo Jesús es la "elección". El Padre nos eli-
 gió desde antes de la constitución del mundo. Cuando el
 mundo visible no existía, desde hace miles de millones de
 años, cada uno de nosotros fue elegido y escogido por
 Dios.

Desde toda la eternidad he sido pensado y amado por
 Dios: yo, este hombre concreto, el hombre que soy ahora,
 que he sido en el pasado y que seré en el futuro, con toda
 lo que tengo por naturaleza o por adquisición; yo, el
 hombre que soy y no el que quisiera ser o el que pude
 haber sido; yo, el hombre dolorido o solitario, alto o bajo,
 sabio o ignorante, pecador o santo; yo, el hombre de esta
 tierra, de este tiempo, de esta familia... he sido objeto,
 desde toda la eternidad, de una elección amorosa por par-
 te de Dios, he sido hecho entre un sinfín de posibilidades
 y soy amado sin mérito alguno de mi parte y fui amado
 antes de que yo pudiera hacer o decir algo por Dios, ama-
 do... en Cristo Jesús. En el pensamiento de Dios jamás he
 existido fuera y sin conexión con Jesús y en él he sido
 amado con el amor paternal del Padre.

La elección tuvo para el hombre un efecto formidable:
 le convirtió en "santo e inmaculado" ante los ojos de
 Dios. *Santo*, es decir, puesto aparte, usado sólo para su
 servicio, depurado exclusivamente para su alabanza, sin
 posibilidad de pertenencia a otros señores. Santo y, por
 consiguiente, "inmaculado", "irreprochable", sin defecto
 ni mancha, como todo aquello que pertenece a Dios.

¿Cómo es posible que el hombre sea algo santo e in-

⁵¹ Cf. M. ZERWICK. *La carta a los Efesios*, Herder, Barcelona 1967, 20-38.

maculado ante Dios? Por una razón muy sencilla: porque el Padre le amó y le escogió desde toda la eternidad en su Hijo. Y, por consiguiente, su santidad e irreprochabilidad no es algo propio de él. No es, en efecto, mi santidad o mi limpieza lo que Dios ama. No soy santo e irreprochable ante él en virtud de mis esfuerzos, de mis conquistas y de mis méritos, sino por puro amor... en Cristo Jesús. Dios ha hecho de la santidad de Jesús nuestra propia santidad; de sus méritos, nuestros méritos; de su justicia, nuestra justicia...

Por El vosotros estáis en Cristo Jesús, quien de parte de Dios se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención (1 Cor 1,30).

Jesús es nuestra justicia y santidad. ¿Cómo no ha de ser santo e inmaculado ante Dios aquel que vive la vida misma del Hijo? ¿Con qué ojos mirará el Padre a los hijos de la tierra que se presentan ante él revestidos de la santidad de su propio Hijo?

Por más cierto que sea que la vida y la santidad de Jesús se manifiesta de un modo muy imperfecto en nuestra vida..., jamás podrá invalidarse el hecho fundamental de que todos nuestros esfuerzos y luchas por conseguir la santidad, toda nuestra ascesis, toda la tendencia hacia la perfección cristiana no tiene más que una importancia muy relativa en comparación con aquello que Dios ha hecho ya en nosotros por medio de su Hijo Jesús. La santidad no es un negocio humano que conseguimos con la ayuda de Dios, sino un negocio de Dios en el alma del hombre que se deja invadir por su gracia. Ya hemos sido hechos santos ante Dios con la misma santidad del Hijo. Y eso va por delante de todo, está antes de cualquier esfuerzo e independientemente de él. ¡Somos santos e inmaculados ante Dios... en Cristo Jesús y por puro amor! Todo lo que Dios mira lo convierte en algo precioso, incluso nuestra nada y pecado. Somos santos e inmaculados ante él porque su mirada es amor de su Amor. Ese es el milagro.

Dios, al mirarnos desde toda la eternidad, ha hecho algo inaudito por nosotros: nos ha cambiado ante sus ojos. Al mirarnos en Jesús nos ve de un modo nuevo.

Cuando el hombre se contempla a sí mismo se encuentra con su finitud y su pecado; cuando los otros hombres le miran sólo perciben el barro que afea su rostro. Pero afortunadamente ni el hombre ni los hombres son Dios. El tiene ojos distintos a los nuestros. El nos mira y nos ve en su Hijo. ¿Cómo verá Dios a su propio Hijo, cómo le mirará? Con amor. Pues con ese mismo amor nos ama a nosotros. El no ha inventado un nuevo amor para amar a los hombres. Cuando Dios Padre mira al hombre ve en él el reflejo de su Hijo. Nos mira y nos ama. Ningún pecado, ninguna suciedad, podrá destruir ese amor.

Los cielos han sido desde siempre algo indescriptiblemente bueno. Pero se podría decir que allí había como un vacío, que se notaba una ausencia: el hombre no estaba en ellos como Dios. Y en la tierra también se echaba de menos una presencia: en ella no estaba Dios como hombre. Dios Padre hizo el milagro de unir los cielos y la tierra. Y el punto de cita entre Dios y el hombre, la eternidad y el tiempo, fue la humanidad santísima de Jesús. Y así, todo ha sido hecho nuevo por ese milagro de la gracia de Dios. Los cielos y la tierra son nuevos ahora. Dios está en la tierra como hombre, y el hombre está en los cielos como Dios. ¿Con qué ojos podrá Dios mirar al hombre después de haber asumido él mismo la carne humana? ¿Con qué ojos mirará al Hijo resucitado y glorioso, que está sentado a su derecha en los cielos? Con los mismos ojos con que el Padre mira a Jesús nos está mirando a nosotros. ¿Podrá desdeñarnos, olvidarnos, condenarnos? Dios no tiene más salida que amarnos. ¡Como si hubiera perdido su libertad! Al comprometerse con nosotros en su Hijo se ligó en un pacto de amor, eterno e indestructible.

La elección desemboca, pues, en la elevación a la categoría de hijos. El Padre de nuestro Señor Jesucristo nos predestinó desde siempre a ser sus hijos adoptivos. Dios nos quiere poseer como hijos. Podría imponerse brutalmente a nosotros, exigirnos como un amo lo hace con sus esclavos. Pero ése no es el estilo de Dios. El nos quiere poseer como niños pequeños, como si en ello hubiera alguna ganancia para su corazón de Padre.

No se trata de una imagen. Nosotros somos hijos de Dios. No somos seres recogidos por el camino, no somos los "incluseros" de Dios: somos de su familia. Somos hijos de Dios por Jesús, porque él, el Hijo unigénito, ha entrado en nosotros y vive en nosotros. El nos ha convertido, según la hermosa expresión de los Santos Padres, en "hijos en el Hijo". Ese fue el benévolo designio de Dios en nuestro favor, ése fue su plan desde toda la eternidad. Dios Padre es la fuente de la elección, de la filiación, de la gracia inagotable. Jesús fue la realización concreta.

El fin hacia el que tiende ese derroche de bendiciones es éste: que todo redunde en alabanza del Padre, que los hijos sean una alabanza de su gloria, un canto magnífico de su grandeza.

Dios es el origen y el fin último de toda actividad. Nosotros venimos del Padre y vamos hacia el Padre; salimos de su gloria y volvemos hacia ella. Y la razón de ser de nuestro paso por la tierra es muy sencilla: ser una alabanza de esa gloria divina, cantar con el corazón, con el alma y con todos los miembros la grandeza del Señor, ser una voz de alabanza para todas las criaturas...

La gloria íntima de Dios jamás puede ser afectada por nada. Pero Dios es también celoso de su gloria externa y no quiere cedérsela a nadie (Is 42,8). La criatura tiene que dar gloria al Creador. Ser criatura significa no tener nada que venga de uno mismo, aceptar que todo ha sido recibido como un regalo inmerecido, reconocer que en cada momento se está recibiendo el ser y la vida...

Si el hombre busca su propia gloria, invierte los papeles de la creación e introduce en ella un desorden fundamental, una disonancia. Si Dios fuera concebido al modo humano, sobre él caería también el mismo reproche. Pero Dios es el Absoluto, el Totalmente Otro. Dios es por sí mismo, y la criatura existe por Dios. El es el principio y el fin. Ante él todo cede, todo es pasajero, todo débil. Dios es, y eso lo dice todo. Nosotros tenemos que ser una canción de alabanza para él. Esa es nuestra única gloria.

El arco de bóveda que une a Dios con el hombre es Jesús. En él hemos sido elegidos, por él nos han llegado

todas las gracias. El es el canal por donde el río de Dios llega hasta nosotros y nos "colma". Por él sube nuestra alabanza al Padre.

Si Jesús no hubiera existido, Dios sería para nosotros algo inimaginable. Jesús es Dios con nosotros. Esto significa que Dios nos lo ha entregado todo y, por consiguiente, que todos los derechos y todos los privilegios de los hijos son nuestros, que la herencia del Bienamado es nuestra. Cada uno de nosotros es, ante el Padre, como un recordatorio del Hijo, la imagen, con frecuencia pálida, de Jesús el Señor.

La elección y la filiación adoptiva, de la que hemos sido objeto en Jesús, se concretiza en un nuevo favor: en él hemos sido también perdonados, por él hemos sido rescatados. El pecado, que empaña la imagen de Dios en la criatura, ha sido borrado.

¿Dónde quedan los pecados en este plan de Dios? ¿Se pierden, se diluyen, se abisman en la infinita gracia de Dios? Sí, la respuesta es afirmativa: los pecados son eliminados para nunca jamás ser vueltos a recordar; son cubiertos por la sangre de Jesús.

¡Por su sangre! Acaso nos suenan a demasiado conocidas esas palabras para provocar en nosotros un agradecimiento infinito. Cuando la sangre se derrama, la vida de un hombre se va con ella. La sangre que fluye es la vida que se esfuma, gota a gota, y con la vida se va lo más precioso para el hombre. Pues bien: la sangre de Jesús, su vida diluida gota a gota, se ha convertido en nuestra salvación. ¡Su vida por nuestra vida! Su sangre ha cubierto la multitud de nuestros pecados y nos ha conseguido el perdón definitivo ante Dios. El precio de nuestro pecado ha sido pagado con sangre, con la vida misma del Hijo. El murió para que nosotros viviéramos. En la sangre de Jesús hemos sido liberados de todas las esclavitudes, de todos los poderes que nos tiranizaban, de los temores y miedos que nos esclavizaban. El pecado y la muerte han perdido la partida para siempre. El lugar del pecado ha sido ocupado por la gracia, por la plenitud de Dios en nosotros.

Dios Padre ha bendecido al hombre de otros muchos

modos: le ha revelado el Misterio hacia donde todo tiende, su proyecto final. Y en el centro de ese plan grandioso aparece de nuevo la figura de Jesús. El es la Cabeza de todo, la plenitud de Dios y la plenitud de los tiempos. En él se reúne todo lo que estaba disperso, en él se reconcilian todos los contendientes, se encuentran todos los perdidos, en él se recapitula toda la historia de la creación.

Conocer ese plan es algo tan maravilloso como saberse elegido, salvado y perdonado. Al revelarnos su plan, Dios nos da la oportunidad de ser sus colaboradores y asociarnos a su tarea. Cada uno de nosotros puede hacer de su vida y de su pequeño mundo un imperio donde Jesús reine, una parcela en la que Cristo sea la Cabeza.

^ Se puede llegar a pensar que todo lo dicho es “demasiado bueno para ser real”. ¿Será realmente verdad que hemos sido elegidos, que somos hijos y que estamos perdonados? ¿Será verdad que alguien ha muerto por mí y que con su muerte me ha regalado la vida?

Sí, existe una prueba inequívoca: el Espíritu Santo. Dios nos le ha “dado” y le ha puesto como un sello de propiedad sobre nosotros. El es la marca de Dios en lo más hondo de nuestro ser. El es la seguridad de que todo eso es así y de que no puede ser de otra manera. El es la certeza de orientación.

El Espíritu Santo es la gran bendición de Dios y la realización de todas las promesas. El nos señala a los ojos del mundo como “cosa” de Dios. El es la potencia santificadora y la presencia confortadora de Dios en nosotros. El inunda nuestra vida, nos alienta y nos orienta y sostiene nuestro débil ser. El es el Huésped divino en nuestra alma.

Este pequeño ser humano se convierte en el objeto de los esfuerzos y acción de las Tres divinas personas: el Padre, que concibe y pone en marcha el plan de salvación; el Hijo, que lo realiza en el tiempo, y el Espíritu Santo, que lo confirma en cada momento, asegurando al hombre que es hijo y que está perdonado. Dicho en otras palabras: el Padre actúa como Dios; el Hijo, como mediador; el Espíritu Santo, como garantía de que la mediación se

ha efectuado y el rescate ha sido pagado. Somos de Dios y Dios es nuestro, aunque le llevemos en vasijas de barro.

∨ Dios ha sido bueno con el hombre. ¿Quién soy yo? Una cosa casi insignificante. Pero la palabra de Dios me asegura que soy algo suyo, que “estoy en Cristo Jesús”. Nadie es capaz de comprender este hecho en todo su alcance: “Estoy en Cristo Jesús, en el Dios-hombre”. Esto debe significar que cada uno de nosotros está unido a él, que comparte su destino, su pasión, su triunfo, su muerte, como la esposa con el esposo. “Estar en Cristo Jesús” debe significar también que la sentencia de muerte que pendía sobre nosotros en cuanto pecadores... ya no nos concierne. Jesús ha muerto por nosotros. Y la señal de que hemos pasado de la muerte a la vida es que él está en nosotros. Y la certeza de que ese paso se ha efectuado es el Espíritu Santo, que mora en nosotros.

✕ Los discípulos de Jesús oyeron un día un ruido del cielo y vieron como lenguas de fuego descender sobre sus cabezas. Y desde entonces han sido muchos los hombres que han oído ese ruido y han visto esas mismas lenguas y saben inequívocamente que están “en Cristo Jesús”. Ya no pueden ocultar que el rostro vivo de Jesús se ha hecho visible a sus ojos gracias al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo está dentro de nosotros. Y él es quien hace posible lo que ni siquiera habiéramos tenido la audacia de pensar: que Dios se hace presente, que el Invisible se hace visible y el Desconocido, amigo. Esa es la paradoja del Espíritu Santo. El nos hace estar en Dios y en Cristo Jesús. Con él podemos contar siempre, a él podemos dirigirnos, adorarle como la tercera persona de la Trinidad. El hace tuyas nuestra causa, nuestras impotencias y nuestros gemidos. El escribe la ley de Dios en nuestros corazones y mata toda otra ley que nos quiera subyugar. El nos abre a todas las posibilidades de los hijos frente al Padre. √

Todo esto es o el más bello canto de alabanza o la más terrible de las blasfemias: él, Dios, mi Padre; yo, el hombre mortal, su hijo. El Oculto, el Insondable, el Dueño de

la vida y de la muerte... es mi Padre⁵². El Dios que todo lo hizo y todo lo puede, el que todo lo llena y todo lo trasciende, es mi Padre. El Dios de los dioses, el Señor a quien todos respetan, ante quien se dobla la rodilla, por quien jura toda lengua, ante quien los mismos serafines se cubren el rostro, es mi Padre.

Aquel que existía antes de que las leyes del universo comenzaran a funcionar; Aquel que es el origen y sustentador de todo lo creado; Aquel que es la vida de todas las vidas... es mi Padre. El Padre de nuestro Señor Jesucristo es también mi Padre. El Espíritu Santo da testimonio de esa realidad. En el fondo sin fondo de mi ser, él susurra esta palabra: ¡hijo!

Y con la filiación divina, la herencia eterna. El Padre da el título de herederos a nosotros, los perdidos, los pecadores. Somos co-herederos con Cristo Jesús. Y todo esto sin ningún mérito, sin ninguna aportación nuestra, sencillamente porque Dios lo ha querido así. Esa es la voz que siempre podemos escuchar en medio de todas las vicisitudes de esta vida, de todos los acontecimientos dolorosos y de todas las cobardías. Esa es la voz que nos asegura que estamos "asegurados contra todo riesgo" porque no dependemos ante Dios de nuestros esfuerzos ni de las acciones que hemos realizado. La herencia nos es regalada. Somos ya, desde ahora, los herederos de aquella vida y de aquella felicidad que "ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón humano es capaz de imaginar" porque supera todas nuestras ansias y anhelos. Somos los herederos de aquella vida que jamás tendrá fin.

Esa es la gran bendición de Dios al hombre, la maravilla concedida por el Señor a una raza de hijos pródigos. Esa es la bendición que debe provocar eternamente en el hombre una alabanza extasiada y un agradecimiento sin límites. El ser humano ya no puede permanecer mudo, como un pasmado, ante los prodigios de la misericordia de Dios.

Si todo eso es así, la palabra de Dios es el faro que ilumina mis tinieblas, yo tengo que gritar de gozo, mis

entrañas deben retozar de alegría. Yo tengo que caer de rodillas y adorar, y alabar, y rendir homenaje eterno a mi Dios y Señor. Si yo he sido amado hasta el punto de que el Hijo haya dado su vida por mí, si el Espíritu Santo me colma con su presencia, si tengo las arras de la vida eterna, ¿cómo responder a tanta bendición?

Si los hombres fuéramos capaces de comprender, finalmente, que todo nos llega como un don, que Dios se nos da como un regalo, ¡qué acción de gracias y qué pura alabanza brotaría de nuestros labios, tan espontánea como la lava de un volcán, tan poderosa como el oleaje del mar! Y todo lo que se puede decir no es más que un balbuceo infantil, tan lejos de la realidad como lo está la fe de la visión.

⁵² K. BARTH. *L'Épître aux Romains*, Labor et Fides, Genève 1972, 261-294.

16.

*En todo dad gracias,
pues esto es lo que Dios,
en Cristo Jesús,
quiere de vosotros*

Si una sencilla declaración de amor sacude de gozo a los enamorados, ¿qué será esa exhibición de amor que Dios ha hecho ante nuestros ojos? ¿Dónde encontrar palabras para expresarle nuestro agradecimiento, fuerzas para alabarle? Ya no podemos contentarnos con registrar, sin emoción alguna, sus acciones, inventariar sus hechos y catalogarlos en un fichero. No podemos dar como cosa probada toda esa bondad derramada en nosotros. El hombre tiene que responder a la acción de Dios. La alabanza y la acción de gracias es lo único proporcionado, aunque a una distancia casi infinita, que el hombre puede ofrecer a Dios. No sólo una alabanza ocasional que dura un instante y que retorna de cuando en cuando a nuestra vida, sino una vida de gratitud y alabanza total: "En todo dad gracias".

Cuando se vive en un valle es bueno, de cuando en cuando, subir a la montaña y contemplar desde ella el panorama que se ofrece a la vista. La mayoría de los hombres viven en una vaguada, sin perspectivas ni horizontes.

Lo que esa imagen significa es esto: que el hombre tiene que abrirse a la acción de Dios, que tiene que subir a la cima del Señor desde la vaguada en la que vive y respirar el oxígeno que viene del cielo.

Desde toda la eternidad, en el silencio absoluto de los siglos pasados, Dios proyectó la creación del hombre y le asignó un lugar en esta tierra y una plaza en el cielo. Y el hombre es invitado a subir de la tierra al cielo, a escalar la montaña en la que Dios mora y a cobijarse bajo su manto, a adorarle y darle gracias por todo cuanto de él ha recibido.

El hombre está en deuda con Dios. Él es nuestro primer y principal bienhechor. Tiene derecho a esperar de sus criaturas el más vivo reconocimiento. Nada debería existir para el hombre tan atractivo como la alabanza hacia el Señor, nada que le preocupara tanto como corresponder con su vida al don que ha recibido. Mi vida, la vida de cada hombre, debería construirse sobre la base del agradecimiento. Dios, dador de todas las bendiciones, debe ser el receptor de nuestra gratitud. Para aquel que tiene los ojos limpios, alabar debe ser la ocupación de su vida.

En la visión cristiana del mundo, la acción de gracias en todo y por todo, la gratitud que estalla en alabanza es un elemento esencial. Los hombres que han subido a la montaña y han respirado el aire de Dios ya no pueden permanecer mudos. La gratitud es su estilo de vida.

¿Qué significa exactamente “dar gracias”? La expresión, frecuente en el mundo de la Biblia, es rara fuera del vocabulario cristiano. El verbo griego “eujaristeo” (dar gracias) y el sustantivo “eujaristía” (acción de gracias) expresan siempre, en el lenguaje cristiano, un hondo agradecimiento religioso.

San Pablo fue quien más utilizó la categoría de la “acción de gracias” entre los escritores del Nuevo Testamento. Sus cartas son una invitación continua a penetrar en ese sentimiento religioso profundo de la “eucaristía”⁵³.

“Dar gracias” no equivale a decir: “gracias”. Si se identificaran las dos expresiones se sentiría un cierto disgusto o malestar al leer algunas de las exhortaciones de san Pablo. El apóstol jamás pensó en una cortesía de tipo

⁵³ P. DE LAPRADE, *L'action de graces chez Saint Paul*, en “Christus” 4 (1957), 499-511.

espiritual cuando utilizó la expresión “dar gracias”. ¿Cómo podría afirmar la obligación de “dar gracias” bajo pena de pecado muy grave? Pues efectivamente el pecado fundamental de los paganos fue no dar gloria y acción de gracias a Dios:

Porque habiendo conocido a Dios ni lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos y se oscureció su insensato corazón (Rom 1,21).

La ingratitud llevó a los paganos a los vicios más abominables. “Dar gracias”, pues, no es un deber de educación espiritual, sino un deber de justicia y una tarea gozosa. Eso es lo que Dios quiere y espera del hombre.

Si la “acción de gracias” no debe identificarse, sin más, con “decir: gracias”; esto lleva consigo una consecuencia muy importante: “dar gracias” no está vinculado a la consecución de un favor, a la obtención de algo que se ha perdido y se ha conseguido. Estamos inclinados a expresar el agradecimiento solamente cuando hemos conseguido lo solicitado. Pero cuando nos quedamos con las manos vacías nos parece una cruel ironía dar gracias.

En las cartas de san Pablo aparece y reaparece, como un refrán o estribillo, las expresiones de constante agradecimiento:

Mas nosotros debemos dar continuamente gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, porque Dios os ha escogido desde el principio... (2 Tes 2,13).

Hermanos, continuamente —y esto es justo—, debemos dar gracias a Dios respecto de vosotros por los grandes progresos de vuestra fe y por lo mucho que aumenta la caridad mutua entre vosotros (2 Tes 1,3).

Dad gracias en toda coyuntura, porque esto es lo que Dios quiere de todos vosotros en Cristo Jesús (1 Tes 5,18).

Por todo ello es continua nuestra acción de gracias a Dios: porque, una vez recibida la palabra de Dios, que de palabra os predicamos, la abrazasteis no como palabra de hombre, sino como lo que es en verdad, la Palabra de Dios, que permanece vitalmente activa en vosotros, los creyentes (1 Tes 2,13).

Continuamente damos gracias a Dios por todos vosotros, al recordaros en nuestras oraciones (1 Tes 1,2).

Y todo cuanto de palabra u obra realicéis hacedlo en nombre del Señor Jesús, dando gracias por su intercesión a Dios Padre (Col 3,17).

Por consiguiente, como acogisteis al Señor Jesucristo, convivid en El, arraigados y reedificados en El y confirmados en la fe conforme fuisteis instruidos, sobreamplificando en ella en acción de gracias (Col 2,6-7).

Cuantas veces me acuerdo de vosotros doy gracias a mi Dios, haciendo súplicas siempre en todas mis oraciones por vosotros con alegría (Flp, 1,3-4).

Damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre, porque estamos informados de vuestra fe en Jesucristo y del amor fraternal que sentís hacia todos los santos (Col 1,3-4).

Hablando unos a los otros en salmos, en himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todo al que es Dios y Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo (Ef 5,19-20).

Continuamente doy gracias a Dios por vosotros, debido a la gracia de Dios, que se os ha concedido en Cristo Jesús (1 Cor 1,4).

Igualmente, la paz de Cristo reine en vuestros corazones, en la que fuisteis llamados para construir un cuerpo único, y sed agradecidos (Col 3,15).

Lo que caracteriza la acción de gracias en san Pablo es que debe ejercitarse "sin cesar", "siempre", "continuamente", "en todo momento", "en todas las partes", "en todo y por todo", "de palabra y de obra". Hay que vivir "rebosando en acción de gracias".

Dar gracias, pues, es como una urgencia y una necesidad, algo imperioso que se nos impone, y no una mera cortesía.

Nada puede ser invocado en contra de la acción de gracias continua: ninguna situación, condición, prueba o estado. Ningún hombre es exceptuado de ella, nadie es eximido de su obligatoriedad. No se prevé nada que la pueda hacer cesar. No se admiten excepciones o dispensas

a la regla general. No puede haber interpretación que atenúe o dulcifique lo que dice el vocabulario: sin cesar, en todo y por todo...

Si el creyente permanece indiferente o no está convencido de la necesidad de dar gracias, ninguna razón o argumento será capaz de despertarle de su letargo. Si todo lo que Dios ha hecho por el hombre le resulta normal, demasiado conocido, moneda corriente, jamás brotará de su corazón y de sus labios un grito de alabanza y de bendición.

Cuando se contemplan de cerca los motivos de la acción de gracias en san Pablo, llevada a todos los terrenos y circunstancias, se destacan con luz propia la fe, la esperanza y la caridad de los creyentes, la acción del Espíritu Santo en ellos, la elección de la que han sido objeto, la docilidad en la acogida de la Palabra de Dios, la salvación gratuita que el Señor les ha concedido, etc.

Jesús vive en el corazón de los fieles y ellos le proclaman como Señor y le reconocen como Salvador. Los errores particulares, los pecados y las divisiones tienen menor importancia que esa realidad: el nombre de Jesús es conocido y adorado, el reino de Dios se extiende. En el hombre que cree, espera y ama se manifiesta palpablemente la obra salvadora de Dios en Cristo Jesús. Dios está a la obra. El acontecimiento de Jesús no es algo que pertenezca al pasado, sino una realidad viva en el ya y en el ahora. Jesús vive y el Espíritu Santo da un testimonio irrefutable de la obra de Dios. Y eso es lo que provoca la alabanza y la acción de gracias.

Si Dios está sin cesar en la obra, sin cesar deberá subir hacia él el agradecimiento y la bendición. El Dios que nunca reposa, que nunca cesa de salvar al hombre, merece toda nuestra alabanza. La vida entera sería bien poca cosa para agradecerle tanto amor y ternura.

No hay momento que no sea propicio para agradecer a Dios sus dones. Todo tiene que servir de ocasión para alabar y bendecir, incluso el detalle íntimo, las cosas que fastidian. Dar gracias es reconocer el don inefable de Dios. La obra del Señor va por delante de nuestra gratitud.

Dar gracias a Dios es reconocerle en lo que es, tratarle como lo que es. ¿Cómo no ha de ser un deber y un deber permanente? No, la acción de gracias no puede ser algo facultativo u opcional. La vida humana ofrece muchas posibilidades al hombre: puede escoger este o aquel oficio, esta o aquella profesión..., pero la alabanza y la acción de gracias no es algo que se pueda elegir o rechazar, que se toma o se deja. Alabar a Dios es la vida del hombre. No se escoge la alabanza: se alaba. El Dios vivo espera el homenaje de sus criaturas.

La "acción de gracias" es algo más que una forma de oración. El cristiano debe hacer oración de acción de gracias, pero, por encima de todo, tiene la obligación de "vivir en acción de gracias", "rebosar en acción de gracias". Así, la acción de gracias no es una práctica piadosa reservada a algunos hombres, una acción laudable si se hace, pero no imputable si se pasa por alto, sino una actitud permanente. No un gesto pasajero, sino una vida donada a Dios. La acción de gracias que desemboca en la alabanza es el ejercicio fundamental de la vida cristiana.

Un cristiano tiene que vivir en acción de gracias continua. Y esto no sólo porque toda su existencia sea un don de Dios, sino porque la gracia se le concede para que pueda bendecir y agradecer adecuadamente y siempre a Dios por medio de Jesús. Todo acto de agradecimiento es el resultado de la gracia de Dios actuando en el hombre.

Sin temor a errar, se puede afirmar que la alabanza y la acción de gracias son las categorías clave de la vida cristiana. Eso es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de nosotros (1 Tes 5,18).

La gratitud debe ser para el cristiano el fondo de su corazón, la fibra secreta de su ser. Del alma brota la acción de gracias y se convierte inmediatamente, más que en un estricto deber de justicia, en una necesidad insaciable.

"En todo momento vivid la acción de gracias". No somos seres autónomos, sino dependientes de Dios: lo queramos o no, lo aceptemos o lo rechacemos. Todos los momentos de nuestras vidas, todos los acontecimientos

que las forman, están en sus manos. La simple honradez humana sabe reconocer que "de bien nacidos es ser agradecidos", que el bienhechor merece el reconocimiento, que el favor espera una respuesta o un gesto de gratitud: los beneficios son la semilla del agradecimiento.

Dios, bienhechor infinito del hombre, se merece una gratitud infinita:

Devolver el favor es hacer oblación de flor de harina (Eclo 35,2).

No hay obra más propia de Dios que la de distribuir beneficios, ni de la criatura que la de dar gracias. La criatura considera que este agradecimiento es lo único que puede devolver en retorno... Sólo hay una obra que nos pertenece, con la que podemos honrar a Dios: darle gracias. Pongamos en ella todo nuestro empeño, siempre y en todas las circunstancias, de palabra y por escrito..., en prosa o en verso, con o sin acompañamiento de música⁵⁴.

"En todo dad gracias... por medio de Jesucristo". Esa es una de las notas características de la acción de gracias: es dirigida al Padre por medio de Jesús:

En primer lugar, doy gracias a mi Dios a través de Jesucristo por todos vosotros, porque vuestra fe es conocida en todo el mundo (Rom 1,8).

Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom 7,25).

Dando siempre gracias por todo al que es Dios y Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo (Ef 5,20).

Y todo cuanto de palabra u obra realicéis hacedlo en nombre del Señor Jesús, dando gracias por su intercesión a Dios Padre (Col 3,17).

Toda oración, todo agradecimiento y alabanza, antes de acceder al Padre, a quien siempre remontan como a término, pasan por Jesús. La mediación de Jesús es el motivo totalmente nuevo de la alabanza y acción de gracias cristiana.

Las páginas del Antiguo Testamento anunciaron y prepararon lo que había de venir: la obra de Dios realizada en Cristo Jesús. Ahora la promesa está cumplida: por

⁵⁴ FILÓN. *De Plant.*, 130, 1.

Jesús, con Jesús y en Jesús damos gracias y alabamos al Padre. Y así será por todos los siglos. Jesús recoge la alabanza y la acción de gracias de nuestros labios y de nuestro corazón, la presenta al Padre y la hace infinita. Lo que apenas nos atrevemos a decir, nuestros deseos ocultos e inexpressados son potenciados y elevados por Jesús. El nos despierta en lo hondo de nuestro ser y aviva las escorias que un día dejó al pasar por nuestra vida.

El mismo se convierte en nuestra alabanza y acción de gracias. El es el canal y el puente tendido entre el cielo y la tierra. Por él nos llega toda la gracia de Dios y por él sube al Padre nuestra alabanza. El es nuestro Sumo Sacerdote ante Dios, el ministro de toda bendición:

Dar gracias a Dios es ofrecerle un sacrificio de alabanza, y de ese sacrificio Jesús es el Sumo Sacerdote (Orígenes).

A mi recuerdo vienen las palabras de un himno de J. Newton, en el que Jesús no es sólo intermediario, sino también fin de la alabanza:

Jesús, mi pastor, hermano y amigo,
mi profeta, sacerdote y rey,
mi Señor, mi vida, mi camino, mi fin:
acepta la alabanza que te ofrezco.

Al agradecimiento se opone la dureza de corazón, una cierta esclerosis del espíritu, que hace al alma impermeable a las manifestaciones de la bondad de Dios:

Es fácil alabar a la Providencia cuando se posee la facultad de comprender lo que sucede a cada uno y el sentimiento del agradecimiento... Sin ello, o bien no se entenderá la utilidad de los acontecimientos o no se experimentará a su respecto ningún sentimiento de gratitud, incluso si se es testigo presencial⁵⁵.

A nivel humano, la acción de gracias y la alabanza no pertenecen a las primeras reacciones del hombre. El evangelio conoce un caso típico de desagradecimiento generalizado:

Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasó por entre Samaría y Galilea. Al entrar en una aldea salieron diez leprosos a su encuentro, que se detuvieron a distancia, diciendo a voces: "Jesús, Maestro; ten compasión de nosotros". Viéndoles El les dijo: "Id a presentaros a los

sacerdotes". Y mientras iban quedaron limpios. Uno de ellos, sintiéndose curado, volvió glorificando a Dios en voz alta, y se arrojó a los pies de Jesús, dándole gracias. Este era samaritano. Y dijo Jesús: "¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿No hubo quien volviera a dar gracias a Dios sino este extranjero?". Y le dijo: "Levántate, anda; tu fe te ha salvado" (Lc 17,11-19).

La acción de gracias no parece brotar espontánea en el hombre. De diez curados, uno que da gracias es un porcentaje demasiado bajo. ¿Será algo connatural al ser humano el desagradecimiento?

El hombre necesita el don de Dios para poder arrancarse de su propio yo. Necesita que el Señor le ponga en actitud de criatura. Sólo así la acción de gracias le brotará de la misma fuente de su vida y su vida será una acción de gracias. Es necesario, en una palabra, que Dios despoje al hombre de todo lo suyo. Entonces vivirá la acción de gracias y la alabanza en plena libertad⁵⁶.

Ser agradecido consiste esencialmente en abrir el corazón a Dios y a sus dones y conservar como un tesoro el recuerdo de las gracias recibidas. La acogida agradecida de la gracia supone que el hombre se sabe pequeño frente al Grande, criatura frente al Creador, enfermo frente al Médico; supone también que el hombre renuncia a su autosuficiencia y que toma conciencia de que todos sus valores los tiene en préstamo de Dios.

Un canto ininterrumpido de bendición y alabanza debería subir de la tierra al cielo. La familia de Dios debería contar todas sus maravillas y cantar toda su grandeza. Los hombres de todos los tiempos deberíamos formar lo que Clemente de Alejandría y Orígenes llamaron el "zeiós jorós", es decir, el "coro divino".

El itinerario por el que cada hombre llega a la acción de gracias y la alabanza puede ser distinto. Santa Teresa cuenta cómo un día vio las manos de Jesús. Eran de una belleza extraordinaria. Algunos días después vio el rostro del Señor y se quedó extasiada ante su belleza. Finalmen-

⁵⁵ EPICIELO. *Pláticas*, I, 19, 25.

⁵⁶ C. SPICK. *Teología moral del Nuevo Testamento*, Universidad de Navarra, Pamplona 1970, 103-157.

te tuvo la dicha de ver el cuerpo entero de Jesús. La Santa quedó como fuera de sí.

Algo parecido puede ocurrir en el camino de la alabanza. El alma puede llegar a ella descubriendo a Dios en la creación, maravillándose en la contemplación de las cosas creadas. Si las cosas llevan al Creador, habrán prestado al hombre un servicio magnífico.

El hombre puede hacer el descubrimiento de los dones de Dios y dejarse invadir por ellos. Descubrir la gracia y el perdón de Dios, percatarse de que él está siempre como "persiguiendo" al hombre es un paso decisivo en el camino de la acción de gracias. Puede ser que haya que esperar un buen trecho antes de que llegue el momento en que se descubra, con lágrimas en los ojos, los abusos cometidos, las desatenciones tenidas con el Amigo y constatar hasta qué profundidad se enraíza la bondad y el amor de Dios.

En todo caso, llegará un día cuando, al volver a casa, le veremos allá en el camino, con los brazos tendidos, oteando el horizonte para ver si regresamos, corriendo a nuestro encuentro para abrazarnos y calzarnos con las sandalias de los hombres libres y festejar nuestra resurrección. ¡Qué acción de gracias y alabanza!⁵⁷.

Algún día, en algún momento, llegaremos a descubrirle, o mejor, él se descubrirá ante nosotros y nos hablará tiernamente al corazón, como el esposo lo hace con la esposa. Algún día ya no serán sólo sus dones lo que percibiremos, sino a él mismo. Alabarle será entonces nuestra única ocupación. Algún día él solo será el objeto de nuestra vida y su alabanza la cosa más ardientemente deseada.

El alma va haciendo, bajo la guía del Señor, el descubrimiento del mismo Dios. Cada uno tiene su propio camino. Parafraseando la experiencia de la visión de santa Teresa se podría decir que uno puede sentirse inicialmente atraído por el don de Dios, después por la mano que lo

da y finalmente por el Ser entero de quien, al darlo todo, se da a sí mismo.

Dar gracias, bendecir y alabar no es, pues, un lujo, un "plus" de la criatura con respecto al Creador, sino su actitud fundamental, el estilo de vida que el Padre espera de sus hijos.

⁵⁷ Cf. F. ROUSIANG. *L'action de grâces dans le service*, en "Christus" 4 (1957), 476-494.

Seguramente no ha sido difícil, hasta este momento, seguir el desarrollo del tema de la alabanza. Es probable, incluso, que alguien haya sentido como si un piloto interno se hubiera encendido y le estuviera indicando: ése es el camino, por ahí está Dios.

Pero ha llegado el momento de la prueba definitiva para la alabanza, la hora de demostrar todo su valor: la consideración sobre el dolor del hombre. ¿Cómo conjugar, en efecto, estos tres términos: Dios, dolor, alabanza? ¿Cómo es posible la alabanza a Dios en medio del dolor? Los interrogantes comienzan a acumularse. Es el momento de la verdad. O se encuentra una solución satisfactoria o nunca podremos hablar de alabanza de Dios.

Antes o después, inevitablemente, cuando los hombres sienten los garfios del dolor en sus carnes, estallan en cuestiones: ¿Quién es Dios? ¿En quién he puesto mi confianza? ¿Qué clase de Dios es el que permite, tolera o quiere tanto dolor? ¿Por qué nos deja ver el espectáculo de una humanidad dolorida, de miles de inocentes que sufren, de millones de explotados que viven como bestias y mueren como animales? ¿Por qué tanta injusticia y opresión, tantas torturas y asesinatos, tantos conflictos y guerras, tantas culpas y pecados, tantas lágrimas, tanta sangre?

Un solo dolor, el dolor de una niña o de un anciano, el dolor de un inocente, basta para iniciar una catarata de

interrogantes: ¿Por qué? Si el dolor me llega a mí, el hombre concreto que soy, la reacción es la misma: ¿Por qué? Si ese dolor es algo que se prolonga y que afecta a muchos hombres, a la humanidad entera, entonces son millones de gargantas humanas las que cuestionan: ¿Por qué? Si el dolor está ahí y no podemos eliminarlo, el grito de la humanidad puede convertirse en un clamor ensordecedor: ¿Por qué, oh Dios, tanto absurdo y tanto sinsentido? ¿Cómo es posible tanto dolor en un mundo creado por un Dios pretendidamente bueno?

Para los no creyentes el problema del dolor no tiene tanta dureza como para quienes aceptan al Dios creador y bueno. Es la existencia de Dios lo que hace del dolor un horrible misterio. Porque si Dios existe, ¿cómo explicar el dolor, dónde hallar su sentido?

La actitud ante el sufrimiento está ligada íntimamente a la actitud frente a Dios. El sufrimiento es la piedra de toque de Dios y del hombre. En el sufrimiento, el hombre llega al límite extremo, al problema final sobre el sentido o sinsentido de la vida. Y Dios también es puesto en cuestión. Y como resultado de todo, la alabanza está en peligro de desaparición. Porque ¿dónde puede encontrar la alabanza y la acción de gracias un desafío más tremendo que en el dolor de cada hombre y en el dolor del mundo? ¿Dónde puede encontrar el hombre motivos más poderosos para no alabar que ante el problema del mal y del dolor? ¿Puede Dios hacer brotar del hombre una canción de alabanza en la noche de su dolor?⁵⁸

Si Dios está por nosotros... ¿Qué ideas nos hacemos los hombres de Dios? Son muchos los que viven de la idea de un Dios terrible, justiciero y cruel, que tiene en vilo al hombre, espía sus actos, vigila su conducta, lleva en cuenta sus pecados, acusa, condena; creen en un Dios quisquilloso a quien hay que aplacar continuamente, a quien no saben cómo tratar, a quien se prefiere no encontrar por el camino; un Dios a quien se identifica con un código de normas, árbitro de las buenas costumbres, fiscal

que impone su ley; un Dios agrio, autoritario y vengativo, que no admite el diálogo, que arrasa todo aquello que se opone a su voluntad, que tiene toda la eternidad para castigar... ¡y cuántas cosas más!

Ese Dios caprichoso podrá exigir nuestro homenaje, forzarnos a doblar la rodilla ante él, podrá hacer lo que quiera de nosotros... todo, menos hacer brotar de nuestros labios una canción de alabanza pura y sincera. Un Dios así no puede entusiasmar a nadie. ¿Quién podrá alabar a un Dios que se burla de sus criaturas?

¿Quién ha podido inventar un Dios así? ¿Quién ha tenido que ganar al crear una imagen tan grotesca de Dios? ¿Qué intereses, qué banderas se esconden tras esa máscara? ¡Qué insulto, qué burla hemos hecho de Dios! Se le ha temido y se le teme pero se le quiere manejar. Deseamos que esté lo más lejos posible, pero necesitamos tenerle como cómplice de nuestros asuntos. La irreverencia se ha instalado en nuestras relaciones con él: quejas, olvidos, traiciones, sustitutos...

No, apenas podemos imaginar lo que anunciamos cuando decimos: ¡Dios! Pero nosotros tenemos nuestra propia idea de él: le asignamos el puesto más alto del mundo para tenerle lejos de nuestra vida, nos atrevemos a imponerle el tipo de relaciones que debe tener con nosotros y a decirle lo que tiene que hacer, cómo debe gobernar el mundo, cómo debe conducir la vida de cada hombre, a quién debe salvar y a quién condenar, qué tipo o clase de justicia debe aplicar... Jugamos con Dios: le negamos y queremos tenerle próximo, nos quejamos pero queremos manejarle, le somos infieles pero le pasamos factura por nuestra sumisión. Nosotros confundimos al Absoluto con lo relativo, al Creador con la criatura, nuestros planes con sus designios. Esa es nuestra irreverencia para con Dios⁵⁹.

El hombre ha utilizado a Dios, le ha hecho a su estilo: ¡Necesitamos de toda su ternura para que olvide la máscara ignominiosa con la que le hemos recubierto! Si Dios

⁵⁸ Cf. H. KÜNG, *Ser cristiano*, Cristiandad, Madrid 1980⁴, 544-547.

⁵⁹ K. BARTH, *L'Épître aux Romains*, o.c., 261-316.

es como nosotros queremos que sea, un Dios minúsculo e irascible, ¿cómo alabarle?

¿Es ése el Dios que aparece en las páginas reveladas?
¿Es ése el Dios revelado en Cristo Jesús? ¿Cómo se presenta él mismo ante nosotros? ¿Cómo se define?

¡Yavé! ¡Yavé! Dios clemente y misericordioso,
tardo para la ira y grande en benignidad y fidelidad;
que extiende su bondad a mil generaciones
y perdona la iniquidad, la infidelidad y el pecado...
mas tú perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado
y tómanos por tu heredad (Ex 34,6-7,9).

Cuando Israel era niño, yo le amaba,
y de Egipto llamé a mi hijo...
Y yo enseñaba a Efraín a caminar,
le llevaba sobre mis brazos...
Con cuerdas de bondad los atraía,
con lazos de amor,
y fui para él como quien alza a un niño
sobre su propio cuello,
y se inclina hacia él para darle de comer...
¿Cómo he de abandonarte, Efraín,
cómo traicionarte, Israel?...
Mi corazón se vuelve dentro de mí,
y todas mis entrañas se estremecen.
No actuaré según el ardor de mi ira,
no destruiré más a Efraín,
porque soy Dios, no un hombre;
en medio de ti yo soy el Santo,
y no me gusta destruir (Os 11,1-9).

¿Es para mí Efraín un hijo tan querido,
un niño tan predilecto?
Pues cuantas veces le amenazo
me vuelvo a acordar de él.
Sí, mis entrañas por él se conmueven
y tendré compasión de él —dice Yavé— (Jer 31,20).

¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría,
no tener compasión del hijo de sus entrañas?
Pues aunque ella lo olvidara,
yo no me olvidaría de ti.
Mira, en la palma de mis manos te he grabado
(Is 49,15-16).

Sólo por un momento te había abandonado,
pero con inmensa piedad te recojo de nuevo.
En un raptó de mi cólera
oculté de ti mi rostro un instante,
mas con eterna bondad de ti me apiado...
Vacilarán los montes,
las colinas se conmoverán,
que mi bondad hacia ti no desaparecerá
ni se conmoverá mi alianza de paz
—dice Yavé, el que de ti se compadece— (Is 54,7-8.10).

¿Qué Dios hay como Tú,
que quite la iniquidad
y perdone el pecado al resto de tu herencia?
No mantendrá su cólera por siempre,
porque ama el perdón.
Volverá a compadecerse de nosotros.
Pisa nuestras iniquidades, arroja a las honduras del mar
todos nuestros pecados (Miq 7,18-19).

Pero Tú eres un Dios pronto a perdonar,
clemente y misericordioso,
tardo a la ira y lleno de bondad (Neh 9,17).

El, que perdona todas tus ofensas,
y te cura de toda enfermedad;
que rescata tu vida de la fosa,
y te corona de gracia y de bondad...
Yavé es piadoso y compasivo,
tardo a la ira, lleno de bondad;
no dura eternamente su querella,
no persiste por siempre su rencor;
no nos trata conforme a nuestras culpas,
ni nos paga según nuestras ofensas.
Pues cuanto es alto el cielo de la tierra,
así es grande su amor para quienes le temen;
cuanto dista el Oriente de Occidente
aleja él de nosotros nuestras culpas.
Como se apiada un padre de sus hijos,
se apiada Yavé de los que le temen;
El sabe de qué estamos plasmados,
se acuerda de que somos polvo (Sal 103,3-4.8-14).

Porque mucho vales a mis ojos,
eres precioso y yo te amo (Is 43,4).

Tú a quien yo tomé de los confines de la tierra,

a quien llamé de remotas regiones,
a quien dije: Tú, mi siervo,
yo te he elegido y no te he desechado.
No temas, porque yo estoy contigo,
no te asustes, pues yo soy tu Dios.
Yo te doy fuerza, soy tu auxilio,
y te sostengo con mi diestra victoriosa (Is 41,9-10).

No temas, gusanillo de Jacob,
larva insignificante de Israel;
ya vengo yo en tu ayuda
—dice Yavé—, tu redentor es el Santo de Israel
(Is 41,14).

Yo habito una morada excelsa y santa,
pero también estoy con el hombre
arrepentido y humilde,
para reanimar el espíritu de los humildes,
para reconfortar el corazón contrito.
Porque no quiero discutir eternamente
y estar por siempre airado,
pues ante mí sucumbirá el espíritu
y las almas que yo crié...
Pero voy a curarle,
a darle alivio,
a colmarle de consuelos
a él y a los que le hacen duelo,
haciendo estallar la alabanza en sus labios
(Is 57,14-16.18-19).

¿Qué más se puede decir? ¡Qué Dios tan distinto al de nuestras opiniones! Un Dios clemente, compasivo, rico en piedad, lento a la cólera, que no se complace en acusar, que no se querella eternamente ni guarda rencor perpetuo, que siente una inmensa ternura por sus criaturas, las mece en sus brazos, las aprieta contra su rostro, las enseña a caminar, las ata con lazos de amor; un Dios que cuando piensa en el castigo se le conmueven las entrañas; un Dios que lleva “tatuado” al hombre en las palmas de sus manos, que lo lleva como un eterno recordatorio, que lo considera como algo precioso; un Dios que todo lo perdona, todo lo olvida, todo lo pasa por alto, que pisotea las rebeldías, arroja al mar los pecados, no paga de acuerdo a las acciones realizadas...

El es el Dios fiel y leal, que mantiene eternamente su palabra y nunca se desdice; él es el Dios sanador y consolador, que está cerca de los abatidos y humillados, que no disputa con los desmayados...

Es el Dios contrario a todas nuestras concepciones e ideas, caricaturas y blasfemias. Es el Dios que, cuando dialoga con el hombre, lo hace a la manera de un viñador que trabaja en su viña, a la manera como un padre o una madre lo hacen con sus hijos, o un esposo con la esposa o un enamorado con su amante...

Es el Dios que puede destruir a la criatura con el soplo de su boca, pero que prefiere amarla y darla vida. Ese es el Dios revelado de quien apenas somos capaces de decir algunas palabras, del que hablamos con toda la impotencia de los hombres. Ese es Dios. Eso, ¿y quizá algo más?

Sí, todavía algo más. Porque de él no sólo tenemos palabras que nos lo describen, sino un rostro humano que lo encarna y lo identifica. El, el Dios inmenso e indescriptible, se hizo como uno de nosotros:

En el principio existía el Verbo,
y el Verbo estaba con Dios,
y el Verbo era Dios.
El estaba en el principio con Dios.
Todo fue hecho por él,
y sin él nada se hizo
de cuanto ha sido hecho;
en él está vida,
y la vida es la luz de los hombres...
y el Verbo se hizo carne,
y habitó entre nosotros,
y nosotros vimos su gloria... (Jn 1,1-14).

Desde el principio, junto a Dios, había Alguien, vuelto hacia él, el Verbo o la Palabra, por la cual Dios expresa su ser y su plenitud de vida. Ese Verbo o Palabra es también Dios. Y esa Palabra se hizo carne, entró en nuestra historia, asumió nuestra contingencia. Lo que eso significa es sobrecogedor: que Dios ama apasionadamente al hombre, que le preocupa más que todos los espacios y todos los sistemas solares y que el “ratito” de tiempo que

dura su vida sobre la tierra cuenta más a sus ojos que los millones de años de las estrellas. Dios valora infinitamente al ser humano.

Dios se ligó para siempre a nuestro destino. Jamás podrá renegar de lo que él mismo asumió, condenar lo que él fue, despreciar su propia carne humana. El Hijo de Dios es propiedad del hombre. Ni Dios mismo, con todo su poder, puede deshacer lo que una vez hizo para siempre. El está vinculado eternamente a nuestro destino y ha convertido nuestra historia en algo maravilloso y digno de ser vivido. Ese es el corazón de la fe cristiana: que el Creador se ha hecho criatura. Ese fue el último "invento" del amor de Dios en favor de los hombres.

La vida de Jesús fue la verificación total de ese amor. Desde su nacimiento en un pesebre hasta su muerte en una cruz... todo fue un gesto de amor y de misericordia. Y en la Última Cena de su vida en la tierra instituyó la Eucaristía y se quedó para siempre con nosotros, los hombres, como alimento y vida.

¿Podía haber hecho Dios algo más por nosotros? ¿Podía habernos dado una prueba más soberana y definitiva de su amor? ¿Seremos capaces algún día de abrir nuestros ojos a estos formidables misterios de la encarnación, de la eucaristía, de la gracia santificante, de la filiación divina...? ¿Creeremos algún día que Dios es Padre, que es Amor, que nos ama como sólo él sabe hacerlo?:

Dios es amor
y el que está en el amor
está en Dios

y Dios en él (1 Jn 4,16).

El que no ama no ha conocido a Dios,
porque Dios es amor (1 Jn 4,8).

¿Con qué palabras se podría describir esa realidad? Dios nos ama y eso debe bastarnos. Jesús ha cancelado la deuda que teníamos contraída con él: todo ha sido perdonado, olvidado y cambiado. El Espíritu Santo certifica en nuestros corazones que Dios es nuestro Padre y que nosotros somos sus hijos...

Sí, Dios está con nosotros. Ese es nuestro Dios: Un

Dios benévolo con el hombre, absolutamente digno de toda confianza. No un objeto infinito, silencioso, anónimo, frío, sino un Dios que habla y actúa, irrumpe en nuestra historia, se encuentra cara a cara con el hombre. No un Dios indiferente y lejano, sino amable y cariñoso. No un Dios tan alejado que no le importan sus criaturas, sino un Dios próximo, accesible, a quien le preocupan nuestras dolencias y enfermedades. No un Dios inmóvil, sino un Dios en continuo movimiento. No un Dios que se mantiene al margen de todo, sino que participa en esta historia nuestra. No un Dios apático, sino simpático, ni un Dios impasible, sino compasivo. ¡Un Dios con rostro de hombre! Un Dios que tiene providencia sobre todos los hombres, que no permite que se caiga ni uno solo de nuestros cabellos sin su permiso, que alimenta a los gorriones, que respeta al hombre, que le espera con los brazos abiertos, corta su confesión de culpabilidad, le perdona sin condiciones, le pone el anillo de hijo. Es el Dios de los perdidos, de los pecadores, de los débiles, de los condenados...

Es el Dios que sale al encuentro del hombre como Dios de amor y salvación. Es el Dios que se solidariza con el hombre, que no pide, sino que da; que no humilla, sino que levanta; que no hiere, sino que cura; que trata con indulgencia a los que le ofenden; que en lugar de condenar, perdona; en lugar de castigar, redime; en lugar de ejercer el derecho, ejercita la gracia sin límites; es el Dios que se dirige no tanto a los justos como a los injustos, que siente predilección por los pecadores, que prefiere el hijo perdido al que permaneció en casa, el publicano al fariseo, las prostitutas y las adúlteras a sus jueces, los sin ley a los guardianes de la ley⁶⁰.

Es el Dios revelado en Jesús. Y ese Dios no es quisquilloso, espía o contable perfecto de nuestros actos, registrador de entradas y salidas, inquisidor o acusador, envidioso de la felicidad del hombre, que devuelve mal por mal como el más vulgar de los hijos de los hombres. Tampoco es el Dios extrahumano del capricho y de la ley, ni el

⁶⁰ Cf H. KÜNG, *Ser cristiano*, o.c., 386-387.

Dios que se propone conseguir sus objetivos, aunque tenga que condenar a sus propias criaturas. Es el Dios revelado como Padre. No sólo el Dios de los que se portan bien y cumplen la ley, sino también el Dios de los culpables, de los ajusticiados, de los condenados a morir para siempre.

Es el Dios origen y término de toda la vida, que nos ama sin motivo y nos perdona con placer, que busca la amistad y nunca impone su ley de terror; un Dios que nos amó cuando todavía éramos pecadores; un Dios que nos despierta en lo más hondo de nuestro ser, en las raíces de nuestra vida, y que nos invita a vivir en su amor y amistad; un Dios que cura, perdona y ama. ¡Un Dios Amor!

Si en el camino de nuestra vida nos encontramos un día cara a cara con ese Dios, sabremos, de una vez para siempre, que él es el Padre querido que andábamos buscando y que la única razón de nuestra vida es amarle y alabarle.

Si Dios es Padre y Amor, si Dios es todopoderoso y está de nuestra parte..., si está por nosotros: ¿quién podrá estar contra nosotros? ¿Quién podrá hacernos daño? ¿Qué circunstancia, por dolorosa que sea, podrá apartarnos de la alabanza?

Se puede pensar, leyendo las páginas precedentes, que la vida del hombre, en continua acción de gracias y alabanza a Dios, es un pasar por un país de "jauja", donde todo es bienestar. Se puede llegar a pensar que la alabanza a Dios aleja al hombre de las realidades negras de la vida, del lado desagradable de las cosas...

Los hombres que escribieron las páginas de la Biblia pertenecieron a un pueblo pequeño, casi insignificante, pero observador y sabio. Israel no fue un pueblo distraído o abstracto. Al dolor lo llamó dolor y a la muerte, muerte. Nunca tuvo miedo a llamar las cosas por su nombre propio ni a mirar de frente la realidad de la vida. Israel lloró y se estremeció de dolor, se quejó lastimosamente ante Dios, sintió deseos de venganza. Todo fue real en él. Pero, por encima de todo, fue un pueblo que creyó en su Dios. Más allá de sus gritos, lamentos, desesperaciones, creyó

en Dios. En medio de su dolor, jamás perdió su fe en él. El libro de los Salmos es el mejor exponente de todas las quejas y amarguras de Israel. Pues bien, ese libro lleva como título, en hebreo, una palabra muy significativa: *tehilim*, es decir, *alabanzas*, *himnos de alabanza*. Todo lo que en él hay, incluidos los lamentos y los gritos de dolor, es un himno de alabanza a Dios.

La alabanza a Dios no ha sido nunca fácil: ni entonces ni ahora. Los hombres pasan por la vida con los ojos bien abiertos sobre las cosas. Jamás son indiferentes al dolor, al pecado o la muerte. Israel tuvo una larga historia de desgracias: conoció la vida nómada, la esclavitud en Egipto, la aflicción y la miseria, los trabajos forzados, las marchas fatigosas por el desierto, la lucha por la conquista de la tierra prometida a los padres, el esclavizamiento de los más débiles; conoció una nueva esclavitud en Babilonia, la pérdida de todos sus bienes, el tormento de la fe, la desilusión y el desánimo... Pero la fe en el Señor que le escogió, le guió y le salvó en los momentos más difíciles de su larga historia, superó todas las pruebas, ganó la partida a todas las crisis, incluso a la propia impotencia humana.

Israel creyó siempre que su Dios era fiel y leal y que esa fidelidad era más grande que todo pecado. Y eso fue lo que hizo de la religión de la Biblia una religión de esperanza y de Israel un pueblo de alabanza. Donde hay hombres que creen, esperan y aman a Dios pueden brotar torrentes de alabanza incluso en las horas de mayores tinieblas.

Israel conoció la alabanza en todo momento, aquella alabanza que brota como una bella flor en el dolor e incluso en el pecado. Los casos que vamos a ver son como un paradigma o ejemplo de lo que el hombre debería hacer en todos los momentos de su vida.

La historia de Israel comenzó con la llamada hecha a un jeque de un pequeño clan semita, llamado Abrahán. El Señor le sacó de su tierra y le hizo una gran promesa:

Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré
y engrandeceré tu nombre, el cual será una bendición.

Por ti serán bendecidas
todas las naciones de la tierra (Gén 12,2-3).

Isaac y Jacob llevaron adelante la esperanza. Los descendientes de Jacob tuvieron que bajar a Egipto. Allí permanecieron por más de cuatrocientos años. Durante mucho tiempo vivieron como pastores, sin ser molestados. Pero las necesidades del imperio egipcio exigieron mucha mano de obra. Los hijos de Israel se vieron sometidos a una cruel servidumbre. Y Dios vio su aflicción y escuchó su clamor y envió a un libertador. La lucha por la liberación fue tremenda pero el faraón egipcio tuvo que ceder. Moisés condujo a su pueblo hacia la libertad. Pero cuando Israel acampó junto al Mar Rojo se encontró con una sorpresa desagradable: el ejército del faraón le perseguía. No había salida humana posible para el pueblo de Dios. El miedo hizo presa en los corazones de los israelitas. Moisés tuvo que tranquilizar a los suyos:

No temáis, estad tranquilos y veréis la victoria
que hoy os dará Yavé,
porque a estos egipcios que ahora veis
ya nunca los volveréis a ver.
Yavé combatirá por vosotros,
sin que vosotros os tengáis que molestar (Ex 14,13-14).

Y, efectivamente, Yavé envió durante la noche un recio viento del este que secó las aguas del mar. Los israelitas pasaron por él a pie seco. Cuando los egipcios se lanzaron en su persecución, Dios trastornó las ruedas de sus carros, su acción se fue haciendo cada vez más torpe, las aguas volvieron a su cauce normal y los cadáveres de los egipcios comenzaron a flotar sobre las aguas. Israel vio, a la mañana siguiente, lo que Dios había hecho por él y se quedó mudo de admiración. Pero el asombro se convirtió pronto en un estallido de júbilo. Moisés y los hijos de Israel cantaron alborozados un canto al Señor que los había salvado. María, la hermana de Moisés, tomó un tímpano en sus manos y todas las mujeres de Israel la seguían con tímpanos y danzando en coro, alabando al Señor:

Cantaré a Yavé que tan maravillosamente
ha triunfado.

Caballo y caballero precipitó en el mar.
Mi fortaleza y mi cántico es Yavé;
El fue mi salvación.
El es mi Dios, yo le alabaré;
el Dios de mis padres, le ensalzaré...
¿Quién igual a ti, Yavé, entre los dioses?
¿Quién igual a ti, sublime en santidad?
¡Tremendo en gloria, autor de maravillas!
Desplegaste tu mano, la tierra los tragó.
Guiaste en tu bondad al pueblo que salvaste;
lo llevaste en tu poder a tu santa mansión (Ex 15,1-21).

¿Qué hubiera pasado si Israel se hubiera decidido a actuar por cuenta propia, desobedeciendo la palabra de Dios? Dios estaba presente en aquella situación dolorosa de su pueblo. Y cuando él está presente, el miedo no tiene razón de ser. Lo único que el hombre debe hacer es esperar, poner su seguridad en Aquel que le puede salvar, alabarle por lo que él ha decidido hacer. Eso es lo que nos dice la palabra de Dios. Dios hace suyas todas nuestras preocupaciones y miedos. Cuando todo parece perdido, cuando no hay salida humana y toda esperanza parece vana..., Dios se toma la iniciativa, conduce con su mano los acontecimientos, libera de los enemigos. Cuando el mar está como una muralla infranqueable por delante y el poderoso ejército del faraón por detrás y el pueblo presente que ha llegado el fin..., entonces Dios interviene y salva. Al dejar actuar a Dios, al no intentar hacer nada por cuenta propia, entra en acción la fuerza del Señor. Cuando el poder quiere volver a esclavizar, Yavé rompe todas las cadenas, abre el mar en dos partes, deja un paso libre, despeja el camino hacia la libertad.

El libro de las Crónicas nos ha conservado un episodio impresionante sobre el poder de la alabanza:

Después de esto, los moabitas, los ammonitas y sus aliados los mineos declararon la guerra a Josafat. La noticia llegó a Josafat en estos términos: "Una horda numerosa viene contra ti del otro lado del mar, de Edom: ya están en Jasasón Tamar, es decir, en Engadí". El temor se apoderó de Josafat, volvió su rostro en busca de Yavé y promulgó ayuno en todo Judá. Todos se reunieron para invocar a Yavé: de todas las ciudades de Judá vinieron a

implorar auxilio a Yavé. Josafat se levantó en medio de la asamblea de Judá y Jerusalén, en el templo de Yavé y de pie delante del atrio nuevo oró diciendo: “Yavé, Dios de nuestros padres, ¿no eres Tú Dios de los cielos, no eres Tú el Señor de todos los reinos de las gentes, no tienes en tu mano la fuerza y el poder, a quien nadie puede resistir? ¿No arrojaste Tú, Yavé, Dios nuestro, los habitantes de la tierra delante de tu pueblo Israel para darla a los hijos de Abrahán, objeto de tu amor eternamente? Ellos se establecieron en esta tierra y han levantado un templo a tu nombre, diciendo: si nos sobreviene la desgracia, si la espada, el castigo, la peste o el hambre se abaten sobre nosotros, nos presentaremos en este Templo delante de ti, porque en este Santuario habita tu Nombre, y en medio de nuestra angustia clamaremos a ti y Tú nos escucharás y nos salvarás.

Mira ahora a los hijos de Amón, a los de Moab y a los de los montes de Seir, cuyas tierras no permitiste atravesar a Israel cuando venía de Egipto, antes bien le hiciste dar un largo rodeo para no destruirlos; míralos ahora cómo nos pagan queriendo venir para arrojarnos de la herencia que Tú nos legaste. Dios nuestro, júzgalos Tú, pues nosotros nos sentimos impotentes frente a esta horda ingente que nos asalta. No sabemos qué hacer, nuestros ojos se vuelven a ti”.

Todo Judá permanecía en pie delante de Yavé, incluidas sus mujeres e hijos pequeños. El Espíritu de Yavé descendió en medio de la asamblea y se posó sobre Jajaziel, hijo de Zacarías, hijo de Benaya, hijo de Jeiel, hijo de Matanías, levita, de los hijos de Asab, que dijo: “Estad atentos, vosotros todos de Judá, moradores de Jerusalén y tú, oh rey Josafat. Esto os dice Yavé: No temáis ni os asustéis ante esa ingente multitud, porque no es para vosotros la batalla, sino para Dios. Bajad mañana contra ellos. Ellos subirán por la cuesta de Sis, los encontraréis en el extremo del valle, frente al desierto de Jeruel. Vosotros no tenéis necesidad de luchar: presentaos, estaos quedos y contemplaréis la salvación que os reserva Yavé. No temas, Judá; no te amedrentes, Jerusalén; salid mañana a su encuentro y Yavé estará con vosotros”.

Josafat se postró rostro en tierra y los habitantes todos de Judá y Jerusalén cayeron delante de Yavé para adorarlo. Entonces se levantaron los levitas, hijos de Caat y de

Coré, y empezaron a alabar a plena voz a Yavé, Dios de Israel.

Se levantaron muy de mañana y salieron hacia el desierto de Tecoa. Cuando salían se adelantó Josafat y dijo: “Oídmme, habitantes de Judá y moradores de Jerusalén, tened confianza en Yavé, Dios nuestro, y estaréis seguros, tened fe en sus profetas y triunfaréis”. Previa deliberación con el pueblo, designó cantores, que, revestidos con los ornamentos sagrados, debían ir delante del ejército alabando a Yavé y cantando: “Alabad a Yavé porque es eterna su misericordia”. Cuando empezó el júbilo y la alabanza, envió Yavé asechanzas sobre los hijos de Amón, Moab y habitantes de las montañas de Seir que venían contra Judá y fueron batidos. Los hijos de Amón y de Moab se volvieron contra los habitantes de las montañas de Seir para destruirlos y aniquilarlos. Cuando hubieron acabado contra los habitantes de Seir, se destruían unos a otros.

Cuando Judá llegó a la cima que domina el desierto y volvieron sus ojos hacia la multitud, no vieron más que cadáveres tendidos en tierra, sin exceptuar ninguno... El cuarto día se reunieron en el Valle de las Bendiciones para alabar a Yavé. De ahí el nombre de “Valle de las Bendiciones” que lleva hasta hoy. Los hombres de Judá y Benjamín, con Josafat a la cabeza, regresaron llenos de gozo a Jerusalén, pues Yavé les había otorgado la alegría a costa de sus enemigos. Entraron en Jerusalén y, al son de las arpas, cítaras y trompetas, se dirigieron al Templo de Yavé. El terror de Yavé se extendió por todos los reinos de las naciones cuando supieron que Yavé había batido a los enemigos de Israel (2 Crón 20,1-9).

La situación por la que atravesó el rey Josafat en aquellos días era desesperada. Una multitud de gentes avanzó contra su reino. El rey tuvo miedo. Con su ejército no podía hacer frente a las tropas enemigas. Pero Josafat no acudió a hacer alianza con otros reyes. Volvió sus ojos hacia el Señor, puso en él su confianza. Parece una solución bastante extraña para un rey amenazado por un ejército enemigo. Pero eso fue lo que hizo Josafat. No se fió de la fuerza militar, sino que buscó el rostro de Aquel que únicamente podía salvarle en aquellos momentos de peligro: Dios. Y el Señor dio solución al problema del rey

Josafat. ¡Por caminos de alabanza! No es fácil imaginar a un ejército que avanza contra sus enemigos con un grupo de cantores a su cabeza, entonando alabanzas a su Dios. Pero así sucedió en este caso. Y cuando comenzaron las aclamaciones y las alabanzas, el Señor sembró el desconcierto en el ejército enemigo. Aquella gran multitud quedó reducida a un montón de cadáveres.

Para Josafat no había salida airosa. Y el hombre, todo hombre, siente miedo cuando se encuentra ante una situación para la que no ve más salida que la muerte. Puede intentar la huida, pero siempre se encontrará, como hemos visto en el caso anterior, con el mar por delante y el poderoso ejército por detrás; puede desesperarse, pero la desesperación no soluciona su problema; y puede hacer otra cosa: buscar al Señor, no fiarse de su fuerza más que de la propia.

Como Josafat ante sus enemigos, el hombre siente miedo para hacer frente a tantos males como le rodean. Pero apenas pone su confianza en Dios y comienza a alabarle, el miedo se evapora como una niebla matinal. Cuando la alabanza se pone en marcha, el mar se abre y aparecen los caminos de la libertad y los enemigos desaparecen. Cuando el hombre ya no sabe qué hacer, todavía le queda una cosa por ensayar: la alabanza. En las diversas situaciones de la vida, cuando se ve cercado por enemigos poderosos, cuando siente pánico y la tierra tiembla bajo sus pies, cuando ya no sabe a quién ni a dónde dirigirse, la palabra de Dios le indica un camino: dejarlo todo en sus manos, consentir activamente en su plan y comenzar a alabar. Cuando el miedo ronda al hombre no hay mejor solución que una canción de alabanza al Señor.

El libro de Tobías relata la bella historia de un hombre de Israel, deportado por los asirios a la ciudad de Nínive. En medio de una tierra extranjera y un ambiente hostil, Tobías se mantuvo fiel a su Dios, practicando todas las obras de piedad prescritas por la ley, sin contaminarse con el culto a dioses extraños. En un accidente, aparentemente desgraciado, perdió la vista y se vio reducido,

en última instancia, a una gran necesidad. Todo lo soportó con una paciencia extraordinaria. Paralela a la historia de Tobías, el libro nos cuenta algunos episodios de la vida de una joven llamada Sara, atormentada por un demonio que le había matado ya siete maridos el mismo día de su boda. Su criada se burlaba de ella.

Tobías decidió mandar a su hijo a recuperar una cierta cantidad de dinero que le debía un pariente. El viaje era largo y estaba lleno de dificultades. Un hombre joven apareció en aquellos momentos y se comprometió a acompañar al hijo de Tobías en aquel largo viaje. Era el ángel Rafael, disfrazado de forma humana. Y él se convirtió en la providencia de Dios: llevó al hijo de Tobías hasta la casa de Sara, le casó con ella, la curó, recuperó el dinero, condujo a los recién casados hasta la casa del padre, curó la ceguera del viejo Tobías... Y el libro termina con una escena magnífica en la que el ángel Rafael se da a conocer y desaparece. Tobías entona un canto de acción de gracias al Señor.

En el ambiente del destierro, Israel vivió en un mundo pagano, amenazado en su fe. Todo parecía malo. Pero el destierro se convirtió en un medio providencial para dar a conocer al mundo al Dios del universo. El destierro fue ocasión de misión y evangelización. Y para Israel fue un tiempo de gracia en el que se reencontró con el Dios a quien había abandonado. El destierro fue una escuela de esperanza. Y la esperanza comienza a cantar, por adelantado, una canción de alabanza y acción de gracias al Señor. La alabanza fue la actitud espiritual de los hombres que en el destierro descubrieron de un modo nuevo la belleza del rostro de Dios.

Para Tobías, en concreto, la situación no pudo ser más desgraciada: desterrado, empobrecido, ciego, burlado hasta por su propia mujer. Y, sin embargo, supo mantenerse fiel a Dios, bendecirle en la tierra de su cautiverio, alabarle en medio de los males que le rodeaban. Ahí entró en juego el ángel del Señor. Los ojos de Tobías se abrieron, la alabanza brotó espontánea. Las situaciones apa-

rentemente calamitosas dieron ocasión a una bellísima acción de gracias:

Bendito sea Dios que vive para siempre,
y que por todos los siglos reina;
porque castiga y perdona...
Hijos de Israel, bendecidle
ante las naciones,
porque El os ha dispersado entre ellas.
Proclamad en ellas su grandeza.
Ensalzadle ante todos los vivientes,
pues El es nuestro Señor, nuestro Dios,
y nuestro Padre para siempre...
Considerad, pues, lo que ha hecho por vosotros
y a pleno pulmón dadle gracias.
Benedicid al Señor de la justicia,
ensalzad al Rey de los siglos.
En la tierra de mi cautiverio le daré gracias,
y anunciaré su poder y su grandeza
a mi pueblo pecador...
Ensalzaré al Dios, rey de los cielos,
y mi alma radiante de júbilo
proclamará su grandeza.
Anúncienle todos
y todos en Jerusalén le den gracias...
Da gracias dignamente al Señor
y bendice al Señor de los siglos
porque de nuevo tu Templo
será con gozo construido,
y alegrará en ti a todos los cautivos
y amará en ti para siempre a todos los miserables...
Alma mía, bendice al Señor,
Rey grande...
Bendito el Dios de Israel.
Benedecirán dichosos el Nombre santo
por siempre jamás (Tob 13,1-17).

El destierro, la enfermedad, la pobreza, son ocasiones que el Señor nos concede para bendecirle y alabarle. El sabe por qué esas circunstancias aparentemente malas entran a formar parte de nuestra vida. Lo que el hombre debe hacer es mirar al Señor y alabarle sin cesar. El está presente en todo y jamás abandona a los suyos y todo lo conduce para nuestro bien. En cualquier circunstancia

debe brotar la alabanza gozosa al Señor. Dios es perfecto en sus caminos.

Hacia el año 605 a.C. los babilonios, conducidos por su rey, Nabucodonosor, penetraron en el territorio de Judá. Los años siguientes conocieron nuevas expediciones de castigo. Judá quedó asolado. Los babilonios pasaron por todos los pequeños reinos como una salvaje avalancha, pisoteando todos los derechos humanos, confiados sólo en su fuerza.

Hubo entonces en Jerusalén un profeta llamado Habacuc, que contempló con ojos horrorizados todas las barbaridades cometidas por los babilonios. Su alma ardiente y dolorida hervía al ver tanto mal. Y entabló un "pleito" con el mismo Dios. El profeta quiso saber cómo gobernaba Dios el mundo, de acuerdo con qué leyes o principios, cuál era su plan, por qué, en una palabra, permitía tantos males. Quiso saber por qué él, el Santo, el Dios de ojos limpios, toleraba el triunfo del mal sobre el bien, del fuerte sobre el débil. Si Dios permitía tantos males, sobre él recaía, en última instancia, la responsabilidad de todos los crímenes:

¿Hasta cuándo, Yavé, pediré auxilio,
sin que Tú escuches,
clamaré a ti: ¡Violencia!,
sin que salves Tú?
¿Por qué me haces ver la iniquidad,
y tú contemplas la opresión?
Solo ante mi rapiña e injusticia,
nace la querrela y surge la discordia.
Por eso la ley muere,
y no aparece la justicia,
pues el impío cerca al justo,
y queda pervertido el derecho...
¿No eres tú desde antiguo, Yavé,
mi Dios, mi Santo?
¡No puedes tú morir...!
Son demasiado puros tus ojos
para mirar el mal,
no puedes contemplar a los pérfidos

¿y callas cuando el impío
devora a uno más justo que él? (Hab 1,2-4.12-13).

Esa era la queja del profeta. Pero sus oídos debieron quedar impresionados cuando oyeron la respuesta de Yavé:

Mirad a las gentes y observad,
quedaréis maravillados y asombrados,
pues va a realizarse en vuestros días una obra
que no creeríais si se os contara.
Pues ved que yo suscito a los caldeos,
ese pueblo cruel e impetuoso,
que recorre la amplitud de la tierra,
para apoderarse de moradas ajenas.
Es espantoso y terrible... (Hab 1,5-7).

Dios no sólo permitía que los babilonios oprimieran a su pueblo: ¡El mismo los había suscitado! ¡Dios quería todo el mal que estaban cometiendo!

Pero el Señor tenía un plan perfecto para Israel. No había perdido el control de la situación. Y mandó escribir al profeta:

Yo estaré en mi puesto de guardia,
en la torre me situaré,
y estaré alerta para ver lo que El me dice,
lo que responde a mi lamento.
Y Yavé me respondió:
"Escribe la visión,
grábala en tabletas,
para que pueda leerse con facilidad;
pues es aún una visión
para un tiempo fijado,
pero llega a su término y no fallará;
si se tarda, espérala,
pues vendrá ciertamente, sin falta".
He aquí que sucumbe quien no tiene alma recta,
mas el justo por su fidelidad vivirá (Hab 2,1-4).

El profeta debió sentir horror ante lo que vieron sus ojos. Su cuerpo tembló, sus huesos se estremecieron, pero nunca volvió a preguntar a Dios sobre su gobierno del mundo. A pesar de su temblor supo cantar y alabar a Dios:

¡He oído! Mis entrañas se conmueven,
a tu voz tiemblan mis labios,
penetra la caries en mis huesos,
mis pasos vacilan bajo mí.
Tranquilo espero el día de la angustia
que ha de caer sobre el pueblo que nos asalta.
Pues la higuera no volverá a echar brotes,
ni habrá más frutos en las viñas,
los campos no darán alimento,
faltará la oveja en el aprisco,
y en los establos no habrá vacas.
Mas yo en Yavé me regocijaré,
exultaré en Dios mi salvador.
Yavé, mi Señor, es mi fuerza,
El hace mis pies ágiles
como los de las ciervas,
y por las alturas conducirá mis pasos (Hab 3,16-19).

Las guerras y asesinatos que asolan a la humanidad, el esclavizamiento de las clases débiles, pueden hacernos pensar que Dios ha perdido el control del mundo, que lo ha abandonado a su propio destino o que es indiferente ante su dolor o desgracia. Todo parece que marcha de acuerdo con una lógica que supone el triunfo del fuerte sobre el débil. Pero la palabra del Señor nos sale una y otra vez al encuentro: Sucumbe quien no tiene alma recta, mas el justo por su fidelidad vivirá.

La historia humana no es sólo lo que aparece a los ojos, el horrible espectáculo que contemplamos cada día. Las corrientes subterráneas no se ven, pero sus aguas son tan naturales como las que corren a ras de tierra. Dios conduce la historia humana. Los hilos de conducción no son captados por los ojos ni por la razón, sino por la fe y la confianza que depositamos en él. Dios está ahí y su noción del tiempo, del espacio y de la oportunidad es perfecta. El tiene un plan sobre el mundo y hay un tiempo para todo. Por eso se le puede alabar en todo momento. El miedo y la queja tienen que dejar paso a la alabanza y a la exultación. Dios está en cada una de las circunstancias de la vida, llevando sabiamente las riendas de la historia. Nada puede impedirle la realización de sus desig-

nios. El mundo no camina de acuerdo con una hipótesis atea, sino sometido al plan del Creador.

La historia humana no la hace la nación que tiene un mayor número de soldados, un armamento más poderoso o un poder económico superior, sino Dios, sólo él. Nuestros ojos pueden sorprenderse, nuestras entrañas estremecerse y nuestros labios temblar ante lo que vemos. Pero siempre podremos decir como el profeta: ¡Yo en Yavé exultaré, jubilaré en el Dios de mi salvación!

Dios es nuestra fuerza. La alabanza es el antídoto contra el miedo. Alabar a Dios significa que hemos puesto la confianza en el único que puede salvar, en Aquel que todo lo conduce para nuestro bien.

En el libro de Baruc aparece una bella oración de los hombres de Judá que fueron deportados a Babilonia:

Y ahora, ¡oh Señor!, Dios de Israel, que sacaste a tu pueblo de la tierra de Egipto, con mano fuerte, entre señales y prodigios, con gran poder y brazo en alto, y te ganaste así un nombre hasta el día de hoy, nosotros hemos pecado, hemos sido impíos, hemos sido injustos, Señor Dios nuestro, contra todos tus mandamientos. Retírese tu ira de nosotros, porque hemos quedado bien escasos en medio de las gentes entre las que nos dispersaste. Escucha, Señor, nuestra oración y nuestra súplica, libranos por tu honor, y haz que hallemos favor a los ojos de los que nos deportaron, para que sepa toda la tierra que tú eres el Señor Dios nuestro, y que tu nombre se invoque sobre Israel y sobre su raza.

Míranos, Señor, desde tu santa morada, atiéndenos; inclina, Señor, tu oído, y escucha. Abre los ojos y mira: que no son los muertos en el seol, aquellos cuyo espíritu fue separado de sus entrañas, los que dan gloria y justicia al Señor, sino el alma cargada de aflicción, el que camina encorvado y extenuado, los ojos lánguidos, y el alma hambrienta, éstos son los que te dan gloria y justicia, Señor... Sin embargo, has obrado con nosotros, Señor Dios nuestro, según toda tu bondad y tu gran misericordia, como habías hablado por medio de tu siervo Moisés, el día en que le ordenaste escribir tu ley en presencia de los hijos de Israel, diciendo: "Si no escucháis mi voz, esta grande, enorme muchedumbre quedará con toda seguri-

dad reducida a un pequeño número en medio de las naciones entre las que yo los dispersaré. Pues bien sé que no me escucharán, porque son un pueblo de dura cerviz; pero entrarán en sí mismos en el país de su destierro; entonces reconocerán que yo soy el Señor su Dios. Yo les daré un corazón y unos oídos que oigan. Y ellos me alabarán en el país de su destierro, se acordarán de mi nombre, desistirán de su dura cerviz y de sus perversas obras, acordándose de lo que les sucedió a sus padres, que pecaron contra mí. Y los volveré a la tierra que bajo juramento prometí a sus padres, a Abrahán, a Isaac y a Jacob, y tomarán posesión de ella. Allí los multiplicaré y ya no menguarán. Y estableceré con ellos una alianza eterna: Yo seré su Dios, ellos serán mi pueblo, y no volveré a echar nunca más a mi pueblo Israel de la tierra que les di".

¡Oh, Señor!, Omnipotente, Dios de Israel, un alma angustiada, un espíritu abatido, es el que clama a ti. Escucha, Señor, ten piedad, porque hemos pecado ante ti. Tú te sientas en tu trono eternamente; mas nosotros por siempre perecemos. Señor omnipotente, Dios de Israel, escucha la oración de los muertos de Israel, de los hijos de aquellos que pecaron contra ti. No dieron ellos oídos a la voz del Señor, su Dios, y por eso se han pegado a nosotros estas calamidades. No te acuerdes de las iniquidades de nuestros padres, acuérdate ahora de tu mano y de tu nombre. Pues tú eres el Señor Dios nuestro, y nosotros queremos alabarte, Señor. Para eso has llenado de tu temor nuestros corazones, para que invocásemos tu nombre. Queremos alabarte en nuestro destierro, porque hemos apartado de nuestro corazón toda la maldad de nuestros padres, que pecaron ante ti. Y aquí estamos todavía en nuestro destierro, donde tú nos dispersaste para que fuésemos oprobio, maldición, condenación, por todas las iniquidades de nuestros padres que se apartaron del Señor Dios nuestro (Bar 2,11-18. 27-35; 3,1-8).

Destierro significa dejarlo todo atrás, verse privado violentamente de la libertad y de todo aquello que da consistencia a la vida de un hombre: tierra, casas, bienes. El destierro de un hombre o de un pueblo es considerado como un gran mal. El pueblo de Dios fue deportado en masa de Jerusalén a Babilonia, perdió su libertad, se vio sometido a trabajos forzados. Fue horrible para Israel te-

ner que abandonar la tierra de los padres. Sus seguridades de tipo religioso se vinieron abajo. El desánimo y la desesperación le invadieron. Yavé había jurado a David que uno de su linaje se sentaría por siempre en el trono de Jerusalén y esa palabra no se había cumplido. Yavé tenía su Casa en la Ciudad Santa y la Ciudad y la Casa habían sido destruidas hasta los cimientos. El destierro echó abajo todas las esperanzas, puso en tela de juicio todas las promesas. ¡La adoración y la alabanza ya no tenían sentido! ¡Dios había abandonado a los suyos!

Esa fue la situación desesperada en la que se encontró Israel en los días del destierro (587-539 a.C.). Y, sin embargo, allí, en el destierro, se fraguó un nuevo pueblo de Dios, un encuentro renovado con el Señor a quien había abandonado. Israel, privado de toda seguridad terrena, supo entonar un canto de alabanza. Reconoció la justicia de Dios, aceptó sus planes.

Cuando todos los sueños nacionales se habían disipado como el humo y todas las esperanzas se habían desvanecido; cuando Israel no tenía ni rey, ni tierra, ni lugar de culto, ni sacrificios que ofrecer... entonces comenzó a cantar al Señor la canción de los "abatidos", de los "encorvados", de los "lánguidos", de los "desesperados", etc. Desde su pobreza y pecado miró a Dios, puso su confianza en él y supo que el destierro era el lugar privilegiado para alabarle. Israel leyó su historia con nuevos ojos, la entendió como nunca la había comprendido y creyó que todo había sido conducido por la mano de su Señor. El castigo sufrido no suponía un olvido por parte de Dios sino un acto en el que se hacía más presente y activo que nunca. El destierro fue el lugar de cita de Dios con los suyos. La desilusión se convirtió en alabanza.

Así es la pedagogía de Dios: extraña y desconcertante. El pone a prueba toda nuestra capacidad de comprensión. Pero él sabe perfectamente hacia dónde camina nuestra historia. Incluso el pecado forma parte de sus caminos. En él descubre el hombre la necesidad que tiene de un Salvador y hasta qué punto necesita a Dios. El pecado termina por convertirse en una fuente inagotable de ala-

banza porque nos lleva a ver el rostro del Padre inclinado sobre nosotros.

Si el hombre se considera tan pobre o envilecido que ni siquiera se atreve a mirar a Dios..., él es el que le anuncia el fin de todos sus males:

El Espíritu del Señor, Yavé, está sobre mí,
porque Yavé me ha ungido.
Me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres,
a curar a los corazones oprimidos,
a anunciar la libertad a los cautivos,
la liberación a los presos;
a proclamar un año de gracia de Yavé,
un día de venganza para nuestro Dios.
A consolar a todos los afligidos,
a dar a todos los afligidos de Sión
una diadema en lugar de ceniza,
el óleo de alegría en lugar del vestido de luto,
alabanza en lugar de espíritu caído (Is 61,1-3).

Los hombres reciben una buena noticia de parte del Señor: los pobres son evangelizados, los corazones rotos reciben los cuidados amorosos de una mano que vendar sus heridas, los cautivos reciben la buena nueva de que el tiempo de su cautividad ha terminado, los encarcelados oyen una palabra de liberación, los que lloran son consolados, los que visten hábitos de duelo reciben vestidos de fiesta, los que esparcían cenizas sobre su cabeza la ungen ahora con aceite de júbilo, los abatidos son animados y en su corazón germina una bella canción de alabanza.

Todo el mundo del dolor pasa por esas palabras: los doloridos, los afligidos, los abatidos, los corazones quebrantados, los pobres, los explotados, todos aquellos que pasan por la vida sin aliento que los sostenga, sin una palabra cariñosa que los anime, sin esperanza que los impulse, sin pasado, sin presente y sin futuro.

Pero el hombre lleva viva, aunque esté recubierta por el fango del camino, la imagen de Dios, los rasgos divinos. Basta pasar un paño por su piel, curar las heridas que afean su rostro, para que el hijo de Dios salga a la superficie. Dios ama a sus hijos en cada momento, tal como están. Y Dios creó al hombre para una cosa bien

sencilla: para que fuese alabanza de su gloria. Y así como en una tierra sembrada florecen las plantas, así en el corazón del hombre, creado para alabar, germinará un día la más hermosa alabanza. Esa es la buena noticia para los pobres del mundo. Eso es lo que les anuncia la palabra de Dios. De los perdidos y tristes, de aquellos que sólo tienen en propiedad el dolor, el luto, etc., Dios va a suscitar una alabanza que le agrade sobremanera, la canción de los redimidos.

¿Quién de nosotros no se reconoce en alguna de esas situaciones descritas por la palabra de Dios? ¿Quién de nosotros no es pobre o está triste o tiene el corazón quebrantado o está encadenado en su alma o en su cuerpo? Dios va a poner en sus labios gritos de júbilo y canciones de alegría.

La palabra de Dios no nos deja escapar, nos apresa con su fuerza y compromete todo nuestro ser. Cuando en ella se dice que hay que alabar a Dios “sin cesar”, “continuamente”, “con todo el corazón”, “con todas las fuerzas”, “por los siglos de los siglos”, etc., las palabras han de ser entendidas como suenan. No hay excepciones o escapatorias, no hay interpretaciones posibles que puedan restringir el alcance de esas afirmaciones.

Y eso quiere decir que no hay ni puede haber situación humana, por desgraciada y dolorosa que sea, que no deba convertirse en ocasión y motivo de alabanza a Dios. El quiere que le miremos y le alabemos.

Los males del mundo, sus crueldades, injusticias y dolor nos inquietan y preocupan a otro nivel. El quiere que le miremos. Cuando todo parece perdido, cuando la caries penetra en nuestros huesos y la tierra cede bajo nuestros pies... la alabanza debe surgir poderosa y exultante. Nosotros no tenemos fuerza para combatir a tanto enemigo como nos rodea, para hacer frente a todas las fuerzas del mal; nosotros no vemos qué bien puede resultar de un destierro, del pecado y del dolor: por eso miramos a Dios, le miramos y le alabamos. Y seguimos escuchando la Palabra que ilumina nuestra vida:

No temáis, estad tranquilos y veréis la victoria que hoy os dará Yavé...

Yavé combatirá por vosotros sin que vosotros os tengáis que molestar (Ex 14,13-14).

No temáis ni os asustéis...

porque no es para vosotros la batalla, sino para Dios...

Vosotros no tenéis necesidad de luchar;

presentaos, estaos quedos

y contemplaréis la salvación

que os reserva Yavé (2 Crón 20,15.17).

Nosotros no entendemos nada de lo que pasa a nuestro lado: por eso alabamos a Dios. No comprendemos el porqué de tanto dolor, no nos cabe en la cabeza que un Dios bueno pueda permitir tanto mal: por eso le alabamos. Aceptamos en fe el plan de Dios sobre el mundo y sobre cada uno de nosotros. Ningún dolor nos da derecho para cuestionar a Dios. La alabanza es el estilo de vida de los pobres y de los humildes. Los fuertes y los poderosos se valen por sí mismos. La alabanza es el estilo de vida del que vive con sus ojos puestos en los de Dios, consintiendo activamente en su plan, aunque no lo entienda, aceptando que todo lo que él hace lo hace para bien de sus criaturas y que nada ocurre sin o contra su voluntad; que él está en el dolor y en el pecado, en la desgracia y en la muerte. La alabanza es el estilo de vida opuesto a la queja.

Las páginas del Antiguo Testamento que conocen la alabanza en medio de las circunstancias más adversas y dolorosas, nos llevan de la mano a la alabanza ofrecida por el Hijo de Dios en su pasión y en su muerte. El cargó con el inmenso mar del dolor humano, lo llevó a la cruz, y allí lo convirtió en un sacrificio de alabanza.

Me basta ver a aquel Jesús ante mis ojos para que se me abrasen las entrañas. Pero ¿no sabéis que es el Hijo de Dios, mi Todopoderoso Señor? ¿Y no sabéis que se ha hecho hombre y, como si no bastara, se ha hecho pobre, muy pobre? Pero ¡mirad qué pobre es! No lleva nada encima. El, el creador del cielo y de la tierra. El mismo ha venido hasta nosotros. No ha mandado a otro, ha venido El. No se ha hecho recomendar por los poderosos, no ha traído nada consigo para estar más cómodo. No se ha ocultado tras la coraza de su fuerza y de su divinidad, sino que ha aceptado la vida como el último de nosotros. Era Dios, ¡y ha estado entre nosotros como el pobre, el débil, el herido, el calumniado, el prisionero, el condenado!⁶¹

⁶¹ C. GARRETTO, *Yo, Francisco*, Paulinas, Madrid 1982?, 38.

Era Dios y se hizo hombre, era Todo y se despojó de todo. Y todo lo sufrió como un cordero llevado al matadero, sin quejas, sin gritos, sin quebrar la caña ya cascada. Aceptó el dolor del hombre, no lo eliminó de su camino y de su vida. Y en su muerte por todos ofreció al Padre la perfecta alabanza. Su muerte fue un sacrificio de alabanza.

La contemplación del dolor del mundo puede llevar al hombre a la negación y al olvido de Dios... o a la cruz donde murió Jesús. En su pasión y muerte se nos ha revelado una redención definitiva, por obra de Dios, que transforma el dolor y la muerte. ¿No es posible, así, una fe que todo lo entiende aunque sea en fe? ¿No es posible, así, una alabanza a Dios que en la cruz ha llevado a cabo su plan perfecto de salvación en favor de los hombres? Desde la cruz de Jesús no se anula el dolor humano y siempre quedará abierto un margen para la duda, pero en ella se puede llegar a ver el sentido oculto y pleno del sufrimiento. La pasión de Jesús puede convertirse en la pasión de cada hombre. Si en Jesús tiene sentido el dolor, en mi propia pasión también debe tenerlo.

La luz de la resurrección proyecta resplandores nuevos sobre la muerte de Jesús, tan aparentemente sin sentido, y nos hace ver que no fue vana, que el Dios Padre que parecía haber abandonado al Hijo en la cruz estaba allí ocultamente presente. Eso es lo que da sentido al absurdo sufrir y morir de los hombres y un sentido que el hombre no puede fabricar por sí mismo, pero que puede recibir como un regalo. Por eso es posible la alabanza a Dios en todo momento.

No hay razón humana que pueda explicar por qué el dolor forma parte de la vida, por qué esto tiene que ser así, por qué no habrían de ir mejor las cosas si no hubiera dolor y muerte. Pero a partir de la pasión y muerte de Jesús es posible aceptarlo todo en la confianza de que no hay nada absurdo, que todo tiene un sentido pleno. Un día no muy lejano, cada uno de nosotros lo comprenderá y alabará eternamente al Señor.

El sufrimiento y los males del mundo no pueden po-

ner en peligro la esperanza y la alabanza del hombre a Dios. El que murió en la cruz brinda una oferta de sentido al dolor y a la muerte. Dios no sólo nos sale al encuentro en la luz y en la alegría, sino también en la oscuridad, en la lenta descomposición de nuestros cuerpos, en la desaparición de mis sueños... El dolor jamás es un signo de ausencia de Dios. La pasión de Jesús fue camino de resurrección y vida eterna. El hombre puede aceptar ese camino y alabar en todo momento.

En el dolor se pone de manifiesto que el Dios en quien creemos no es el Dios de los fuertes, de los superhombres, sino el Padre de los perdidos, el Dios compasivo que guía al hombre en medio de la oscuridad y le invita a la alabanza. En la cruz de Jesús, Dios se ha manifestado como un Dios de amor, que está de parte de los débiles, de los enfermos y de los impíos, que ofrece su vida a los que no la merecen; un Dios que da sin envidia, que todo lo regala. Esa es la primera o la última razón, como se quiera, por la que nada ni nadie podrá separarnos de él. Esa es la razón por la que siempre será posible, incluso en medio de los mayores dolores, la acción de gracias ininterrumpida⁶².

La última posibilidad del hombre no es el sufrimiento o la desaparición definitiva, sino la filiación y la vida eterna. El suspiro de la creación, el sueño y la esperanza del hombre, esperan esa vida. No sólo yo, no sólo mi tiempo, no sólo mi tierra, sino todos los hombres, todos los tiempos, todos los mundos imaginables. Por encima de nuestro dolor y sufrimiento, por encima de los días de mi vida, está el día de Jesús, el día de todos los días.

Cuando salgo de mí mismo, cuando en mi dolor salgo en busca de alguien que me ayude a llevar la cruz, me encuentro siempre, camino del calvario, con Jesús y su cruz, me encuentro con mi Dios. ¿Qué es mi dolor frente al suyo? ¿Qué es mi derrota en comparación con la suya? Ante mi Dios dolorido, mi historia personal se vuelve minúscula, mis penas se diluyen en las suyas. Ahí está la

⁶² Cf. H. KÜNG, *Ser cristiano*, o.c., 548-554.

revelación del amor de Dios y el sentido de mi dolor. Nadie me querrá jamás como Dios me ha querido; nadie hará por mí lo que él ha hecho. El dolor se convierte en escuela de aprendizaje de la más bella alabanza. Cuando el hijo vive como hijo ante el Padre ya no plantea tantas cuestiones. El amor se somete con facilidad y no hace valer ciertas pretensiones:

¿Qué diremos, pues, a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente con El todas las cosas? ¿Quién levantará acusación contra los hijos de Dios? Siendo Dios quien justifica, ¿quién será el que condene? ¿Cristo Jesús, el que murió, o más bien, el resucitado, el que está a la diestra de Dios y el que intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación o angustia, la persecución o el hambre, o la desnudez o el peligro o la espada? Según está escrito: "Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día; somos considerados como ovejas destinadas al matadero". Pero en todas estas cosas salimos triunfadores por medio de aquel que nos amó. Porque estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom 8,31-39).

Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Dios por nosotros, el cielo y la eternidad, los espacios y los tiempos, los días y las noches por nosotros, el Hijo de nuestra parte, haciendo tuyas nuestras ansias y nuestra muerte... Dios por nosotros y así nada ni nadie nos puede atemorizar ni vencer.

No podemos ocultar esa aurora maravillosa que amanece sobre nosotros. Si nadie nos puede separar del amor de Dios, nadie podrá separarnos de su alabanza. Jesús ha tomado la humanidad en sus brazos: los pecadores y los culpables han sido perdonados. Esa es la prueba definitiva de su amor.

Alabar a Dios significa que creemos en su amor, que aceptamos que todo lo conduce para nuestro bien, que

todo cae bajo su control. Alabarle en todo momento es aceptar nuestro camino hasta el final, creyendo con fe sencilla que lo que sucede es lo mejor que puede suceder, que los acontecimientos que vivimos constituyen el lugar de cita de él con cada uno de nosotros. Alabar a Dios es también aceptar que él es el responsable de todo lo que sucede y que nada sucede sin su voluntad y que todo es obra suya, aunque a mí, que no soy Dios, me parezca lo contrario, me parezca malo.

Alabar a Dios en el sufrimiento nunca ha resultado fácil. El mal y el dolor someten a prueba nuestra fe en el Dios bueno, desafían nuestra capacidad de comprensión y terminan por introducir la duda, tal vez la desesperación. Pero el que cree en Dios puede ver las cosas de otra manera, tiene que verlas de modo diverso. El primer artículo de nuestra fe dice: "Creo en Dios Padre todopoderoso". La palabra de Dios nos confirma que El es un Dios leal, sin contradicciones y sin fallos. Dios es siempre Dios. Dios es, en todo momento, el Padre de la criatura. Dios ama al hombre y lo ha mostrado hasta la saciedad. ¿Qué objeto hubiera tenido la Encarnación, la Eucaristía, el Espíritu Santo... si Dios no nos amara? Dios está por nosotros y jamás nos olvida o abandona. Si en lugar de la alabanza ponemos la queja, los porqués, entonces destruimos a Dios porque dudamos de su poder o de su amor.

Cuando dejamos al entendimiento llevar las riendas de nuestra vida y que se convierta, por encima de la fe, en el que tenga que dar las últimas razones de todas las cosas que ocurren, entonces sí que hay motivos de preocupación. Si el entendimiento se convierte en el árbitro de todo, sucede que cuando no encuentra razones apropiadas y convincentes para explicar un dolor, una injusticia o un accidente, entonces se rebela y se enfrenta con Dios. Pero el entendimiento del hombre es demasiado pequeño para poder competir con Dios. El Señor no tiene por qué darnos razones de lo que hace. No podemos discutir sus planes. Sólo él sabe por qué suceden así las cosas. Nuestra única certeza es ésta: todo sucede para nuestro bien.

Jamás sabremos decir por qué Dios permite, tolera o quiere (en Dios no pueden hacerse fáciles distinciones entre permitir, tolerar y querer) todos los “males” que aquejan al mundo y a cada hombre en particular. Pero ¿no hay algo más importante para nosotros que saberlo todo y explicarlo todo? Lo que al hombre debe importar no ha de ser saber por qué suceden así las cosas, sino conocer y alabar al que está detrás de todas ellas: Dios. El nos asegura que todo lo conduce para nuestro bien, que nada nos puede dañar, que bajo la apariencia de mal existe una providencia que todo lo orienta para bien de los hijos. ¿Creemos o no en su palabra? La alabanza es la prueba de que lo aceptamos todo, de que confiamos en él.

Dios tuvo, desde toda la eternidad, un plan concreto para mí. Desde siempre he sido amado por él y nadie podrá hacerle cambiar. Nada de lo que ha ocurrido y ocurre en mi vida ha sido o es debido al azar, a la mala suerte o a la casualidad. Dios me ha asignado una tierra, una familia, un aspecto físico concreto, unas cualidades. Todo está preparado con esmero para mi bien, para que el hijo que yo soy viva su vida de amistad con el Padre.

Nosotros, con nuestros pecados y quejas, hemos introducido un cierto desorden en el plan de Dios. Pero sus designios siguen adelante. Dios tiene todo el tiempo de nuestras vidas en sus manos y sabe en qué parte del plan estamos en cada momento.

Durante muchos años, quizá, hemos vivido confiados en nosotros mismos, al vaivén de nuestros sentidos y sentimientos, sin mirar nunca a Dios o mirándole de soslayo. El dolor y el mismo pecado pueden convertirse en el alabonazo que nos avise de su presencia, que nos indique que su hora ha llegado. El dolor seguirá siendo tan oscuro como antes, pero cuando el hombre sea capaz de hacer un “stop” en su camino y mirar a Dios, entonces descubrirá la alabanza. Comenzará a comprender que todo ha formado parte de un plan maravilloso, concebido desde la eternidad, desde aquel momento en que fue elegido para ser “alabanza de su gloria”. Todas las circunstancias de la vida han sido una parte esencial de ese plan. Si lo aceptamos o no, si ponemos o no nuestra confianza en Dios, es

ya cosa nuestra. Pero eso no hace variar para nada el asunto. Si todo concurre para nuestro bien, ¿qué otra cosa podemos hacer sino bendecir y alabar a Dios por todo lo que ha sucedido, incluso por nuestro pecado y dolor?

Si no aceptamos el amor de Dios, entonces es imposible la alabanza. En nuestra vida se introduce la queja, la amargura y la rebelión. Negamos el poder y la bondad de Dios. Y entonces todo el testimonio del Espíritu Santo se viene abajo, la obra de Jesús ha sido inútil, la Encarnación una insensatez de Dios, la Eucaristía un gesto banal. Dios no estaría por nosotros...

Si no alabamos a Dios cuando la vida se pone “fea”, entonces es que no creemos que él sea el Dios bueno. Alabar a Dios en todo momento es la única luz que puede iluminar la noche oscura de nuestra vida. ¡Los caminos de Dios son siempre caminos de alabanza!

¿Qué elección vamos a hacer en esta vida? ¿Vamos a caminar derrotados, pensando que todo va mal? ¿Vamos a escoger la queja, la murmuración, la desesperación... o la alabanza, la bendición, la acción de gracias? ¿Por qué no cambiar, de una vez para siempre, la murmuración en alabanza?⁶³

Dios ha tenido providencia durante millones de años de la tierra, de los astros, de las plantas, de los insectos..., pero nosotros nos sentimos como desvalidos y caminamos preocupados como si nadie se cuidara de nosotros. Olvidamos que hay Alguien que nos ama, que cuida hasta de mis cabellos, que me quiere como a un hijo, que se preocupa de mis glándulas y de mis tejidos, que regula el movimiento de mi sangre. El Dios que cuida de las aves y de las plantas está a mi lado y me quiere⁶⁴.

La vida del hombre más insignificante es tan importante a los ojos de Dios como la de aquellos que llenan las páginas de los periódicos. Toda la historia es sagrada y todos los acontecimientos son sagrados. El texto de la historia de nuestra vida puede ser alterado por el pecado, pero nunca cambiado sustancialmente. La voluntad de Dios es un complicadísimo tejido que está siendo siempre

⁶³ M. R. CAROTHERS, *El poder de la alabanza*, Vida, Miami 1973, *passim*.

⁶⁴ Cf. E. CARDENAL, *Vida...*, o.c., 54.

modificado por el libre albedrío del hombre, pero no por eso se destruye. En cada caso particular, la voluntad de Dios está tomando en cuenta los efectos infinitos que se seguirán y que modificarán todas las demás cosas y circunstancias del universo.⁶⁵ Cuando yo pido una cosa a Dios sólo tengo en cuenta el beneficio que a mí me reporta, pero Dios está mirando al mundo entero. La voluntad de Dios es el conjunto de todas esas conveniencias tomadas en cuenta y combinadas por la sabiduría y el amor infinito. Por eso debemos aceptar con alegría y con alabanzas a Dios todo lo que sucede, porque por adverso que sea, por malo que me parezca a mí aquí y ahora, es lo que me conviene, lo que Dios quiere en ese momento.

La voluntad de Dios puede manifestarse bajo disfraces que la hacen casi irreconocible: miedos, soledad, enfermedades, accidentes... Entonces resulta más difícil alabarle. Pero todo lo que llamamos realidad es la encarnación de la voluntad de Dios, es el querer de Dios.

Dios está presente en todas las realidades, casi siempre de una manera callada y humilde, pero realmente presente. Nosotros no sabemos lo que nos conviene en cada momento y sólo debemos querer o no querer lo que él quiere y aceptar las cosas tal como él las dispone. Creer que uno sabe más que Dios o quejarse de él es un gran pecado. Dios nunca se equivoca, nunca pierde los papeles, nunca lleva mal los asuntos de nuestra vida. La única actitud del hombre, en la alegría y en el dolor, es la alabanza sin fin, el consentimiento activo en los planes de Dios⁶⁵.

La casualidad no existe. Lo que llamamos "casualidad" no es más que la voluntad de Dios con otro nombre. A veces confundimos la voluntad de Dios con los accidentes o la fortuna. Pero todo eso es la voluntad del Señor. Todo lo que acontece es providencial y no hay nada casual. Todo lo que acontece es lo que nos conviene. Providencial no es sólo lo que me es favorable, lo que me va bien, sino también lo que me parece que es desfavorable⁶⁶.

Dar gracias y alabar es triunfar, en cada momento, de la desesperación que parece invadirnos. Dar gracias y alabar

no es alejarse de las realidades del mundo, sino acercamiento a la más grande realidad: Dios. Alabar a Dios no es negar que existan las tinieblas, sino saber que la Luz brilla en ellas, que la esperanza es más fuerte que la desesperación, que la Vida triunfará sobre la muerte. Alabar a Dios es la única alternativa frente al ateísmo. Invitar a la alabanza a los hombres que sufren pudiera resultar una ironía imperdonable si no tuviéramos la seguridad de que más allá de nuestro dolor existe Alguien que continúa bendiciéndonos y amándonos. Dar gracias y alabar no es sólo ver el lado bueno de las cosas, no es negar o rechazar el mal que existe en el mundo, no es pensar que las cosas no van tan mal como aparecen..., sino captar el mal en su fuente y creer, sin embargo, que ésa no es la última palabra.

La alabanza es lo único que podemos ofrecer frente a todos los sufrimientos y desventuras que contemplan nuestros ojos. Porque cuando nuestra compasión se calma, cuando cada uno mira su propia vida y ve lo que Dios ha hecho en ella, cuando se abandona la queja y se mira al Señor..., la alabanza termina por germinar como una bella flor, incluso en el desierto. Al pie de la cruz, de la que fluye la misericordia de Aquel que "me amó y se entregó por mí", el hombre termina por comprender y el alma por estallar en alabanzas. Alabar a Dios es dar a los hombres, en la noche oscura por la que caminan, la sola claridad capaz de disipar todas las tinieblas.

Los acontecimientos de la vida pueden ser brutales, pero todos caen bajo el control de Dios. Los hombres que conocen la tragedia deben intentar construir su vida sobre la alabanza o nunca darán sentido a lo que ven y a lo que viven. El dolor, el pecado, los asesinatos, etc., están ahí, pero ningún problema se soluciona negando o destronando a Dios. Es precisamente porque él está en su trono por lo que podemos esperar alguna luz más allá de las tinieblas. Poner el destino, la casualidad o la fortuna en lugar de Dios no sería un buen negocio para el hombre.

Yo no puedo creer en un Dios minúsculo, hecho a mi imagen y semejanza, cortado a mi medida y capricho. No puedo creer en un Dios iracundo y cruel, que lleva cuenta

⁶⁵ Cf. E. CARDENAL. *Vida...*, o.c., 122-127.

⁶⁶ *Ib.*, 130-131.

de mis transgresiones, que espía mis actos y se venga de mí enviándome males en esta vida y condenándome en la eterna. Yo no puedo alabar a ese Dios. Yo sólo puedo estremecerme de júbilo y de alegría, cantar y alabar a un Dios inmenso y bueno, que me ama y se preocupa por mí, que me sale al encuentro y me habla tiernamente al corazón. Sólo puedo alabar al Dios que me ha convertido de esclavo en hijo, de pecador en santo, de condenado en salvado. Sólo puedo alabar al Dios que me ha dado pruebas irrefutables de su amor al mandar a la tierra a su propio Hijo, a Aquel que me asegura que es el Camino, la Resurrección y la Vida. A ese Dios yo le alabaré eternamente, con todas mis ansias y con toda mi vida, pase lo que pase, incluso cuando mis ojos contemplan horrorizados el mal del mundo y mi vida conozca el fracaso y la enfermedad, incluso cuando mi entendimiento se rebelde porque no comprenda nada de lo que está pasando. A ese Dios le alabaré en todo momento porque es mi Padre y yo he depositado en él mi confianza total.

Yo sólo puedo adorar al Dios que me lanza al infinito, que rompe mi pequeñez, relativiza mi existencia. Ese es el Dios a quien amo, adoro y alabo.

Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza (esté) siempre en mi boca. Lo dice Cristo, dígalo también el cristiano, porque éste forma también parte del cuerpo de Cristo. Cristo se hizo hombre para que el cristiano pueda ser ángel que diga: Bendeciré al Señor. ¿Cuándo bendecirás al Señor? ¿Cuándo te haga algún bien? ¿Cuándo abunden los bienes del siglo? ¿Cuándo sobremanera abunde el trigo, el aceite, el vino, el oro, la plata, la servidumbre, el ganado? ¿Cuándo permanece intacta y robusta la salud mortal? ¿Cuándo las cosas que hagas todas se desarrollen y nada perezca por muerte prematura? ¿Cuándo rebose la felicidad por todas las partes de la casa y nos rodeen todos los bienes, entonces bendecirás al Señor? No, en todo tiempo. Luego, entonces, y cuando todas estas cosas, según las circunstancias y el azote del Señor Dios nuestro, se trastornen, perezcan, nazcan menos y las nacidas mueran. Acontece esto, y de aquí dimana la escasez, la necesidad, el trabajo, el dolor y la prueba. Pero tú que cantaste: "Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza (esté) siempre en mi boca", bendícele cuando te dé estas cosas y cuando te las arrebatase. Porque quien da, las quita; pero él no se aleja de quien le bendice⁶⁷.

Sí, Dios da a quien le alaba, en la noche de su dolor, cantares de júbilo.

18.

***Oí en el cielo
como un gran ruido
de muchedumbre inmensa,
que decía: ¡Aleluya!***

El camino parece marcado para siempre. La alabanza invade al hombre, llega hasta las capas más íntimas de su ser, le compromete en su totalidad hacia afuera y en su intensidad hacia adentro. Ni todo el dolor del mundo puede hacer desaparecer el entusiasmo y el agradecimiento que el hombre siente por Dios.

Se presiente ya que la alabanza, incoada en la tierra, debe tener su eterna prolongación en el cielo. Porque si ya desde aquí abajo el hombre, al contemplar la grandeza y la belleza de Dios, su acción salvadora y santificadora, es capaz de estremecerse de júbilo, ¿qué sucederá cuando se encuentre cara a cara con el Dios vivo, con Cristo Jesús? ¿Qué será entonces la alabanza cuando no esté condicionada por la fe, sino satisfecha por la visión? ¿Qué haremos, en qué nos ocuparemos por toda la eternidad?

Afortunadamente no estamos del todo a oscuras. El telón que nos oculta la eternidad, la visión de Dios y de su corte celestial fue recorrida por un momento en las visiones del libro del Apocalipsis. El vidente de la isla de Patmos recibió la orden de escribir lo que vieran sus ojos. Y él nos contó lo que vio. Allí está Dios, su Hijo, el coro de los ángeles y de los redimidos, cantando y alabando sin cesar.

⁶⁷ SAN AGUSTÍN. *Enarraciones...*, Sal. 33, t. I, 486-487.

Y nosotros entendemos, desde ahora, sin sombra alguna de duda, que la alabanza es el oficio de la eternidad y que, por consiguiente, nuestra única preocupación mientras caminamos por esta bendita tierra es la de aprender aquella profesión que vamos a ejercitar eternamente en el cielo. Entender bien esto es ser capaces de vivir en el tiempo a la luz de la eternidad y hallar en la eternidad motivaciones poderosas para vivir en el tiempo. La alabanza une los polos del presente y del futuro. El Señor es la estrella de la mañana del día nuevo que se acerca para nosotros: la vida en el reino eterno. Y la actividad en ese reino sin fin, la vida de los ciudadanos que en él habitan, consiste en alabar al Rey de los siglos⁶⁸:

Después de esto tuve una visión. He aquí que una puerta estaba abierta en el cielo; y la voz del principio, a la que oí hablarme como con sonido de trompeta, me dijo: Sube aquí y te mostraré lo que va a suceder en seguida. Al instante caí en éxtasis. Y he aquí que había en el cielo un trono, y sobre el trono, Uno sentado... Alrededor del trono había veinticuatro tronos, sobre los que estaban sentados veinticuatro Ancianos vestidos de blanco y teniendo sobre sus cabezas coronas de oro... En medio del trono y alrededor, cuatro Animales llenos de ojos por delante y por detrás... Los cuatro Animales tienen cada uno seis alas y alrededor, en el interior, están llenos de ojos. Y repiten sin cesar día y noche: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios, el Omnipotente, El que era, El que es, El que viene". Cada vez que los Animales dan gloria, honor y acción de gracias a Aquel que se sienta en el trono y que vive por los siglos, los veinticuatro Ancianos se prosternan delante de Aquel que está sentado en el trono, adoran al que vive por los siglos de los siglos y arrojan sus coronas delante del trono, diciendo: "Tú eres digno, Señor, nuestro Dios, de recibir la gloria, el honor y el poder. Porque Tú has creado todas las cosas y por tu voluntad existen y han sido creadas". Vi en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Vi un ángel poderoso, que exclamaba con fuerte voz: "¿Quién es digno de abrir el libro y de romper los sellos?". Y nadie en el cielo y

en la tierra y sobre la tierra podía abrir el libro y leerlo... Vi entonces entre el trono y los cuatro Animales, por una parte, y los Ancianos, por la otra, un Cordero en pie, como degollado... Se acercó y tomó el libro de la derecha del que estaba sentado en el trono. Cuando hubo tomado el libro, los cuatro Animales y los veinticuatro Ancianos se prosternaron delante del Cordero, teniendo cada uno en la mano un arpa y copas de oro llenas de perfume (las oraciones de los santos). Ellos cantaban un cántico nuevo: "Tú eres digno de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque has sido degollado y has rescatado para Dios con tu sangre a los hombres de todas las tribus, lengua, pueblo y nación. Tú has hecho para nuestro Dios un reino de sacerdotes reinando sobre la tierra". Después yo vi y oí la voz de una multitud de ángeles, que estaban alrededor del trono, de los Animales y de los Ancianos. Su número, miriadas de miriadas y millones de millones. Y decían con fuerte voz: "El es digno, el Cordero degollado, de recibir poder, riqueza, sabiduría, fuerza, gloria y alabanza". Y todas las criaturas, que hay en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y sobre el mar, el universo entero, oí que decían: "Al que se sienta en el trono y al Cordero, la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos". Y los cuatro Animales decían: Amén. Y los Ancianos se prosternaron y adoraron (Ap 4,1-11; 5,1-14).

Después de esto vi aparecer una gran multitud, que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua. Estaban en pie delante del trono de Dios y delante del Cordero, vestido con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Gritaban con gran voz diciendo: "Salud a nuestro Dios, que se sienta sobre el trono, y al Cordero". Todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, de los Ancianos y de los cuatro Animales. Cayeron de bruces ante el trono y adoraron a Dios, diciendo: "Amén. La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fuerza a nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén". Uno de los Ancianos tomó la palabra y me dijo: "Estos vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?". Yo le respondí: "Señor mío, tú lo sabes". El me dijo: "Estos son los que vienen de la gran tribulación y han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en su Templo. El que está sentado en el trono extenderá su

⁶⁸ Cf *The Interpreter's Bible*, t. XII, o.c., 612.

tienda sobre ellos. Ellos ya no tendrán más hambre, ni sed; no les abatirá más el sol, ni ardor alguno” (Ap 7,9-16).

Después de esto oí en el cielo la voz de una gran multitud que decía: “¡Aleluya! La salud, la gloria y el poder a nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos...”. Después continuaron diciendo: “¡Aleluya! Su humo sube por los siglos de los siglos”. Entonces los veinticuatro Ancianos y los cuatro Animales se prosternaron y adoraron a Dios, que está sentado sobre el trono, diciendo: “Amén. ¡Aleluya!”. Y una voz, que salía del trono, decía: “Cantad a nuestro Dios todos sus siervos, que le teméis, pequeños y grandes”. Luego oí como una voz de una gran multitud y como una voz de muchas aguas, y como una voz de potentes truenos, que decía: “¡Aleluya! Porque el Señor, nuestro Dios, Omnipotente, ha establecido su reino. Gocémos y alegrémos y démosle gloria” (Ap 19,1-7).

La creación entera es buena y muy buena. Ese fue el veredicto de Dios al finalizar su obra. Pero en nuestra tierra existe el mal. La ciudad perfecta tiene que ser un lugar donde la presencia de Dios no está empañada por la culpa, un lugar de bendición y alabanza, donde el Dios vivo sea la vida de sus criaturas.

Las visiones de Juan nos hacen contemplar el mundo de Dios, visto todavía con ojos de hombre. Pero ya es algo. El ser humano no puede conformarse con lo que sus ojos ven en la tierra. Todo le resulta demasiado pequeño para sus ansias y posibilidades. El hombre no se conforma con nada que no sea el mismo Dios. El esclavo escapa hacia la libertad, el prisionero del tiempo hacia la eternidad y allí se encuentra a gusto, plenamente realizado, por encima de los días y las noches, de los soles y de las lunas, del espacio y del tiempo; allí donde no hay límites, ni fronteras, ni dolores, ni fatiga, ni lágrimas, ni enfermedad, ni muerte; donde todo es imperecedero, donde está Dios; allí donde la alabanza que aprendió en la tierra se suelta, libre de cadenas y de trabas, y se lanza hacia el infinito...

El vidente de Patmos contempló cómo lo mejor que Dios tiene reservado al hombre está todavía por venir.

Aquello es el reino de la bendición, de la música y de las canciones cantadas por aquellas voces que no se cansan ni fatigan, que no saben hacer otra cosa que entonar las alabanzas del Señor y proclamar las maravillas del Dios tres veces santo y la redención realizada por el Cordero degollado, Cristo Jesús.

Juan nos introduce en un mundo espectacularmente bello, donde nos perdemos en alabanzas y melodías interpretadas por “miríadas de miríadas y millares y millares de ángeles”, en un número casi infinito, y por una muchedumbre innumerable de redimidos, vestidos de blancas vestiduras, con palmas en las manos... Al coro celestial unen sus voces todos los seres de la tierra, del mar y cuanto en él existe y con sus cantos hacen resonar los espacios celestiales de modo semejante a como el trueno hace temblar la tierra. Aquello es un torrente de alabanzas.

Es el cielo, la Vida de las vidas, es Dios que lo llena todo y lo trasciende todo y a quien toda lengua confiesa, toda raza bendice, todos los pueblos rinden homenaje. Es el cielo, la alabanza infinita, la canción repetida por los siglos, la melodía que supera a todo lo que es dado imaginar al hombre. Es el cielo, donde Dios y el Cordero degollado, el León de Judá, que pagó a precio de su vida el rescate de sus hermanos, reciben todo el honor y toda la gloria.

Allí no hay ni una sola voz que desentone, ni minorías que se opongan. Allí todo es armonía, repique de campanas, música de todas las arpas y de todas las cítaras, voces de aclamación del coro celestial.

Toda criatura es contemplada en ese cuadro fantástico, realizando el fin para el que fue creada: ser alabanza de la gloria de Dios. Toda criatura acepta y declara la gloria y la alabanza que pertenecen a Dios y a Jesús. Todas y cada una se someten al Hijo, vencedor de la muerte, y le tributan los honores debidos a los triunfadores. Ningún ser creado se inhibe de la alabanza, ninguna cosa permanece muda. Todas las criaturas cantan con una sola voz y alaban con todas sus fuerzas al que vive por los

siglos. Dan gracias al que es la fuente de toda gracia y bendicen al Autor de toda bendición. Y eso no lo hacen una sola vez, no es la ocupación de un momento, de un día, de una fiesta especial: alabar es su oficio eterno, su única ocupación.

El cielo debe ser parecido, pero en grado infinitamente superior, a lo que las visiones de Juan nos hacen entrever: adoración, éxtasis puro, música que acaricia los oídos, notas de una melodía que embriaga todo el ser, como trinos de alondras en nuestra tierra, coros de querubines y serafines cantando sin cesar, gozo sin fin. El cielo es estar junto a Dios, gozar de su intimidad, admirar su grandeza. El cielo debe ser un asombro por encima de todo asombro, un descubrimiento continuo, un "tobogán" sin fin, un "aleluya" ininterrumpido...

El reino celestial está fundado sobre el estallido de alabanza triunfante. Por eso, ya desde aquí abajo, el hombre puede caminar con una canción en los labios. El cristianismo conoce el secreto de la música, sabe hacer cantar a los prisioneros y a los exiliados. Lleva la canción de la eternidad en el tiempo. Si algún día pierde su capacidad para hacer cantar habrá perdido su poder de convocatoria. Una "renovación" de tipo religioso deberá tener siempre un apoyo firme en la palabra de Dios, en la reflexión teológica y en la música. Se puede someter a prueba todo ensayo teológico por su capacidad para hacer cantar a los hombres. El reino de Dios invita al canto. Quien haga cantar al hombre le ha ganado para siempre. La Iglesia debe convertirse en lugar de alabanza y canto. El eco de la música celestial debe estar presente en ella y escucharse en todos los ángulos del mundo donde haya creyentes. El hombre de Dios tiene que ser el ministro de la alabanza y de la música, jamás de la amargura o de la turbación⁶⁹.

Llegaron los días de cantar "Aleluya". Atended, hermanos, para que podáis recibir la exhortación que el Señor me sugiere y fomentar la caridad, con la que nos es un bien unirnos a Dios. Atended, insignes cantores, hijos de las alabanzas y de la gloria sempiterna del verdadero e

integérrimo Dios. Estad atentos los que sabéis cantar y salmear en vuestros corazones a Dios, dando gracias siempre por todas las cosas, y alabad a Dios, pues esto significa "aleluya". Llegan ciertamente estos días que han de pasar, y pasan una vez que han llegado, simbolizando el día que no llega ni pasa, porque no le antecede el día de ayer para que venga, ni el día de mañana le urge para que pase. Cuando nosotros hubiéramos llegado a él, quedando asociados a él, no pasaremos. Y, conforme se canta a Dios en cierto lugar "serán bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán". Este será el oficio de los tranquilos, la obra de los desocupados, la acción de los sosegados, el afán de los seguros⁷⁰.

Ea, ahora es tiempo de bendecir al Señor todos los siervos del Señor. ¿Qué quiere decir: "Ea, ahora"? En este tiempo. Porque, pasadas las tribulaciones, es evidente que nos dedicaremos a bendecir al Señor, conforme se dijo: "Bienaventurados los que moran en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán". Los que entonces han de bendecir sin descanso comienzan ahora a bendecir al Señor; aquí, en las tribulaciones, en las tentaciones, en las incomodidades, en las adversidades del siglo, en medio de las insidias del enemigo... Esto es: "Ea, ahora" es tiempo de bendecir al Señor todos los siervos del Señor⁷¹.

Si la alabanza va a ser la profesión final del hombre, su oficio durante toda la eternidad, ¿qué es lo que debere-mos hacer durante los días de nuestro paso por la tierra? ¿Cuál ha de ser nuestra preocupación fundamental sino aprender a alabar? ¿Cómo no vivir ya en una alabanza permanente a Dios? Nuestros cuerpos y nuestras almas deben ser ya, desde ahora, instrumentos afinadísimos para cantar las alabanzas del Señor. Tenemos que estar preparados. Lo que vamos a hacer por toda la eternidad no puede cogernos desprevenidos o por sorpresa. La vida en la tierra debe ser como un ensayo general o una prueba antes de la representación final. Alabar a Dios aquí es como un anticipo de la vida eterna, un pregusto de cielo.

Nos es necesario cantar a Dios durante la vida presente; debemos desde ahora emplearnos en ello, porque la alabanza a Dios hará nuestra felicidad durante la eternidad. Nadie, en efecto, será apto en esa ocupación de la vida futura si en ella no se ejerce en las condiciones de la vida presente... Cosa nuestra es, algo nuestro es, cuando alabamos al Señor hacer que toda nuestra persona cante, que cante nuestra voz, que nuestra vida cante, que nuestras obras canten. Podemos gemir y penar bajo el peso de las pruebas, pero todo pasará y llegará el día en que cantemos sin cesar a Dios sus alabanzas⁷².

⁷⁰ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones...*, Sal. 110, t. III, 959-960.

⁷¹ *Ib.*, Sal. 133, t. IV, 479-480.

⁷² SAN AGUSTÍN, *Enarraciones...*, Sal. 148, t. IV, 875.

⁶⁹ Cf *The Interpreter's Bible*, t. XII, o.c., 612.

Conocemos la historia de unos monjes, quienes antes de morir miraban al cielo y se ejercitaban en lo que había de ser su vida futura. Y se repetían sin cesar, los unos a los otros, estas palabras de san Agustín:

Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. Aquello será el fin sin fin. ¡Y qué fin más nuestro que arribar al reino que no tendrá fin!

Alabar a Dios en la tierra es tener la eternidad en las manos. Aquí nuestra alabanza puede ser imperfecta y desentonada, pero agrada tanto a Dios que nunca podremos dispensarnos de ella.

19.

Laudem gloriae: alabanza de gloria

Al aproximarnos al fin de esta reflexión sobre la alabanza, camino y término del quehacer humano, se intuye algo muy hermoso: lo que puede suceder, lo que sucede en realidad, cuando el ser entero del hombre ha entrado por completo en ella, ha aprendido bien su oficio. Llega un momento en que el alma deja de alabar para ser toda ella alabanza. Su ser se transforma. No le basta hacer actos de alabanza, ni siquiera vivir en alabanza. Ella misma se ha convertido en "alabanza de gloria".

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que en los cielos nos bendijo en Cristo
con toda suerte de bendiciones espirituales,
por cuanto nos eligió en él
antes del comienzo del mundo
para que fuésemos santos e inmaculados ante él...
para alabanza de la gloria de su gracia...,
a fin de que... seamos alabanza de su gloria...
para alabanza de su gloria (Ef 1,3-4.6.12.14).

Y Dios no nos ama en conjunto, sino individualmente. El nos escogió de entre un número infinito de posibilidades. En la "rifa" por el ser nos tocó el premio de la existencia. Somos, pues, objeto de un amor de predilección y la prueba la tenemos en el mero hecho de existir. Dios, al escogernos y crearnos, puso sus ojos sobre nosotros y nos amó con un amor eterno. No somos un número, una cosa u objeto, sino algo de valor infinito, una especie rara

y cotizada, un ejemplar irremplazable en el “museo” de Dios. No hay dos piedras iguales, ni dos árboles iguales, ni dos almas iguales. Hemos sido elegidos para vivir en presencia del Señor, para ser sus hijos, para ser una alabanza de su gloria. Cada uno de nosotros somos como una nostalgia de Dios. Y él nos ama como si fuéramos el único ser que existe en el mundo:

Y no es de maravillar que el alma con tanta frecuencia ande en estos gozos, júbilo y fruición y alabanzas de Dios, porque, además del conocimiento que tiene de las mercedes recibidas, siente a Dios tan solícito en regalarla con tan preciosas y delicadas y encarecidas palabras y de engrandecerla con unas y otras mercedes, que le parece al alma que no tiene él otra en el mundo a quien regalar ni otra cosa en qué emplearse, sino que todo él es para ella sola. Y, sintiéndolo así, lo confiesa como la esposa de los Cantares, diciendo: “Dilectus meus mihi et ego illi”, es decir: “Mi amado para mí y yo para él”⁷³.

Los hombres que han vivido la amistad con Dios se han “escandalizado” ante esa predilección de la que han sido objeto. Han tenido la sensación de que Dios se olvidaba de toda la creación para ocuparse sólo de ellos. Así ama Dios a cada hombre: con amor de “exclusividad”.

Todos podemos intuir la calidad del amor de Dios aunque no lo hayamos experimentado en plenitud. Y todos podemos imaginar cómo Dios se entristece cada vez que es rechazado, cómo se siente “infeliz” cuando le falla el amor de su criatura, cuando se responde negativamente a su declaración de amor.

Dios se metió en nuestra historia, se acercó del todo al hombre, vino a él como si le urgiera la hora del encuentro, como si no pudiera esperar a verle hasta que llegase al cielo. El Señor se hizo “uno de tantos” y murió con la muerte de los esclavos y de los asesinos, hecho un “maldito”. Y ahora él parece el esclavo de la criatura, el mendigo que tiende la mano y espera las migajas de nuestro amor, el Dios menesteroso que llama con delicadeza a las puertas del alma en espera de que se le invite a cenar. Si algún día llegamos a tomar conciencia de este hecho nos convertiremos en un volcán de alabanzas. Seremos para Dios una pura alabanza de gloria.

Un día de la primavera o verano del año 1905, una joven monja del Carmelo de Dijon (Francia), llamada Sor Isabel de la Trinidad, conversaba con una Hermana, y ambas se excitaban al amor de Dios. De repente, la Hermana mayor dijo a Sor Isabel: “He encontrado en san Pablo un pasaje espléndido: ‘Dios nos ha creado para ser alabanza de su gloria’”. Sor Isabel quedó impresionada. De regreso a su cuarto buscó con avidez el texto del apóstol. Unos meses después de aquella conversación, Isabel escribía estas palabras:

*Voy a haceros una confidencia muy íntima: mi sueño es ser la “alabanza de gloria”. En san Pablo es donde he leído esto y mi Esposo me ha dado a entender que tal era mi vocación desde el destierro, en espera de ir a cantar el *Sanctus* en la ciudad de los santos⁷⁴.*

Isabel comenzó a llamarse a sí misma con este nombre: “*Laudem gloriae*”, es decir, “alabanza de gloria”: “Será —escribió a su hermana— mi nombre en el cielo”.

Los quince meses que le quedaban de vida a la joven religiosa fueron un ejemplo vivo de cómo vive un alma que ha elegido, desde la tierra, ser una alabanza de gloria de la Santísima Trinidad. Su vida íntima se simplificó, sus potencias se unificaron, de su alma sólo salieron ya armonías divinas, un canto inacabado. Todas las cuerdas de su lira vibraron al unísono. Su alma, orientada sólo hacia Dios, comenzó a ser un himno de alabanza sin fin: “Vivo en el cielo de la fe, en el centro de mi alma, y procuro hacer la felicidad de mi Maestro, siendo ya en la tierra la alabanza de su gloria”.

En el “Último retiro” de su vida, Isabel de la Trinidad escribió su pequeña suma mística, y en ella todo un programa de vida para todas las “alabanzas de gloria” que quieran hacer de su vida una hostia consagrada a Dios:

Nescivi. No supe ya nada. Así decía la Esposa de los Cantares, después de haber sido introducida en la cámara del misterioso vino; y tal me parece debe ser el estribillo de una “alabanza de gloria” en este primer día de retiro en que el Divino Maestro la hace bajar hasta el fondo del abismo para enseñarla a desempeñar el oficio que le ha de caber durante la eternidad y en el cual debe ya ejercitarse en el tiempo, que es la eternidad comenzada, pero siempre adelantando. Nescivi. Ya

⁷³ SAN JUAN DE LA CRUZ. *Vida y obras completas*, BAC, Madrid 1960, 1029.

⁷⁴ M. M. PHILIPPON. *La doctrina espiritual de S. Isabel de la Trinidad*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1965, 125s.

no sé nada más... Cuando esté identificada con ese ejemplar divino, yo toda en él y él todo en mí, cumpliré mi vocación eterna, aquella para la cual Dios me eligió en él, "en principio", y proseguiré eternamente cuando, sumergida en el seno de la Trinidad Santísima, sea incesantemente la alabanza de su gloria: "Laudem gloriae eius".

El alma que reserva en su reino interior algo para sí, cuyas potencias todas no se hallan "aprisionadas", recogidas en Dios, no puede ser una "perfecta alabanza de gloria"; no se halla expedita para cantar sin intermisión el *canticum magnum*, porque la unidad no reina en ella, y en vez de proseguir con sencillez su alabanza en medio de todas las cosas, se ve precisada a andar buscando por todas partes las esparcidas cuerdas de su instrumento. ¡Cuán necesaria es esta hermosa unidad interior al alma que anhela vivir en la tierra la vida de los bienaventurados, es decir, de los seres espirituales!

Los bienaventurados poseen este reposo del abismo, porque contemplan a Dios en la simplicidad de su Esencia... Ellos son, entonces, incesante alabanza de gloria del Ser divino, que contempla en ellos su propio esplendor. Entiendo que sería dar al corazón de Dios un gozo inmenso ejercitarse en el cielo del alma en esta ocupación de los bienaventurados, adhiriéndose a él en esa contemplación sencilla que nos aproxima al estado de inocencia en que fue creado el hombre... En verdad, esta alma es "la alabanza de gloria" de todos sus dones; por cualquiera que se halle, aun cumpliendo los actos más ordinarios, canta el cántico grande, el cántico nuevo, y este cantar conmueve a Dios hasta lo más profundo de su ser.

Pensamiento consolador: mis imposibilidades, mis repugnancias, mis oscuridades, hasta mis faltas en cierta manera pregonan la gloria del eterno; mis padecimientos de cuerpo o de alma publican también la gloria de Dios⁷⁵.

¿Cómo imitar en el cielo de mi alma aquella incesante ocupación de los bienaventurados en el cielo de la gloria? ¿Cómo proseguir aquella alabanza, aquella oración no interrumpida?... El alma que se interna y mora en las profundidades de Dios y que, por consiguiente, hace todas las cosas "por él, en él y con él", con aquella pureza de la mirada que le comunica cierta semejanza con el Ser simplicísimo, esta alma, por cada una de sus aspiraciones, por cada uno de sus movimientos y actos, por ordinarios que sean, se arraiga más profundamente en Aquel a quien ama. Todo en ella rinde homenaje a Dios santísimo y viene a ser, por decirlo así, como un *Sanctus* perenne, una "incesante alabanza de gloria".

¿Cómo poner por obra ese anhelo del corazón de nuestro Dios, ese inmutable querer para con nuestras almas? (Ef 1,11-12). ¿Cómo responder, en una palabra, a nuestra vocación y llegar a ser perfecta alabanza de gloria de la Santísima Trinidad? En el cielo, cada alma es una alabanza de gloria al Padre, al Verbo y al Espíritu Santo, porque está de asiento establecida en el puro amor, y no vive ya su propia vida, sino de la vida de Dios; allí le conoce, dice san Pablo, como él la conoce a ella.

La adoración es palabra de cielo. Según entiendo, puede definirse: éxtasis de amor; es el amor anonadado por la belleza, la fortaleza, la

inmensa grandeza del objeto amado; el amor que desfallece en un silencio completo, profundo; aquel silencio del que hablaba el rey David al exclamar: "El silencio es tu alabanza" (Sal 65,2). Sí, es la alabanza más bella, puesto que es la misma que se canta eternamente en el seno de la apacible Trinidad; es "el postrer esfuerzo del alma que rebosa y ya no puede articular palabra".

"Alabanza de gloria" es un alma que mora en Dios, le ama con amor puro y desinteresado, sin buscarse a sí misma en la dulcedumbre de este amor; que le ama sobre sus dones, aun cuando nada hubiese recibido de él y que desea el bien al Ser hasta tal punto amado. Ahora bien, ¿cómo se ha de desear y querer eficazmente algún bien para Dios, a no ser cumpliendo su voluntad, puesto que ésta dispone todas las cosas para su mayor gloria? Por tanto, esa alma debe entregarse plenamente, ciegamente, hasta llegar a la imposibilidad de querer otra cosa que lo que Dios quiere.

"Alabanza de gloria" es un alma amante del silencio, que se mantiene cual una lira pulsada misteriosamente por el Espíritu Santo, para que haga brotar de ella armonías divinas. Sabe muy bien que el sufrimiento es cuerda que da los más bellos sonidos, y por eso se complace en verle en su instrumento, a fin de conmover más tiernamente el corazón de su Dios.

"Alabanza de gloria" es un alma que contempla a Dios en la fe sencilla, que refleja todo cuanto él es, en la que puede él difundirse cual en un abismo sin fondo; es asimismo como un cristal a través del cual El puede irradiar y contemplar sus perfecciones y su propio esplendor. Un alma que de tal modo asiente que el Ser divino sacie en ella su anhelo de comunicar todo cuanto él es y todo cuanto posee es en realidad de verdad la alabanza de gloria de todos sus dones.

Por fin, una "alabanza de gloria" es un ser que está en continuo hacimiento de gracias, cuyos actos y movimientos, pensamientos y aspiraciones son como un eco del perenne *Sanctus*, a la par que sirven para arraigarla más hondamente en el divino amor. En el cielo de la gloria los bienaventurados no cesan de repetir día y noche: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso... y postrándose adoran al que vive por los siglos de los siglos" (Ap 4,8). En el cielo del alma la "alabanza de gloria" empieza ya desde esta vida el oficio que ha de proseguir en la eternidad: su cántico no se interrumpe un instante; manteniéndose bajo la acción del Espíritu Santo, aunque no siempre tenga conciencia de ello, pues la flaqueza de su condición no le permite estar siempre absorta en Dios, exenta de distracciones. Canta siempre, adora en todo momento, está, por decir así, en continuos transportes de alabanza y amor, en su anhelo de gloria de su Dios.

Seamos en el cielo de nuestra alma *alabanza de gloria de la Santísima Trinidad*; alabanza de amor de nuestra Madre la Virgen Inmaculada. Día llegará en que se descorra el velo y nos veremos introducidos en los atrios eternos; allí cantaremos en el seno del amor infinito y Dios nos dará el nombre nuevo que está prometido al que venciere. ¿Cuál será ese nombre? "Laudem gloriae"⁷⁶.

El sueño del Creador al hacer al hombre a su imagen y semejanza fue éste: poder contemplarse en sus criaturas,

⁷⁵ M. M. PHILIPPON, *La doctrina espiritual...*, o.c., 315-320.327.

⁷⁶ M. M. PHILIPPON, *La doctrina espiritual...*, o.c., 311-313.

reflejarse en ellas, admirar en ellas su misma grandeza o, en otras palabras, que las criaturas fueran como un espejo que devolviera a Dios toda la gloria que él había puesto en ellas.

El alma que permite a Dios que se vea en ella, que le deja derramarse como en un abismo sin fondo, que le permite saciar en ella su necesidad de comunicar todo lo que él es y todo lo que tiene... es una "alabanza de gloria". El alma que se entrega a Dios se orienta sólo hacia él y se mantiene, bajo la acción del Espíritu Santo, como una lira, como un instrumento o una cuerda musical... es una "alabanza de gloria". Un alma de silencio, de adoración, que vive siempre en acción de gracias... es una "alabanza de gloria". Un alma que orienta hacia Dios cada uno de sus actos, movimientos, pensamientos, aspiraciones, impulsos...; repugnancias, enfermedades, pecados, oscuridades... es una "alabanza de gloria". ¿Qué más? Ese alma ha comenzado en la tierra el oficio de eternidad reservado a los bienaventurados en el cielo, canta ya el himno al Dios vivo y al Cordero degollado, está degustando el cielo en la tierra.

Isabel de la Trinidad, "laudem gloriae", dejó, al morir, escritas estas palabras:

Os lego esta vocación que fue mía en el seno de la Iglesia militante y que en lo sucesivo llenaré sin cesar en la Iglesia triunfante: "Alabanza de gloria de la Santísima Trinidad"⁷⁷.

No hay nada más allá de esta alabanza que la criatura puede dar al Creador. En la alabanza a Dios, el hombre encuentra la razón de su vida, las raíces más hondas de su ser. El Señor nos escogió desde toda la eternidad para ser ante sus ojos un perfume, una rosa, una canción:

Después de haber meditado,
quiero exponer mi reflexión,
de las que estoy lleno como luna llena.
Escuchadme, hijos, y creed
como rosa plantada a la orilla del arroyo.
Derramad buen olor como incienso.
Floreced como lirio, exhalad suave olor

⁷⁷ M. M. PHILIPPON. *La doctrina espiritual...*, o.c., 280-281.

y entonad un canto de alabanza,
benedicid al Señor por todas sus obras.
Engrandeced su nombre,
publicad sus alabanzas con cantos y con cítaras...
(Eclo 39,12-15).

¡Un perfume, una rosa, una canción! He ahí un hermoso programa de vida. Ser una sencilla rosa que alegra la vista del que la contempla, adorna los altares, que se da sin reservas, de la que jamás sale un grito de protesta, que acepta con la misma serenidad la mano que la riega que el pie que la pisotea, el sol que la marchita o la lluvia que la hace vivir. Ser un perfume o una fragancia que ambienta y recrea, que se desgasta al darse. Ser una canción que nunca se olvida, la que todos tararean, la que se canta al amanecer y la que obsesiona durante el día.

Eso puede ser la vida del hombre para Dios: un buen olor, una canción que agrade a sus oídos, la canción de cuya letra y música sea él mismo el Autor; una rosa que deleita su mirada, una flor del rosal del Bienamado.

¡Oh, hermanos e hijos, vosotros que sois brotes de la Iglesia universal, semilla santa del reino eterno, los regenerados y nacidos en Cristo! Oídmeme: "Cantad por mí al Señor un cántico nuevo". "Ya estamos cantando", decís. "Cantáis, sí, cantáis. Ya os oigo. Pero procurad que vuestra vida no dé testimonio contra lo que vuestra lengua canta. Cantad con vuestra voz, cantad con vuestro corazón, cantad con vuestra boca, cantad con vuestras costumbres: cantad al Señor un cántico nuevo". "¿Preguntáis qué es lo que vais a cantar a Aquel a quien amáis? Porque sin duda queréis cantar en honor de Aquel a quien amáis: preguntáis qué alabanzas vais a cantar de él. Ya lo habéis oído: cantad al Señor un cántico nuevo. ¿Preguntáis qué alabanzas debéis cantar? Su alabanza en la asamblea de los fieles. La alabanza del canto reside en el mismo cantor. ¿Queréis rendir alabanzas a Dios? Sed vosotros mismos el canto que vais a cantar. Vosotros mismos seréis su alabanza, si vivís santamente"⁷⁸.

Alabar a Dios, ser una "alabanza de gloria", es nuestra única profesión y oficio. Con la misma pasión con que nos hemos dedicado a tantas cosas a lo largo de la vida, con esa misma pasión y no con otra, debemos dedicarnos a la alabanza del Señor. ¡Alabar a Dios! Todo lo demás ha pasado. Todo el hambre y sed que hemos tenido, todas las ansias y preocupaciones que han llenado nuestros días, todos los sentimientos antiguos han de ser

⁷⁸ SAN AGUSTÍN. Sermo 34,1-3; CCL 41,424-426.

historia pasada. Dentro del ser del hombre, en su alma, hay como un ansia cósmica por alabar a Dios, un deseo insaciable e infinito. El hombre aspira a ser algo más que un ser “venido a la tierra por puro azar”. Los amores, la sed y el hambre que tiene el ser humano han de convertirse en ese hambre infinito por alabar al Señor, de ser para él un altar en el que sea siempre adorado, de ser *una alabanza de gloria*.

20.

De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza

Alabar y no alabar se contraponen como la vida y la muerte. Ser una “alabanza de gloria” es tener el centro íntimo del ser abierto a la acción y a la mirada de Dios, vivir en el tiempo con el corazón en la eternidad, renunciar a la autonomía y aceptar la dependencia y la pobreza. Sólo así es posible la alabanza:

Y dicho esto continuó adelante subiendo a Jerusalén. Al llegar cerca de Betfagé y de Betania, cerca del monte llamado de los Olivos, envió a dos discípulos, diciéndoles: “Id a la aldea de enfrente. Allí, al entrar, hallaréis un asnillo atado, sobre el que nadie ha montado aún; desatadle y traedlo. Si alguien os preguntare: ¿Por qué lo desatáis?, diréis así: El Señor lo necesita”. Fueron los enviados y lo hallaron como les había dicho. Mientras ellos desataban el asnillo, sus dueños les dijeron: “¿Por qué desatáis al asnillo?”. Ellos replicaron: “El Señor lo necesita”. Y lo llevaron a Jesús. Echaron sus mantos sobre el asnillo y montaron a Jesús. Según avanzaba, extendían ellos sus mantos en el camino a modo de alfombra. Y acercándose él ya a la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de discípulos, llenos de alegría, comenzaron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto, diciendo: ¡Bendito el que viene, el Rey, en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo! ¡Gloria en las alturas!”. Algunos fariseos de entre la multitud le dije-

ron: "Maestro, reprende a tus discípulos". Y él respondió: "Os digo que si éstos callaran, gritarían las piedras" (Lc 19,28-40).

Al entrar él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió y decían: "¿Quién es éste?". Y las multitudes respondían: "Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea"... Se llegaron a él en el templo ciegos y cojos, y los curó. Pero los pontífices y escribas, al ver las maravillas que hacía y a los niños que gritaban en el templo: "¡Hosanna al Hijo de David!", se indignaron, y le dijeron: "¿Oyes lo que éstos dicen?". Jesús les contestó: "Sí. ¿Nunca leisteis: de la boca de los niños y de los lactantes te procuraste alabanzas?". Y dejándoles, salió fuera de la ciudad a Betania, y allí pasó la noche (Mt 21,10-11.14-17).

En este pasaje evangélico aparecen reflejadas de un modo ejemplar las diversas clases de hombres y sus diversas posturas ante el mundo, ante Dios y ante la alabanza. En él actúan tres grupos bien identificados: los saduceos, los fariseos y la multitud sencilla (los que siguen a Jesús, los discípulos, los niños).

Los saduceos eran un partido judío, compuesto fundamentalmente por las grandes familias sacerdotales de Jerusalén y los ricos propietarios del pueblo, los hacendados, los hombres influyentes. Palestina, en los días en que vivió Jesús, estaba ocupada por los romanos. Los saduceos se habían acomodado bien a la situación, colaborando con ellos, aprovechando la ocasión para enriquecerse y defender bien sus intereses. Los romanos jamás les importunaron.

De una manera o de otra, el saduceo es el representante de todos los hombres poderosos, curtidos por la vida, que se han hecho solos o que han recibido su posición privilegiada, que han luchado y triunfado. Son los hombres admirados o temidos por la gente, de mirada altiva y gesto despectivo, que ocupan los primeros puestos; los hombres que hacen la historia y construyen el mundo, manipulan la opinión, explotan los sentimientos populares...

En ese grupo, cerrado sobre sí mismo, confiado en su poder, no es posible hablar de alabanza a Dios. Ellos son

los alabados que a nadie alaban, los admirados que a nadie admiran.

En la otra parte del campo, los fariseos. Eran un partido religioso, formado fundamentalmente por hombres de la clase media. Se distinguían por su observancia escrupulosa de la ley de Dios, llegando en la práctica mucho más allá de lo que en ella estaba prescrito. Eran el prototipo del hombre religioso, el espejo donde todos podían mirarse.

El fariseo era el hombre íntegro, honesto a carta cabal, que practicaba la religión en grado sumo, que acumulaba obras de piedad. Si la ley prescribía un día de ayuno al año, él lo hacía dos veces por semana; si mandaba pagar el diezmo del trigo y del aceite, él lo pagaba hasta del comino y de la menta. Era el hombre que agradecía a Dios no ser como los demás hombres. Su religiosidad le daba derecho a mirar al resto del pueblo como gente pecadora, a arrojar la piedra contra la adúltera y a condenar al blasfemo y a dejar tirado en el suelo al hombre herido por unos ladrones.

El fariseo era el hombre rígido, observante de la letra de la ley más que su espíritu, el hombre bueno, "demasiado bueno"; tan bueno que quiere que todos lo sepan, que se pone en las esquinas a la hora de la oración, que pone cara triste cuando ayuna... Era el hombre que hacía de la salvación un negocio de compraventa, de sus obras de piedad su capital, de su propia justicia un ideal de vida. Sus matemáticas eran concretas: tantas obras, tantos méritos; tanto capital acumulado, tanto derecho a la salvación.

El fariseo es el prototipo de una actitud espiritual que desborda el mundo judío y que ha llenado muchas páginas de la historia cristiana. Tipifica a todos los hombres que hacen de la observancia de la ley un fin; de lo mandado, una obligación; de su santidad, el objetivo de su vida. Es el representante de todos los hombres "demasiado buenos", que pasan por la vida vestidos de frac, sin salpicarse con el barro del camino, condenando a los que no cumplen como ellos, acusando a los transgresores de la ley y

del orden pretendidamente queridos por Dios, que dicen al Señor a quién debe salvar y a quién condenar. El tipo farisaico es tieso, con frecuencia infeliz, derrotado por su propia incapacidad para cumplir la ley, sintiendo horror a caer en las manos de Dios. El Señor, para ellos, no es el Padre que se preocupa de los pajarillos, sino el Dios alejado, a quien hay que aplacar, ante quien hay que rendir cuentas exactas, que registra al detalle entradas y salidas...

Al fariseo le resulta más fácil y cómodo observar la ley que vivir en permanente dependencia de Dios; cumplir un código, relativamente fácil de burlar con una oportuna interpretación, que seguir a un Dios que le pide el ser entero. Sus relaciones con Dios son de haberes y deberes, de ganancias y deudas. La ley adquiere autonomía y se constituye en el muro de defensa detrás del cual asegura sus posiciones y se afirma ante Dios.

El fariseo tampoco sabe alabar. Cuando se mira a sí mismo, allí no ve a Dios, sino su propia imagen. Y termina por darla culto. El no es como los demás hombres. Su justicia la ha conseguido a base de esfuerzos. No tiene nada que agradecer. Dios no provoca un estallido de júbilo.

Si el Señor no arranca al fariseo de sus seguridades religiosas, jamás saldrá de sus labios una canción de alabanza y jamás entenderá que es más importante amar que cumplir los 613 preceptos de la ley, ponerse en manos de Dios que la observancia de un reglamento.

La religión ha sido concebida de dos maneras: religión de fe y religión de obras. La religión de obras pone el acento sobre el esfuerzo humano, la obligación del hombre, sus deberes, lo que Dios espera que haga. Pero toda religión que enfatiza el esfuerzo humano está falsamente centrada. Tal religión produce tipos ascéticos, tal vez heroicos, pero se rompe fácilmente en tiempo de crisis. Puede producir hombres de coraje, pero siempre con un sentido tremendo de la tensión: el deber se convierte en peso y cada derrota en una gran amargura. La religión de obras no germina en alabanza.

La religión de fe acentúa la iniciativa divina, el don sobre la exigencia, la gracia sobre la ley, la mística sobre

la ascética, la asistencia divina sobre las obras. Enseña a mirar al mundo de Dios antes que al propio yo. Esa religión pone un canto de alabanza en el hombre.

La religión puede degenerar, y ha degenerado con frecuencia. Los hombres se han esforzado, han observado ritos, han cumplido leyes. Pero el Dios verdadero pide el corazón. No le agradan los hombres seguros de sí mismos.

La virtud no puede ser una pura consigna, una manera de cumplir nuestros deberes. La virtud, concebida como un hábito, casi como una costumbre o rutina, ha resultado algo fastidiosa. Carece de toda improvisación. Asociamos a la virtud el esfuerzo y el combate. Pero la virtud es ante todo un asentamiento voluntario. Lo atractivo en ella es que en cada momento uno puede hacer por Dios más de lo que está mandado por la ley, llegar más allá de lo exigido, darse uno enteramente, amar por encima de toda obligación, dar lo que legítimamente se podía conservar.

Hemos creído que basta hacer esto o aquello para ser agradables a Dios, pero Dios no nos pide esto o aquello, sino a nosotros mismos. Es preciso que nosotros mismos nos hagamos obra de Dios. Sólo a partir de ahí podemos abrir a Dios un crédito ilimitado y alabarle sin cesar⁷⁹.

Equidistante, es decir, a la misma distancia de cada uno de los dos grupos señalados (saduceos y fariseos), están los discípulos de Jesús, los niños que le aclaman, la multitud que les sigue y, con ellos, el humilde cortejo de la mayoría de los hombres: los pobres, los sencillos, los pecadores... Ellos no tienen nada en que confiar, nada que les dé seguridad. Por eso pueden aclamar, extender sus mantos ante Jesús, subir con él hasta Jerusalén. Son los niños y los que son como ellos los que pueden gritar en público y alabar a Dios sin que se les suban los colores a la cara, sin temor al ridículo. Son ellos los que pueden bendecir siempre, aunque haya gente que intente callar sus voces.

⁷⁹ Cf P. CHARLES, *La oración...*, o.c., 180-183.

Cada uno de nosotros puede elegir el grupo al que desea pertenecer. Podemos escoger el estilo de vida y la actitud de los poderosos saduceos, con todo lo que ellos representan: éxito, popularidad, triunfo; podemos escoger militar en el campo de los fariseos, con todo lo que ellos tipifican: ley, obras, esfuerzo personal, piedad simulada... O podemos escoger finalmente el único camino que conduce a la vida: no el de aparentar buenos, sino el de ser buenos; no el del hijo mayor que se queja, sino el del hijo que vuelve a casa; no el de la ley, sino el de la gracia; no el de la amargura, sino el de la alabanza. No hay otra alternativa.

La alabanza tiene actitud y asombro de niño. Sólo él sabe maravillarse por todo, ver las cosas con los ojos no gastados, sin miopías ni presbicias. La alabanza tiene nombre y actitud de pobre, de mendigo que tiende la mano, de hijo que ama y confía en el Padre. La alabanza pasa por el camino de la infancia, de la pobreza, del despojamiento.

Cada uno debe elegir el campo donde quiere cultivar, el banco donde quiere invertir, la actitud y el estilo de vida que quiere adoptar en este juego de fuerzas que existe en nuestra vida. Y lo debe hacer con toda su capacidad y libertad. O yo, con todo lo que eso significa: mi fuerza, mi prestigio, mi justicia, mis obras... o Dios, y entonces salgo en su busca, le doy culto, le amo y le alabo por los siglos de los siglos.

El camino para romper el círculo del propio yo es la alabanza al Señor. El poderoso, el rico en obras, no sabe alabar. Jamás saldrá a la arena de Dios para entonar una canción agradecida. La alabanza es el estilo de vida del que ha hecho de Dios la única preocupación de su vida. La alabanza lanza al hombre al infinito, le catapulta hacia la eternidad, rompe todas sus barreras y limitaciones.

Si algún día los saduceos y los fariseos ganan la partida e impiden a los niños, a los discípulos y a la multitud alabar al Señor..., ese día las piedras del camino se levantarán y formarán el más bello cortejo de alabanzas. Si algún día los hombres nos olvidamos de alabarle, las piedras

lo harán por nosotros. Si nuestros labios callan lo que deben gritar, los seres inanimados ocuparán nuestro puesto y cantarán eternamente las alabanzas del Señor.

Arrojad, quebrad, pulverizad, aniquilad esta soberbia, que se levanta con erguida cerviz contra los preceptos divinos y que se opone al suave yugo del Señor, y alabad, niños, al Señor; alabad el nombre del Señor. Pues, derribada y extinguida (la soberbia), se obtiene la alabanza por la boca de los infantes y lactantes, y, dominada y destruida, el que se gloría, gloríese en el Señor. No cantan estas cosas los que se tienen por grandes; no cantan estas cosas los que, conociendo a Dios, no le glorificaron o no le tributaron gracias; se alaban a sí mismos, no a Dios; por eso no fueron niños. Prefieren ensalzar su nombre antes que alabar el nombre del Señor. Así, pues, se desvanecieron en sus pensamientos y se oscureció su insensato corazón y, llamándose sabios, se convirtieron en necios, pues estos mismos que al momento debían pasar por angosturas, quisieron divulgar su nombre por largo tiempo y por todos los rincones del mundo. Conviene predicar a Dios, conviene predicar al Señor siempre y en todas partes. Luego se predique siempre: ¡sea bendito el nombre del Señor, desde ahora y hasta el siglo! Se predique en todas partes: ¡desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, alabad el nombre del Señor!⁸⁰.

Me pregunte alguno de los santos párvulos que alaba el nombre del Señor y me diga: "Mira que lo que se dice hasta el siglo lo tomo por siempre; entonces, ¿por qué se dice desde ahora, y no desde antes, y desde antes de todos los siglos sea bendito el nombre del Señor?". Responderé al niño que no me pregunte con orgullo insolente: "A vosotros se dice, señores y niños; a vosotros se dice: Alabad el nombre del Señor; sea bendito el nombre del Señor; sea, pues, bendito el nombre del Señor por vosotros desde ahora, desde que se os dice a vosotros. Comenzáis, pues, a alabar, pero alabad sin fin. Luego desde ahora hasta el siglo, alabad sin fin. No digáis: Comenzamos a alabar al Señor porque somos niños, pero cuando crezcamos y seamos mayores nos alabaremos a nosotros mismos". No sea así, niños; no sea así. Atendiendo esto, dice el Señor por Isaías: "Yo soy, y hasta que envejecáis, yo soy". El que es debe ser alabado siempre. Alabad, niños, desde ahora; y alabad, ancianos, hasta el siglo, porque vuestra vejez se blanqueará con las canas de la sabiduría, pero no se marchitará con la vejez de la carne. Pero como en este lugar parece más bien que la niñez simboliza la humildad, a la cual se opone la grandeza vana y falsa de la soberbia, y por eso únicamente alaban al Señor los niños, puesto que los soberbios no saben alabarle, sea vuestra vejez pueril y vuestra puericia senil; es decir, vuestra sabiduría no se junte con la soberbia, ni vuestra humildad esté desprovista de sabiduría para que así alabéis al Señor desde ahora y hasta el siglo. Dondequiera que se halle difundida la Iglesia de Cristo en los santos párvulos, "alabad el nombre del Señor", pues esto significa "desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, alabad el nombre del Señor"⁸¹.

⁸⁰ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones...*, Sal. 112, t. III, 975-977.

⁸¹ *Ib.*, 980.

Los científicos, los filósofos, los grandes artistas, han aportado muchas cosas bellas a la humanidad. Los hombres sencillos tenemos contraída una deuda de gratitud hacia ellos. Nos han enseñado cosas fantásticas sobre los mundos alejados y sobre los secretos de nuestra tierra, han presentado brillantes teorías sobre el presente y el futuro que nos espera, nos han deleitado con sus inventos, han hecho más cómoda y confortable la vida sobre esta tierra.

Pero ni los filósofos ni los científicos han aportado algo de valor eterno, algo por lo que podamos vivir honestamente y morir en paz. Ninguno de los grandes hombres ha logrado conseguir que el hombre acepte sus limitaciones, sus tentaciones y sus pruebas; ninguno ha llenado de inmortalidad el ansia humana. Ninguno en particular ni todos en conjunto han logrado hacer estallar la alabanza en el corazón del hombre.

La ciencia no ha dado respuesta a los problemas más hondos que plantea la condición humana: ¿de dónde vengo y a dónde voy?, ¿se termina todo aquí?, ¿la tumba que recoge mis restos es el fin de todos los sueños o el comienzo de una nueva vida?...

La respuesta cristiana a los interrogantes del hombre es ésta: Jesús es el Camino, la Verdad, la Resurrección y

la Vida. El es la Luz eterna. El es el Dios mismo encarnado. El es el Vencedor de la muerte y el que ha abierto al hombre las puertas del reino de Dios. Dos mil años de historia humana no han podido desmentir ninguna de sus afirmaciones ni modificar sus enseñanzas. Ninguno ha sido capaz de probar que él se equivocó o que habría que completar su pensamiento. El vino a salvar al hombre, a cambiar su vestido de luto por un hábito de fiesta, a poner alabanza en los espíritus abatidos⁸²:

Pedro y Juan subían al templo a orar a la hora nona. Y un hombre tullido de nacimiento era llevado y situado todos los días a la puerta del templo, llamada Hermosa, para pedir limosna a los que entraban. Viendo a Pedro y Juan, que iban a entrar en el templo, les pidió limosna. Pedro, fijando en él la mirada, a una con Juan, dijo: "Míranos". El los miraba esperando recibir algo de ellos. Mas Pedro dijo: "No tengo plata ni oro, pero lo que tengo eso te doy. En nombre de Jesucristo, el Nazareno, anda". Y tomándole de la mano derecha lo levantó y, al instante, sus pies y sus tobillos se consolidaron, y de un salto se puso en pie y andaba, y entró con ellos en el templo andando, saltando y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andar y alabar a Dios y reconocían que era el que solía sentarse junto a la puerta Hermosa a pedir limosna, y se llenaron de admiración y pasmo por lo que le había sucedido (He 3,1-10).

Pedro y Juan, apóstoles de Jesús, suben al templo para orar. Un tullido, un hombre enfermo desde el vientre de su madre, pide limosna junto a una de las puertas del templo. Pedro le vio y se fijó en él. Y en aquel hombre debió contemplar todo el dolor y toda la parálisis de la humanidad. De pronto sintió que él tenía algo especial que ofrecerle. No era ni oro ni plata ni nada cotizable en el mercado. Era algo mucho más precioso: el don de la vida, que había recibido de Jesús. Pedro le agarró por la mano y pronunció unas palabras. Y el tullido se dio cuenta de que las bases de sus pies y sus tobillos se habían fortalecido y de que podía andar y saltar. Y también se percató de que podía hacer algo más: alabar a Dios, en-

trar en su templo. Pedro le había dado mucho más de lo que él hubiera podido imaginar. El sueño imposible se había hecho realidad. Sus manos buscaban sólo una moneda insignificante para poder vivir y se encontró con la salud. Se sintió curado en su cuerpo y en su alma. Y alabó a Dios.

El mundo, mi mundo, está ahí, enfermo, tullido. No es malo, está malo. Yace postrado y espera algo. El mundo de los desgraciados, de los enfermos y de los explotados espera mejorar sus condiciones de vida. No se atreve a pedir monedas de oro o de plata, a lo sumo una más justa repartición de las riquezas, en manos de unos cuantos privilegiados. Los pobres tienen todo el derecho a esperar que los hombres que suben al templo para rezar se despojen de aquello que les sobra. Pero los pobres tienen todavía más necesidad del poder de Dios que del oro o la plata, más urgencia de la curación y de la alabanza que del pan que llevarse a la boca.

Los hombres buscan la felicidad. Encerrados en las mil prisiones de la vida, buscan la libertad y esperan al Libertador. En el fondo de cada humillación, suspiro o desencanto hay una secreta llamada a Alguien que sea capaz de salvar. La humanidad lo ha experimentado todo, pero no ha encontrado la felicidad. Los niños pueden pedir juguetes para jugar, pero lo que necesitan es amor y cariño; los obreros pueden pedir un aumento de salario, pero lo que más necesitan es la redención total, el amor y la paz de Dios.

Dios vio en un tiempo cómo yacía el mundo, cómo el hombre estaba a la puerta del cielo, como un paralítico. Y él tenía algo que no quiso guardar con exclusividad: su vida, su amor y su perdón. El mendigo que estaba a la puerta del cielo pedía un trozo de pan o un vaso de agua que refrescara sus labios secos, pero Dios le dio un Niño para amar, un Camino por donde caminar con seguridad, un Espíritu Santo que hiciera brotar para él torrentes de agua viva donde saciar su sed.

El peor servicio que podemos hacer a nuestro mundo es reírnos de su enfermedad o darle una moneda para ce-

⁸² Cf *The Interpreter's Bible*, t. XI, o.c., 332-333.

rrar sus labios y dejarle que siga pidiendo limosna junto a la puerta del templo, paralizado en su cuerpo y en su alma. Tenemos que ofrecerle el perdón, hacerle saltar de alegría, devolverle la salud.

Este es mi mundo y mi tiempo, y me siento anclado en ellos. La fecha de mi nacimiento, la tierra donde vi la luz, la familia en la que me he criado, todo pertenece a este mundo concreto. Jamás podré evadirme de él. Todo lo que sea escapar del mundo comienza a sonarme mal. Me dan miedo los profetas de desventuras, los que condenan a los hombres y maldicen de la época que les ha tocado vivir. Tengo miedo de los que se refugian en el pasado y de los que sueñan con un mundo fantástico. Es este tullido el que me interesa y no los paralíticos de otros tiempos.

La evasión es una tentación. ¡Cuántos hombre envejecen malhumorados y tristes porque su capacidad de amor se ha evadido a otro mundo! Es demasiado cómodo declarar que nuestra época es horrible, que todos los valores se han invertido, que todas las categorías de los viejos tiempos se han evaporado, que el respeto, la disciplina, la religión, Dios, han desaparecido. Pero el mundo que Dios ama es éste. Y el mundo al que tengo que enseñar a brincar de gozo y alabar no es el mundo de los sueños ni el del recuerdo nostálgico, sino éste cercano, el que tocan mis manos. Si otras épocas han sido mejores, más religiosas y más fecundas, para mí tiene escasa importancia. Es el ahora el que está lleno de urgencia. Cuando mi tierra, mi gente, mi época, me molestan no puedo evadirme, so pena de renunciar a toda posibilidad de que estos hombres, mis hermanos, lleguen un día a saltar de júbilo y a cantar de gozo⁸³.

No nos han dado facilidades ni posibilidades para escoger el sitio donde íbamos a nacer, la época en la que habríamos de vivir, el ambiente, la familia o la lengua que íbamos a hablar. Yo no puedo escoger a mis padres ni mi aspecto físico ni mi capacidad intelectual. He sido colocado por Dios ahí, en esa familia, en ese ambiente, en

esa época y con este aspecto físico. Y lo acepto con alegría y me gozo en mi familia, en mi tierra, en mi época, en mi aspecto, etc. Aquí, con lo que tengo, soy feliz. Acepto mi mundo y a mis hermanos los hombres; a ellos, tal como son y no como yo quiero que fuesen; a ellos, tullidos en su mayoría, culpables en muchos casos..., pero al fin mis hermanos, a quienes quisiera enseñar el camino que conduce al templo y a la alabanza.

La humanidad entera formamos una unidad. Ni las almas ni los cuerpos viven como islas. El hombre nace solidario de los otros hombres. No puede escoger no nacer o nacer en otro tiempo o en otro mundo. Este es su lote y su tumba. No puede ser completamente autónomo. Todos los hombres estamos en comunión y en comunicación. Todos nos necesitamos y cuando alguien no está en su puesto nos resentimos.

Eso es verdad en grado sumo, a nivel de cuerpo místico de Cristo. Dependemos de Dios, su vida es nuestra vida, su gracia es como una savia que corre por las venas de todos los hombres. El hombre que ha encontrado a Dios tiene la soberana obligación de contar a sus hermanos cómo es, de alabar con la voz, el corazón y las fuerzas de todos; tiene que convertirse en delegado general de la humanidad ante el Padre del cielo.

La alabanza intercesora es la más bella actividad del hombre. Cuando un ser humano alaba, todos lo estamos haciendo con él. Los que conocen y alaban a Dios están sosteniendo al mundo con sus manos, lo están haciendo agradable a sus ojos. Unos pocos hombres de alabanza son como un pedacito de cielo en la tierra. Si un día todos los hombres de la tierra alabáramos al Señor, la eternidad habría comenzado en el tiempo, el reino habría llegado.

La tierra es, en los planes de Dios, como un albergue para el hombre. No tenemos en ella derecho de ciudadanía. Estamos en camino hacia el reino de los cielos. Cristo Jesús ofreció por este mundo un sacrificio de alabanza y nosotros podemos asociarnos a él. El sacrificio de Jesús contrasta con la actitud del hombre que mira el mundo como un inmenso botín, con ojos de ave de presa. Tener

⁸³ P. CHARLES. *La oración...*, o.c., 156-158.

fe en Dios es mirar al mundo con ojos nuevos. Desde Dios todo se ve mejor.

Para el corazón que ama a Dios y se siente amado por él, ¡qué cercano está el sol de todos los soles! Ese es el Dios a quien nunca podremos excluir de este mundo, el que jamás nos abandona, de quien podemos blasfemar, pero que siempre estará a nuestros flancos como el Dios bueno y clemente que hace que el sol llene de vida las plantas del ateo y que las flores de su jardín sean tan hermosas como las del jardín del creyente. La vida de cualquier hombre que cree o que maldice de él, que le alaba o se queja, es más preciosa a sus ojos que todas las cosas del mundo juntas.

El mundo habla de Dios, habla el lenguaje de la alabanza, canta su gloria. Sólo el hombre puede desentonar en esa coral formidable. Pero afortunadamente el Hijo del Hombre ofreció por nosotros un sacrificio de alabanza de valor infinito. Y así, nuestro mundo ha sido hecho santo a los ojos de Dios y el Padre se complace en mirarnos y en amarnos. La alabanza del Hijo del Hombre y de los hombres asociados a él salva al mundo.

Hay hombres que temen que si se cree en el cielo se es impotente e inoperante en la tierra. Hay quien piensa que la alabanza es alienante, como una barata consolación para el hombre. La fe en el cielo quitaría vigor a la vida de los hombres en la tierra. Pero la verdad está en lo contrario: porque se cree en el cielo, el hombre utiliza toda su capacidad y energía para vivir en la tierra y hacerla más hermosa y justa; porque se cree en el cielo, las cosas de la tierra son todas bellas; porque se cree en el cielo, los hombres son hermanos y no enemigos a batir.

En todo momento el hombre necesita de la luz de la eternidad si ha de aprender a vivir su vida en el tiempo. La fe en un Cordero degollado sostiene a los hombres que padecen en la tierra. La cruz engendra coraje y mantiene la esperanza de una inmortalidad feliz más allá de las lágrimas y el dolor de esta bendita tierra.

En nuestro mundo suenan sin cesar los clarines del miedo. Hay que inventar nuevas músicas, divulgar nue-

vas noticias, proclamar el evangelio eterno. Hay que crear melodías que pongan alas de esperanza en los derrotados. Hay que hacer saber al hombre que Dios sigue ahí, que conduce la historia en todos los momentos, que sufre con el dolorido y hace suya la causa del explotado y salta hecho pedazos con el más pobre de los hombres.

La queja, la rebeldía contra Dios ha sido ya bien experimentada en la historia de la humanidad y en la de cada individuo. Sus resultados son bien conocidos. La alabanza a Dios ha sido poco experimentada. No podemos aducir una "prueba" de lo que sería el mundo si un día nos decidiéramos a cambiar el lamento por la danza, el traje de luto por un vestido de bodas, la queja por la alabanza.

Enseñemos a nuestros hermanos a alabar a Dios y asumamos la hermosa tarea de alabar por los que no alaban, de elevar hacia el cielo el eterno agradecimiento del hombre para con Dios. Siempre tendremos la posibilidad de hacer de la alabanza la actividad fundamental de nuestro paso por la tierra y de hacer de todas las cosas recordatorios del Señor, de convertir una moneda en un pedazo de gracia acuñada, de hacer de los bancos del mundo santuarios y de los banqueros sacerdotes, de hacer de todo negocio un negocio de Dios; de cada oficio, un acto sagrado, y de cada oficiante, un ministro; de cada espiga, una hostia; de cada racimo, un cáliz; de cada médico, un pequeño salvador; de cada clínica u hospital, una iglesia; de cada mesa de trabajo, un altar; de cada profesor, un ministro de la palabra; de cada gesto, acción, movimiento... una eterna alabanza. La tienda, el trabajo, el oficio, la vida entera tiene que ser distinta. Un viejo pastor protestante fue preguntado un día por uno de sus fieles: "¿Quién es el señor que acaba de salir de la iglesia?". Y el pastor contestó sencillamente: "Es uno de mis ancianos, que vive en comunión con Dios y que, además, hace zapatos"⁸⁴.

No tenemos que ofrecer al mundo ni oro ni plata. Nosotros no conocemos el secreto de su fabricación. Nuestro secreto es diferente: creemos en Dios, conocemos

⁸⁴ *The Interpreter's Bible*, t. XI, o.c., 226.

al Padre y al Hijo revelado, hemos entrado en el Camino que conduce a la Vida, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo... ¡Somos hijos y herederos! Y hemos llegado a comprender que la única razón de nuestra existencia es ¡ser una alabanza de la gloria del Padre!

22.

*Aunque no necesitas
nuestras alabanzas...*

El hombre procede del amor de Dios y termina al amor de Dios. En Dios realiza su verdadera personalidad. El alma, al salir de sus manos, es pura emoción y ternura, temblor y pasión. Se estremece cuando él la acaricia, enferma cuando se ausenta:

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén;
si encontráis a mi Amado,
¿qué le vais a decir?
Que de amor languidezco (Cant 5,8).

Si Dios no está en el hombre, éste se siente como vacío y triste. El hombre no puede vivir sin amor. Si no ama a Dios, su lugar estará ocupado por otros amores. El hombre puede saborear todos los sabores y degustar los placeres más exquisitos..., pero toda la belleza de las cosas le parecerá fea y todos los sabores le resultarán agrídulces si en el fondo de ellos no está Dios.

Amar es sentirse querido por otro, saberse de otro, saber que otro está dentro de uno, saber que el otro me quiere y vive en mí y yo en él y los dos vivimos la misma vida. Amar es una corriente del yo al tú y del tú al yo, ser dos en uno y saberse querido en todo momento, aceptado como uno es, con todas las debilidades y defectos, infidelidades y traiciones y con todas las buenas cualidades. Amar es aceptarlo todo, quererlo todo, sufrirlo todo del ser a quien se ama (E. Cardenal).

Dentro de nosotros está el amor de Dios y él nos da vida al amarnos y nosotros alegramos su corazón cuando le amamos. Su amor es nuestra vida, nuestro amor es su gozo.

Entre Dios y el hombre se interpuso desde el principio una fea realidad: el pecado. El hombre quiso sobrepasar su condición de criatura, cortó el cordón umbilical que le unía a Dios, quiso ser dueño de su destino. Rompió unilateralmente la armonía y el equilibrio de la creación y en su lugar introdujo el caos, el dolor y la muerte. Todo hubiera marchado bien sin esa loca pasión por la independencia que arrebató al hombre. Todo hubiera sido hermoso si no hubiera decidido llevar las riendas de su destino y se hubiera conformado con ser lo que tenía que ser: alabanza de la gloria del Padre.

El pecado rompió la unidad del hombre. Cada impulso y cada instinto se fue por su lado, como piezas sueltas de un rompecabezas. El hombre quedó desgarrado en su ser y en sus motivaciones más profundas. Sólo cuando reencuentre a Dios y acepte su condición volverá a recuperar el orden original que el Señor quiso para él.

El hombre anda buscando ansiosamente la unidad perdida, cuando era criatura y Dios se miraba en ella y ella alababa a Dios. La alabanza es el retorno a los orígenes; ella unifica todos los impulsos y apetitos. La alabanza cohesionada al hombre, le devuelve el equilibrio y la armonía perdida por el pecado, le orienta definitivamente hacia lo que constituye la razón última de su existencia: ser un reflejo de la gloria del Padre. La alabanza empobrece radicalmente al hombre y le lleva a reconocer en Dios al único que vale la pena servir y dar gloria.

Todo hombre debe hacer, al menos una vez en su vida, un compromiso de "vivir en alabanza". Tiene que decirle al Señor que, pase lo que pase, él quiere ser por siempre una alabanza de su gloria. Al menos una vez en la vida, el hombre tiene que creer que él, el hombre concreto, con su carga, su pasado y su presente, por turbios que sean, es hijo de Dios. Debe aceptar que el amor y el abrazo del Padre le traspasen el corazón; aceptar que Dios le quiere

tal como es y tal como está en cada momento y que no le exige, como condición previa a su amor, un aceptable capital de obras buenas. Si el hombre acepta la gratuidad del amor de Dios, su vida será una alabanza ininterrumpida y habrá conectado con la finalidad del acto creador.

Todo hombre tiene que tomar conciencia de esta realidad inefable: que el fin para el que fue creado no admite cambios ni sufre alternativas. Ser alabanza de gloria es estar siempre en alabanza. La gloria de Dios no puede depender de mi estado físico: cansancio, enfermedad, edad... ni de mi estado emocional: estoy triste, no tengo ganas, no lo siento, no me sale. La alabanza a Dios jamás puede estar a expensas de mi humor, de mi capricho, de mis sentimientos, de las circunstancias que me rodean, de la gente con la que me ha tocado vivir, de mis cualidades o defectos personales. Ni el gusto ni el sentimiento pueden dictar nuestras relaciones con Dios e interponerse en el camino de la alabanza.

Vivir en alabanza es pasar por la vida como un peregrino o un exiliado que regresa a su tierra cantando canciones de triunfo, con ansias en su corazón, contando los días y las horas que faltan para el encuentro con los suyos, el encuentro con el Padre. Vivir en alabanza es el estilo de vida de los hijos.

A alabar se aprende alabando. Afinemos desde ahora nuestro cuerpo y nuestra alma para la alabanza eterna que hemos de cantar en el cielo. Alabemos al Señor con todo el corazón y con todas las fuerzas, en todos los momentos de nuestra vida. Prestemos nuestra voz a todas las criaturas del mundo, para que en la tierra y en el cielo no haya ni un solo ser que no se emplee en lo único que debe hacer: alabar a Dios.

Si, en efecto, tuviéramos entendimiento, ¿qué más deberíamos hacer en público y en privado, sino cantar a la divinidad y bendecirla y reparar sus beneficios? ¿No debíamos, cavando, y arando, y comiendo, cantar el himno de Dios?... Entonces, ¿qué? Ya que la mayoría andáis ciegos, ¿no debía haber alguien que llenase este puesto y por todos cantase el himno a Dios? En efecto, ¿qué otra cosa puedo yo, viejo y baldado, sino cantar a Dios? Porque si rui señor fuera, hiciera el oficio de rui señor; si cisne, el de cisne. Ahora bien, soy ser de razón: cantar debo a

Dios. Esta es mi tarea, la haré y no abandonaré este puesto en cuanto me sea concedido, y a vosotros al mismo himno os convocaré⁸⁵.

El Señor dice: "El sacrificio de alabanza me glorificará". Si te vieses obligado a ofrecer a tu Señor un sacrificio grato y aceptable a él, conforme se ofrecían antes los sacrificios, siendo sombra de los venideros, quizá no encontrarías en tu hacienda un toro agradable, ni entre las cabras un macho cabrío digno del altar del Señor, ni en tu rebaño un carnero aceptable para ser víctima a tu Dios, y al no encontrarlo, preocupado por lo que debías hacer, quizá dirías a Dios: "Quiero y no tengo". ¿Por ventura puedes decir de la alabanza: "La quiero y no la tengo"? El mismo querer es alabar. Dios no te pide palabras, sino el corazón. Pues puedes decir: "No tengo lengua". Si alguno enmudece por alguna enfermedad, no tiene lengua, pero tiene alabanza. Si Dios tuviese oídos carnales y necesitase para oír el sonido de tu voz, al hallarte sin lengua te hallarías también sin alabanza. Pero como ahora pide el corazón, mira al corazón, es testigo interior, es juez que persuade, ayuda y corona, es suficiente que le ofrezcas la voluntad. Cuando puedes, confiesas con la boca para la salud; cuando no puedes, crees con el corazón para la justicia. Alabas con el corazón, bendices con el corazón, impones las sagradas víctimas sobre el ara de la conciencia con el corazón y se te responde: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad⁸⁶.

Grande eres, Señor, y laudable sobremanera; grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene número. ¿Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, y precisamente el hombre que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado y el testimonio de que resistes a los soberbios? Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación. Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti⁸⁷.

Aunque no necesitas nuestra alabanza ni nuestras bendiciones te enriquecen; tú, Señor, inspiras y haces tuyas nuestra acción de gracias. Tú nos has creado para ser alabanza de tu gloria y nosotros no queremos sustraernos a esa formidable tarea que nos has asignado en esta vida y que será nuestra ocupación por toda la eternidad.

Creemos, Señor, que más que un deber y una obligación es un gozo inmenso poder expresarte nuestra admiración y rendirte nuestra alabanza agradecida. Volvemos nuestros ojos hacia ti y te bendicimos con toda la creación:

Que te alaben, Señor, todas tus criaturas del cielo, tus "miríadas de miríadas y millares de millares" de ángeles (Ap 5,11), que los coros de los Querubines y Serafines

⁸⁵ EPICETEO, *Pláticas*, I, 16.

⁸⁶ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones...*, Sal. 134, t. IV, 497-498.

⁸⁷ SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, lib I, c. 1, n. 1.

proclamen sin fin tu grandeza y hermosura; que la "muchedumbre inmensa" de hermanos nuestros, que están ante tu trono, te glorifiquen sin cesar y te canten el "aleluya" eterno:

Angeles del Señor, bendecid al Señor;
alabadle, exaltadle eternamente.
Cielos, bendecid al Señor;
alabadle, exaltadle eternamente.

Que te alabe, Señor, el mundo casi infinito de los astros; que cada estrella cante tu gloria y transmita por los espacios la noticia de tu poderío; que todas las constelaciones juntas, a una sola voz, proclamen la gloria de tu reinado:

Astros del cielo, bendecid al Señor;
alabadle, exaltadle eternamente.

Que te alabe, Señor, nuestra bendita tierra, esta tierra tuya, en la que tanto se te debe, a la que tanto amas. Que te alaben los vientos y las nubes, los rocíos y las escarchas, la nieve y la lluvia, los rayos y los truenos, los terremotos y los volcanes; que te alaben las cordilleras y las montañas gigantes, las colinas, los oteros, las llanuras, los desiertos, las profundidades; que te celebren las fuentes, los arroyos, los lagos, los ríos, los mares; que te aclamen los árboles, las flores, las espigas, los abrojos del campo; que te festejen los peces que se agitan en el mar, y los pájaros que vuelan por el aire, y las aves de la tierra, y los insectos, y las alimañas. Todo lo que es, todo lo que se mueve o está en reposo, todas las criaturas animadas o inanimadas formen un hermoso ramillete de alabanza, una coral inmensa que haga llegar hasta ti la aclamación del universo:

Criaturas del Señor, bendecid al Señor;
alabadle, exaltadle eternamente.
Bendiga la tierra al Señor;
le cante, le exalte eternamente.

Que te alabe, Señor, la criatura más perfecta que tú pusiste en la tierra, el "pequeño rey" de todo lo creado. Que todos los hombres te bendigan con todas sus fuerzas, día y noche; que te alaben, Señor, los grandes y los pe-

queños, los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres; que te alaben en todas las lenguas y dialectos de la tierra. Que te bendigan, Señor, los recién nacidos y los niños con su candor, los jóvenes con su vigor, las doncellas con su belleza, los ancianos con su experiencia. Que te canten los poetas, te celebren las artes, te engrandezcan las ciencias. Que te alaben los pobres y los humildes, los enfermos y los impotentes; que todas las lágrimas y todas las desventuras y todos los tormentos sean una canción de alabanza para ti; que todo el amor, toda la ternura, todas las sonrisas, todos los besos te proclamen como la suprema Belleza. Que el hombre, Señor, te alabe eternamente, que no sepa ni pueda hacer otra cosa que alabarte. Que te alabe en sus entradas y en sus salidas, en su trabajo y en su descanso, en sus talleres, en sus fábricas, en sus hospitales, en sus colegios, en sus campos. Que los "hijos en el Hijo" te alaben con una sola voz:

Hijos de los hombres, bendecid al Señor;
alabadle, exaltadle eternamente.

Que te alabe yo también, mi Señor. Despiértame en lo más profundo de mi ser, allá donde nadie llega y todas las voces se pierden, allá donde tú y yo nos encontramos cara a cara. Despierta, Señor, mi alma y mi corazón a la alabanza. Que te alabe con mi inteligencia, con mi voluntad, con mi libertad, con mi memoria, mi fantasía y mis sentidos; que te alabe con mi cuerpo, con mis manos, con mi cerebro, con mis entrañas y mis pulmones. Que te alabe con toda mi capacidad afectiva, con todo el fuego y toda la ternura de que soy capaz; que te alabe con mis impulsos y apetitos, con un deseo insaciable, con la pasión y violencia de todos los seres juntos. Que te alabe, Señor, con todo mi ser, ahora y siempre, de día y de noche, en cada segundo y en cada fracción de segundo, cuando me siento o me levanto, cuando trabajo y cuando descanso. Que te alabe en mis alegrías y en mis tristezas, cuando el éxito me sonría o me ronde el hastío y la incertidumbre. Cuando mi mente se vaya debilitando y mi cuerpo descomponiendo, cuando me llegue la hora suprema... quiero encontrarme contigo con una canción de alabanza en mis labios. En todo momento, con las fuerzas que posea

en cada instante, quiero alabarte y bendecirte y cumplir en tu presencia la tarea para la que me elegiste desde antes de la creación del mundo: ser alabanza de tu gloria...

Por Cristo, con él y en él;
a ti, Dios Padre omnipotente,
en la unidad del Espíritu Santo,
todo honor y toda gloria,
por los siglos de los siglos.
Amén. ¡Aleluya!

Si hay alguno, como puede suceder y es muy probable, de inteligencia más penetrante que la mía y que pueda por largo tiempo penetrar en aquello que es, alabe cuanto pueda y alabe como no puedo yo.

SAN AGUSTÍN

	<i>Págs.</i>
Introducción.....	7
1. Abre, Señor, mis labios y mi boca proclamará tu alabanza.....	9
2. El es mi Dios: yo lo alabaré.....	19
3. Bendice, alma mía, al Señor.....	43
4. Toda mi vida te bendeciré y alabaré tu nombre por siempre jamás.....	51
5. Casa de Israel, bendice al Señor.....	55
6. Alabad al Señor todas las naciones.....	63
7. Criaturas del Señor, bendecid al Señor.....	67
8. Angeles del Señor, bendecid al Señor.....	79
9. Para ti es mi música, Señor.....	83
10. Dichoso el pueblo que conoce la aclamación.....	89
11. ¿Quién hará oír toda su alabanza?.....	103
12. No alaban los muertos a Yavé.....	107
13. La proclamación de tu alabanza no tiene fin.	113
14. Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra.....	127
15. Bendito sea Dios, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones.....	135
16. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros.	147

17.	Dios da en la noche cantares de júbilo....	159
18.	Oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: ¡Aleluya!..	195
19.	Laudem gloriae: alabanza de gloria.....	203
20.	De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza	211
21.	Entró con ellos en el templo saltando y alabando a Dios	219
22.	Aunque no necesitas nuestras alabanzas....	227